



LA CHICA  
DE MEDIANOCHÉ

MELISSA GREY



Melissa Grey

La chica de medianoche

Argentina – Chile – Colombia – España

Estados Unidos – México – Perú – Uruguay – Venezuela

Título original: The Girl at Midnight

Editor original: Delacorte Press, an imprint of Random House Children's Books, a division of Random House LLC., a Penguin Random House Company, New York

Traducción: Jofre Homedes Beutnagel

1ª edición Marzo 2016

Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora o son empleados como entes de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia.

Copyright ©2015 by Melissa Grey

All Rights Reserved

© de la traducción 2016 by Jofre Homedes Beutnagel

© 2016 by Ediciones Urano, S.A.U.

Aribau, 142, pral. – 08036 Barcelona

[www.mundopuck.com](http://www.mundopuck.com)

ISBN EPUB: 978-84-9944-940-1

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Para la Midnight Society

Contenido

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[55](#)

[56](#)

[57](#)

[58](#)

[59](#)

[Agradecimientos](#)

[Más sobre Puck](#)

Prólogo

El Ala había ido a la biblioteca en busca de esperanza. Se paseaba entre las estanterías con una mano en el bolsillo de su gabardina, mientras deslizaba la otra por los lomos agrietados de libros muy queridos, y el polvo recogido por otros que no lo eran tanto. Hacía horas que se había marchado el último usuario. Aun así el Ala seguía con sus gafas de sol, y su bufanda bien ceñida

al

cuello y la cabeza. La luz escasa de la biblioteca prestaba una oscuridad poco menos que humana a su piel negra. Sin embargo, las plumas que ocupaban el lugar del pelo, y la absoluta negrura de sus ojos, similares en tamaño y brillo a los de un cuervo, eran puramente ávicen.

Le gustaban mucho los libros, con los que se evadía de sus obligaciones, de sus compañeros del Consejo de Ancianos, que acudían a ella (su única vidente

viva) para que los guiase, y de una guerra tan larga que casi nadie recordaba sus

inicios. Si bien hacía más de un siglo que se había librado la última gran batalla, seguía imperando una situación de violencia latente en que ambos bandos

esperaban un desliz de la facción rival, una pequeña chispa que prendiera un fuego incontrollable. La lenta danza de sus dedos se detuvo cuando un título captó su atención: Historia de dos ciudades. Podía ser agradable leer sobre una guerra ajena, olvidando así tal vez la propia. Se disponía a sacar el tomo de la estantería cuando percibió un levísimo tirón en el bolsillo de la gabardina.

Su mano salió disparada hacia la muñeca del carterista. Se trataba de una niña flaca y pálida, cuyo menudo puño apretaba con fuerza el monedero

mientras sus ojos marrones contemplaban sin parpadear la desnuda muñeca del

Ala.

—Tienes plumas —observó.

El Ala ya no se acordaba de la última vez que un ser humano se había alterado tan poco ante la visión de su plumaje. Soltó la muñeca de la niña y se tapó el antebrazo con la manga. Después recompuso su bufanda y gabardina

para ocultar el resto de su cuerpo.

—¿Me devuelves la cartera, por favor?

No se trataba en realidad de una cartera, ya que no era dinero lo que contenía, sino un fino polvo negro cuya energía lo hacía vibrar en la mano del Ala. Eso, sin embargo, no hacía falta que lo supiera la niña.

Esta la miró.

—¿Por qué tienes plumas?

—La cartera, por favor.

No se inmutó.

—¿Por qué llevas gafas de sol aquí dentro?

—La cartera, ya.

Miró la bolsita que tenía en la mano, como si lo pensara. Después volvió a mirar al Ala, pero sin renunciar al objeto en cuestión.

—¿Por qué vas con bufanda, si estamos en junio?

—Te veo muy curiosa para ser tan pequeña —comentó el Ala—. Además, es medianoche. No deberías estar aquí.

—Tú tampoco —repuso la ladrona sin vacilación alguna.

Al Ala se le escapó una sonrisa.

—Touche. ¿Dónde están tus padres?

De repente la niña se había puesto tensa. Sus inquietos ojos buscaron por donde escaparse.

—Eso a ti no te importa.



—A ver qué te parece esto —dijo el Ala, poniéndose en cuclillas para que sus ojos quedaran al nivel de los de la muchacha—: tú me explicas por qué estás sola

dentro de la biblioteca a estas horas de la noche y yo te cuento por qué tengo plumas.

La niña la estudió un momento, con un recelo inusitado en alguien de su edad.

—Vivo aquí.

Observó al Ala bajo sus espesas pestañas marrones, mientras frotaba contra el suelo de linóleo la punta de una zapatilla blanca y sucia.

—¿Quién eres? —añadió.

Multitud de preguntas, apretadas en un pequeño fardo: ¿quién eres? ¿Qué eres? ¿Por qué eres? El Ala dio la única respuesta que podía dar.

—Soy el Ala.

—¿«El Ala»? —La niña puso los ojos en blanco—. No parece un nombre de verdad.

—A tu lengua humana le sería imposible pronunciar mi nombre.

Abrió mucho los ojos, pero sonrió: una sonrisa vacilante, como por falta de costumbre.

—Pues entonces, ¿cómo tengo que llamarte?

—Puedes llamarme el Ala. O Ala, que es más corto.

La pequeña ladrona arrugó la nariz.

—¿Eso no es como llamar «gato» a un gato?

—Es posible —respondió el Ala—, pero en el mundo hay muchos gatos, y Ala

una sola.

Su respuesta pareció contentar a la niña.

—¿Qué haces aquí? Es la primera vez que veo a alguien más en la biblioteca a

medianoche.

—A veces —dijo el Ala—, cuando estoy triste, me gusta tener cerca todos estos libros. Son perfectos para olvidar los problemas. Es como tener un millón de amigos con envoltorio de papel y garabatos de tinta.

—¿No tienes amigos normales? —preguntó la ladrona.

—No, de esos propiamente no.

No había melancolía en la respuesta del Ala. Era la pura verdad sin adornos.

—Qué triste. —La niña tocó una de las manos del Ala y acarició con el meñique las finas plumas de sus nudillos—. Yo tampoco tengo a nadie.

—¿Y cómo es posible que a todos los que trabajan aquí les haya pasado desapercibida una niña?

La respuesta fue algo tímida.

—Me escondo muy bien. Había tenido que hacerlo muchas veces. En casa, me refiero. Antes de venir. —Asintió con un gesto decidido—. Esto es mejor.

El Ala sintió en sus ojos el picor del llanto, algo que ya no recordaba haber sentido.

—Perdona que te haya quitado la cartera. —La niña le tendió el monedero—.

Es que tenía hambre, pero si hubiera sabido que estabas triste no lo habría hecho.

Una pequeña ladrona con conciencia. ¿No se acabarían nunca los prodigios?

—¿Cómo te llamas? —preguntó el Ala.

La niña bajó la vista, pero sin soltarle la mano.

—No me gusta mi nombre.

—¿Por qué?

Encogió uno de sus hombros huesudos.

—No me gustan las personas que me lo pusieron.

El corazón del Ala corría peligro de acabar hecho cenizas.

—Pues quizá te convenga elegir otro.

—¿Se puede? —dijo dubitativa la pequeña ladrona.

—Se puede hacer lo que se quiera —respondió el Ala—, pero piénsalo bien.

Tratándose de nombres conviene no ir con prisa. Tienen poder, los nombres.

La niña sonrió. El Ala supo entonces que no regresaría sola al Nido aquella noche. Había ido a la biblioteca en busca de esperanza, pero lo que había encontrado era una niña. Aún tardaría muchos años en darse cuenta de que no

eran dos cosas tan distintas.

1

Diez años más tarde

En su vida, Eco seguía dos reglas. La primera era muy simple: que no te pillen.

Penetró con sigilo en la tienda de antigüedades, perdida en una de las callejuelas del mercado nocturno de Shilin, en Taipéi. La entrada palpitaba de magia, como cuando el cemento desprende ondas de calor bajo el sol sofocante

del verano. Si Eco la miraba de frente solo veía una puerta metálica sin ninguna

inscripción, pero al volver la cabeza en un determinado ángulo se le mostraba el

tenue brillo de las salvaguardias, que hacían que la tienda fuera casi invisible excepto para quienes sabían qué buscar.

Dentro de la tienda no había luz, salvo el vago e indirecto resplandor de los fluorescentes del mercado. Las paredes estaban cubiertas por estanterías repletas

de antigüedades en estados diversos de deterioro. En el centro de la sala había una mesa, con un reloj de cuco desmontado de cuyo lánguido muelle colgaba tristemente el pajarito. El dueño de la tienda, un brujo, era especialista en encantar objetos cotidianos, de los que algunos tenían fines más nefandos que otros. Los conjuros más negros dejaban un residuo que Eco, sin embargo,

después de tantos años de experiencia con la magia, sentía en la espalda como un escalofrío. Mientras evitara esos objetos no le pasaría nada malo.

La mayoría de los artículos que ocupaban la mesa estaban demasiado oxidados o rotos para presentarse como opción. Había un espejo de mano resquebrajado por el medio, un reloj herrumbroso con un segundero que corría

hacia atrás y un medallón en forma de corazón con sus mitades separadas, como

si le hubieran dado martillazos. El único objeto que parecía funcionar era una caja de música. Su esmalte estaba viejo y descascarillado, pero la imagen de la tapa (una bandada de pájaros) estaba dibujada con trazos hermosos y elegantes.

Cuando abrió la tapa oyó una melodía conocida, mientras un diminuto pájaro negro empezaba a girar sobre su eje.

«La nana de la urraca», pensó a la vez que se bajaba la mochila de los hombros. Al Ala le encantaría, aunque desconociera el concepto de cumpleaños,

así como los regalos asociados a él.

Le faltaban solo unos centímetros para tocar la caja cuando se encendió la luz. Volvió de golpe la cabeza y vio en la puerta de la tienda a un brujo cuyos ojos blancos como el yeso, única señal de que no era del todo humano, se enfocaron en la mano de Eco.

—Te he pillado.

«Maldición.» Por lo visto había reglas hechas para no cumplirse.

—No es lo que parece —dijo Eco.

Mejores explicaciones había dado, pero bueno, tendría que bastar. El brujo arqueó una ceja.

—¿Seguro? Porque parece que estuvieras pensando en robarme.

—Bueno, vale, sí que es lo que parece. —La mirada de Eco se posó en un punto situado a espaldas del brujo—. Pero... ¿qué es eso?

El brujo solo se volvió un segundo. Eco, sin embargo, no necesitaba más. Tras

apoderarse de la caja de música la metió en su mochila, se la echó al hombro y

embistió al recién aparecido, que cayó al suelo con un grito. Eco ya corría hacia

la plaza del mercado.

Regla número dos, pensó mientras pasaba a toda prisa junto a un puesto de comida del que se llevó un bollo de carne de cerdo: si te pillan, corre.

De día había llovido, así que el pavimento estaba mojado. Sus botas

resbalaron al doblar una esquina. En los cálidos aires del mercado, tan repleto que apenas quedaba un resquicio entre los compradores, se mezclaban olores succulentos de cocina callejera. Eco mordió el bollo e hizo una mueca al quemarse la lengua por culpa del vapor. Quemaba, pero estaba delicioso. La comida robada sabe mejor que la no robada. He ahí una verdad universal.

Saltó

sobre un charco de agua turbia, y a punto estuvo de atragantarse con el último

bocado de pan pringoso y cerdo asado. Comer y correr al mismo tiempo no era

tan fácil como parecía.

Se internó por el gentío, sorteando endebles carretillas y peatones

embobados. A veces tenía sus compensaciones ser pequeña. Al brujo que pisaba

sus talones no le estaba siendo tan fácil: chocó, entre sonoras palabrotas, con el

puesto de bollos, haciendo caer por el suelo un montón de porcelana para los turistas. Pese a lo rudimentario de su mandarín, Eco estaba casi segura de que el

brujo acababa de arrojar una cascada de insultos enormemente jugosos sobre ella y su parentela. Qué quisquillosa era la gente cuando le robaban sus cosas...

Sobre todo los brujos.

Se resguardó en un toldo bajo y echó un vistazo hacia atrás. El brujo se había quedado rezagado. La distancia entre los dos era ya respetable. Dio otro mordisco al bollo, haciendo saltar migas. Por muy cerca que hubiera estado de caer en manos de un psicópata resentido y con poderes mágicos, no había comido nada desde el desayuno (una porción de pizza fría), y el hambre no perdonaba a nadie. El brujo pidió su arresto a gritos a dos policías junto a los que Eco pasó como una exhalación. Unos dedos rozaron su manga, pero se escabulló antes de que pudieran hacer presa en ella.

Mola, caracola, pensó, aguantando el dolor que había empezado a despertarse en su musculatura. Casi he llegado.

Apareció, intensamente luminosa, la señal de la estación de metro de Jiantan.

Eco suspiró aliviada. Una vez dentro de la estación solo tendría que encontrar una puerta cualquiera para desaparecer en una nube de humo. O mejor dicho de polvo negro como hollín.

Tiró a una papelería los restos del bollo y buscó en su bolsillo el pequeño zurrón sin el que nunca salía de su casa. Acto seguido se catapultó por encima del tornio, con un fugaz «¡Disculpe!» al azorado jefe de estación, mientras se oía

cada vez más cerca la estampida de las botas.

En el andén, a menos de cincuenta metros, había un armario de servicio que estuvo segura de que le iría de perlas. Metió los dedos en el zurrón para llenarse

la mano de polvo. Polvo de sombra. La cantidad era generosa, pero tampoco era

modesto el salto entre Taipéi y París. Más valía prevenir, aunque fuese al precio

de quedarse con reservas peligrosamente bajas cara al viaje de regreso a Nueva

York.

Embadurnó de polvo la jamba de la puerta y se lanzó a través. El brujo le gritó, pero su voz se apagó al cerrarse la puerta detrás de Eco, junto con el traqueteo de los trenes entrantes y el rumor de las conversaciones del andén.

Por unos instantes todo quedó a oscuras. No fue tan desorientador como su primera travesía por los ámbitos del entrespacio, pero seguía siendo extraño. En

aquel vacío sin «aquí» ni «allá» no había arriba, abajo, izquierda ni derecha que

valiesen. El suelo oscilaba y se combaba a cada paso. Tragándose la bilis que subía por su cuello, adelantó una mano en el vacío de la oscuridad sin oír ni ver

nada, y suspiró de alivio en el momento en que su palma entró en contacto con

la pintura desconchada de una puerta bajo el Arco de Triunfo.

Era, la del Arco, una estación muy transitada por los viajeros del entrespacio.

Con algo de suerte, al brujo le costaría mucho seguirla. De todos modos, rastrear

la trayectoria de alguien por el entrespacio, aun siendo difícil, no era imposible, y al brujo le resultaría más sencillo hacerlo gracias a su oscura magia. Eco no



podía quedarse mucho tiempo, aunque le fascinase París en primavera. Lástima, pensó. En esa época del año estaban preciosos los parques.

Se dirigió al otro lado del Arco, atenta a la posible aparición entre el gentío de

un gorro calado hasta el fondo para esconder un penacho de colores vivos, y unas gafas de aviador que costaban más que todo el guardarropía de Eco. Jasper

era uno de sus contactos más volubles, pero solía cumplir su palabra. Justo cuando Eco estaba a punto de desistir y elegir una puerta de regreso a Nueva York, vio un atisbo de piel de color bronce y el brillo de unas gafas de sol. Jasper la saludó con la mano. Eco se adentró a paso vivo por la muchedumbre con una

sonrisa socarrona.

—¿Lo has traído? —preguntó cuando estuvo a su lado, jadeando a causa del esfuerzo.

Jasper sacó una cajita turquesa de su bandolera. Eco reparó en que la puerta de al lado ya tenía unos brochazos de polvo de sombra. Si Jasper se esforzaba —

cosa que ocurría pocas veces— podía ser previsor.

—¿Te he fallado alguna vez? —preguntó.

Eco sonrió.

—Miles.

La sonrisa de Jasper era al mismo tiempo deslumbrante y salvaje. Lanzó la caja a Eco con un guiño de fuerza suficiente para atravesar los cristales de espejo de las gafas. Eco se puso de puntillas para darle un beso rápido en la cara.

Después cruzó la puerta y penetró en el entrespacio sin darle tiempo de pensar

una réplica ingeniosa. Una vez le había dicho que la última palabra la tendría cuando se la arrancara de sus manos yertas y sin vida. Y lo decía en serio.

La segunda vez no resultó tan chocante cruzar el umbral del entrespacio, pero aun así su estómago dio un vuelco, junto con su contenido. Avanzó a tientas por

la oscuridad hasta que sus manos entraron en contacto con algo sólido que le provocó una mueca. Las puertas de Grand Central Station siempre estaban roñosas, incluso en aquel lado del entrespacio.

Nueva York, pensó, la ciudad donde siempre hay algo sucio.

Salió a uno de los pasillos que confluían en el vestíbulo principal y, tras rodear

sin prisa el puesto central de información, se abrió paso entre los grupos de turistas que hacían fotos de las constelaciones de la bóveda, o de viajeros en espera de sus trenes. Nadie sabía que bajo sus pies existía un mundo invisible para el ojo humano. Bueno, para casi todos los ojos humanos. Había que saber

buscar, como en la tienda del brujo. Hablando de este, le daría unos minutos por si hacía acto de presencia. En caso de que hubiera logrado seguirla desde el

Arco, Eco quería asegurarse de que no lo conduciría hasta la puerta principal.

Estaba segura, incluso sin pruebas, de que los brujos eran muy malos invitados.

Le hizo ruido el estómago. Los pocos bocados del bollo de carne de cerdo la habían dejado con hambre. Pensó en la sala secreta de la Biblioteca Pública

de Nueva York donde vivía, y en el burrito que había dejado a medias en la mesa.

Se lo había birlado un poco antes a un universitario que echaba una cabezadita,

el muy incauto, usando una edición gastada de Los miserables como cojín.  
Robo

de poca monta, pero poético, a su modo. De hecho solo lo había hecho por aquel motivo. Ya no necesitaba robar comida para sobrevivir, como en su infancia.

Había,

sin

embargo,

ocasiones

demasiado

buenas

para

desaprovecharlas.

Se desentumeció el cuello, para que la tensión acumulada en los músculos se diluyera por los brazos y los dedos. Mientras iba relajando cada centímetro de su

cuerpo oía retumbar los trenes que entraban y salían de la estación. El ruido era

tranquilizador, como una nana. Tras una última mirada al vestíbulo, se echó

la

bolsa al hombro y se dirigió a la salida de la avenida Vanderbilt. A pocas manzanas al oeste de Grand Central tenía su casa, y un burrito robado que la reclamaba.

2

A esas horas de la noche solo se instalaban dos tipos de personas en la Biblioteca

Pública de Nueva York. Por un lado estaban los estudiosos: universitarios mareados por la cafeína, doctorandos de obsesiva meticulosidad, docentes

ambiciosos en busca de la titularidad... Y por el otro los que no tenían adónde

ir: gente que se solazaba en el reconfortante y almizclado olor de los libros viejos, y en los suaves ruidos que hacían otros seres humanos al respirar, pasar páginas

y hacer crujir las sillas de madera con sus cambios de postura; gente deseosa de

saberse acompañada, pero también de ser dejada en paz. Gente como Eco.

Iba por la biblioteca como un fantasma, deslizándose los pies sin tan solo un susurro por el mármol de los escalones. Era bastante tarde para que nadie se molestara en levantar la vista de su libro para fijarse en una joven que, vestida de negro de los pies a la cabeza, metía las narices donde no la llamaban. Ya hacía tiempo que Eco se había creado un itinerario entre los empleados que contaban los minutos para salir del trabajo. De las cámaras de seguridad no hacía falta que se preocupase. Los bibliotecarios de Estados Unidos luchaban con

valentía por la protección de la intimidad de sus lectores, y gracias a ello la biblioteca estaba libre de cámaras. Era una de las razones por las que había decidido vivir en ella.

Se deslizó entre las estrechas estanterías, respirando el conocido olor a libro viejo. En la oscura escalera de acceso a su cuarto se hacía más densa la magia en

el aire. Las salvaguardias que el Ala le había ayudado a colocar opusieron resistencia a su paso, aunque débil. Estaban hechas para reconocerla. Cualquier

otra persona que hubiera llegado por azar a la escalera habría dado media vuelta, acordándose de que se había dejado los fogones encendidos, o de que llegaba tarde a una reunión. En cambio, en Eco rebotaba el conjuro.

Al final de la escalera había una simple puerta beis, como la de cualquier otro armario de material. Sin embargo, también tenía su propia magia. Eco sacó su navaja suiza del bolsillo trasero y la abrió. Aplicó la punta del pequeño cuchillo a la yema del meñique y vio cuajar una perla de sangre.

—Por mi sangre —susurró.

Cuando tocó la puerta con la gota roja, el aire crepitó de una electricidad que le erizó el vello de la nuca. Primero se oyó un suave clic. Luego se abrió la cerradura. Como siempre que entraba en el cuarto, repleto de los tesoros que había liberado con el paso de los años, cerró de un portazo con el pie y habló sin dirigirse a nadie en particular.

—Ya estoy en casa, cariño.

Se agradecía el silencio que obtuvo por respuesta, en contraste con la estridente sinfonía de Taipéi y la cacofonía de la hora punta en Nueva York.

Dejó su bolso en el suelo, junto al escritorio recogido en la pila de reciclaje de la biblioteca, y se desplomó en el sillón, no sin antes encender las lucecitas navideñas distribuidas por la habitación, que bañaron el acogedor espacio de luz

cálida.

Delante de Eco estaba el burrito con el que venía soñando, rodeado por los chismes que adornaban hasta la última superficie de la habitación: diminutos elefantes de jade de Phuket, geodas de las minas de amatistas de Corea del Sur,

un huevo Fabergé original cubierto de rubíes y ribetes de oro, y alrededor de todo montones de libros que aprovechaban hasta la última esquina, formando torres de equilibrio precario. Algunos los había leído Eco una docena de veces, y

otros ninguna. Su mera presencia la reconfortaba. Los acumulaba con la misma

avidez que el resto de sus tesoros. La Eco de siete años había decidido que robar

libros era carecer de escrúpulos, pero habida cuenta que no salían de la biblioteca (sino que solo habían cambiado de lugar) técnicamente no se trataba

de ningún robo. Contemplando su mar de volúmenes le vino una sola palabra a

la cabeza: tsundoku.

Era como se decía en japonés dejar que se amontonasen los libros sin

haberlos leído necesariamente. Otra cosa que acumulaba Eco eran las palabras.

Esa colección la había iniciado mucho antes de llegar a la biblioteca, cuando vivía en una casa de la que prefería no acordarse, con una familia que se habría

alegrado de olvidar. Por aquel entonces sus únicos libros eran tomos de

enciclopedias obsoletas. Pertenencias que reivindicar había pocas, pero lo que

siempre tenía eran sus palabras. Y ahora poseía un alijo de tesoros robados, en algunos casos comestibles.

Se acercó el burrito a los labios, pero un aleteo de plumas le impidió morderlo. Solo había una persona capaz de eludir las salvaguardias sin activar ninguna alarma, y esa persona nunca se tomaba la molestia de llamar. Eco suspiró. Qué mala educación.

—¿Sabes —comentó— que he leído que en algunas culturas la gente llama a la puerta? Pero, bueno, podrían ser simples rumores.

Giró en la silla con el burrito en la mano. En una esquina de la cama se había sentado el Ala, cuyas plumas negras ondulaban un poco como si las moviera algún tipo de brisa; inexistente, sin embargo, ya que en la cama estaba solo ella investida de su poder.

—No te pongas de mal humor —dijo mientras se alisaba el plumaje del brazo—, que entonces hablas como una adolescente.

Eco dio un mordisco ostentoso al burrito y habló con la boca llena de arroz y frijoles.

—Publicidad no engañosa. —El Ala frunció el ceño. Eco tragó saliva—. Es que soy adolescente.

Si los modales de Eco eran pésimos, la culpa solo podía echársela el Ala a sí misma.

—Solo cuando te conviene.

Hablar con la boca llena era, a juicio de Eco, una respuesta de lo más adecuada.

—En fin —suspiró el Ala, mirando las estanterías invadidas por toda clase de chismes relucientes—, me alegro de que hayas vuelto, pequeña urraca mía. ¿Has

robado algo bonito hoy?

Eco le acercó su mochila con la punta del pie.

—Pues la verdad es que sí. Feliz cumpleaños.

El Ala chasqueó la lengua, pero más de satisfacción que de decepción.

—No entiendo tu obsesión por los cumpleaños. Yo soy demasiado vieja para acordarme de los míos.

—Ya, ya lo sé; por eso te he asignado uno —dijo Eco—. Vamos, ábrelo.

Conseguirlo ha estado a punto de costarme que me achicharrara un brujo.

—¿Solo uno? —Las palabras del Ala eran burlonas. Sacó la caja de música de

la mochila y la manipuló con más cuidado del que parecía merecer—. No esperaba que un solo brujo diera problemas a una ladrona de tu talento. Como presumías tanto de... ¿Cómo lo dijiste? Ser un crack de los allanamientos de morada...

Eco puso mala cara, aunque el trozo de queso que colgaba de su labio inferior mitigó el efecto.

—Eso, eso, échamelo en cara.

—¿De qué otra manera te darías cuenta de lo absurda que es tu arrogancia?



—Una dulce sonrisa paliaba el reproche del Ala—. Los jóvenes se creen siempre

invencibles, hasta el momento mismo en que averiguan que no lo son. A las malas, normalmente.

Como toda respuesta Eco encogió un hombro. El Ala miró la habitación. Eco tuvo curiosidad por saber cómo la veían otros ojos. Montañas de libros por

doquier, a punto de caerse. Joyas robadas cuyo valor podría costear dos carreras universitarias. Envoltorios arrugados de chocolatinas en los rincones. Un

desastre, vaya, pero suyo. A juzgar por la arruga que se formó entre las cejas del

Ala, no debía de valorar demasiado este último argumento.

—¿Por qué te quedas aquí, Eco? Podrías venir al Nido y vivir con nosotros. Sé

de algunos ávicen que no estarían descontentos de tenerte cerca.

—Necesito mi propio espacio —se limitó a contestar Eco.

Lo que no dijo fue que lo necesitaba lejos de los ávicen. Su piel lisa, carente

de las coloridas plumas que adornaban las extremidades de estos últimos,

bastaba para identificarla como una extraña. No le hacían falta miradas de reojo

para constatar que aunque se moviera entre ellos no formaba parte de ellos.

Porque miraban, miraban. Como si su presencia trastocara el orden natural. Que

con los años se hubieran acostumbrado a Eco no significaba que tuviera que

gustarles.

Donde se sentía en casa era en la biblioteca. Los libros no la miraban raro, ni susurraban comentarios malintencionados. Tampoco juzgaban a nadie. Antes de

que la encontrase el Ala, sola y famélica, y se la llevase al Nido de los ávicen, sus únicos amigos habían sido los libros. Eran su familia, sus maestros, sus compañeros. Siempre le habían sido fieles, y también Eco lo sería con ellos.

El suspiro cansado del Ala le era tan familiar como los propios latidos de su corazón.

—Muy bien, tú misma. —El Ala miró la caja de música que tenía Eco en las manos—. Qué bonita.

Eco se encogió de hombros, pero no pudo resistirse a la sonrisa satisfecha que

logró abrirse paso hasta su cara.

—Dadas las circunstancias ha sido lo mejor que podía hacer.

El Ala hizo girar un par de veces la manivela de la base de la caja y levantó la tapa. Mientras el pajarito giraba, se propagó una melodía metálica en el aire.

—La nana de la urraca —dijo Eco—. La he elegido por eso. —Hizo gestos perezosos con la mano en alto, como si dirigiera una pequeña orquesta—. Una es pena, dos contento.

El Ala sonrió afectuosamente.

—Tres un entierro, cuatro un nacimiento.

—Cinco plata, oro las seis —cantó Eco.

El último verso lo entonaron juntas.

—Y siete un secreto, pero no lo contéis.

Coincidiendo con la última nota se abrió un compartimento en la base de la caja. Estaba tan bien disimulado en la madera lacada que Eco no había reparado en él. El Ala sacó un papel doblado.

—¿Qué es esto? —inquirió Eco.

El Ala lo desdobló con suavidad y lo miró atentamente, ladeando la cabeza.

—¿Por qué has elegido esta caja de música? —preguntó en voz baja, con el tono cauteloso de quien sopesa al máximo sus palabras.

—Porque me ha parecido bonita —contestó Eco—. Y porque tocaba nuestra nana. —Se acercó para echar un vistazo al papel, pero se lo impidieron las manos

del Ala—. Pero ¿qué es?

El Ala lo dobló otra vez mientras se levantaba con una gran precisión y rapidez de movimientos. Lo guardó en uno de los bolsillos escondidos en los pliegues de su túnica.

—Ven, que hablaremos en el Nido.

—¿Es muy urgente? —preguntó Eco, agitando el burrito y llenándose el regazo de granos de arroz y trozos de queso—. Es que iba a darme un festín con

este burrito.

La ceja arqueada del Ala fue respuesta más que suficiente.

—Está bien —murmuró, dejándolo otra vez en su envoltorio. Qué triste se

veía, solo, a medias... Daba verdadera lástima. Se levantó, se limpió los vaqueros

y recogió la mochila—. Espero que valga la pena.

—La valdrá, la valdrá —respondió el Ala mientras echaba un puñado de polvo de sombra a su alrededor.

Los tentáculos negro azabache del entrespacio se enroscaron en sus piernas.

El estómago de Eco dio un vuelco con antelación. Nunca era divertido viajar por

el entrespacio, pero sin la solidez de una puerta como referente, la experiencia podía calificarse de pésima. El Ala le tendió una mano.

—Recuérdame si te he contado alguna vez la historia del pájaro de fuego, pequeña.

3

Por muy gruesos que fueran los muros de piedra de la Fortaleza del Guiverno,

Caius oía romper el mar contra las rocas. El perímetro exterior sufría los embates

de un viento escocés endiabrado, al que se unían los rugidos con los que el océano descargaba su implacable furia contra los cimientos de la fortaleza. Caius

envidiaba a las olas su pasión y rabia, el frenesí sin paliativos que mostraban ante tan inamovible objeto. Cerrando los ojos, se imaginó durante un momento que

sentía las salpicaduras del mar en su cara, que éstas le comunicaban una parte

—

por pequeña que fuera— de su fuerza; pero no, él no era el mar, mientras que los obstáculos que se cernían sobre él tenían la misma solidez que un edificio de piedra.

—Vuestra lealtad es digna de encomio —dijo, volviéndose hacia los dos prisioneros—. De veras.

Dos exploradores ávices hincaban sus rodillas en el suelo de la mazmorra.

Estaban esposados por la espalda con pesados grilletes de hierro. Su plumaje, de

colores tan vivos, lo cubría ahora una gruesa capa de sangre y suciedad. El de la

izquierda, que tenía las plumas moteadas como un cárabo, osciló al tratar de levantarse. El ávix de al lado le recordaba a Caius a un halcón, pequeño, estilizado, con penetrantes ojos amarillos. A diferencia de su compañero no temblaba, sino que mantenía la firmeza e inmovilidad de una roca. Era más fácil

pensar en términos de las aves a las que se asemejaban que preguntarles por sus

nombres. Tal vez viéndolos como animales fuera más fácil lo que Caius sabía que tenía que hacer. El halcón le lanzó un escupitajo a los pies, manchándole las

botas con una mezcla de saliva y sangre.

—No os diremos nada.

Aun en presencia del Príncipe Dragón persistía en mostrarse desafiante.

Digno de encomio, en verdad.

Caius hizo una señal con la cabeza a los dos vigilantes situados a espaldas de los ávicen. Eran dragones de fuego, el regimiento más temible del ejército drakharin. Dos dragones para igual número de prisioneros, medio muertos de hambre: era una exageración, pero a veces había que dejar las cosas claras. Los dragones de fuego tomaron al búho por los brazos, ante la horrorizada mirada del halcón.

—Tú no —dijo Caius—, pero él sí.

Levantaron al búho, cuyos labios agrietados suplicaron piedad como si hubiera empezado a perder la razón. La escasa luz de las antorchas hacía brillar

la armadura dorada de los vigilantes, en cuyas pecheras danzaban los dragones

en relieve, al compás de las llamas. El búho siguió desvariando mientras lo arrastraban ante Caius. Lástima que el fragor del mar no silenciara del todo su voz.

Caius le puso una mano en la mejilla, pero con cuidado, para no presionar los verdugones. El búho se estremeció al ser tocado, y guardó silencio.

—Dime lo que quiero saber. —Caius se lo pidió en voz baja, suavemente, como si intentara sacar de su escondrijo a un animal asustado—. Te prometo que seré compasivo.

El halcón trató de ponerse en pie, pero uno de los dragones de fuego le dio una patada detrás de la rodilla que lo hizo caer de bruces en el suelo, convertido

en un ovillo de plumas y de rabia.

—De compasión no saben nada los dragones —afirmó el halcón con voz sibilante, y el fuego, en los ojos, de una rabia apenas contenida.

El dragón de fuego le puso un talón en el cuello para silenciarlo. Caius no le hizo el menor caso, ni apartó la vista del búho.

—¿Qué hacíais en Japón? Es un país dominado desde hace casi un siglo por los drakharin. ¿A qué habíais ido?

El búho se pasó la lengua por los labios agrietados, mientras repartía sus miradas entre Caius y su compañero caído.

Así no se consigue nada, pensó Caius, y apretó un poco la mano, lo justo para recuperar la atención del ávicen.

—Soy hombre de palabra, aunque hayas oído lo contrario —afirmó—. Si hablas os trataré a los dos con la debida compasión.

El búho tragó saliva, parpadeando a gran velocidad. Sus pupilas, exageradamente grandes, se dilataban y encogían a una velocidad digna de alarma. Su respuesta fue tan débil que Caius tuvo que agacharse para oírla.

—Nos envió el general.

Caius apretó tanto los dientes que se oyó cuando los rechinaba.

—El general. Altair.

El búho asintió con movimientos espasmódicos de la cabeza, idénticos a los del ave a la que se asemejaba.

Caius le acarició la mejilla con el pulgar. Un ligero temblor recorrió al ávicen desde los pies hasta las plumas erizadas de las sienes.

—¿Y qué os había pedido Altair?

—Traidor —le espetó el halcón a su compañero.

El dragón de fuego hincó de nuevo su bota, reduciendo a un borboteo de dolor las siguientes palabras del halcón. El temblor del búho creció hasta agitar

todo su cuerpo y transmitirse a las plumas de sus brazos. Intentó mirar a su compañero, pero Caius le sujetaba la cabeza.

—Sigue.

El búho se humedeció otra vez los labios y se mordisqueó un poco el inferior.

—El general... nos mandó a Kioto, a una casa de té donde vivía una vieja, pero ella no sabía nada de lo que buscaba Altair.

La mano de Caius se detuvo en la curva del cuello y acarició la piel con el pulgar, justo encima de donde latía agitada la vena.

—¿Qué es lo que buscaba?

—El pájaro de fuego.

Tuvo que hacer un esfuerzo por que su rostro se mostrara tan plácido e inexpresivo como en la corte. Hacía mucho que esperaba oír esa palabra en labios de alguien.

—¿Y encontrasteis algo aparte de a una humana de avanzada edad?

—No —respondió el búho, moviendo la cabeza con pequeñas sacudidas de pájaro—. Nada.

—Nada —repitió Caius.

Por supuesto. Nunca era nada.

Soltó al búho y se apartó, aguantándose las ganas de limpiarse la palma en el



muslo.

—Gracias. Tu cooperación será recompensada.

Hizo otra señal con la cabeza a los dragones de fuego, que se apartaron con el búho y pusieron al halcón en pie.

—Matadlos.

En los ojos del búho apareció la primera chispa de fuego que había visto Caius en ellos.

—Nos habéis prometido compasión.

—Y esto lo es —dijo Caius, que ya había empezado a darles la espalda—.

Vuestra muerte será rápida.

Dejó que se le cerraran los ojos, mientras los dos ávices eran conducidos a lo más profundo de las mazmorras. Seguía viendo con la misma claridad los extraños y grandes ojos del búho. La imagen, sin embargo, se desintegró por obra de los aplausos con que su público rompió finalmente el silencio.

Clap. Clap. Clap.

Se dio la vuelta. Tenía delante a su hermana Tanith, con su armadura dorada, que aun con el ornato de una capa de hollín y de herrumbrosa sangre resplandecía con intensidad. Los pocos mechones de cabello rubio que se habían

escapado de su trenza añadían un suave marco de oro a su semblante. La luz de

sus ojos carmesíes era la del regocijo. Suyos eran los dragones de fuego que habían interceptado a los dos ávices, y ella era quien los había hecho desfilar ensangrentados, quebrantados, ante Caius, con un celo que a él le daba grima.

Ensangrentada, Tanith era feliz; y una Tanith feliz era lo que a Caius menos le

convenía. Ni a Caius ni a nadie. En ningún lugar. Jamás.

Al menos uno de los dos ha disfrutado del espectáculo, pensó.

—Enhorabuena, hermano; empezaba a pensar que tus facultades habían

menguado. —Tanith se acercó, haciendo sonar la armadura. El pesado manto

escarlata que llevaba prendido en los hombros susurró con fuerza al arrastrarse

por el suelo de piedra—. De todos modos, por muy entretenido que haya sido el

espectáculo, sigue siendo una pérdida de tiempo descomunal. Es imposible

encontrar el pájaro de fuego, por la simple razón de que no hay ninguno.

Carece

de existencia, piense lo que piense cierto chiflado general ávicen.

Caius se deslizó una mano por el pelo oscuro, que en las últimas semanas había crecido mucho, y se preguntó si tanto desaliño no les parecería indigno de

un príncipe a sus cortesanos.

—Lo único que necesito es tiempo.

—El que tenías —replicó Tanith— ya lo has malgastado en la persecución de

un animal mitológico que no existe. Un animal mitológico que, te lo advierto, podría no ser ni tan siquiera un animal. Se está acabando el tiempo, y tus nobles

empiezan a cansarse.

—Soy su príncipe —repuso con dureza Caius—. Ya encontrarán tiempo por mí.

—Solo serás su príncipe mientras deseen ellos que lo seas. Y mientras te merezcas el título. —Tanith sacudió la cabeza, haciendo que su dorada trenza rozase una de sus charreteras. Aunque fueran mellizos, poco tenían en común más allá de unos pómulos marcados, salpicados de escamas de dragón. De los dos siempre había sido Caius el tranquilo, el estoico, el estudioso, frente a la pasión y furia de Tanith—. Harías bien en recordarlo.

—¿Es una amenaza? —preguntó Caius.

Con su hermana nunca se sabía.

—No, solo la verdad. —Tanith sonrió, pero sin rastro de efusividad—. Los dragones no tienen mucha fama de pacientes. Esta búsqueda del pájaro de fuego... es una insensatez, hermano.

Dándole la espalda, Caius se acercó a la recargada chimenea que dominaba la pared del fondo de la mazmorra. La flanqueaban dos dragones de piedra con las

bocas muy abiertas, que habrían dado la impresión de echar fuego por ellas de

no ser por que hacía horas que se había consumido el fuego y solo quedaban los

rescaldos. Oyó que Tanith cambiaba de postura a sus espaldas con la

impaciencia de siempre, y aunque fuera una mezquindad, la hizo esperar un momento antes de hablar.

—¿Estás poniendo en duda mi buen criterio? —preguntó mientras se

limpiaba las manos de barro con un trapo dejado en la repisa (el búho estaba

sucio).

Tanith resopló con su habitual falta de delicadeza.

—No sería la primera vez que me viera obligada a ello. ¿O se te ha olvidado...? ¿Cómo se llamaba, por cierto?

Caius se dio la vuelta hacia los dragones de piedra, de inexpresivas miradas esmeralda, pero no pronunció ningún nombre. Ni Tanith ni él lo habían olvidado. En el silencio pesaba lo no dicho.

—Eso fue hace tiempo —dijo en voz baja—, y no merece la pena recordarlo.

Se preguntó si Tanith sería capaz de detectar la mentira en su voz.

—Los que olvidan su historia —dijo ella, poniéndose a su lado para verle la cara— están condenados a repetirla. —Levantó una mano, de cuya palma brotó

un chorro de fuego. Un gesto de sus dedos hacia el interior de la chimenea hizo

revivir las brasas, que irradiaron un calor sofocante—. Ese pájaro de fuego será otra de tus meteduras de pata, y quien la solución seré de nuevo yo.

Caius apoyó las manos en la repisa y bajó la cabeza, ocultando su rostro a Tanith con la caída del largo flequillo. Estaba cansado; de la conversación, de intentar convencer a Tanith de la candente certidumbre que sentía sobre sus acciones y de ignorar las miradas mordaces y los susurros de curiosidad de los suyos a medida que pasaban los días sin nada que mostrarles.

—El pájaro de fuego existe. —Hacía cien años que cantaba la misma canción sin que Tanith se dejara convencer—. Existe y es nuestra única esperanza de ganar la guerra.

La mano que se posó en su hombro era pequeña, pero fuerte a causa de años

de manejo de la espada. Tanith debía de haberse quitado las manoplas, aunque

él no lo hubiera oído, entorpecido por el cansancio.

—El pájaro de fuego es un mito, Caius, un simple cuento de hadas. Has perdido de vista lo importante.

Pero cómo se podía ser tan descarada... Caius se volvió hacia su hermana.

—Si esto no es importante, si buscar el pájaro de fuego es una pérdida de tiempo y de recursos, ¿qué es lo importante? ¿Qué te parece a ti importante, Tanith, si no es poner fin lo antes posible a esta guerra?

—La victoria —dijo ella sin la menor vacilación. Para ella era fácil. Siempre lo

había sido. Era una sencillez que Caius le envidiaba. Qué reconfortante debía de

ser—. Sabes perfectamente que esta tregua es una farsa, y que tarde o temprano

estallará la guerra abierta, sobre todo si siguen enviando espías a nuestro territorio.

—¿Como nosotros al suyo?

—Lo dices como si se supusiera que la guerra es justa.

—Tan ingenuo no soy.

—Pues estoy por creérmelo —replicó Tanith—. Explícame otra vez cuánto tiempo y recursos has derrochado en esta búsqueda infructuosa.

—Ese gasto no lo considero yo un derroche. Intento ayudar a nuestro pueblo

a poner fin a la guerra, que es justamente el efecto del pájaro de fuego, según la

profecía.

—Lo mismo intento yo, pero las profecías no valen ni el papel en el que están escritas. Nuestro pueblo, Caius, necesita resultados tangibles, no cuentos de hadas.

Cuentos de hadas, pensó Caius; bendito el día en que no siga oyendo esas palabras.

—¿Te has preguntado alguna vez por qué luchas?

Tanith se encogió de hombros, mientras se reflejaba el fuego en su armadura sucia.

—Porque tengo que luchar. Esta cruenta disputa la empezaron los ávicen, y seré yo quien la acabe. Estaban tan ávidos de poder que nos robaron el nuestro.

Antiguamente los drakharin tenían magia suficiente para convertirse en dragones; dragones de verdad, Caius. Hubo un tiempo en que surcábamos los aires y lanzábamos fuego a nuestros enemigos.

Los labios de Caius esbozaron una sonrisa.

—A ver quién cita ahora cuentos de hadas.

Tanith ahuecó ambas manos y sopló. Una pequeña bola de fuego flotó sobre su piel como un fuego fatuo.

—Algunos aún respiramos fuego, hermano.

—Lo invocáis, que no es exactamente lo mismo —dijo Caius—. Además,

aunque fueran ciertos esos viejos cuentos, no por destruir a los ávicen recuperaremos lo que perdimos.

Tanith dio una palmada que apagó el fuego.

—Tú cree lo que quieras. Yo creo en lo que puedo ver y tocar. Aunque destruyendo a los ávicen no recuperemos lo perdido, me sentiré mejor. Quiero que se haga justicia a nuestro pueblo, y que se acabe la amenaza de los ávicen.

Eso es lo que debería preocuparte, Caius, no un ave mágica de la que leíste en un libro.

Caius se desentumeció el cuello y la espalda. Necesitaba dormir urgentemente.

—No lo leí en un libro, sino en varios, para que lo sepas.

—Sí, escritos en la mitad de los casos por los ávicen. Cuidado con tus fuentes,

hermano, que no son de fiar.

—Estoy harto de combates. —Aunque hablara en voz baja, estaba seguro de que su hermana le oía sin problemas; cosa muy distinta era que le escuchase —.

¿Tú no?

Era una tontería preguntarlo. Sabía muy bien la respuesta, pero no había podido contenerse.

Tanith ladeó la cabeza. La luz de las antorchas se posó en la delicada iridiscencia de las escamas que se dibujaban en sus pómulos. Lo miró

parpadeando, con unos ojos rojos que brillaban a la luz de la lumbre, y dio una

respuesta muy sencilla:

—No.

Quedó entre ellos, flotando en el aire, la palabra, como el escueto y acertado

resumen de unas diferencias que se acrecentaban desde hacía años. No siempre

había sido así. En otras épocas habían sido inseparables, rodeando aquella misma fortaleza a lomos de caballos invisibles o jugando a una guerra que apenas entendían, con romas espadas de madera que hacían chocar entre sí; pero la niña de dorados y rebeldes rizos, la de las manos regordetas y pringadas

de dulces, estaba en las antípodas de la mujer a quien tenía Caius delante en esos momentos, una mujer espléndida y terrible, orgullosa de ir manchada con

la sangre de sus enemigos. Al crecer, su hermana se había convertido en algo hermoso, fiero y completamente ajeno a él. A veces Caius echaba de menos a la

niña que había sido antes de que la forjaran años de batallas y efusión de sangre,

convirtiéndola en acero.

La mirada de Tanith se suavizó, y hubo un momento en que de nuevo fue su hermana; no su general, sino su hermana.

—Tenemos que actuar antes de que lo hagan los ávicen. Si seguimos

esperando, temo lo que ello supondría para los drakharin. Yo, como tú, deseo lo mejor para nuestro pueblo.



Caius se apartó de ella con un gran suspiro. Ya estaba cansado de su hermana y sus dudas.

—Gracias, Tanith, puedes retirarte.

Ella lo estudió con una dureza indescifrable en el rostro. Caius se dispuso a oír sus protestas por ser despachada de aquel modo. En tanto que oficial de mayor rango del ejército drakharin, Tanith estaba más acostumbrada a dar

órdenes que a recibirlas, pero había alguien a quien no superaba en rango: Caius, el Príncipe Dragón, el más joven elegido para el cargo, que ejercía desde

hacía un siglo. Años de guerra y de política habían demostrado que estaba a la

altura de aquella dignidad, y de vez en cuando había que recordarle a su hermana que no era en su cabeza, sino en la de su hermano, donde descansaba

la corona de los drakharin.

Pasó un minuto entero antes de que Tanith tendiera los brazos y esbozara una ligera reverencia.

—Como ordene mi príncipe.

Muy rico sería, pensó Caius, si fuese oro la falta de sinceridad de Tanith.

4

Eco se alegraba de no haber comido el burrito. Cuando la oscuridad del entrespacio dejó paso al suave y dorado resplandor de la habitación del Ala, su

estómago dio un vuelco como si estuviera en alta mar, a pesar de que el viaje no

había sido largo. El Nido quedaba justo por debajo de la biblioteca de la Quinta

Avenida, pero, que Eco supiera, solo ella, de todos los humanos, conocía su existencia. Viajar con el Ala sin la referencia de un umbral de confección humana siempre le daba la misma sensación. El Ala estaba tan imperturbable como de costumbre, con las plumas negras lisas y sedosas, igual de oscuras que

el propio entrespacio. Quizá tuviera una pequeña parte de él en su interior. Así

se explicaría que pudiera envolverse en él como con una capa, y viajar a donde

deseara con o sin umbral. Eco se tomó un momento para acostumbrarse,

mientras se deshacían en el aire como humo al viento las últimas volutas del entrespacio.

—¿Qué es eso de un pájaro de fuego? —preguntó mientras se hacía masajes circulares en la barriga para aliviar el mareo—. Yo creía que solo era un cuento

de hadas humano. Estoy casi segura de haberlo leído en un libro de cuentos populares rusos.

—Los buenos cuentos de hadas siempre contienen algo de verdad. —El Ala la

condujo al corazón de su pequeño nido, con su extraño despliegue de muebles,

tapices y cojines desparejados. Había cuencos de dulces estratégicamente

repartidos por la sala. Era legendario el gusto de los ávicen por lo dulce. Eco tenía muchos recuerdos en los que, sumida en el mar de cojines, le pedía al Ala

un cuento más y una galleta más antes de irse a la cama—. Y son bastantes los

mitos humanos que proceden de nuestras leyendas. Deberías oír lo que dicen de

mí. En algunas partes de Serbia dan el nombre de Ala a un demonio que se come a los bebés y controla el tiempo que hace. Bebés. —Acompañó la palabra

con una risa corta y seca, mientras tomaba asiento en el centro de la sala, en una

silla de mimbre, e invitaba a Eco a hacer lo propio—. Menudo disparate.

—Siempre he sabido que tenías gato encerrado. —Eco dejó en el suelo su

mochila y, tras tomar una galleta whoopie\* de una fuente, en la pequeña mesa de madera, se dejó caer boca abajo en un diván con tapicería de terciopelo bermellón, que olía un poco a lavanda. No había náusea que no curase una galleta whoopie —. Bueno —añadió con voz sorda y la cara hundida en el sofá—,

¿piensas decirme algo del papel misterioso que has sacado de la caja o qué? Me está matando este suspense.

El Ala sacó de su bolsillo el pergamino, que desdobló cuidadosamente con los

dedos.

—Esto, querida Eco, es el mapa más importante que con toda probabilidad verás a lo largo de tu vida.

Eco se irguió, apoyando los pies en el arcón de cedro antiguo que hacía las veces de mesa, y que siguiendo el estilo del Ala no hacía juego con ninguna otra

pieza de la habitación. Después tendió una mano y agitó los dedos. Al cabo de

un momento de vacilación, el Ala le hizo entrega del mapa, pequeño y de bordes irregulares, como si lo hubieran arrancado de un conjunto más grande.

Los pliegues eran blandos como el algodón, y los colores se habían reducido a una gama de sepias, pero algo de azul quedaba en un río que discurría por el centro, interrumpido por una frase en pulcros caracteres kanji. En la zona situada al oeste del río había una modesta casa rodeada por un círculo de tinta

marrón, que en otros tiempos debía de haber sido roja. Pasó los dedos por encima de los caracteres kanji, y aunque su conocimiento del japonés escrito no

fuera mucho mejor que sus nociones de mandarín, reconoció las palabras. Ya las

había visto bastantes veces en sus propios mapas, guardados en los atlas que merecían una sección propia en su sala de la biblioteca. La raya azul era el río Kamo, de Kioto. Cerca del borde inferior del mapa alguien había escrito unos cuantos renglones en mayúsculas bien dibujadas, junto a lo que supuso que sería

una fecha: 1915.

Leyó el texto, aguzando la vista.

—«Donde nacen las flores hallarás tu camino, atravesando oscuridad y

llamas, mas a no olvidar el precio te conmino, pues solo quien es digno por mi

nombre me llama.» —Ceñuda, levantó la vista hacia el Ala—. No entiendo

nada. ¿Por qué es tan importante un mapa de Kioto de hace un siglo que lleva

escritos unos versos raros?

El Ala tomó con reverencia el mapa entre sus manos.

—Conozco al ávicen que los escribió —dijo—, y creo saber por qué lo hizo.

Se levantó, dejó el mapa en la mesa de centro, entre ella y Eco, y se acercó a la estantería del rincón, con libros más apretujados de lo normal. Eco se acordó

de cuando los bajaba de la estantería, después de que el Ala la instalara en su casa, y leía los que entendía. Algunos estaban escritos en avicet, idioma que a Eco aún se le escapaba, pero el Ala se los había leído por las noches, traduciéndolos sobre la marcha. Eran en su mayoría textos de historia que

exponían en detalle el desarrollo de la cultura ávicen a lo largo de los años.

Algunos trataban de la migración de los ávicen hacia el este de Norteamérica, y

de los motivos por los que se habían quedado incluso después de que empezaran

a extenderse por la costa las metrópolis humanas, que los habían obligado a vivir

bajo tierra. Cuando Eco le había preguntado por la causa de su permanencia, el

Ala se había limitado a chasquear la lengua y a decir: «Llegamos nosotros primero». Algunos libros, pocos, exponían la estructura política de los ávicen (una oligarquía encabezada por un Consejo de Ancianos entre cuyos

integrantes, seis de los más viejos de la comunidad, se encontraba el Ala), mientras que otros, como el que había sacado el Ala de la estantería, se ocupaban de mitología esotérica. El tomo, encuadernado en piel y de unos ocho

centímetros de grosor, estaba escrito en una forma tan antigua de avicet que pocos podían leerlo.

—Un momento. Si este mapa lo dejó un ávicen, ¿por qué están los versos en inglés? —preguntó Eco.

—Tenía el inglés como primer idioma, como muchos de los jóvenes —  
repuso

el Ala—. Hoy en día se habla muy poco el avicet.

—¿Jóvenes? —Eco volvió a fijarse en la fecha—. Esto tiene un siglo.

—La juventud es un concepto relativo. —El Ala tomó asiento de nuevo y  
hojeó las desgastadas páginas del libro—. Aquí está.

Sus dedos se posaron en una ilustración, aproximadamente por el centro del  
volumen. La orientó hacia Eco, que al desconocer el avicet antiguo no  
entendió

las palabras, aunque la imagen le llamó la atención. Era un ave dibujada en  
tinta

de color rojo sangre, captada en pleno vuelo, con las alas doradas en alto y  
unas

plumas que en sus puntas se convertían en llamas. De las garras, que se  
elevaban

por encima de una montaña de cenizas, colgaban cintas de humo negro, y su  
pico estaba abierto, como en un graznido mudo.

—Esto —anunció el Ala— es el pájaro de fuego. —Señaló las palabras  
escritas

a mano debajo de la ilustración y tradujo—. «Cuando se pague el precio  
sabrán

mi nombre quienes sean dignos. Cuando dé el reloj la medianoche llegará el

final.»

—¿El final? —Eco frunció el ceño, mirando alternativamente al Ala y el libro

—. Empieza a parecer de mal agüero, y no sé si es el tipo de cosa que se me da

bien con el estómago vacío.

El Ala se inclinó hacia ella, seria y cariacontecida.

—Según nuestras profecías el pájaro de fuego traerá consigo el final de esta guerra con los drakharin, pero de qué final se trate dependerá de quien controle

el pájaro. —Dio un manotazo a las botas de Eco—. Y baja los pies de mi mesa.

—Para, para, no corras tanto —dijo Eco al apoyarlos en el suelo—. Explícame

cómo puede acabar un pájaro una guerra.

—El pájaro de fuego no es exactamente un pájaro.

—No, claro, sería demasiado obvio —masculló Eco, antes de darle un mordisco a la galleta whoopie—. Pues entonces ¿qué es?

Las plumas de los brazos del Ala se erizaron de contrariedad.

—No lo sabemos, al menos con exactitud. Hay quien dice que en realidad solo es una pluma de oro con la facultad de conceder deseos. Según otros es el

nombre de un ser que se extinguió hace mucho tiempo. Hasta hay un pequeño grupo de especialistas que creen que es un pájaro capaz de respirar fuego.

Eco enarcó una ceja.

—¿Como un dragón, por decir algo?

Los ojos del Ala brillaron de orgullo.

—Muy lista. Se tiene constancia de que a veces las mitologías ávicen y drakharin se solapan. Independientemente de su forma, lo que sabemos es que

no es bueno ni malo. Puede usarse para grandes cosas, pero no siempre es buena, la grandeza.

—Ya, ya. —Eco se untaba los dedos con el relleno de crema que sobresalía entre las tapas de chocolate de la galleta whoopie y luego se los lamía—. Un anillo para gobernarlos a todos. Ya lo pillo. Lo que aún no tengo claro es por qué

hace tanto tiempo que están en guerra los ávicen y los drakharin. Se odian, vale,

pero... no sé... ¿por qué?

El Ala se apoyó en el respaldo de su silla y se pasó los dedos por el largo y suave plumaje de su coronilla.

—Los drakharin consideran que la culpa de que hayan ido perdiendo poder con el paso de los años es de los ávicen, lo cual es una acusación espuria. Como

si existiera semejante posibilidad... Pero la desesperación puede llevar a dar por

ciertos verdaderos disparates. La magia corre por el mundo como un mar

invisible. Sube y baja como la marea. Cuando los drakharin percibieron que se retiraba la marea, quisieron poder echar la culpa a alguien; y como hacía



milenarios que entre nuestros pueblos existía una animosidad latente, nacida de querellas baladíes, los ávicen eran un blanco cómodo. Dudo que se urdiera así,

pero el caso es que fue creciendo la semilla de la idea hasta que no quedó nadie

que pusiera en duda su validez. La guerra se alimenta de ella misma, y el odio

engendra más odio. Poco importa la razón por la que estalló la guerra. Nos peleamos desde hace tanto tiempo que mucho me temo que ya no sepamos

hacer otra cosa. En mi fuero interno, sin embargo, sé que está cambiando la marea. El pájaro de fuego no es una simple leyenda que se cuenta a los pequeños ávicen antes de irse a la cama. Está surgiendo. Lo percibo como se ve

crecer una ola en el horizonte.

—Has sacado mucho provecho a la metáfora marina. Estoy impresionada — dijo Eco.

El Ala suspiró.

—¿De todo tienes que hacer broma?

—Solo de lo importante. —Eco se encogió de hombros—. Bueno, está bien, pongamos que existe, el pajarraco ese de fuego. ¿Qué vamos a hacer?

—Nosotras nada. —Sacudiendo la cabeza, el Ala recorrió la habitación con su

mirada hasta que la fijó en un aparador oscuro de nogal tan lleno de velas de todas las formas y tamaños que la suma de sus llamas emitía la misma luz que una gran hoguera—. De momento no se lo digas a nadie. No me convendría que

se enterase el general de que tengo esto.

—¿Altair? —preguntó Eco—. ¿Qué tiene que ver?

El Ala apretó los labios y resopló de contrariedad.

—Solo te diré que hace ya cierto tiempo que Altair se interesa por el pájaro de

fuego. Es lo que podríamos llamar un creyente de los de verdad, y hace más de

un siglo que tiene entre sus prioridades la búsqueda del pájaro de fuego. Hubo

una época en que los otros miembros del Consejo de Ancianos estaban de

acuerdo con él. Altair logró convencer incluso a los escépticos más

empedernidos. Hace cien años se decidió por votación que la búsqueda justificaba una operación militar.

—¿En serio? —preguntó Eco—. Pues no me imagino a los consejeros responsables de cosas como la distribución de la comida y la vivienda pronunciándose a favor de chanchullos militares.

La expresión del Ala se endureció.

—Cinco de los seis consejeros votaron por poner en marcha un operativo cuya única misión era encontrar el pájaro de fuego. El único en desacuerdo fui

yo.

—¿Por qué? —inquirió Eco—. ¿No sería bueno encontrar el pájaro de fuego?

—Para mí el problema no era encontrarlo —respondió el Ala—. Dudaba de que Altair fuera la persona más indicada para controlarlo, y sigo dudándolo. El

gobierno ávicen lo encabeza el Consejo, pero cuando se lo propone Altair puede

ser muy convincente. Me temo que en sus manos el pájaro de fuego se convertiría en un arma. Tengo la esperanza de que se resuelva algún día este

conflicto, pero prefiero buscar la paz, no más muerte. —Señaló el mapa—. Las anotaciones de este mapa las hizo aquella espía. —Hizo una pausa, y durante un

segundo pasó por su rostro una pena fugaz, hasta que recuperó la compostura.

Eco tuvo ganas de preguntarle qué sucedía, pero ya no hubo ocasión. El Ala siguió hablando—: El último comunicado que recibimos de ella estaba enviado desde un refugio de Kioto que controlaban los ávicen hasta la década de 1920,

cuando los drakharin nos arrebataron el territorio. Tras la desaparición de la espía se perdió la pista del pájaro de fuego, y poco después el Consejo dejó de interesarse por la esforzada búsqueda de Altair. Desde entonces ha enviado una

o dos veces espías a Kioto, pero los drakharin han extremado hasta tal punto la

vigilancia de sus territorios que a los ávicen se les hace poco menos que imposible entrar sin ser detectados.

Eco asintió con la cabeza. El Ala siempre había sido sincera con ella, pero era la primera vez que le facilitaba tanta información sobre el funcionamiento interno del gobierno ávicen.

—Vale, seré una tumba, pero si te lo preguntara Altair, ¿no podrías decirle que no se meta en lo que no le importa?

El Ala suspiró.

—Por desgracia, cariño, el gobierno en comité funciona de otra manera.

Altair y yo formamos parte del Consejo, y en ese sentido nuestra palabra tiene el

mismo peso.

—Ya, pero lo lógico sería que si eres imbécil bajara un poco el peso de tu palabra —dijo Eco.

El Ala chasqueó la lengua, pero no pudo reprimir una leve sonrisa. Su antipatía hacia el general venía de lejos, y era un secreto a voces.

—Ojalá fuéramos una dictadura, como los drakharin.

—Sí, yo creo que serías una dictadora muy benévola —convino Eco—. Al menos durante unos años. Antes de que te saliera el Stalin que llevas dentro.

—

Se comió el último bocado de la galleta whoopie—. El poder corrompe.

—Te agradezco el voto de confianza —repuso el Ala—, pero ahora mismo te agradecería más un poco de silencio, mientras pienso qué hacer. Si dejaron así el

mensaje, en vez de mandárselo a Altair, fue por algo.

—¿Crees que el pájaro de fuego está en Kioto? —preguntó Eco.

El Ala sacudió la cabeza.

—No, porque entonces Altair lo habría encontrado hace años. —Suspiró profundamente, señalando la puerta—. Necesito tiempo para pensar. Vamos, vete.

—Yo encantada. —Eco se levantó del diván—. Tengo una bolsa de caramelos robados que sola no se comerá.

Se echó al hombro la mochila y fue hacia la puerta. Con la mano en el pomo se volvió para mirar al Ala, que estaba encorvada sobre el mapa. Habría querido

preguntarle muchas cosas, pero nunca la había visto tan triste, y no quiso ser indiscreta.

—Oye, Ala...

—Mmm —dijo esta, pero sin apartar su mirada del mapa.

Eco dio unos golpecitos con los dedos en el pomo. Una es pena, dos contento.

—¿A la persona que enviaron en busca del pájaro de fuego... la conocías mucho?

El Ala hizo el esfuerzo de no mirar el mapa, y al fijarse en Eco parpadeó como

si saliera a flote desde el fondo de una piscina. Respondió con una voz lejana, como lastrada por la tristeza:

—Creía que sí, aunque a veces me pregunto si es posible conocer de verdad a la gente.

\* Galleta hecha con dos tapas de chocolate con un relleno de crema entre las dos. (N. del T.)

A solo dos pasos de la puerta del Ala, Eco fue asediada por una pandilla de niños. Si de la educación que recibían de los ávicen adultos hubiera dependido,

podrían haber sido criados por lobos. Se aferraban como mendigos a las piernas

de Eco, requiriendo a gritos su atención. Las suaves plumas que formaban penachos en sus brazos y cabezas eran de todos los colores posibles: tonos zafiro,

como el plumaje de los azulejos; rojo intenso, como el de los cardenales, y hasta

el suave rosa chicle del flamenco. Y todos los niños, sin ninguna excepción, trataban de hacerse oír por encima del resto.

—¡Eco, Eco!

—¿Qué nos has traído?

—...hay caramelos, dijiste que traerías caramelos, la última vez no trajiste caramelos...

—...Eco, me ha empujado Flint, y luego yo le he estirado las plumas, pero él...

—¡Basta, basta! —vociferó entre risas Eco—. Sí, os he traído caramelos. — Se elevó una ovación de la pequeña multitud—. Y tú, Flint, no empujes a nadie; si

te gusta Daisy tendrás más posibilidades diciéndoselo con amabilidad... — Un

pequeño ávicen de plumas rojas rezongó en son de protesta—. Y tú, Daisy, maja,

si alguien te pega se lo devuelves, como te enseñé.

Sacó de su mochila una bolsa de papel llena de caramelos de muchos colores.

—Tomad, fierecillas. —Se la lanzó a la horda de pequeños ávices—.

Comedlos todos a la vez, a ver si os da dolor de barriga; así aprenderéis lo peligrosa que es vuestra glotonería. Bichejos.

De uno de los arcos por donde se penetraba en el Nido brotó una suave risa.

Eco sonrió de oreja a oreja al ver a un ávices cuyas plumas blancas y ojos azabache como de paloma le eran conocidos.

—Se os saluda —dijo con una exagerada reverencia—, hermana de distinto padre.

—Se os saluda, Eco, reina de los huérfanos. —Ivy se inclinó. Amigas íntimas desde el día en que Eco, siendo aún una niña, había llegado al Nido, compartían

lazos que solo pueden crearse a los siete años. Ivy saludó con la mano a Daisy,

que apartó a Flint el tiempo necesario para devolver el saludo y mostrar su dentadura alrededor de un trozo muy rosado de caramelo—. Para estos niños

eres como Oliver Twist.

Eco se desenzarzó de la tropa de niños, cuyo interés por ella se había desvanecido un segundo después de les hubiera entregado los caramelos, y se acercó a Ivy para tomarla por el brazo.

—Siempre me he visto más bien como Jack Dawkins. —La hizo bajar por la escalera de piedra que las conduciría al corazón del Nido. El diseño de este último se parecía un poco al de una rueda de carreta: todos los caminos convergían en el centro, el cual albergaba la enorme puerta que constituía el

principal punto de acceso de los ávicen al entrespacio, y a partir de él al resto del mundo—. Oliver Twist eres tú.

—Lo que tú digas, Dawkins. —Ivy se rió—. Me imagino que los caramelos los

habrás robado.

—Liberado. —Eco hurgó otra vez en su mochila hasta cerrar los dedos en torno a un pastelito de miel muy bien envuelto—. Y también he liberado esto.

Se lo dio a Ivy, que tras vencer rápidamente con sus dedos eficaces la resistencia del envoltorio de papel rosado dio un mordisco de indecentes dimensiones.

—Por favor, señor —dijo con la boca llena—, ¿me da otro?

—Puaj. —Eco arrugó la nariz. Alguien tenía que conservar ciertas apariencias

de urbanidad—. Parece que hayas crecido con un déficit de supervisión adulta.

—¿Qué, ya has estado leyendo otra vez esos librotos tuyos, esos con palabras largas y rebuscadas? —Ivy se tragó de una tacada todo el pastel, como si no se hubiera molestado en masticarlo—. Ah, y es exactamente como dices.

Eco no era el primer niño perdido a quien el Ala había tomado bajo su protección, y sospechaba que tampoco sería el último. La guerra era experta en

crear huérfanos. Como Daisy. Y Flint. Y Ivy. Por el pasillo, de luz cálida, saludó

con la cabeza a los pocos conocidos ávicen que se cruzaron con ella. Vio a Tulip,



de plumas verdes, que se ganaba la vida vendiendo toda clase de chismes, desde

botones a juegos de té desaparejados. A una ávicen de edad más avanzada, Willow, que iba siempre con bufandas de colores vivos y se ganaba unos dólares

cantando en el metro. A Fennel, de ojos azules, coleccionista obsesivo de pajitas

moradas.

—La verdad es que tengo ganas de fiesta —dijo Eco.

—¿Qué pasa, te va bien el negocio del robo? —preguntó Ivy.

—«Bien» sería exagerar. He tenido un topetazo con un brujo y un par de policías, y he logrado escapar de puro milagro.

Las cejas de Ivy se juntaron de preocupación.

—Eco...

Esta la tomó por la mano para hacerla girar. Fue idéntico a como hacía girar

Fred Astaire a Ginger Rogers. La fuente de conocimientos de baile de Eco era exclusivamente la colección de películas antiguas de la biblioteca.

—No te pongas tan nerviosa, Ivy, que acabarás poniendo un huevo.

Ivy se apartó dando vueltas, al compás de una canción que solo oía ella.

—Encima de sobado tiene poca gracia, el chiste.

—Qué va —replicó Eco—. Pero, bueno, la cuestión es que he conseguido el botín, he vuelto de una pieza y se me ocurre que habría que tomar algo para celebrarlo.

Ivy resopló por la nariz.

—Ja. Botín.

—Eres una ceniza.

—Bueno, bueno —dijo mientras dejaba de girar y se plantaba delante de Eco en precario equilibrio.

Habían llegado a la puerta, un prodigio arquitectónico que a Eco siempre la dejaba con la boca abierta. Dos cisnes negros de hierro delicadamente trabajado

levantaban los cuellos y juntaban los picos en la parte superior, formando un arco. Sostenían en sus lomos dos grandes braseros de hierro colado con fuegos que nunca se apagaban. Eco y Ivy se pusieron en la cola. Tenían a dos ávices delante, uno tan ancho como alto (que no era mucho decir) y el otro una mujer

mayor y señorial, con el plumaje de un bonito color rosa grisáceo.

—¿Decías que tenías ganas de fiesta? —Ivy avanzó justo cuando la mujer

ávicen echaba su puñado de polvo en un cuenco de fuego. Después cruzó el aire

que temblaba entre los cuellos de los cisnes, y surgió una nube de humo negro.

Al dispersarse el humo ya no estaba la mujer—. Dicen que en esta época del año

Londres está precioso.

Eco sopesó la bolsa de polvo de sombra que tenía en el bolsillo: lo justo para el viaje.

—¿Maison Bertaux?

Ivy asintió con la cabeza.

—Maison Bertaux.

6

Maison Bertaux estaba en una calle estrecha del Soho, encajada entre un restaurante hindú y un pub a la vieja usanza inglesa, claro microcosmos del Londres actual. En su escaparate, adornado con banderas británicas de alegre flamear, se amontonaban pastas de todo tipo: delicadas esculturas de mazapán,

profiteroles chorreantes de crema pastelera, pasteles de chocolate de pecaminosa

densidad, tartas de fruta tan dulces que explotaban en la lengua...

Ivy dedicó exactamente tres minutos y medio al examen de la decadente

panoplia de dulces antes de pedir. Al final siempre optaba por lo mismo, un té

de menta y un petisú, pero eso no le impedía entretenerse en la vitrina para sopesar las virtudes de las pastas, sin dejarse ni una sola de las que ofrecía Maison Bertaux (costumbre entrañable, si bien algo molesta). Eco pidió un profiterol de crema para acompañar su tetera de una sola dosis. Subieron con las

pastas en la mano al piso de arriba, donde por suerte no había nadie, y se sentaron a su mesa favorita, la del rincón del fondo, con un tablero de ajedrez pintado a mano y una ventana con vistas a la calle.

Sentada enfrente de Eco, Ivy rodeó la taza con las manos enguantadas, y aspiró el dulce aroma que desprendía el té caliente. Eco sabía que los párpados

de su amiga, ocultos por las gafas de sol que se ponía para esconder sus ojos no

humanos, se habrían entornado de placer. Ivy había echado varias cucharadas de azúcar en el té, tantas que Eco, que había dejado de contar a partir de la cuarta, se preguntó si en la taza quedaba algo de té. Nunca entendería que pudiera tomárselo con el enorme petisú que había pedido. Felizmente su Earl Grey estaba a salvo del azúcar. Vertió una cantidad mínima de leche en la taza y

removió las nubes blancas hasta conseguir un suave tono beis arena. La perfección.

—Vaya —dijo Ivy, sorbiendo con delicadeza su agua de azúcar. Señaló con la

barbilla algo a espaldas de Eco—. Visita.

Dos manos taparon suavemente los ojos de Eco, que no había tenido tiempo de darse la vuelta. La voz que las acompañaba casaba con ellas a la perfección: cálida y firme, despertaba en ella un cosquilleo en el estómago.

—Adivina quién soy —dijo la voz en su oído, incorpórea, susurrante, deliciosa y demasiado próxima.

En su mejilla se posó un beso ligero cual pluma.

—Mmm... —caviló Eco—. ¿Abraham Lincoln?

Las suaves ráfagas de risa hicieron que se estremeciese desde la punta de los dedos de los pies hasta las raíces del pelo. Era dolorosa la facilidad con que hacía desmoronarse sus entrañas como fichas de dominó, aunque ya llevaran saliendo

dos meses. Que no se entere nunca, pensó. Se conocían desde los siete años, igual que con Ivy, y a pesar de su nueva relación de vez en cuando se imponía

por su peso la amistad, y él actuaba más como amigo que como novio, tomándole el pelo sobre aquel cosquilleo en el estómago, aunque al mismo tiempo le encantara su existencia.

—No —respondió.

A Eco no le hizo falta ver la cara de Ivy para saber que había puesto los ojos en blanco, hasta el punto de que probablemente se viera su propio cerebro.

—Esto... ¿Spiderman?

Las manos desaparecieron. La intensa luz de la tarde hizo parpadear a Eco.

Ivy estaba de bruces en la mesa, presa de un ahogo teatral.

—No —contestó el dueño de la voz incorpórea mientras se sentaba al lado de Eco—. Solo Rowan, tu amigo y vecino. Aunque considero que me quedaría muy

mono el spandex.

Se reclinó en el banco, cruzando los tobillos de sus largas piernas y apoyando los codos en la mesa de detrás.

El tinte dorado de su tez morena estaba hecho para el sol del atardecer. A Eco siempre le había parecido una lástima que tuviera que esconderla casi toda bajo

tantas capas. Por muy liberal que fuera Londres, las plumas pardas de Rowan habrían causado un gran revuelo, incluso en el Soho. El corto y elegante plumaje

que ocupaba el lugar del pelo estaba oculto por un gorro de lana, y unos guantes

de punto sin dedos escondían las plumas de los nudillos. La chaqueta, con la cremallera cerrada casi hasta el cuello, solo dejaba ver un triángulo de piel dorada en la garganta. Eco se centró en él como un halcón en su presa. Un brillo

en los ojos marrón claro, tan humanos como los de Eco merced a algo de mezcla

genética entre sus antepasados, indicó que se había dado cuenta. Eco no sabía muy bien cuándo había pasado de creer que le daban repelús los chicos a estar

tan colada por él que el cataclismo de sus sentimientos habría podido arrasar ciudades enteras, pero lo cierto era que todo había salido bastante bien, gracias a la afortunada circunstancia de que también él estaba colado por ella hasta extremos de destrucción urbana. Las últimas ocho semanas habían sido las más

felices de toda la vida de Eco, aunque hubiera cambiado un poco la dinámica del trío: entre Ivy y Rowan habían surgido muchas tensiones, y Eco sabía que la

culpa la tenía aquella relación en ciernes.

Ivy fingió que vomitaba encima de la mesa.

—Hola, Rowan —dijo—. ¡Anda, Ivy, qué alegría verte! Siéntate. Bueno, no te

digo que no. Ah, y de paso me como un trozo de tu petisús, que cuesta un ojo de la cara.

Lo dijo justo cuando Rowan mordía la pasta, sonriendo. Eco se reprochó

haber visto cómo se le quedaba un poco de crema en el labio inferior, y más se

reprochó haberse fijado en cómo salía su lengua a pillarla. Si sus hormonas

hubieran tenido cara, les habría dado una bofetada.

—¿Qué trae a un establecimiento de tanta solera al recluta más prometedor del ejército ávicen? —preguntó.

Rowan no engañaba a nadie con sus aires cohibidos y de falsa humildad, pero de todos modos a Eco le gustaba.

—He pasado a verte por donde el Ala. —Su sonrisa era todo dientes blancos y

encanto natural. Deslizó lentamente la mano por la mesa hasta posarla sobre la

de Eco. El contacto de sus pieles era eléctrico. Eco se preguntó si se le pasaría alguna vez la novedad—. Y me ha dicho que podría encontrarte aquí. Se ha suspendido hasta mañana la instrucción de halcones de combate. — Soltó la

mano de Eco para acompañar la pasta con un sorbo de té. Imposible saber cómo

lograba volver entrañable el robo de comida—. Se rumorea que un

destacamento de exploradores desapareció hace un par de días. Es en lo que está

ocupado Altair. Tampoco viene mal un poco de descanso.

Sus dedos, largos y elegantes, sostenían la taza como si fuera de la más valiosa

porcelana china. Eco se la quitó de la mano para rellenarla.

—No sabía que Altair conociera el sentido de la palabra «descanso» — confesó.

Rowan se encogió de hombros y volvió a acercar la mano al petisú de Ivy, que

se la pinchó con el tenedor, frunciendo el ceño de un modo que desentonaba con la delicadeza de sus facciones.

—Es duro pero justo —dijo él, frotándose el dorso de la mano.

Puso ojitos de cachorro a Ivy que, sin embargo, era inmune a aquellas cosas y,

a diferencia de Eco, lo había sido siempre, incluso de pequeños, cuando Rowan

tenía la costumbre de robarles sus pegatinas con olor. Y eso que el encanto de sus hurtos, por aquel entonces, era ligeramente menor.

—Uf, no te molestes —masculló ella—. Ya veo que el lavado de cerebro empieza a funcionar. ¿Cuánto tiempo llevas en el ejército? ¿Dos semanas? Casi no has cumplido ni los dieciocho y ya te han comido el tarro.

Eco se tapó la cara con las manos.

—No empecéis otra vez, por favor. Me gustaría pasar una tarde sin tener que acordarme de ninguna guerra, por muy fría que sea, o no sé qué rollos. Solo una

tarde. Solo... una. —Con un gesto de la mano abarcó el recargado comedor, con

sus dibujos con ceras inspirados en Basquiat, sus esculturas en relieve con hilos y chinchetas y los claveles de colores vivos que adornaban las mesas—. Por una vez me gustaría poder tomar tranquilamente una taza de celebración con mi mejor amiga y aquí mi pretendiente. —Agitó la taza en alto, vertiendo un poco

de Earl Grey. Aún se le hacía un poco demasiado real llamarlo «novio» de



viva

voz y en compañía. La palabra nunca salía de su boca sin el acompañamiento de

una risita. Y Eco no era de risitas. Podía reírse, carcajearse, de vez en cuando hasta desternillarse, pero risitas ni hablar. No, por Dios—. Se me está pasando el

hambre con vuestras discusiones —añadió para más énfasis.

—Sí, claro, a ti se te va a pasar el hambre —repuso Ivy.

—Mira, tía —dijo Eco mientras recogía un poco de crema de su plato—, cuando sepas lo que es pasar hambre nunca volverás a rechazar comida.

Incluso a través de la tela del vaquero se notaba el calor de la mano que apoyó Rowan en la rodilla de Eco. Sus ojos se pusieron de aquel tono gris verdoso que tanto le gustaba. Levantar la ceja izquierda era su manera de preguntar en silencio «¿Estás bien?» La respuesta de Eco fue sonreír en señal de

que sí. Años atrás, cuando los había presentado el Ala, Rowan estaba comiendo

una magdalena, parte de cuyo glaseado le había embadurnado la cara. Al

sorprender a Eco contemplando la pasta que se deshacía en su mano, le había ofrecido sin vacilación alguna la mitad restante. Eco pensó que la comida era el

cimiento de las mejores amistades. Rowan apretó una vez, rápidamente, su rodilla. Después plantó los codos en la mesa y se dirigió a Ivy:

—Oye, Ivy, que el lujo de ser aprendiz de sanadora, con todas las comodidades, no lo tenemos todos. Ya que tengo que recibir órdenes prefiero

que sean de Altair, que no es mal tío, penséis lo que penséis los jipis con vuestra manía de ir dando abrazos a los árboles.

—Pero ¿es verdad que los jipis abrazaban árboles? —preguntó Eco, mientras secaba algunas gotas prófugas de té en la mesa.

Ivy abrió la boca, sin duda para decirle a Rowan algo hiriente, pero Eco le dio una patada por debajo de la mesa y le clavó la punta de la bota en la espinilla.

Las gafas de sol de Ivy no paliaron la fuerza de su mirada asesina. Bueno, daba

lo mismo. Eco podía soportar malas miradas, siempre que fueran silenciosas.

Rowan suspiró con las manos en alto, como si se rindiese.

—Ivy, que no he venido a pelearme.

—Perdonado —contestó Ivy.

No le sentaba nada bien la altivez, así que Eco le clavó por segunda vez la bota en la espinilla.

El resto del petisú de Ivy fue sustraído del plato sin que la interesada tuviera tiempo de reaccionar. Los megavatios de la sonrisa de Rowan habrían podido iluminar todo un país.

—Tampoco he venido para que me perdonen.

Eco le hincó suavemente el codo en las costillas, moviendo la mano como si quisiera coger el petisú. Rowan lo partió en dos mitades y le ofreció la que era algo más grande. Ella la aceptó con una sonrisa y la convicción de que viniendo

de él estaría más buena. Ivy parecía a punto de atragantarse por la traición.

—Pues entonces, ¿para qué has venido, si se puede saber? —preguntó Eco, haciendo caso omiso de las dagas que arrojaba Ivy por los ojos.

—Ya te lo he dicho, para verte —respondió Rowan mientras le plantaba un beso en los labios. Se puso de pie y levantó mucho los brazos para desperezarse,

haciendo subir la camisa, que descubrió una franja de piel entre la chaqueta y la

cintura. Seguro que lo hacía a propósito, pero lo curioso fue que a Eco no le molestó—. Y para decirte —añadió, sonriendo— que te busca el Ala. Dice que te

necesita, no sé para qué.

Sacó de su bolsillo trasero una cartera de piel muy gastada y dejó sobre la mesa un billete de cinco dólares. No acertó ni en la cantidad ni en el país. Aun

así Eco agradeció el gesto.

—¿Vuelves? —preguntó—. Porque iría contigo.

A espaldas de Rowan, Ivy miró a Eco sacudiendo la cabeza, gesto que Eco se esmeró en ignorar.

—¿Y eso que tenías que hacer, Ivy?

Perpleja, Ivy arrugó la nariz.

—¿El qué?

Las amigas íntimas deberían leerse mejor el pensamiento, pensó Eco. Solo

quería estar un rato a solas con Rowan, pero para eso había que conseguir que Ivy pillara el mensaje telepático.

—Lo que me dijiste que tenías que hacer. Aquello.

Ivy asintió con un pequeño suspiro.

—Ah, sí, es verdad, aquello. Lo que tenía que hacer. Que no es... aquí.

Eco sonrió agradecida. Estaba en deuda con ella, pero bueno, tarde o temprano se nivelaría la economía de la amistad. Aportó dinero propio al montoncito de la mesa y se aseguró de poner bastante tanto para el petisú robado como para el té de Ivy.

—Pues espero fuera —dijo Rowan.

Se fue tranquilamente, guiñando un ojo y saludando a Ivy con la mano. Eco lo miró por detrás, con el vaquero ceñido a todo lo que tenía que ceñirse. Ivy hizo el mayor ruido posible al sorber el resto de té.

—Francamente, Eco, sigue siendo el crío insoportable capaz de robarle todas las magdalenas glaseadas al Ala. No sé qué le ves.

Calipigia, pensó Eco viendo cómo se iba Rowan. Aplícase a quien tiene el culo

bonito. Antes de responder dedicó unos momentos al disfrute de tan bello paisaje.

—Francamente, Ivy, yo no sé qué no le ves.

7

Caius estaba en una cama, pero no en la suya. Su cabeza descansaba en una almohada mullida y de olor dulce, no en el escritorio de caoba oscura en el que

tenía el vago recuerdo de haberse quedado dormido. El ruido de gaviotas al

otro

lado de la ventana, y el calor del sol en su rostro, bastaban para indicar que aquello era un sueño. Sobre la Fortaleza del Guiverno siempre había nubes, y hacía años que no se veían aves en el extremo norte de Escocia. Las pocas que lograban cruzar las salvaguardias (que impedían ser vistos por los humanos) eran

abatidas por los arqueros drakharin. Nunca se sabía la forma que podían tomar

los espías ávicen.

Junto a Caius, la sábana retenía aún el calor del cuerpo que había estado a su lado. Apoyó una palma en el suave tejido y rodó hasta hundir la cara en la almohada contigua. Quedaban vagos rastros de su olor. Ella se había reído al ver

que Caius metía la nariz en las plumas de su cabeza, diciendo que olían a peras.

Cosa extraña, había dicho Caius, oler a peras llamándose Rose.

—Odio las peras —había respondido ella, pero con una sonrisa. Y Caius no pedía más.

No tenía frío, y estaba contento. Hacía sol y cantaban los pájaros. Ninguno de los dos corría peligro. No le hizo falta nada más para convencerse de que era todo irreal.

Al entreabrir los ojos recibió el asalto de la intensa luz de la mañana. Sabía, sin verla, que Rose estaba cerca, sentada junto a la ventana. Una suave brisa agitaba en su cabeza el contrastado plumaje de franjas negras y blancas. Cantaba

en voz baja para no despertarlo. Sonriendo perezosamente, Caius se sumó a la dulce canción, sin afinar demasiado. Entonces Rose se dio la vuelta hacia

él con

una leve y secreta sonrisa que jugaba con las comisuras de sus labios. Era un momento hermoso, como ella, un momento sereno como el agua en calma.

Y fue entonces, por supuesto, cuando bruscamente el mundo se incendió.

«Ese pájaro de fuego será otra de tus meteduras de pata, y quien la solucione seré de nuevo yo.»

Así solucionaba las cosas Tanith: con fuego, sangre y muerte.

—¡Caius!

Bajó trastabillando de la cama y se lanzó hacia Rose, pero tropezó con los trozos de cristal desperdigados por el viento y las llamas que habían irrumpido a

través de las ventanas, sembrando el suelo de esquirlas. Los dientes de sierra se clavaban en su piel, pero Caius apenas reparó en el dolor. ¿Cómo iba a reparar

en nada, si Rose gritaba, ardía y se moría? Intentó cogerla, pero estaba demasiado lejos. Se habían incendiado las cortinas, que no le permitían verla.

Caius pronunció su nombre a gritos, pero no pudo llegar hasta ella. La habitación era pasto de las llamas, y Rose se estaba muriendo.

—¡Caius!

Una fuerte mano lo sustrajo de la pesadilla. Levantó de golpe la cabeza.

Arrodillado al lado de la silla, el capitán de su guardia le sujetaba el hombro con la fuerza de un torno de hierro.

—Dorian —dijo Caius, pasándose las manos por la cara para ahuyentar el

sueño.

El flequillo gris plata no hacía más que rozar la parte superior del parche que llevaba siempre Dorian en un ojo. El otro, el sano, tenía el azul cerúleo del Caribe mezclado con el de un mar iluminado por estrellas. Bajo según qué luz se

le poblaba el iris de motas verde azuladas. Lo del otro ojo era una lástima, y no

solo por la pérdida de percepción de profundidad. Pese a que el parche estuviera

respunteado de un color zafiro que complementaba los azules y platas de la túnica, ya hacía tiempo que la perfección del rostro se había estropeado por culpa de la herida sufrida en la última batalla abierta entre los ávicen y los drakharin. Los labios de Dorian se torcieron en una sonrisa desigual que tensó las cicatrices blanquecinas de su mejilla. La sonrisa no se contagiaba a su ojo, pero Caius se quedó con lo que pudo.

Necesitaba un momento para orientarse. Nada de cabañas junto al mar, ni de cortinas incendiadas, ni de fantasmas que gritaban: estaba sentado detrás del escritorio de caoba de su biblioteca, en el mismo lugar donde se había quedado

dormido, entre altos estantes con montones de libros que había tardado siglos en coleccionar. Contra los rollos de pergamino amarillento se apretaban atlas encuadernados en piel. También había finos tomos de conjuros, sobre

voluminosas guías dedicadas a las más variopintas disciplinas, desde la alquimia

medieval a la cosmología moderna. Nada se oía salvo el chisporroteo de las llamas en la recargada chimenea de piedra de la biblioteca. En torno a las llamas

danzaban guivernos con sus garras, y salamandras que exhalaban nubecillas

de humo, y nagas que reptaban en alguna orilla, y nixes que nadaban bajo aguas de

mármol. Si Caius entornaba los ojos, la ondulación de las llamas hacía que las tallas parecieran moverse.

—Caius.

Era la voz de Dorian, pero tras ella se escondía un eco del grito de Rose.

Cerró los ojos y se concentró en respirar. Inspirar, espirar. Inspirar, espirar. Todo estaba en su cabeza. Solo era Dorian quien hablaba. Solo Dorian.

—¿Te encuentras bien?

Asintió.

—Sí —dijo con voz rota. El sueño se pegaba como una película a su piel. La chimenea estaba encendida. El olor a madera quemada era una tortura de una índole muy especial—. Sí, estoy bien.

Falso.

—No lo parece —repuso Dorian.

Hacía demasiado tiempo que eran amigos. Caius no le había oído entrar en la biblioteca. Ni siquiera había oído cerrarse la puerta, a pesar de que sabía con certeza que las bisagras estaban oxidadas sin remedio.

—Me has llamado —dijo Dorian con las cejas muy juntas—. ¿Te acuerdas?

¡No estarás chocheando, ahora que eres mayor!

—Tenemos prácticamente la misma edad, Dorian.

Entre los drakharin, doscientos cincuenta años estaban lejos de considerarse como una edad propecta. Aun así, Dorian era tres meses más joven y nunca



permitía que Caius lo olvidase. Pareciéndole adecuado que el príncipe más joven

de la historia drakharin tuviera el más joven capitán de la guardia, Caius había

dispuesto el nombramiento de Dorian como primera medida de gobierno.

Se desperezó con un crujido de la espalda, y al echar hacia atrás la cabeza vio

los frescos del techo de la biblioteca. Narraban una batalla ya olvidada, con colores no menos desvaídos sin duda que el recuerdo de sus heroicos

protagonistas. Un dragón de escamas verdes lanzaba fuego contra una bandada

de pájaros, llenando el techo de vivas estrías anaranjadas y doradas. Apartó la vista, aunque le costó bastante. La pesadilla se aferraba a él con tercas volutas de humo, y el susurro de un grito en un aire abrasado.

Hacía una eternidad que no soñaba con Rose. Si algo había aprendido en sus

años como príncipe era a compartimentar. Al ser elegido, un siglo atrás, era joven y tonto, un necio príncipe salido a duras penas de la adolescencia, pero ahora sabía más. Aunque el recuerdo de Rose se negara a ser borrado, Caius lo

guardaba a cal y canto. Eso creía, al menos, aunque evidentemente a Rose se le

daba tan bien forzar cerraduras en muerte como en vida.

—¿Caius? —lo llamó Dorian en voz baja, en el silencio de la biblioteca—.

¿Seguro que te encuentras bien?

Evitando su mirada de preocupación, Caius optó por rebuscar en el caos de su escritorio para localizar el mapa que había arrancado de uno de sus atlas

contemporáneos antes de quedarse dormido.

—Aquí está —dijo, mostrando la página a Dorian—. Mira.

—Ah, un mapa. —Dorian lo tomó con manos vacilantes y una mirada de curiosidad—. Sí, los conocía de oídas.

—No te hagas el gracioso, que no se te da bien. —Caius se lo arrebató—. Lo que me interesa a mí, y por extensión a ti, es a qué lleva el mapa. Porque eres quien lo encontrará.

—¿Qué encontraré, si puede saberse?

—El pájaro de fuego. —Hizo una pausa—. O al menos una pista para saber dónde está escondido.

Dorian levantó tanto una ceja que se acercó un poco al nacimiento del pelo.

—Perdona, me ha parecido que acabas de decir el pájaro de fuego, pero seguro que me equivoco. Sería una locura.

Caius dejó que su mirada hostil hablara por sí sola.

—Ya —asintió Dorian mientras le quitaba el mapa de entre los dedos—. Y

quieres que vaya en su busca... Pero ¿por qué yo? ¿Normalmente estos recados

no te los hace Tanith?

—Porque de ti me fío.

Caius no tenía otra respuesta, ni la necesitaba Dorian, que se quedó unos instantes en silencio estudiando el mapa.

—¿Estás seguro? —preguntó cuando volvió a mirar a Caius.

—Más no puedo estarlo. Me gustaría ver terminada la guerra antes de morir, y si la vía para conseguirlo es el pájaro de fuego lo encontraré. Ya hemos perdido

todos demasiado.

Dorian levantó una mano, pero a medio camino del parche del ojo la dejó caer contra su cuerpo.

—Los ávicen creen que pondrá fin a la guerra, pero a su favor. ¿Y si tienen razón?

La palabra «ávicen» trepó por la garganta de Dorian como si de expulsar un demonio se tratase.

—Quien controle el pájaro de fuego decidirá cómo usarlo —dijo Caius—. Eso

me preocupa que mandaran en su busca a esos dos exploradores ávicen. Eso me

hace pensar que podrían seguir alguna pista, pero si lo encontramos nosotros primero lo controlaremos, y podremos acabar esta guerra en nuestros propios términos.

—Disculpa mi atrevimiento —repuso Dorian—, pero ¿cuáles son esos términos?

Era justo la pregunta que temía Caius que le hiciera Dorian. Para Caius la búsqueda del pájaro de fuego era un asunto pendiente. No por él, sino por Rose,

que lo había perseguido con ánimo de paz, aunque la muerte hubiera dado prematuramente fin a su misión. Junto a los restos humeantes de la cabaña de Rose a la orilla del mar, Caius había jurado ser él quien la acabase. En cambio Dorian quería venganza: por su ojo, por los amigos caídos en

combate y por todas las pérdidas que pudiera achacar a los ávicen.

—Lo que queremos es que se acabe de una vez por todas —se limitó a decir

Caius, sabedor de que no podría convencer a Dorian. Que lo interpretase como

quisiera.

El capitán asintió con gesto ausente, pero sin decir nada ni apartar la vista del mapa que tenía en las manos.

Caius suspiró.

—¿Qué piensas, que te mando a una búsqueda imposible? Dame tu opinión sincera.

—Mi opinión no tiene ninguna importancia —contestó Dorian.

Hasta era posible que fuera sincero.

—Eres mi mejor amigo, Dorian. Por supuesto que la tiene.

Obtuvo como recompensa una pequeña sonrisa de la que se alegró, pues sabido era que Dorian no las prodigaba.

—Reconozco —admitió este último, siguiendo las líneas del mapa con un dedo— que la idea de un pájaro de fuego suena un poco descabellada.

Caius se apretó el puente de la nariz con los dedos, tratando de vencer el dolor de cabeza que sentía brotar detrás de sus ojos, pero no funcionó.

—Que no es más que una manera mucho más amable de decir lo mismo que

Tanith. De hecho, aunque mi hermana cambiara de opinión, no sé si nos

gustaría a ninguno de los dos lo que pudiera hacer con algo como el pájaro de fuego. Ya sabes lo que piensa de las escaladas.

—Bueno, está claro que Tanith tiene sus... opiniones.

Había en el tono de Dorian un desprecio tan palpable que casi se habría podido caminar sobre él. Tanith y Dorian eran la noche y el día, y no se podían

ni ver. Levantó la vista del pergamino para mirar a Caius a los ojos.

—Pero eres mi príncipe, y te seguiría a todas partes. Incluso en una empresa tan descabellada.

Caius sonrió burlón.

—Ya sabía yo que por algo te mantenía a mi lado.

—Yo creía que era por mi encanto canalla, y por ser tan endiabladamente guapo.

—Bueno, sí, pero he pensado que eso se daba por supuesto.

—Bueno —dijo Dorian, inclinando el mapa en alto—, ¿adónde voy? No puedo leerlo.

—Porque está en japonés —repuso Caius—. Lo he sacado de uno de mis atlas. Te vas a Kioto. Te he hecho el favor de rodear con un círculo el sitio al que fueron nuestros prisioneros ávicen antes de ser capturados.

—Ah, estupendo; quizá llegue a tiempo para ver los cerezos en flor. —  
Dorian

dobló el mapa y se lo metió en el bolsillo—. ¿Alguna idea concreta de qué busco?

Ahí estaba la pega.

—No —contestó Caius—. Sabemos el dónde, pero no el qué. Dijeron que en la casa de té adonde los enviaron vivía una vieja humana, y que no sabía nada,

pero algo más tiene que haber. Altair es demasiado listo para malgastar recursos

en balde. Interrógala y averigua todo lo que puedas. Si Altair cuenta con alguna

pista sobre el pájaro de fuego, tengo que dar con ella.

—¿Quieres que aterrorice a una frágil anciana? —preguntó Dorian—. ¿Qué clase de monstruo eres?

Caius le dio un golpe en el hombro con el puño.

—Así no se le habla a un príncipe.

Dorian hizo una profunda reverencia, pero con una sonrisa medio dibujada en sus labios.

—Disculpadme, mi señor.

Caius, sabedor de que la amable pulla estaba pensada en beneficio suyo, agradeció el esfuerzo. Con tantas tensiones en la corte era agradable que le recordasen que aún tenía amigos, incluso en una época en la que tanto escaseaban.

—Vuestra sinceridad me halaga, capitán. Bueno, vete. Reúne a unos cuantos de tus mejores guardias y date prisa: sea lo que sea, por la mañana quiero

tenerlo en mi poder.

—Y lo tendrás —dijo Dorian, irguiéndose.

Hizo un gesto rápido con la cabeza y se dispuso a marcharse.

Caius tenía la absoluta certeza de que podía encomendarle a Dorian lo que fuese, pero aun así era necesario explicitar algunas cosas.

—Ah, Dorian...

El capitán se dio media vuelta con una ceja arqueada.

—No se lo cuentes a nadie.

8

De Charing Cross Road a Grand Central había un simple paseo, durante el que

en ningún momento dejó Rowan de mostrarse como un consumado caballero,

que abría las puertas al entrespacio y las cruzaba con Eco de la mano. Le llevaba

pocos meses, pero por alguna razón parecía muy maduro para su edad. Su

confianza era una segunda piel en la que estaba tan a gusto como en la propia.

De todos modos no había sido siempre así. Eco había sido testigo de su desmañada adolescencia, en la que no hacía más que dar bandazos, largo de brazos y de piernas, como un cachorro que no sabía usar sus grandes patas.

Durante el último año se había abierto como una hermosa flor, aunque eso Eco

no se lo diría jamás de los jamases. A menos que tuviera ganas de exasperarlo, por supuesto.

Entraron en el Nido, pasando junto a las salvaguardias de uno de los túneles abandonados de Metro-North. La entrada principal se situaba casi exactamente

debajo de la parte más transitada de la estación, donde se reunían los viajeros alrededor del reloj del centro del vestíbulo principal. Ahí era poderosa la magia,

había explicado el Ala para pasmo de una Eco de siete años: el ir y venir de millones de pies y millares de trenes adelgazaba el velo que había entre este mundo y el mundo intermedio, que derramaba magia sin cesar por la entrada del Nido.

—Bueno —dijo Rowan, pasándole a Eco un brazo por los hombros—, ¿tienes

alguna idea de lo que quiere el Ala?

—Puede que sí. —Eco levantó una mano y entrelazó sus dedos con los de

Rowan, cuya media sonrisa se volvió completa, incitándola a ella a hacer lo propio—. Pero no puedo decírtelo.

Imitó el gesto de cerrarse la boca con una cremallera.

—Venga ya. —Rowan la hizo volverse hasta que la tuvo de frente, y maniobró

para obligarla a caminar hacia atrás. Sus manos la guiaron suavemente por la cintura, para que no fallara un solo paso. Cuanto más se alejasen del gentío de la

entrada principal, más cariñosos podrían ser. Hasta los ávicen que no se molestaban por la presencia de Eco entre ellos tenían tendencia a mirar con malos ojos una relación entre uno de los suyos y un humano. Las pocas gotas de

sangre humana que corrían por las venas de Rowan se pasaban por alto sin



problemas. No le echaban la culpa de los pecados de sus antepasados. A quien le

echaban la culpa era a Eco, por llevar por mal camino a un buen chico ávicen —.

¿Qué puede ser tan importante como para que no se lo cuentes a tu...? —  
Miró a

su alrededor y susurró con fuerza una acotación teatral—. ¿Novio?

Otra vez la palabra. Eco no estaba muy segura de poder acostumbrarse. Dejó

de caminar y se puso de puntillas con las manos en los hombros de Rowan y la

frente apoyada en la de él. Recordaba que de pequeños habían tenido la misma

estatura. Su única pelea había sido por saber cuál de los dos llegaría antes al metro cincuenta. Después de seis días de silencio encrespado, Rowan había dado su brazo a torcer y había reconocido que aquel hito le correspondía a ella.

—Es que es muy confidencial —se justificó Eco.

Rowan ladeó la cabeza. Nada más ingresar en la seguridad del Nido se había despojado de la gorra, soltándose las plumas con una sacudida juguetona.

Cortas, tenían mil matices de oro y bronce, con toques cobrizos, y reflejaban con

luz tenue el resplandor de las antorchas que se sucedían en los pasillos de piedra

conducentes a la habitación del Ala.

—Tú misma —dijo, bajando las manos de los hombros de Eco, que frunció el

entrecejo.

Era impropio de Rowan renunciar tan pronto a algo. Pocos pasos después los dedos de él se entrelazaron de nuevo con los de ella, aunque tensos. Conforme

se acercaban a la parte residencial del Nido se hacían menos uniformes las puertas. Algunas tenían felpudos de bienvenida, y otras macetas de hierbas en los alféizares. La habitación del Ala quedaba al final del camino. Rowan fue más

despacio, con la vista en la grava del sendero de piedra y madera. Estaba más callado de lo normal. El Rowan a quien conocía Eco era todo sonrisas, todo sol.

Aquel, en cambio, tendía peligrosamente a lo taciturno.

Se detuvo y le estiró la mano a Rowan para evitar que siguiera caminando.

—¿Estás bien? —preguntó.

Rowan levantó de golpe la cabeza y la miró, mordisqueándose el labio

inferior. Cualquiera otro día Eco habría quedado fascinada por la turgencia del labio entre los dientes, pero en los hombros de Rowan había una rigidez que estropeó el momento.

—Aún somos amigos, ¿no?

—Pues claro.

Eco le apretó la mano. Rowan dio una patada a una piedra suelta que salió disparada, rebotando en los trozos rotos de madera que tapizaban el suelo a intervalos irregulares.

—Es que... es que no quiero que esto... —Señaló el espacio entre los dos—.

Nos cambie, ¿sabes?

Dio un paso hacia Eco, cuyo corazón palpitó contra su caja torácica.

Empezaba a pensar que quizá fuera el efecto de las relaciones: doler y sentar bien al mismo tiempo.

Acercó a sus labios la mano de Rowan para besar suavemente los pliegues de los nudillos. Él se había guardado los guantes en el bolsillo, y las plumas blandas del dorso de su mano hicieron cosquillas en la nariz de Eco.

—Eres uno de mis mejores amigos —dijo ella—. Tú y Ivy sois mi familia, ya lo

sabes. —Le clavó un dedo en el costado, haciéndole saltar. Siempre había tenido

unas cosquillas incurables—. Además... tampoco es que haya cambiado tanto

nuestra dinámica. Sigo considerándome más lista, guapa y graciosa que tú, para

que lo sepas.

Rowan se rió un poco.

—Por favor. Qué más quisieras tú que ser así de guapa.

Eco le propinó un suave empujón.

—La belleza se marchita.

Se arrepintió de sus palabras en cuanto las dijo. A veces era fácil olvidar que

Rowan no envejecería como ella. Una vez llegado a la plena madurez, como a todos los ávicen, se le ralentizaría el proceso de envejecimiento casi hasta detenerse. Los ávicen podían vivir cientos de años. Frente a ello, la duración de

la vida humana se antojaba bastante pobre. Nunca habían hablado del tema.

Para hacerlo había que pensar en el futuro (el de ellos dos como pareja), y  
Eco

no estaba del todo preparada para una conversación así.

Rowan le puso las manos en las caderas y se acercó.

—Perdona —dijo mientras le posaba los labios en la frente—. Es el estrés,  
que

hace que le dé demasiadas vueltas a todo.

Eco obedeció al impulso de cerrar los ojos, y apoyó la mejilla en el hombro  
de

Rowan para respirar su olor a jabón. Olor de chico. Era mágico. Ladeó la  
cabeza

para ver sus ojos.

—¿Y qué te estresa tanto?

Él bufó, como si ventilara así la frustración.

—La instrucción está siendo bastante dura. Mi compañero es un poco...  
intenso.

La instrucción de los halcones de combate se basaba en una especie de  
sistema de amistad. A los nuevos reclutas se les asignaba un compañero, y  
Eco había oído que a Altair le gustaba emparejar personalidades  
contrapuestas para

enseñar mejor a los reclutas el poder del trabajo en equipo. A pocas personas  
tan

relajadas había conocido Eco como Rowan. Su pareja, por lo tanto, debía de estar en las antípodas de la dulzura.

—¿Quién es? —preguntó.

Rowan dejó de caminar. Habían llegado a la puerta de la habitación del Ala, con los tres cuervos de hierro del dintel, que los miraban con hostilidad.

Transcurrieron unos segundos de tensión.

—Ruby —dijo finalmente.

Eco se apartó y le soltó las manos como si fueran dos brasas.

—¿Ruby? ¿La que me odia con la fuerza de mil soles? ¿La que lo ha probado todo para fastidiarme la vida desde que llegué? ¿La que está por ti desde que sabe qué es estar por alguien? ¿Esa Ruby?

Rowan hizo una mueca.

—Pues sí, esa Ruby.

Al final del pasillo apareció un pequeño grupo de ávicen, cuyas miradas, repartidas entre Rowan y Eco, captaron la tensión palpable entre ambos. Dos de

ellos juntaron las cabezas y se dijeron algo en voz baja. Uno de los dos se tapó la boca con la mano para disimular una risita. Eco esperó a que pasaran de largo y

giraran a la izquierda, al final del pasillo.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —preguntó una vez segura de que no los oía nadie.

Rowan encogió los hombros con impotencia.

—No te había dicho nada porque no quiere decir nada. A ella lo único que le interesa es impresionar a Altair. Además, solo es para la instrucción. Ya sé cómo

la odias.

—No, si no la odio. —Eco supo que sonaba poco convincente, pero su dignidad le exigía negarlo. La mirada de Rowan no fue una simple mirada—.

Bueno, vale, la odio a tope, pero tú le gustas. Lo que es gustar... gustar.

—Bueno, pero... —Rowan invadió el espacio de Eco, acorralándola contra la pared—. A mí quien me gusta eres tú. Lo que es gustar... gustar.

Con un esbozo de sonrisa en los labios (demasiado perfectos, decididamente)

bajó la coleta del hombro de Eco y se inclinó para acariciarle el cuello con la boca. Más que un beso fue apoyar los labios en la piel, pero Eco sintió escalofríos por toda la espalda. Rowan siempre sabía distraerla. De pequeños le estiraba la

coleta o escondía bichos en sitios donde sabía que miraría. Era mucho mejor aquello. Levantó los brazos y se los pasó por los hombros, estrechándolos.

—Oye, que lo siento. Debería habértelo contado antes —dijo en voz baja

Rowan, con la voz apagada por el cuello de la chaqueta de Eco, que sentía una

extraña sequedad en la boca. Hablar de sentimientos no era el fuerte de ninguno de los dos. Rowan suspiró. Su aliento tanteó la piel de Eco—. Es que no

quería que te preocuparas por nada. Bastantes problemas tienes.

—En mi vida no hay prácticamente estrés —contestó Eco mientras sus dedos

se enredaban en las plumas cortas y suaves de la nuca de Rowan.

—¿Ah, no? —preguntó él con una risa socarrona, y se apartó unos cuantos centímetros. Eco tuvo ganas de pegarse a su cuerpo, pero las resistió—. Te pasas

el día callejeando y robando. Además, me han dicho que has tenido problemas

con un brujo.

Eco soltó una bocanada de aire que esparció por su frente los cabellos que se habían escapado de la coleta.

—Caramba, cómo corren las noticias.

—Demasiados ávices y demasiado pocos cotilleos. —Rowan sonrió otra vez, y

casi se le contagió la sonrisa a los ojos—. Una combinación letal. Bueno, el caso

es que... me preocupo por ti.

Era excesivo el esfuerzo de mirarlo a los ojos.

—¿En serio?

—Pues claro, tonta. —Le pasó un mechón rebelde por detrás de la oreja con su mano libre. Las entrañas de Eco hacían toda suerte de bobadas, que aun amenazada de tortura habría negado—. Ten cuidado, ¿vale?

—Es mi segundo nombre, «Cuidadosa».

La risa de Rowan fue dulce y agradable, como el tacto de las plumas de su cabeza cuando Eco se las peinaba con los dedos.

—Creía que era «Peligrosa».

—Eso era la semana pasada.

—Claro.

—Claro.

Rowan le soltó la mano, aunque sus dedos tardaron un poco más de lo estrictamente necesario.

—Tengo que irme.

Eco no atribuyó a su imaginación la nota de tristeza de la voz de su amigo.

—Te espera Altair —opuso al inaceptable impulso de pedirle que se quedara.

—Eso. —Rowan volvió a meter las manos en los bolsillos—. Tampoco es plan

de quedar mal con él justo en la entrada.

Se agachó hasta anular la distancia que los separaba. Su boca estaba a pocos centímetros de la de Eco, pero esperó a que el primer movimiento lo hiciera ella.

Todo un caballero, aunque Ivy sostuviera lo contrario. Eco le echó los brazos al

cuello y le bajó la cabeza. Cuando se besaron, sintió en los labios la curva de su sonrisa.

Kalverliefde, pensó: la euforia que se siente al enamorarse por primera vez.

Para tener tan solo cuatro letras, la palabra «amor» se le antojaba un salto colosal, así que se guardó lo que pensaba. Al deslizarse por las finas plumas de la base del cuello de Rowan, sus dedos le hicieron sonreír de nuevo con los labios



pegados a los de ella. Después Rowan se apartó, y Eco tuvo la impresión de que

se llevaba trozos de su corazón. Él le dio un besito en la nariz.

—Luego nos vemos, ¿vale?

Se fue por donde habían venido, hacia el cuartel del otro extremo del Nido.

Eco se llevó una mano a la boca. Aún sentía el contacto de los labios de Rowan

en su piel.

—Si has terminado, mi querida Eco, tengo trabajo para ti.

Se dio media vuelta, ruborizada al máximo. Desde la puerta, que se había abierto, la miraba el Ala con los ojos brillantes y una risa muda.

Eco tuvo la sensación de que el sonrojo de su rostro era producido por una corriente de lava justo debajo de la piel.

—¿Desde cuándo estás aquí? ¿Nos estabas mirando? ¿Cuánto has visto?

El Ala levantó las manos.

—Tengo mil años, Eco. Tampoco es que me resulte novedoso. Venga, vamos,

que te pondré al día.

Se retiró a su habitación sin esperar la respuesta. Eco la siguió, no sin antes mirar por última vez el pasillo, donde ya hacía tiempo que no estaba Rowan.

Encontró la habitación exactamente igual que la última vez, con la única excepción de las galletas whoopie, sustituidas por un cuenco de macarons de coco, que en modo alguno podían competir con las whoopie.

El Ala fue al centro de la habitación, donde había una mesa de la que cogió el

mapa de la caja de música. Se lo dio a Eco.

—Tengo que pedirte un favor.

Su voz contenía un matiz de seriedad que a Eco le llegó a lo más profundo del

estómago. Tras unos segundos de tensión sostuvo con manos vacilantes el frágil

papel del mapa. El Ala carraspeó y tomó asiento en el mismo diván donde se había repantingado Eco poco antes. En el terciopelo quedaban unas cuantas migas de galletas whoopie. Las quitó. Parecía que estuviera haciendo tiempo.

—¿Ala? —Eco se sentó a su lado y le puso una mano en el brazo—. ¿Qué pasa?

Finalmente el Ala la miró a los ojos.

—Quiero que sigas este mapa. Si lleva a alguna pista sobre la ubicación del pájaro de fuego, quiero encontrarlo antes que Altair o cualquier otra persona. Lo

que ocurre es que no estoy en situación de darme un garbeo por tierras japonesas. Kioto está en manos drakharin. En cambio tú eres humana, y tu presencia pasará desapercibida. —Se aclaró la garganta y se alisó la falda—. Si no

quieres ir no te obligaré. A fin de cuentas aún eres muy niña.

Eco sabía que la intención del Ala era buena, pero sus palabras la

fortalecieron en su decisión. Si podían enviar a Rowan a la guerra, lo mínimo que podía hacer ella era una pequeña búsqueda al otro lado de las líneas enemigas. Miró el mapa, deslizando la vista por las pulcras mayúsculas dibujadas

al pie: «A no olvidar el precio te conmino». Rechazó la aprensión que se insinuaba en su interior. Sería un encargo fácil: entrar y salir, sin más. No le

pasaría nada.

—Si me necesitas para robar algo —dijo, asintiendo con la cabeza— robaré lo

que sea. Ya lo sabes.

En el rostro del Ala apareció una sonrisa, aunque su expresión se mantenía seria.

—Este encargo exige la más absoluta discreción, incluso de cara a los nuestros. Tu participación no debe saberla nadie, y menos Altair o alguno de sus

halcones de combate. Digo bien, ninguno. —Clavó en Eco una mirada de gran

severidad—. Ni siquiera los guapos. —Eco se puso muy roja—. Hazte con lo que

encuentres, sea lo que sea, y cuando vuelvas reúnete directamente conmigo.

Así lo haría Eco, por mucho que odiara tener secretos para Rowan. El Ala le

había dado mucho (un hogar y una familia), y bien poco había solicitado a cambio. Aquel encargo no era mucho pedir. Puso una mano sobre la del Ala.

—Mira, hay algo que tengo muy claro: que aunque no tenga plumas eres la única familia que conozco. Si esto, lo que sea, es importante para ti, para los ávicen, lo encontraré. En caso de necesidad me enfrentaría al mismísimo

Príncipe Dragón.

El Ala esbozó una sonrisa y le dio unas palmaditas en la mano.

—Esperemos que no haya que llegar a tanto. —Suspiró profundamente—. Ya sé que estarás agotada, pero ¿crees que podrías salir lo antes posible?

—¿Por ti? Lo que sea. —Eco pensó en la bolsa casi vacía de polvo de sombra que llevaba en el bolsillo de la chaqueta—. Solo tengo que pasar por la tienda de

Perrin a buscar provisiones.

Se agachó para dar un beso rápido en la mejilla del Ala, tan negra como el resto de su persona, pero exento de plumas. Casi estaba en la puerta cuando el

Ala volvió a hablar:

—Ah, Eco...

Eco se dio media vuelta y retrocedió.

—¿Qué?

—Esta vez procura no ser temeraria.

Se rio y empujó la puerta con la cadera.

—No prometo nada.

9

A Dorian le picaba la cicatriz. Siempre le pasaba en momentos de agitación o enfado, o de algo que pudiera llamarse «emoción». También cuando se

aproximaba lluvia por el horizonte, aunque en aquel momento no le pareció un

dato relevante. Se aguantó las ganas de rascarse, mientras veía reunirse en la costa rocosa, junto a los muros de la fortaleza, a tres de los guardias a sus órdenes. En circunstancias normales la luz crepuscular se habría reflejado en sus

armaduras de color verde y bronce (los colores de Caius), pero esta vez les

había

ordenado que se pusieran ropa de civiles, asegurándose de llevar bien escondidas las escamas. Necesitaban sutileza, no espectáculo.

Podría haber usado la gran puerta situada en los terrenos de la fortaleza para transportarlos a todos a la orilla del río Kamo, en Kioto, pero prefería el umbral

natural entre el mar y la tierra. Siempre le había atraído el agua, como si fuera su elemento. Era más dulce el canto del mar que el del frío hierro de la puerta de la

fortaleza.

Metió un dedo por debajo del parche con el que escondía su órbita

cicatrizada, pero tocar los ásperos tejidos que ocupaban el antiguo

emplazamiento de su ojo solo sirvió para empeorar el escozor. Dudaba que llegara a acostumbrarse alguna vez a aquella sensación, por mucho tiempo que pudiera convivir con la pérdida. El parche, en sí, era en gran parte simbólico.

Hasta el último drakharin sabía que el ojo lo había perdido por culpa de los ávicen. Si escondía la herida era solo porque cuando más le picaba era cuando se

la quedaban mirando. Se trataba de vanidad, pero peores pecados había.

«Eres mi príncipe, y te seguiría a todas partes.»

Le daban risa esas palabras, aunque no tenía mucha gracia ser el blanco de su propio chiste. Hacía tiempo que había perfeccionado el arte de decir

exactamente lo que deseaba sin decir, en el fondo, casi nada. Era verdad, lo

seguiría a todas partes, incluso a los fuegos del infierno, solo con que Caius insinuara el deseo de su compañía.

El recuerdo de su primer encuentro seguía en carne viva, como una herida reciente. Fue el día en que Dorian se quedó sin ojo. Por aquel entonces acababan de reclutarlo entre los huérfanos drakharin, y ardía en deseos de demostrar su temple como solo podían hacerlo los jóvenes y prescindibles. Veía

en la batalla algo maravilloso. Se había imaginado cubierto de honores y de gloria, pero lo único que había conseguido era un cuchillo en el ojo. Tendido en una costa pedregosa, muy similar a donde estaba ahora, en una península groenlandesa dejada de la mano de Dios, había descubierto algo que estaba más

allá del dolor. Todo su ser se reducía a la palpitante ausencia de donde había estado su ojo. Tenía la frente cubierta de mechones plateados, pegajosos de sangre, la suya, y casi no veía nada aparte del velo rojizo que le tapaba el otro ojo. El río junto al que yacía se había teñido de rojo y cubierto de espuma, a causa de la sangre de los caídos. Sus aguas eran frías, y escocían al lamerle las heridas, pero Dorian carecía de la fuerza o voluntad necesarias para levantarse.

El ávicen que lo había dejado sin ojo (una verdadera bestia, con una mirada penetrante de águila y unas plumas blancas y marrones, salpicadas de sangre escarlata) lo había dejado agonizando entre otros moribundos, algunos de los cuales aún se retorcían de dolor, desgranando quejumbrosas y torturadas oraciones. No tardarían en morir, al igual que Dorian. Frío y solo. Igual que sus

padres. Casi no se acordaba de su aspecto. Su madre había tenido el pelo plateado, como él, pero su recuerdo era un fantasma de contornos borrosos. En

aquel momento supo que pronto la vería.

Y fue entonces cuando Dorian lo vio a él.

Una figura solitaria se abría camino entre los muertos y los moribundos, girando cuerpos con su bota. Buscando plumas o escamas. Decidiendo a quién matar y a quién salvar. Era una chispa de vida aislada entre los restos de una masacre. Dorian abrió la boca para suplicar el rescate o la muerte, sin saber por

cuál se decidía, pero el único fruto de su esfuerzo fue llenarse la boca de sangre.

Logró articular una sola palabra con voz rota.

—Ayuda.

La cabeza morena del otro se volvió, y cuando coincidieron sus miradas

Dorian tuvo ganas de llorar. Dos ojos verdes (cosa rara entre los drakharin) brillaban a través de una capa de sudor y polvo que a duras penas ocultaba las

escamas repartidas por la parte superior de sus pómulos. El soldado se dirigió a

donde yacía Dorian, sorteando con cuidado cuerpos rotos y escudos

destrozados. Se hacía raro pensar que por la mañana hubiera desaparecido todo.

Los magos, tanto ávicen como drakharin, limpiarían el campo de batalla como criadas después de una fiesta salvaje. Era en lo único que estaban de acuerdo los

dos bandos: combatían, morían y no dejaban rastro para los ojos humanos.

Cuando el soldado llegó junto a él, Dorian estaba convencido de haber

muerto ya. Era imposible tener tan buen aspecto después de una batalla larga

y

brutal. Y sin embargo ahí estaba, de rodillas, manchándose los pantalones en el

charco de sangre que rodeaba como un halo la cabeza de Dorian. Una mano le apartó con suavidad el flequillo de la frente. Dorian intentó apartarse para esconder los destrozos de su cara, pero el desconocido no se lo permitió.

—¿Cómo te llamas?

Quedó desconcertado. ¿Quién preguntaba nombres en un momento así?

Su cara debió de reflejar lo que pensaba, porque el desconocido sonrió un poco.

—Yo, Caius —añadió.

Cuando más hablaba Caius, más recuperaba Dorian el conocimiento. Se fijó en la insignia de su armadura, y en el broche verde y bronce en forma de dragón

que sujetaba la capa en sus hombros. La marca del Príncipe Dragón. Dorian tenía un pie al otro lado del umbral de la muerte, y al príncipe delante. Gracias a alguna magia desafortunada fue capaz de murmurar su nombre.

Caius asintió con un gesto conciso.

—¿Puedes levantarte?

Dorian sacudió la cabeza.

—Cógeme la mano.

La sonrisa de Caius era débil, pero Dorian nunca había visto nada más majestuoso.



—¿Te fías de mí?

Jamás había oído una pregunta tan absurda. Caius era su príncipe, y Caius lo seguiría a donde fuera mientras le quedara algo de sangre en las venas.

Respondió moviendo un poco la cabeza. Después, sin soltar la mano de Dorian,

Caius cerró los ojos y respiró profundamente. Dorian sintió en su cuerpo dolorido el conocido tirón del entrespacio. No tardaron en desaparecer.

Dejando atrás la despiadada playa de rocas, huyeron a la Fortaleza del Guiverno, lugar que Dorian solo había pensado en sueños que vería.

Estar a punto de morir en su primera batalla no fue el momento más ilustre de la carrera castrense de Dorian, pero sí el más importante. Fue cuando encontró a la persona a la que juramentó su espada y su alma. Desde entonces no había dado un solo paso lejos de Caius.

Seguía frotándose la órbita vacía que en otros tiempos había contenido un ojo cuando lo devolvieron al presente unos golpes en el hombro. Se volvió. Al ver quién era levantó la vista y preguntó a los cielos: ¿por qué?

—Veo que estás pensativo. —Tanith aún llevaba su armadura de oro, que incluso en el crepúsculo la hacía brillar—. Procura no ahogarte.

—Ah, Tanith —suspiró Dorian—. Observa mi risa sincera, por favor.

Silencio.

—Muy mona —dijo Tanith—. Lástima que no la vea mi hermano.

A pesar de su rango y dignidad, Dorian no era violento por naturaleza, pero

cerró los puños. No podía darle un puñetazo al general de todo el ejército drakharin. Habría sido del todo inaceptable.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó como única alternativa a los golpes.

—No, al contrario. —Tanith sonrió—. Venía a preguntarte si necesitabas ayuda para tu viaje a...

Conque eso era. Qué curioso que hubiera gente así, que todo lo hacía con intenciones ocultas.

Dorian sacudió la cabeza y volvió a fijarse en sus guardias, que esperaban pacientes en la orilla, listos para que su capitán abriera una puerta al entrespacio, y disimulaban muy poco su curiosidad. Era la usanza entre los drakharin. El que

quisiera hablar en privado lo hacía en privado. Las exhibiciones públicas eran blanco fácil.

—Si Caius hubiera querido que lo supieras —afirmó—, te lo habría contado.

—Es verdad. —Tanith se rió—. Nada más lejos de mi intención que interrogar a su recadero.

—Soy el capitán de su guardia —replicó Dorian—. Hago lo que me pide.

Tanith arrastró ruidosamente su capa roja por los guijarros de la orilla al acercarse. Le caía por los hombros su melena rubia. La brisa del anochecer movía algunas de sus largas hebras. Dorian miró los pliegues ondulantes de su capa de lana, tan profundos que habrían servido para esconder más de un arma

blanca. Conociéndola era probable que así fuera.

—Eres el capitán de su guardia, en efecto —dijo Tanith—, y mientras Caius sea el Príncipe Dragón le pertenecerás.

Dorian se quedó quieto como una estatua.

—¿Qué insinúas?

Ahora tenía a Tanith justo delante, tan cerca que sentía su calor: era el fuego el elemento que invocaba ella, y el que irradiaban los escasos centímetros que la

separaban de Dorian.

—No insinúo nada —contestó—. Me limito a afirmar que como capitán de la guardia real debes fidelidad al Príncipe Dragón, sea quien sea, hombre o mujer.

De modo que a eso jugaba. Siempre le había tenido envidia a Caius. Él inspiraba amor y ella, temor. Para nadie era un secreto que Tanith se consideraba capaz de ser mejor Princesa Dragón que Caius. Aun así, su actitud

seguía siendo de un gran atrevimiento, incluso para ella.

—Puede que a Caius lo ciegue el amor fraternal que inexplicablemente alberga aún por ti —replicó Dorian—, pero tú no eres mi hermana.

—No, claro que no. —Tanith sonrió lentamente, con una dulzura ponzoñosa—. Se rumorea que a ti te ofusca otro tipo de amor.

Dorian se puso tenso. La sonrisa de Tanith se ensanchó.

—No sé a qué te refieres —adujo él, pero hasta en sus propios oídos sonaron huecas las palabras.

—Quien se pica ajos come.

Dorian optó por no darle importancia al comentario con una respuesta. Dio un paso, metiendo unos centímetros un pie en el agua, mientras el otro seguía en tierra firme; y de ese modo, entre el mar y la arena, esparció un puñado de polvo de sombra para crear una apertura al entrespacio. Brotaron del suelo jirones de oscuridad, y en cuestión de segundos ya no estaban sus guardias.

—Que tengas buen viaje —dijo Tanith.

Su rostro se perdió de vista, engullido por el humo negro. A Dorian no le hizo falta mirarla a los ojos para saber que lo decía por decir.

10

Eco se abrió paso por la multitud reunida a media tarde en Saint Mark's Place,

sorteando grupos de estudiantes del instituto católico del barrio, chicas de faldas escocesas arremangadas más allá de los umbrales del decoro y cigarrillos

torpemente sujetos por sus dedos, con manchas rosas de pintalabios en los filtros, que le lanzaban miradas hostiles como si constituyera una amenaza para

el solar que ocupaban en propiedad delante del puesto de falafels. No se molestó

en mirarlas mal. En otra vida podría haber sido una de ellas.

La calle era una mezcla ecléctica de lo viejo y lo nuevo, nuevos vecinos con posibles chocaban con un pasado que se obstinaba en no abandonar las sucias aceras de East Village. Entre las brillantes luces de un puesto de yogur helado y

una tienda donde, al parecer, tan solo se vendían camisetas irónicas, se apretujaba un estudio de tatuaje que era al mismo tiempo un bar de creps.

Una

salchicha de un metro señalaba sobre la cabeza de Eco la entrada de Crif Dogs,

donde hacían los frankfurts más de moda en la ciudad. Llamó al timbre, entró y

sonrió a la chica del mostrador, que tenía las botas apoyadas cerca de la caja y un largo mechón azul enroscado en el dedo. La sonrisa no fue correspondida, pero daba igual. Eco no iba por las salchichas.

Fue directamente a la antigua cabina telefónica que había al fondo del local, una cabina de madera negra y puerta acristalada que evocaba una Nueva York

que Eco, por su juventud, era incapaz de recordar. Dentro del pequeño

recuadro, con la puerta bien cerrada, dejó de oírse el clic clic de las teclas de los ordenadores y el ruido de platos de la cocina. Miró a través del cristal a los clientes sentados cerca de la cabina, pero a ella no la miraba nadie. Si alguien se hubiera tomado la molestia de apartar la vista de la luz de su pantalla solo habría visto una cabina telefónica vacía, que a lo sumo servía para ambientar; pero aunque alguien hubiera reparado en que en el interior desaparecía una chica, se

le habría olvidado pronto. El conjuro de aversión a que había sido sometida la cabina era sencillo pero eficaz.

Descolgó el auricular y esperó a que sonara un clic.

—Ingrediatum in pace. Egrediatum in pace. Nisi legum aureum est.

Desde que tenía memoria la contraseña no había cambiado: entra en paz y sal en paz. La única ley es el oro.

Se oyó otro clic. Colgó. En ese momento basculó la pared del fondo de la cabina, dejando a la vista una escalera que la llevaría al Ágora, el mercado

subterráneo donde se encontraba la tienda de Perrin. No apartó la mano de la pared de la derecha. Se sabía tan bien el camino como la distribución de su biblioteca, pero aquel oscuro laberinto tenía algo que la intranquilizaba. La pared hizo las veces de ancla hasta que llegó a la plaza del mercado.

Sus ojos tardaron unos segundos en adaptarse a la pobre y opaca luz del Ágora. Arriba había lámparas de gas que al oscilar proyectaban una luz

amarillenta en las carretas y los puestos que se disputaban un espacio tan largo y

ancho como el vestíbulo principal de Grand Central. Abajo, más allá de las salvaguardias que protegían el mercado del mundo exterior, el ruido era casi ensordecedor, con mercaderes ávices que pregonaban gangas y brujos que

regateaban por huesos blanqueados de aspecto sospechosamente humano. Sobre

los adoquines de las calles, pulidos por años de duras pisadas hasta adquirir una

lisura resbaladiza, traqueteaban carritos repletos de una extraña mezcla de utensilios de cocina y armas. Eco atrajo las miradas de unos pocos brujos cuyas

pupilas desaparecían tras un mar de un color blanco repulsivo. Bajó la vista. En

otros tiempos los brujos habían sido humanos, pero la magia negra tenía su precio, y el poder lo habían pagado con su humanidad. La primera vez que el Ala le había enseñado a Eco el bullicioso mercado situado bajo el Nido, se había

asegurado de que entendiese que era un tipo de contacto visual poco

aconsejable. Alrededor de un puesto se apretaban varios brujos que discutían por el precio de los tarros con fetos muertos al nacer. Al menos Eco esperaba que

eso fueran, muertos al nacer, aunque con los brujos nunca se sabía.

La tienda de Perrin se encontraba en la otra punta del mercado, en uno de los codiciadísimos locales pegados a los muros. Eco se abrió paso entre el gentío,

saludando a algunos vendedores conocidos. Un ávicen de piel dorada y plumas

rojo oscuro, cuya mesa estaba cubierta de engranajes de reloj y tiradores de latón, le devolvió el saludo con la cabeza. Otro, de brillante plumaje morado, agitó bajo su nariz una botella de algo que casi seguro que no era una poción de

amor legítima. Eco se zafó para no inhalarla y puso rumbo al otro lado del Ágora, donde colgaba un letrero familiar: LOS EMBRUJOS DE PERRIN.

Al empujar la puerta fue asaltada por un olor punzante de incienso mezclado

con las pociones que preparaba Perrin detrás del mostrador, sobre el que una pequeña radio retransmitía un partido de béisbol con gran chisporroteo de estática. La mayoría de los ávicen recelaban de la electrónica de los humanos, pero el aparato de radio de Perrin era tan inseparable de su tienda como las pilas

de atlas con datos sobre las puertas al entrespacio y las vitrinas repletas de rarezas del mundo entero.

Allá, tan por debajo de las calles de Manhattan, no llegaba la señal, pero Perrin nunca se perdía los partidos de los Yankees, aunque tuviera que

escucharlos grabados en cintas; anticuado recurso, sin duda, pero es que los ávicen no destacaban por su dominio de la tecnología. A veces Eco le grababa los

partidos en una radio pequeña encontrada en el mercadillo, y le cambiaba los casetes por polvo de sombra. El sonido metálico de la voz del comentarista anunció el marcador: últimos momentos del partido, 5 a 4 para Boston. Las plumas de Perrin, cortas y puntiagudas, se erizaron de irritación. No era

hincha

de los Red Sox.

Levantó la cabeza al oír la campana de encima de la puerta, que entonó una alegre melodía.

—Ah, Eco —dijo—, mi amiga humana preferida.

—Soy tu única amiga humana —respondió ella mientras dejaba sobre el mostrador la bolsa de polvo casi vacía—. Necesito reponer.

—En este mundo todo tiene su precio —advirtió Perrin, con la cabeza ladeada hacia la radio.

Bateaban los Yankees. Bases llenas. Dos bolas. No hizo el ademán de coger la

bolsa, ni lo haría mientras Eco no hubiera pagado por adelantado.

—Que sí, que sí. —Eco sacó del bolsillo lateral de su mochila la pequeña caja

verde azulado, que puso al lado de la bolsa—. Aquí tienes los macarons.

Pese a mirar la caja, Perrin no hizo el gesto de aceptarla. Fallo del bateador.

Dos outs. Dos strikes.

—¿Has cogido los sabores especiales de temporada? ¿Y el de chocolate con relleno de crema de vainilla?

—Sí —repuso Eco—. Me he asegurado de que tus minuciosas instrucciones para el sufrido personal de Ladurée fueran seguidas al pie de la letra.



Bola en curva. Alta y pegada al cuerpo. Grand slam. Perrin rió entre dientes al abrir la caja y dejar a la vista una perfecta hilera de dulces de colores pastel.

Tomó en su mano un solo y delicado macaron y lo movió debajo de su nariz, con los ojos cerrados de placer.

—Una combinación irreprochable de chocolate y vainilla. Es una sinfonía de aromas. No puede haber luz sin oscuridad que la atempere.

—No te exaltes, Sócrates, que es una simple galleta. —Eco empujó hacia él la

bolsa—. ¿Podríamos poner en marcha la película? Es que tengo que ir a varios sitios, y robar a distintas personas. Qué te voy a contar.

—La paciencia, hija mía, es una virtud —respondió Perrin, que aun así tomó la bolsa y la relleno en el gran barril de polvo de sombra que tenía detrás del mostrador.

Una vez el Ala le había explicado a Eco que aquel polvo era la oscuridad del entrespacio en forma tangible, y que crearla era un arte muy especializado.

Perrin era uno de los pocos tenderos del Ágora que podían presumir de tener su

propia mezcla.

—¿Por qué es una virtud la paciencia? —Eco se cruzó de brazos con los codos

apoyados en el mostrador, más que nada porque aquello molestaba a Perrin —.

¿Por qué no puede ser una virtud darse prisa?

Perrin se rió otra vez, mientras se le hinchaban las plumas grises del cuello.

—Ah, la juventud... ¿Adónde vas?

—Asuntos oficiales ávicen —contestó Eco, tamborileando en el cristal del mostrador. Debajo, en el cajón, había toda suerte de rarezas: gemas talladas en

bruto, relojes de bolsillo de plata y varias armas con adornos, algunas de las cuales le había canjeado la propia Eco—. Top secret. Para que veas lo importante

que soy.

—¿Secreto? Venga ya. —Perrin regresó al mostrador con la bolsa, llena de polvo de sombra, y puso una mano en horizontal cerca de sus rodillas—. Te conozco desde que eras así de alta.

—Tan baja no he sido nunca —protestó Eco mientras se guardaba el polvo en el bolsillo—. Me materialicé tal como soy ahora.

Perrin, indignado, resopló y se atusó las plumas de los antebrazos, que empezaban a ponerse grises.

—De mí sabes que puedes fiarte, ¿no?

Eco le sonrió.

—Pues claro que sí, pero es que me llama el deber. Tengo que irme corriendo. —Se volvió otra vez hacia la entrada, saludando al tendero con la mano—. Hasta luego, Perrin.

Ya estaba a medio camino de la puerta cuando él la llamó.

—Coge esto antes de irte, Eco. —Buscó en el mostrador y le puso en la palma

de la mano una pulsera de cuero muy bien trenzado, que llevaba engastados varios cristales redondos y una sola pluma del propio Perrin—. Por si necesitas ayuda. Así podré encontrarte si te metes en problemas. —Señaló la pluma

trenzada al cuero—. Considéralo mi batiseñal. No estaría bien que fueras sola sin saber que en caso de necesidad dispones de refuerzos.

A Eco se le hizo un nudo en lo más profundo del pecho. Más tarde juró que su sonrisa tampoco había temblado tanto al aceptar la pulsera de cuero. Daba gusto que le recordaran que tenía una familia extensa, aunque fuera tan peculiar.

—Gracias, Perrin. Deséame suerte.

Perrin la despachó con un gesto de su mano emplumada.

—Suerte —dijo—. Y procura no necesitarla.

Kioto era una de las ciudades favoritas de Eco, que al visitarla por primera vez

(por encargo de Perrin, encaprichado de un tipo muy concreto de mochi de temporada) se había quedado impresionada por el contraste entre lo antiguo y lo

nuevo. Había templos junto a rascacielos de cristal, y algunas calles, como la del

barrio de Pontocho, donde se encontraba, se habían conservado tan bien que parecían puertas al pasado. Pese a haber transcurrido cien años, la casa de té indicada por el mapa seguía exactamente donde esperaba Eco que estuviese. Sin

embargo, al mirar a los centinelas apostados en el exterior del edificio, su confianza se vino abajo. Con lo bonito que había sido el día, con un sol que iluminaba las estrechas calles de Pontocho, brillaba en la superficie azul verdosa

del río Kamo e iluminaba las linternas de papel que oscilaban suavemente con la

brisa...

—Mierda —susurró.

Llevaba como mínimo un cuarto de hora al otro lado de la calle, medio oculta

por el tronco de un cerezo. Acudió a su mente el verso del poema escrito a mano

en el mapa: «Donde nacen las flores hallarás tu camino». Resopló. Mejor dicho

hallarás una muerte prematura. A los centinelas solo los había visto cuando estaba a punto de entrar tranquilamente en la casa de té. Parecían muy

humanos, con dos ojos y dos piernas y sin escamas apreciables a simple vista.  
Eco

nunca había visto un drakharin de carne y hueso, pero le había llamado la atención su forma de moverse, como si estuvieran alertas. No hacía falta ser un

genio para atar cabos. A fin de cuentas estaba en territorio drakharin.

Vigilantes, pensó. Genial. Llevaba tanto tiempo observándolos que ya habían hecho nada menos que tres cambios de guardia. La casa de té estaba vigilada por

tres destacamentos, quizá por cuatro.

—En Mordor no se entra así como así —murmuró.

Y sin embargo era lo que iba a hacer. Haciendo acopio de serenidad salió de detrás del árbol y caminó con paso firme hacia la puerta. Cuando se acercó, los

vigilantes se miraron, pero la puerta de la casa de té corrió hacia un lado antes de que tuvieran tiempo de interceptar a Eco. En el umbral había una anciana de

espalda encorvada y rostro tan lleno de arrugas como un tronco de árbol, que sonreía sin apenas dientes, y que hizo una leve inclinación con la cabeza en el momento en que Eco empezó a subir por la escalera.

—Bienvenida —dijo en inglés, con algo de acento y una voz ronca por la edad

—. Pasa, pasa.

La respuesta de Eco se apagó en sus labios antes de haber podido saludar a la

mujer: acababa de atisbar por encima de su hombro al ser más bello y aterrador

que hubiera visto en su vida. En la sala principal de la casa de té había un hombre joven que desentonaba con aquel entorno por su chaqueta azul oscuro y

sus recias botas de cuero. Sobre las escamas que salpicaban sus sienes caían mechones de pelo plateado. De lejos las escamas casi parecían un problema cutáneo, pero Eco supo reconocerlas. Cerca de ellas temblaba el aire: estaba usando encantos de nivel bajo para disimularlas, como una especie de antiojeras.

Un ojo azul, el único que no estaba cubierto con un parche, dio un repaso a Eco

con un desinterés y una altivez casi reconfortantes. No sospechaba nada de una

humana.

—Qué hombre más maleducado —murmuró la anciana—. No ha querido quitarse los zapatos.

Tú haz como si nada, pensó Eco, tragándose el miedo que se había apoderado bruscamente de ella. No te costará.

—Ah —fue lo único que pudo contestar.

No estaba siendo su mejor interpretación. El drakharin de pelo plateado

apartó la vista como si ya la tuviera clasificada como una pobre humana que pasaba por ahí. Un poco insultante, pero se conformaría.

La anciana entró en la sala principal y le hizo señas de que la siguiera. Sus zapatillas se arrastraban por el suelo de tatami.

—Por el calzado no te preocupes. —Lanzó una mirada asesina al drakharin—.

Tampoco lo han hecho los demás. Siéntate, siéntate, que voy a hacer el té.

Eco apoyó las rodillas en el tatami. Lo mismo hizo el drakharin, mientras la miraba con menos curiosidad que desinterés. No hay nada raro que ver, pensó

Eco, nada en absoluto.

Mientras la anciana llenaba dos cuencos de té de un matcha espeso y verde,

Eco se aguantó la risa histérica que amenazaba con brotar de ella. Estaba compartiendo té con un drakharin. No veía el momento de que lo supiera Ivy, si

es que vivía para contárselo, lo cual, dadas las circunstancias, ya era mucho suponer.

La voz de la anciana la sacó de sus cavilaciones.

—No habéis sido los primeros en llamar a mi puerta. Hace unos días pasaron dos muchachos, aunque tenían plumas. Ellos sí que se descalzaron. Uno de los

dos tenía ojos de halcón. —Se dio la vuelta hacia el drakharin ladeando la

cabeza de modo inquisitivo. Él entornó con recelo su único ojo azul, y su cuerpo se quedó muy quieto, como una víbora a punto de atacar. Una sonrisa arrugó la

piel curtida que rodeaba los ojos de la vieja—. No hace falta que desperdicies tu

magia en esconder las escamas, muchacho, que a mí no se me engaña con

encantos. Es un don que se han transmitido varias generaciones de mi familia, desde que heredamos esta casa de té. Mi abuela me dijo que los

anteriores dueños también tenían plumas. Pero solo los ves si sabes qué buscar. —Le hizo

un guiño a Eco—. Tú me entiendes, ¿verdad?

Eco profirió unas cuantas sílabas ahogadas, primas lejanas de palabras coherentes. La salvó la anciana poniéndoles delante los cuencos de té.

—Bueno —dijo mientras se apoyaba en los talones—, ¿qué os trae a mi humilde casa de té? —Volvió la cabeza para mirar al drakharin. Lo único joven

que tenía la mujer eran los ojos, brillantes y astutos como los de un zorro—. Tú

primero.

El drakharin arqueó una ceja como si no estuviera acostumbrado a que le dijeran los humanos lo que tenía que hacer.

—Información.

Tenía una voz grave y sonora, con un leve acento que Eco no identificó.

Nunca había oído hablar en drakhar, pero debía de ser su idioma materno lo que daba aquel matiz a su forma de hablar.

La anciana se rió entre dientes.

—Respuesta equivocada. —Se volvió hacia Eco—. ¿Y tú?

Es el momento, pensó Eco. Todo o nada. Aún podía salir indemne de aquella situación. Solo tenía que fingir ignorancia. Podía mentir y decir que había entrado a tomar té, pero le quemaba en el bolsillo el mapa de la caja de música y



era consciente de que debía llegar hasta el final. Bajo la mirada fija del drakharin se lo sacó del bolsillo de la chaqueta, lo desdobló y lo deslizó por el tatami.

—A mí me trae esto.

La vieja lo tomó en sus manos y lo examinó. Al cabo de unos segundos introdujo una mano arrugada en los pliegues de su quimono, y cuando abrió los

dedos todo el campo visual de Eco se redujo a lo que había en ellos. De una fina

cadena de bronce pendía un colgante de jade bastante grande para adaptarse bien a la palma. Tenía en un lado una hendidura. Era un medallón. A su circunferencia se amoldaba un dragón de ojos esmeraldas y alas extendidas, como si custodiase algún tesoro. Pese al claro origen drakharin de la joya, despertó un deseo profundo y visceral en Eco.

—La respuesta correcta era esto. —La vieja tomó a Eco de la mano y le puso en la palma el medallón con sus dedos enfermos de artritis—. Es para ti.

La mirada del drakharin pasó del medallón de la mano de Eco, con su

insignia en forma de dragón, a la propia Eco, que prácticamente oyó girar sus engranajes cerebrales. La anciana cerró los dedos de Eco sobre el colgante y se los apretó con una fuerza insólita. Su sonrisa sin dientes era todo arrugas, pero resultaba encantadora.

—Cógelo —le ordenó—. Y sé fuerte.

—Estás al servicio de los ávicen —afirmó con voz sibilante el drakharin, antes

de que Eco pudiera formular alguna de las muchas preguntas que se le ocurrían.

Mierda. Eco apretó el puño en torno al colgante, y al levantarse volcó con las

rodillas su cuenco de matcha. La anciana se lanzó entre ella y el drakharin tuerto, usando su cuerpo como escudo en el mismo momento en el que

despuntó en la parte trasera del quimono, manchándolo de rojo sangre, la punta

de un cuchillo (que Eco no había visto que llevara el drakharin). Vaciló. Era un

rojo tan vivo, tan inverosímil en contraste con el frío gris del acero... La anciana

señaló la puerta trasera con un dedo tembloroso, mientras el drakharin pugnaba

por sacar el cuchillo.

—Corre —dijo con voz ronca.

El drakharin dio una orden seca. Los centinelas irrumpieron por la puerta principal. Saltando por encima de la porcelana rota y los charcos de té, Eco salió

al jardín, y al ver lo que le había dado la vieja estuvo a punto de llorar de alivio.

En el jardín, dos cerezos unían sus ramas retorcidas como dos enamorados, formando un arco perfecto. Supuso que bajo sus pies harían lo mismo sus raíces:

un umbral natural. Sus manos, que temblaban a causa de la adrenalina, sacaron

un puñado de polvo de sombra. Se le cayó la bolsa al suelo, pero tenía bastante

para abrir la puerta. A la vez que corría embadurnó el árbol de la derecha con un rastro de polvo, y al deslizarse por debajo de las ramas enlazadas de los árboles volvió la vista hacia atrás, y se encontró con el imposible azul del

único

ojo del drakharin, que justo en ese momento aparecía por la esquina dando órdenes a grito pelado a sus centinelas. De pronto quedó todo a oscuras, y Eco

desapareció.

12

Caius miró a Dorian fijamente. El ruido de la sala de ejercitación de la armería

(canto de acero contra acero, roce de botas por piedra desgastada) protegía de oídos curiosos su conversación. Habría jurado que el capitán de su guardia acababa de admitir que una anciana y una adolescente (humanas ambas, nada menos) habían sido más listas que él, pero no podía ser verdad. Imposible.

—¿Se te ha escapado? —preguntó, jadeando por el esfuerzo.

Hizo una señal con la cabeza a la guardia con la que se había ejercitado. Ésta se marchó con una reverencia, mientras envainaba la espada, para unirse a un grupo de otros guardias que descansaban en el rincón.

Dorian se dispuso a dar la calamitosa explicación que se le había ocurrido entre Japón y Escocia, pero a Caius no le interesaban las excusas.

—¿Una chica humana, y va y se te escapa?

Por el cuello de Dorian subía lentamente una mancha rosada, aunque el

tejido cicatrizado de su mejilla izquierda siguió tan blanco como siempre. Al menos tuvo la dignidad de mostrarse abochornado. Caius se secó la frente con la

manga sin soltar los dos cuchillos alargados con los que había estado

practicando, armas con menor alcance que un mandoble pero que

compensaban

esa carencia con velocidad y precisión. Sus hojas eran relativamente simples, sin

otro adorno que estilizados y elegantes grabados de guivernos alados. Respiró profundamente para que se le serenara el pulso. Dorian esperó en silencio a que

dijera algo, con semblante avergonzado.

—Dime que tenemos algo a que agarrarnos, por favor —le rogó Caius

mientras iba al rincón de la sala más alejado de donde estaban haciendo instrucción los dragones de fuego de Tanith.

Aunque todos los drakharin de la estancia le hubieran jurado lealtad, los dragones de fuego se la profesaban también, y muy férrea, a Tanith.

Dorian sacó algo de su bolsillo y lo mostró a Caius. Era una bolsa de piel, blanda y flexible después de muchos años de manipulación. Tal vez en otros tiempos hubiera sido morada, pero hacía mucho que la piel se había descolorido,

y era de un negro suave. Las estrellas bordadas en la parte delantera se habían puesto grises por el uso. Caius introdujo los dedos y los sacó manchados de un

fino polvo negro.

—Polvo de sombra —dijo—. ¿Cómo, por lo más sagrado, ha podido obtener polvo de sombra una chica humana?

—Lo usó para huir por una puerta que tenía la vieja en el jardín. —Dorian sacudió la cabeza y exhaló un suspiro largo y entrecortado—. Malditos árboles.

Caius cerró la mano alrededor de la bolsa.

—Una humana viajando por el entrespacio. En mi vida había pensado que vería tal cosa.

—Dime qué tengo que hacer. —Los azules del ojo de Dorian formaban una auténtica vorágine. Caius no conocía a ningún otro drakharin con ojos cambiantes en función de su estado de ánimo—. Puedo arreglarlo.

—Quiero que se la encuentre. Convoca a nuestros informadores ávices, y en caso de necesidad llama a los brujos. Si hay una humana que hace encargos para

los ávices, y si su relación con ellos es bastante estrecha para conocer la magia de las puertas, alguien tiene que saber quién es.

Dorian asintió con la cabeza.

—Hay algo más —dijo apartando la vista.

Los dragones de fuego estaban en silencio. Cuando Caius se dio la vuelta hacia ellos, rehuyeron su mirada. Esperó a que levantaran las espadas y siguieran

ejercitándose.

—¿De qué se trata?

Dorian se acercó un poco más y habló en voz baja.

—La mujer le dio algo, un medallón, creo que de jade, con un relieve de bronce. Llevaba tu escudo de armas. —Sacó de su bolsillo un pequeño papel, que desdobló—. La chica le enseñó esto.

Al ver lo que tenía Dorian en la mano, Caius tuvo la impresión de que se

detenía el tiempo. Su corazón se convirtió en una rueda que rodaba oxidada a trompicones hasta quedarse casi quieta. Tomó el mapa de manos de Dorian, con

una aguda y dolorosa conciencia de todos los movimientos de sus articulaciones.

Conocía la letra. No la había visto en casi cien años, pero la conocía. Rose nunca

había sido tan poco cuidadosa como para escribirle cartas de amor, pero tenía la

obsesión de tomar notas, y su cabaña estaba llena de todo tipo de garabatos, desde letras de canciones recordadas a medias a verduras que tenía que coger del pequeño huerto casero. No tuvo duda alguna de que las palabras del mapa

las había escrito Rose, su Rose. Pero ¿de dónde lo había sacado la muchacha?

Tragó saliva con la boca seca.

—¿Y estás del todo seguro de que era un medallón de jade?

Dorian asintió despacio, con la frente arrugada. Caius apartó la vista. No tenía el menor deseo de ver grabada la perplejidad en el rostro de su capitán.

Joyas suyas de jade, con su sello, y que se hubieran perdido, no había más que una. Se la había arrebatado un incendio hacía una eternidad, junto con muchas

otras cosas. La única persona al corriente de lo de Rose era su hermana, y aquel

era un secreto que se llevarían ambos a la tumba. Cerró los ojos, y por un momento no percibió otro olor que el de humo acre y sal de mar.

—No tiene derecho a quedárselo. —Las palabras se le hacían pastosas,

difíciles de pronunciar—. Búscala. Dale caza.

Dorian le miraba fijamente con cara de preocupación, o de algo más a lo que

Caius no podía responder; algo que le llegaba al alma, pero no como sospechaba

que podía desearlo Caius. Toda amistad tiene sus secretos, y con tal de que Dorian pudiera guardar el suyo Caius estaba dispuesto a hacerse el tonto, el despistado. Dorian parecía deseoso de preguntarle por el leve quiebro de su voz,

y por la angustia que Caius temía que se viera en su mirada.

—¿Y cuando la encuentre? —preguntó.

—No hagas nada —repuso Caius. Si quería que se hiciese algo bien tendría que hacerlo él mismo—. Infórmame.

—¿Qué planeas, Caius?

El tono de Dorian no era el de un obediente guardián, sino el de un amigo.

El hecho de que hubiera aparecido el mapa con anotaciones manuscritas de Rose, y el medallón que le había dado Caius, quería decir que sin saberlo él Rose

había tenido algún papel en las actividades ávicen en tierras japonesas. Caius no

le había ocultado nada sobre su persona, ni un solo secreto, vivencia vergonzosa,

deseo o sueño. Rose lo sabía todo, mientras que Caius empezaba a pensar que él

no había llegado más allá de la mera superficie de su persona. Recordó la sensación de recorrer con sus labios la piel de Rose, besándola en la nuca y admirando cómo reflejaba el medallón la suave luz de las velas de su tocador. El

camino al pájaro de fuego lo había llevado a donde estaba ahora: a descubrir el

rastro de la joven a quien tanto tiempo atrás había amado y perdido. Tenía que

saber cómo encajaba Rose en todo aquello. Tenía que encontrar un sentido al rompecabezas disperso que había dejado Rose.

—A la chica ya la busco yo —le dijo a Dorian—, pero no como Príncipe Dragón. Esto es algo personal. Tiene algo que me pertenece, y pienso recuperarlo.

13

Eco salió de la estación de metro de Astor Place con el peso del medallón en el

cuello. No se atrevía a volver a Grand Central por el riesgo de que el drakharin

hubiera conseguido seguir su rastro por el entrespacio. Aún le temblaban las manos por la adrenalina, y tenía los dedos ennegrecidos por los restos de polvo

de sombra. Lo prioritario, antes de hacer algo o de ir a alguna parte, era reponer

sus existencias. Si la encontraban tendría que poder escaparse por la puerta más

cercana. Cerró la cremallera de la chaqueta para protegerse del frío y se internó

por Saint Mark's Place. Una breve visita al Ágora para que Perrin le diera más polvo, y luego a ver al Ala.



Respiró profundamente y se metió en la multitud de transeúntes anónimos, temerosa de cerrar los ojos y ver de nuevo el rojo intenso de la sangre de la vieja en el cuchillo del drakharin tuerto. Cómo brillaba... Parecían rubíes licuados. Ni

tan siquiera las bocinas estridentes del tráfico en hora punta le impedían seguir

oyendo los últimos estertores de la anciana.

Tanteó el medallón y se quitó la cadena por el cuello. Tenía que haber algo dentro, algo que el drakharin codiciara hasta el punto de estar dispuesto a matar. Intentó hacerlo saltar por la hendidura, pero el cierre era viejo y estaba torcido, como si lo hubieran cerrado a martillazos. Los secretos que pudiera contener no se revelarían hasta que ella o el Ala lograran sonsacarlos.

Justo cuando apretaba en el puño el medallón y metía en los bolsillos sus manos sucias apareció el alegre cartel de Crif Dogs. Detrás del mostrador aún estaba la chica del pelo azul, con los pies en alto, como si no se hubiera movido

desde la anterior visita. Sin molestarse esta vez en sonreír, Eco pasó a gran velocidad junto a las mesas, todas llenas, y una vez en la cabina telefónica pronunció la contraseña en el auricular, con el piloto automático encendido. Ya

había recorrido medio laberinto cuando oyó unas voces que reconoció. Se

aguantó una palabrota y se escondió en una esquina, rezando a todos los dioses

posibles por que no la hubieran visto.

—Algo planea. Lo noto en los huesos —dijo una voz sibilante.

Era Ruby, la discípula predilecta de Altair, pareja de instrucción de Rowan y enemiga mortal de Eco.

Mierda. Se pegó a la pared, haciéndose daño con los bordes de un nicho que se le clavaron en la espalda.

—Sin pruebas de un delito no puedo hacer que comparezca el Ala ante el resto del consejo, Ruby.

La segunda voz era grave y retumbaba un poco, como un trueno. Altair.

Doble mierda. Triple mierda. Mierda al infinito.

Se atrevió a asomarse un poco y soltó una palabrota para sus adentros. No había nadie más, pero tampoco hacía falta. Altair, con las plumas blancas muy pegadas a la cabeza, a juego con su capa de halcón de combate. Las plumas de

sus brazos, de color marrón oscuro, casi parecían negras en la escasa luz del laberinto. La capa de Ruby, oscura y reluciente como un vertido de petróleo, se

confundía con el negro plumaje de sus brazos y cabeza hasta el punto de que apenas se veía en la sombra. Cuando se ponía una armadura solo podía ser la blanca de los halcones de combate, cuya claridad la hacía parecer cetrina y enfermiza. Según había oído Eco, Ruby había aprendido a dominar las sombras,

pero hasta ahora ella no lo había visto. Era una de las razones de que Altair la tuviera entre sus reclutas favoritos. Los ávicen tenían facilidad para la magia, mucho más que Eco, pero aun así el talento de Ruby era insólito para su edad.

—¿Después de lo que acabas de ver? —preguntó Ruby—. ¿Qué otras pruebas

necesitas?

—Te estás propasando, Ruby. Soy tu comandante, no tu amigo.

La voz de Ruby se tiñó de vergüenza.

—Lo siento, señor. ¿Qué deseáis que haga?

El estómago de Eco se embarcó en unos ejercicios gimnásticos dignos de aplauso. Como empezara Altair a meter las narices en las cosas del Ala, no se detendría hasta haber descubierto sus planes de encontrar al pájaro de fuego. En

el caso de Altair la palabra «persistente» se quedaba muy corta.

—Yo lo único que sé es que a esta chica el Ala la hace ir de un lado para otro

—comentó Altair—. Ha estado haciendo recados para el Ala de los que nadie sabe nada. Tenla vigilada. Aunque el Ala le tenga confianza, no es de los nuestros.

—Nunca he entendido que la dejáramos quedarse aquí —dijo Ruby.

Eco se mordió con tal fuerza la carne de la mejilla que corrió el peligro de empezar a sangrar.

—Por sentimiento.

La palabra, en boca de Altair, era soez.

Ruby dijo algo que Eco no entendió, pero no le hicieron falta detalles

concretos para captar la insidia de su tono. Era necesario irse antes de que la descubrieran escondiéndose en la oscuridad. Sin más polvo de sombra, no

obstante, no podía volver. Se metió el medallón en el bolsillo, irguió los hombros y dobló la esquina. Al oír sus pisadas por los tablones sueltos y desperdigados que formaban el suelo del laberinto se clavaron en ella dos pares de ojos.

Agitó los dedos a guisa de saludo, disfrutando en silencio con la mueca de desprecio que formaban los labios de Ruby. Era un sentimiento mutuo.

—Hola.

Altair se la quedó mirando con toda la dureza de que eran capaces sus ojos de águila, naranjas y negros.

—Eco —fue lo único que dijo antes de despedirse de Ruby con un gesto de la cabeza y dar media vuelta.

Se fue por un pasillo que lo conduciría a los túneles de debajo de Astor Place, hasta que las sombras se tragaron su menguante silueta.

Cuando Eco se volvió otra vez hacia Ruby, topó con la sonrisa menos amistosa

que había visto en su vida. A solas con Ruby se sentía pequeña. Aunque Altair

considerara a Eco un ser inferior, con él se encontraba menos desprotegida. Era

de esos hombres que seguían las normas a rajatabla. De Ruby no estaba tan segura.

—Eco. —La voz de Ruby era empalagosa, y tan falsa que le dio ganas de gritar

—. ¿De dónde sales tú?

De que me persiguiera un drakharin por Japón, pensó Eco, pero como difícilmente podía reconocerlo mintió:

—De visitar a un médico humano. —Se puso las manos en la barriga—.

Problemas digestivos.

Ruby arrugó la nariz como si percibiera un mal olor.

—¿Y ahora adónde vas?

—A la tienda de Perrin. Le he dicho a Ivy que pasaría a buscarle algunas cosas.

Sin ser la verdad se aproximaba a ella. Quizá tuviera que ser ese su lema.

—Pues te acompaño —dijo Ruby como si fuera lo más normal del mundo, y como si su mutua antipatía no fuese tan densa que Eco podría haberla servido a

cucharadas.

Vaciló unos segundos antes de asentir con la cabeza. Recorrieron en silencio el resto del laberinto hasta salir a la luz amarilla del Ágora. Eco sonrió a unos cuantos ávicen que las miraron (el panadero, siempre rodeado de olor a harina y

mantequilla; la modista, de tan extraordinario parecido con el ave del paraíso que había visto Eco en un libro...), pero las sonrisas que recibió a cambio eran tensas y cautas. Debían de formar una extraña pareja: Ruby, con su capa de

plumas negras y su aspecto de sombra, y a su lado Eco, pequeña, implume, humana.

Ruby habló en voz baja, lo bastante para que Eco supiera que lo que decía era solo para sus oídos.

—Altair quiere que se te trate con guantes de seda, pero yo sé que el Ala trama algo y que tú estás metida en ese algo.

Eco se puso tensa.

—No sé de qué hablas —contestó con el tono más neutro que pudo.

Ruby la tomó por el brazo, apretando los dedos como un torno de acero.

—No sé a qué te dedicas, pero a Rowan no lo metas. Tiene un gran futuro con nosotros. No hagas que se hunda contigo.

Eco se soltó, aguantando las ganas de frotarse la zona donde sabía que más tarde le saldrían morados en forma de dedos. No había en el idioma inglés una

palabra con bastante fuerza para condensar su desprecio por Ruby. Echó un vistazo a los ávicen que transitaban por la plaza. Media docena de cabezas se volvieron de golpe como si las hubieran estado mirando fijamente. Estuvo

segura de que aún se esforzaban por oír la conversación. Lo que pensaba Ruby

sobre los humanos, y en especial sobre Eco, era de dominio público.

Probablemente verlas juntas fuera lo más jugoso de toda la semana. Ya lo había

dicho Rowan: demasiados ávicen y demasiados pocos cotilleos. Al volverse de nuevo topó con la mirada fija de Ruby, cuyos ojos tenían el mismo color azul claro repelente que los buitres. Eco los odiaba. Odiaba los ridículos ojos de Ruby, y sus ridículas plumas negras, y su ridícula piel blanca como la leche. De ella lo

odiaba todo.

—Backpfeifengesicht —dijo.

Era una de sus palabras favoritas. En alemán, «cara hecha para que le den puñetazos». Se amoldaba perfectamente a Ruby.

Durante medio segundo la cara de Ruby reflejó su desconcierto. Fue el medio segundo más dulce de toda la vida de Eco.

—¿Qué significa eso? —preguntó.

Eco casi sentía en la boca el sabor del esfuerzo que le costaba a Ruby

preguntarlo. Sonrió con dulzura de sacarina.

—Búscalos.

La mirada de Ruby se volvió más penetrante.

—Yo lo único que digo es que en tu lugar sería muy cuidadosa a la hora de confiar en alguien.

—Caramba, Ruby, no sabía que te importase.

—La que me importa no eres tú —respondió Ruby.

Tardó en desaparecer lo mismo que Eco en parpadear. Eco miró la multitud, pero era como si Ruby se hubiera fundido con las sombras. No le habría sorprendido que siguiera en el mismo sitio que antes, observando. Esperando un desliz. Los pocos metros que faltaban para la tienda de Perrin los recorrió con la sensación de que se le clavaban unos ojos en la espalda. Entrar, llevarse el polvo de sombra y salir. Primero el drakharin y ahora Ruby. Tenía que ir a ver al Ala.

Ella sabría qué hacer.

Abrió de un empujón la puerta de la tienda de Perrin y se le quedó el saludo en la garganta. Estaba todo patas arriba: trozos afilados de cristal en el suelo, junto a los armarios y vitrinas de curiosidades de Perrin, que habían sido abiertos a la fuerza... Se veía polvo de sombra esparcido en todas partes, hasta el punto de que también flotaba en el aire. Había algunas vigas de madera que

sobresalían en un punto en el que parecía que se hubiera estampado un cuerpo

en las estanterías, y pesados atlas y rollos de pergamino desperdigados por el suelo.

Y en medio de aquel caos, de todos los escombros, destacaba una sola pluma blanca, tan conocida para Eco como el pelo de su propia cabeza. Era de Ivy. Su

estómago dio un vuelco con la pesadez del plomo al hundirse en el agua.

—Mierda.

14

—¡Ala!

Eco entró en tromba por la puerta del nido del Ala, sorda a las quejas de sus músculos. No había dejado de correr desde la tienda de Perrin, empujando sin apenas verlos a ávicen y humanos durante su carrera por los túneles repletos de

Astor Place y Grand Central, y lanzándose por los umbrales como si quemaran.

—No está Ivy. Se la han llevado.

—Ya lo sabemos.

La voz ronca y acerada de Altair llegó hasta lo más profundo de Eco con la vibración de sus graves. Lo había interrumpido mientras conversaba con el Ala,

que a sus espaldas respondió a la mirada frenética de Eco con una expresión precavida. En contraste con los cálidos colores tierra del mobiliario del Ala,



los blancos y marrones del plumaje corto y erizado de Altair casi parecían bonitos.

Eco abrió y cerró la boca. Ya se imaginaba lo que habría dicho el Ala en circunstancias normales: «¿Qué, esperando que entren moscas?» Pero aquellas circunstancias no eran normales. El Ala y Altair a duras penas se soportaban, y el

segundo no iba a ver jamás a nadie a su casa.

—Ehhh... —A veces Eco tenía la demoledora certeza de que ni mucho menos

corría tan deprisa como le gustaba pensar—. Es Ivy... La...

Las palabras se resistían a salir de su garganta. El Ala pasó junto a Altair y tomó las manos de Eco para darles un apretón un poco demasiado fuerte.

—Ya lo sé. Acaba de contármelo Altair. Tenemos motivos para pensar que han sido brujos.

—He ido a la tienda de Perrin. —Las palabras salían a empujones por la boca

de Eco—. Está hecha un desastre, llena de cristales, con todo roto... y... —

Apartó una mano de las del Ala para meterla en el bolsillo y sacar la pluma blanca que había recogido del suelo—. He encontrado esto.

Le escocían los ojos, pero parpadeó, intentando contener las lágrimas. No pensaba llorar delante de Altair. No, por nada del mundo lloraría.

El Ala se llevó las manos a la boca, a la vez que se le deshacía la estudiada máscara de neutralidad.

—Ivy, mi pequeña...

—Creemos que los brujos estaban a sueldo de los drakharin —dijo Altair con

una mano en el pomo de la espada. Nunca iba a ningún sitio desarmado—. Un

ataque dentro del Ágora sería demasiado peligroso sin la debida motivación. Los brujos son codiciosos; fáciles de sobornar y, si se lo proponen, brutales.

Eco abrió la boca para contestar, pero se le adelantó el Ala:

—Pero ¿por qué iban a llevarse a Ivy? Muy pocos se atreverían a ponerle la mano encima a una sanadora, aprendiz para más inri.

Es por mí. La idea se posó en el estómago de Eco como si estuviera hecha de piedras. Metió la mano en el bolsillo para cerrar los dedos alrededor del medallón. Se la han llevado por mí. Porque tengo el medallón y ellos lo quieren.

En ese momento se sintió irremediabilmente joven, más que nunca desde su primera fuga. El Ala quiso tocarla, pero ella se apartó. Iba a ser fuerte, aunque solo fuera por Ivy. La idea de que la búsqueda del pájaro de fuego hubiera llevado a los drakharin hasta las puertas de los ávicen se enroscó en el corazón

de Eco y apretó. Si le habían hecho daño a Ivy, o algo peor, y si la culpa era de

Eco, ya no podría vivir con su conciencia.

—Muy buena pregunta, Ala. —Altair no había levantado la voz, pero sus palabras tenían un peso que hizo que a Eco se le acelerara el pulso—. Esperaba

que estuvierais dispuestas a aclarar en algo la situación.

El Ala no pestañeó.

—No sé de qué hablas, Altair.

—No te hagas la tonta —respondió él—, que es impropio de ti. —Se acercó a las dos, y de repente Eco percibió lo imponente de su corpulencia: dos metros de

guerrero curtido en el campo de batalla, a cuyos pies se habían postrado por miedo mejores mujeres que ella. Con Altair delante, Eco tomó conciencia hasta

del último centímetro de su frágil humanidad. Las siguientes palabras fueron dichas con la mirada fija en los ojos de Eco—: Ninguna de las dos sabéis hasta qué punto tengo oídos en el Nido. Sé que habéis estado tramando algo a mis espaldas, y he venido a averiguar de qué se trata. El momento del ataque no puede ser casual. Si está relacionado con algún plan en el que hayáis estado trabajando, tendréis que confesarlo.

El Ala puso una mano en el brazo de Eco para apartarla de Altair.

—Eco no tiene nada que ver. A ella no la metas.

Un gesto serio curvó hacia abajo las comisuras de la boca de Altair.

—Si guardáis secretos que puedan ser importantes para rescatar a Ivy y Perrin

tengo que saberlos. —Inclinó la cabeza para mirar a Eco alrededor del hombro del Ala—. Si no me cuentas lo que sabes, niña, averiguaremos si te suelta la lengua una noche en las celdas.

El Ala apartó a Eco y se interpuso entre los dos. Eco era bastante baja por lo

que el Ala le impedía ver a Altair. El Ala, que tenía una mano en la espalda, movió los dedos para llamar la atención de su protegida, como si no le hiciera falta que se lo dijeran para saber que había regresado con algo. Una de las muchas ventajas de ser vidente, supuso Eco.

—¿Cómo te atreves? —le espetó a Altair con fuerza suficiente para asegurarse

su atención. Eco deslizó el medallón en la palma del Ala, que lo hizo desaparecer entre los pliegues de su túnica mediante un giro de la muñeca—.

Eco es mi pupila, por lo tanto goza de mi protección. No tienes ningún derecho a

presentarte aquí y hacer amenazas. Solo es una niña, y no ha incumplido ninguna ley.

—¿Qué no ha incumplido ninguna ley? —Altair profirió una larga y fría carcajada—. Es una ladrona. Eso te lo diría cualquier ávicen. De inocente tiene

poco, la niña.

La niña. Como si no la tuviera delante. Por mucho tiempo que viviera Eco entre los ávicen, Altair siempre la vería como ajena, inferior. Eco salió de detrás del Ala y se envolvió en su determinación como en una armadura.

—¿Qué piensa hacer con Ivy? —preguntó. No pensaba esconderse detrás del Ala por miedo a Altair, y menos ahora que le habían arrebatado a su amiga—.

¿Y con Perrin?

Altair, cuyos ojos brillaban de rabia contenida, ladeó la cabeza.

—No te debo ninguna explicación. Si el Ala te considera una niña, como tal serás tratada. Vete. —Dejó de mirarla para fijarse en el Ala—. No es de tu incumbencia.

—Perdone, pero mis amigos son de mi incumbencia.

Eco tomó a Altair por el brazo sin haber tenido tiempo de pensar qué hacía y

le hizo volverse hacia ella bruscamente. Altair se quedó mirando su mano, tan pequeña en comparación con los músculos gruesos y tensos de su antebrazo. Eco

tuvo que hacer un esfuerzo para no arredrarse ante la insistencia de su mirada.

—Ya me tienes hartos, niña —dijo él, dominándola con su estatura. El marrón

oscuro y el blanco intenso de sus plumas imponían igual de cerca como de lejos

—. Como digas una sola palabra más te juro que te meto en una celda bien cómoda, por muy niña que seas.

Eco se lo quedó mirando, con las manos crispadas a ambos lados de su

cuerpo. De pequeñas a Ivy y a ella se les había ocurrido saquear el armario del

Ala y pasearse con sus largas túnicas, que en la mayoría de los casos volvían a su

sitio en pésimas condiciones. El Ala les echaba un severo sermón y les pedía que

no se repitiese. Entonces, como era natural, Eco convencía a Ivy de que

redoblaran sus esfuerzos. El Ala ya se había dado cuenta muy pronto de que la manera más rápida de conseguir que hiciera algo era decirle que no lo hiciera.

Altair nunca le había prestado bastante atención para aprender lo mismo.

Inclinada, y con la barbilla en alto, Eco contempló los ojos anaranjados de Altair, que a pesar de la calidez de la luz de las antorchas seguían siendo fríos y duros.

—Pruebe.

Las mazmorras de la Fortaleza del Guiverno eran implacables. Sus oscuros muros de piedra, cubiertos de mugre por el paso de los años, devoraban tanta luz que a Dorian solo le quedaba un resplandor muy tenue para guiar sus pasos.

En el olor metálico del aire se adivinaba algo húmedo, asfixiante, como una mezcla de sangre y musgo. Dorian, que respiraba por la boca, casi percibía en sus

papilas el hedor de la carne quemada y las plumas chamuscadas. Si de algo podían calificarse los interrogatorios de Tanith era de exhaustivos.

Primero se detuvo en la celda del tendero. Perrin, se llamaba. Tuvo que aguzar la vista para ver el cuerpo de bruceos en el suelo de la celda, contra la pared del fondo, como si se hubiera caído al encogerse ante la última persona a

quien había tenido delante. Era el efecto de Tanith en los débiles. Bueno, a decir

verdad en casi todos. La luz era tan tenue que Dorian apenas vio subir y bajar el

pecho de Perrin. Pasaron unos instantes sin una sola inhalación que rompiera el

silencio. El tendero guardaba la inmovilidad perfecta de la muerte. Dorian frunció el ceño. Perrin no era un dechado de virtudes, pero las metódicas atenciones de Tanith solo se las habría deseado él a su peor enemigo.

Se oyó un ruido de cadenas en la celda de la otra punta de la mazmorra. La chica ávicen, la que se había equivocado de lugar y de momento. No había querido decir su nombre. Dorian se preguntó si Tanith habría tenido más suerte.

Se acercó a la puerta de su celda, asegurándose de que sus pasos sonaran con fuerza en el silencio turbador de la mazmorra, a fin de no asustarla. Estaba agazapada en un rincón, encogida para ocupar el menor espacio posible. Ni siquiera la oscuridad, sin embargo, podía ocultar los pequeños temblores que agitaban su cuerpo. Tenía manchas de hollín y sangre en el plumaje blanco. Se

puso tensa cuando Dorian se acercó.

Él apoyó las manos en los gruesos barrotes de la celda.

—¿Cómo te llamas? —preguntó con la mayor suavidad que pudo.

La chica ni siquiera levantó la cabeza. Dorian suspiró y metió la mano en el bolsillo para sacar su llave maestra. Al oír que abrían la puerta, ella se apretó aún más contra el muro. Como si dispusiera de más espacio para replegarse. Tiritó con la cabeza entre las rodillas.

Dorian se arrodilló delante de ella.

—No te voy a hacer daño.

Por supuesto que la joven no tenía ningún motivo para creerle, pero ante su triste estado Dorian no sabía qué otra cosa decir.

La chica lo miró por encima de las rodillas con unos ojos grandes y negros que reflejaban la luz de la antorcha. Parpadeó despacio y volvió a esconder la cara en las rodillas.

—¿Cómo te llamas? —insistió Dorian—. De aquí no me muevo. Más vale que

te llame de alguna manera.

Ella murmuró algo que Dorian no entendió.

—¿Puedes repetir?

Levantó muy poco la voz, pero bastante para que Dorian entendiera una

palabra: «Ivy».

—Ivy. Qué nombre más bonito.

—¿Qué se supone que eres, el poli bueno? —dijo ella con voz ronca y quebrada.

—¿Cómo dices?

—El poli bueno. —La chica (Ivy, se recordó Dorian) levantó la vista. Su tos salpicó las plumas blancas y sucias de sus antebrazos con unas cuantas gotas de

sangre—. La rubia de ojos rojos. Esa era el poli malo. Entonces tú tienes que ser

el poli bueno. —Volvió a toser—. Veo películas.

Dorian, que no entendía nada, cambió de tema.

—No tiene por qué ser así —replicó.

Ivy levantó más la cabeza.

—¿Ahora es cuando me dices que si hablo me soltarás, como si nada?

—No —contestó él. No tenía mucho sentido mentirle. No por ser joven era tonta—. Soltarte no te soltaré, pero puedo ocuparme de que no vuelva nunca Tanith. Puedo protegerte de ella.

La chica lo estudió un momento con parpadeos de búho en la oscuridad.

—Mentiroso —soltó en voz baja.

—Piensa lo que quieras. —Dorian se levantó y se sacudió los pantalones—.

No somos todos monstruos. Es como nos llamáis los ávicen, ¿no?



Se dio media vuelta con la llave en la mano, sintiéndose observado. Las siguientes palabras de la chica apenas pasaron de un susurro, que Dorian no entendió. Se encaró con ella y se puso de rodillas.

—Eso no lo he pillado —dijo, agachándose hasta donde se atrevió: aunque la chica tuviera las manos encadenadas, uno de los brujos que la había llevado tenía una hilera de marcas de dientes en el brazo. No se había dejado atrapar sin resistencia.

Ella carraspeó.

—¿Cómo lo perdiste?

Dorian se llevó una mano al parche, pero la dejó a medio camino. Ahora la chica casi no temblaba, sino que lo miraba con serenidad, y la única señal de que

aún estaba asustada era la piel tensa de alrededor de los ojos.

—Altair.

Dorian no tenía ni idea de si el nombre le diría algo, pero cuando vio que una sonrisa lúgubre elevaba los lados de su boca sintió en las entrañas algo negro y venenoso.

—Muy bien. —La chica lanzó al suelo, junto a ella, un escupitajo de saliva y sangre—. Espero que se lo quedara, porque dicen que le gustan los buenos trofeos.

A Dorian se le fue la mano sin darse cuenta de lo que hacía. El bofetón recibido en un lado de la cara arrojó contra la pared a la muchacha, por cuyo rostro corrieron lágrimas, aunque lloraba en silencio. Volvió a sufrir

temblores, pero con más fuerza.

El deseo de pedir perdón fue casi incontenible, pero Dorian lo aguantó. No pensaba dar explicaciones a una prisionera ávicen. Salió enojado de la celda y dio un portazo. Después cerró con llave y salió de la mazmorra sin tomarse la molestia de saludar a los dragones de fuego de la puerta.

Cuando estuvo bastante lejos para que el olor de sangre y musgo fuera solo un fétido recuerdo, se dejó caer contra la pared del pasillo agradeciendo el frío

de sus piedras rugosas en la piel. Tenía bilis en la boca, y ganas de vomitar. Le

repugnaba una debilidad tan manifiesta; y si bien le habría gustado pensar que

era la de la chica la que le asqueaba, no tuvo el menor asomo de duda de que se

trataba de la suya.

16

La única luz de las celdas del Nido la daba el tembloroso resplandor de los candelabros de los muros. Eco apoyó muy fugazmente la cabeza en la pared que

tenía a sus espaldas. La piedra estaba húmeda, como si creciera algo en ella. O

como si pudiera crecer algo, al menos.

Se inclinó con las manos en las rodillas. Se le había dormido el trasero de tanto estar sentada en la dura piedra. Del frío suelo de su celda solo la separaba

una manta pequeña y raída, con manchas sobre cuyo origen prefería no pensar.

Sus actuales aposentos eran francamente medievales, pero no en un sentido que

podiera poseer algún encanto, como cuando había envuelto a Ivy en varias capas

de ropa de punto y se la había llevado a rastras a Medieval Times, en Nueva Jersey. Para pagarse el autobús y las entradas había tenido que robar al menos una docena de carteras, pero habían comido muslos de pavo con las manos, y el

Caballero Verde le había dado a Ivy una rosa, tras derrotar en singular combate

al Caballero Blanco y Negro.

Francamente medieval era también el olor de la celda. No sabía de dónde provenía. Tal vez del suelo. O de las paredes. O de todas partes. Respiró profundamente sin percibir ningún otro olor que el de la tierra húmeda.

Petricor, pensó mientras lanzaba al otro lado de la exigua celda un terrón de tierra suelta: dícese del olor de la tierra cuando ha llovido.

Sin luz era difícil saber cuánto tiempo había pasado. De momento ya le

habían deslizado dos veces entre los barrotes de la celda un triste plato de pan con queso y un pequeño vaso de agua. Horas, por lo tanto. A lo sumo un día. Se

le había hecho eterno. Los halcones de combate que la habían encerrado se habían negado a responder a sus insultos. Qué poca caballerosidad. Al menos Ruby habría tomado de su propia medicina.

Intentó distraerse pensando en otros sitios más acogedores. Pensó en la

primera vez que había dormido hecha un plácido ovillo sobre el montón de cojines de la habitación del Ala, que mientras tanto le cantaba una nana sobre urracas y pena. Pensó en la calidez del salón de té de Maison Bertaux, donde

riéndose con sus amigos se había sentido joven e invencible. Pensó en Rowan.

¿Qué pensaría él de ella? Se había convertido en un recluta más, el más prometedor de los nuevos. Le caía bien Altair. Lo respetaba. Y Altair acababa de

meter a Eco en una celda. ¿Lo vería Rowan como algo deshonroso? Le dolió

pensarlo, pero solo un poco, como cortarse con un papel. Siempre había sido una deshonra. En el fondo, solo era cuestión de tiempo que se diera cuenta Rowan.

Le habría gustado tener papel, porque escribiendo habría roto la monotonía.

Pensó en lo que escribiría en su teórico papel con su hipotético bolígrafo. Sus memorias de la cárcel. Tal vez una carta. Pero ¿a quién? ¿A Rowan? ¿A Ivy?

Pensar en Ivy ensanchaba el pozo de su alma, como un agujero negro que devorase poco a poco la materia. Procuró no hacerlo, pues. Aunque no pensar en Ivy, y en dónde estaba, y en qué hacía, y en si tenía miedo, era como pedirse

a sí misma no respirar. Aunque pudiera cambiar el rumbo de sus pensamientos,

y aguantar la respiración, tarde o temprano se rebelaría su cerebro, y exigirían oxígeno sus pulmones, y se angustiaria una vez más pensando en Ivy. Ivy sola.

Ivy asustada. Ivy herida. Y todo por culpa de Eco, y del maldito pájaro de fuego.

Sollozó, pero se arrepintió enseguida. Era un ruido penoso, patético. De muy

pequeña había aprendido a llorar sin hacer ruido. Sin embargo, la idea de que pudieran haberle hecho daño a Ivy, o de que pudiera estar agonizando, con las

plumas blancas embadurnadas de sangre, se le hacía insoportable. Mordió con fuerza el interior de su mejilla y puso toda su voluntad en volverse de acero.

Con sollozos no salvaría a Ivy. En cambio las espadas eran de acero, y juró a todos los dioses que atravesaría con una a la primera persona que tocara una sola pluma de la cabeza de Ivy.

Suspiró. Allá abajo acabaría por pudrirse. Casi fue un consuelo saberlo. Su putrefacción no dependía para nada de ella. Apoyó la cabeza en la pared, y ni siquiera la humedad la molestó. Al final pudo más el cansancio, y cayendo en sus brazos rezó por no soñar.

La despertaron unos golpecitos en los barrotes de su celda. Se incorporó de golpe, pasándose una mano por la cara, e hizo una mueca al sentir en su columna vertebral, enderezada bruscamente, una cascada de crujidos y chasquidos. Aún no se había quitado del todo la obstinada telaraña del sueño.

Los restos de lo que había soñado se evaporaron olvidados como volutas de humo al viento.

—Psst. Eco.

Se puso en pie y escudriñó la oscuridad.

—¿Quién es?

Se dibujó en lo negro una figura, visible solo a medias, pero aquellas plumas de color marrón dorado las habría reconocido en cualquier sitio.

—Rowan —musitó, rodeando los barrotes con los dedos—. Nunca me había alegrado tanto de verte.

Le dio mucha rabia que llevara la misma armadura que los halcones de combate que la habían encerrado en la celda. Odiaba lo nuevo y reluciente de la

pechera de bronce, y el blanco prístino de la capa sujeta a los hombros, y las pequeñas cadenas que colgaban de sus charreteras, señal de su rango de nuevo

recluta. No era Rowan, para nada. La guerra se había colado en el mundo de Eco, tragándose uno tras otro a sus amigos.

Él metió las manos entre los barrotes y enlazó sus dedos con los de Eco. Sus ojos castaños estaban llenos de preocupación. Sintiendo sus pieles en contacto, a

Eco se le hizo un nudo enrevesado en lo más hondo de su ser. Rowan apoyó la

frente en los barrotes.

—He oído que estabas aquí abajo y he venido lo antes posible. Les he dicho a los vigilantes de la puerta que ya los relevaba yo. ¿Qué demonios ha pasado?

Eco cerró los ojos, reposando la frente en los barrotes. Estaban tan cerca sus caras que respiraban el mismo aire. El aliento de Rowan olía a chocolate caliente.

Tuvo ganas de reír, llorar y destrozar a puñetazo limpio los muros de la celda.

—Me he enfrentado a Altair —susurró—. Se han llevado a Ivy, y es mi culpa.

No puedo explicarte por qué. Quiero pero no puedo.

—Eh —dijo Rowan, apartando una mano de los barrotes para secar las mejillas de Eco, que ni siquiera se había dado cuenta de que estuviera llorando

—, que a mí puedes contármelo todo, ya lo sabes.

Eco sacudió la cabeza, y su pelo rozó los barrotes. No podía contárselo. Lo prometido era deuda, y más con el Ala. Mordió sus labios agrietados, reteniendo

las palabras que se moría de ganas de pronunciar.

El suave suspiro de Rowan agitó los pelos sueltos de las sienes de Eco.

—Todo se arreglará.

Ella le apretó tanto los dedos que estuvo segura de que le había dolido.

—Tenemos que encontrarla, Rowan.

Él deslizó el pulgar por sus nudillos, subiendo y bajando por ellos con tanta dulzura que Eco temió llorar de nuevo.

—Altair ya ha organizado un equipo de rescate —murmuró con la boca en su pelo—. No te preocupes, que la encontraremos.

Qué seguro y confiado estaba... Eco tuvo ganas de creerle, de confiar en que

él y los halcones de combate traerían de vuelta a Ivy y Perrin, pero el pájaro de

fuego se burlaba de ella, cernido sobre su cabeza. Había puesto en peligro a sus

amigos. Había llevado la contienda hasta ellos.

—No lo entiendes. Es mi culpa.

—Pero ¿por qué? Los otros halcones dicen que han sido brujos, probablemente al servicio de los drakharin.

Golpeó suavemente su cabeza contra los barrotes.

—Sí, es verdad, pero... —Suspiró—. Creo que a la tienda de Perrin fueron buscándome a mí. Quieren algo que tengo.

Rowan se apartó muy serio, bajando las manos. Los centímetros de separación se convirtieron en kilómetros. Sin el calor de Rowan, la piel de Eco se

enfriaba con el aire húmedo. Al cabo de unos minutos de agonía Rowan volvió a

aferrarse a los barrotes con un fuerte suspiro de contrariedad.

—Pero ¿a quién se le ocurre meterse en líos con la escoria drakharin? —dijo.

—Fue el Ala, que me mandó a buscar algo que ellos también quieren.

—¿Algo? ¿Qué? —preguntó Rowan con voz sibilante, y unos ojos casi negros

en la penumbra—. Si no me lo dices no podré ayudarte, Eco.

—Un medallón.

No era mentira, solo la verdad un poco reducida. Rowan sacudió la cabeza.

—No lo pillo. ¿Cómo puede ser tan importante un medallón como para...? —

Señaló la celda—. ¿...todo esto?

Eco vaciló. Bueno, a la mierda.

—Según el Ala está relacionado con el pájaro de fuego.

Rowan se la quedó mirando unos segundos antes de responder.

—¿El de la leyenda, que lo arregla todo por arte de magia?



La risa de Eco estuvo llena de dureza y amargura.

—El de la leyenda —repitió—. Sería una manera de decirlo.

Las manos de Rowan volvieron a deslizarse por las suyas.

—No, en serio. ¿El pájaro de fuego no era solo un mito?

—Eso pensaba yo —contestó Eco—, pero se ve que existe de verdad, y es importante, y lo quiere todo el mundo, y tengo que seguir su rastro antes que los

drakharin.

—El Ala pensó en todo.

—¿El Ala? Pero ¿de qué...?

Rowan sacó un paquete negro de su capa. Era la mochila de Eco.

—Me ha pedido que te traiga esto —explicó mientras la hacía pasar por los barrotes—. Me ha dicho que te libere y me asegure de que cumplas tu trabajo.

También me ha dicho que en la mochila está todo lo que puede hacerte falta, incluido otro mapa, pero del medallón. Yo no sé de qué va todo esto, pero supongo que tú sí.

Eco parpadeó varias veces.

—¿Y has tardado tanto en decírmelo porque...?

Los ojos de Rowan se suavizaron. Tras sostener un momento la mirada de Eco, bajó la cabeza y se miró los pies.

—Tenía que estar seguro de que valía la pena. Tenía que saber que el Ala no

te ponía en peligro sin una buena razón. —Tragó saliva con dificultad, sin apartar la vista del suelo—. No quiero que empeore esta guerra, Eco. No quiero

que sufran buenas personas. Si el pájaro de fuego puede pararlo, entonces hay que probarlo. —Soltó una risa seca, áspera, sin alegría—. Estarías más segura en

la celda.

Eco se apretó la mochila contra el pecho y tuvo la impresión de que se le posaba en los hombros, lenta pero inexorablemente, todo el peso del mundo.

—Pero ¿Ivy?

—Me aseguraré de ir con Altair. Yo encontraré a Ivy, y tú... tú lo que tengas que encontrar. —Rowan sacó una cadena del cuello de su armadura. En su extremo había una llave maestra. La metió en la cerradura de la celda y estiró la

puerta tan deprisa que no pudieron chirriar los goznes—. Pero necesito que me

prometas algo.

—Lo que quieras —contestó Eco mientras salía de la celda y se llenaba los pulmones.

Sabía que eran imaginaciones suyas, pero el olor del aire en aquel lado era mucho más dulce, mucho más libre.

Rowan le deslizó los dedos por el pelo y la atrajo hacia él. Su boca embistió con tanta fuerza que sus dientes chocaron con los de Eco. Fue un beso rápido, tosco. El corazón de Eco latía como un bombo. Cuando Rowan se apartó, su ardor era algo que hasta entonces Eco solo había soñado. La realidad superaba su imaginación. Rowan le tomó la mano y se la llevó a los labios para besarle el

dorso de los dedos. El contacto de sus labios provocaba un hormigueo en la piel

de Eco, que sintió en sus carnes hasta la última sílaba que pronunciaba.

—Vuelve —murmuró Rowan con la boca en sus nudillos, y en los ojos el brillo de algo peligrosamente parecido al llanto.

A Eco se le hizo un bulto en la garganta. Tuvo que recurrir a todas sus fuerzas

para responder:

—Te lo prometo.

17

Benditas seáis tú y tus plumas, Ala, pensó Eco mientras hurgaba en su mochila.

Además de su ganzúa y su cortador de cristal, el Ala le había puesto un pequeño

libro de conjuros, una bolsa llena de polvo de sombra, calcetines de recambio, guantes de piel y una fiambarrera con galletas de avena y pasas. El Louvre era famoso por muchas cosas (la Gioconda, la Victoria Alada de Samotracia, la pirámide de cristal de la entrada...), pero no por su cafetería, que además no estaba abierta a medianoche. Al igual que el resto del museo. Solo estaban Eco,

los vigilantes y el pequeño papel que había encontrado el Ala dentro del medallón (y que había guardado en el bolsillo lateral de la mochila, junto con el

propio medallón). Eco se lo puso y estudió el pergamino que tenía en la mano.

Era otro mapa o, mejor dicho, un fragmento de mapa arrancado de otro más

grande, como el de Kioto. En la esquina inferior derecha había una anotación escrita a toda prisa con la misma letra, aunque esta vez en inglés, tapando el azul descolorido del Sena en su paso por el centro de París.

Lo perdido ya se ha recuperado,

Mas siempre tiene un coste lo ganado.

Esta prenda de amor guiará a tu corazón

Hasta la aguda punta donde todo empezó.

Las palabras «aguda punta» estaban subrayadas con una gruesa línea de tinta.

Justo al lado del Sena un círculo marrón rojizo rodeaba la forma tan

característica del Louvre. Los mapas, y sus rimas, seguían algún tipo de metodología, no cabía duda, pero Eco ignoraba por completo cómo podrían

llevarla hasta el pájaro de fuego, suponiendo que lo hicieran. Una vez cruzado sigilosamente el Nido, había usado el polvo de sombra para saltar directamente

de Grand Central (evitando la puerta principal del Nido) a la estación de metro

de Louvre-Rivoli, conectada con el museo. Aun en el supuesto de que el mapa

fuera una vía muerta, no estaba de más interponer unos cuantos miles de kilómetros entre ella y las iras de Altair.

La verja que separaba la estación del vestíbulo del museo fue vencida

espolvoreando un poco de polvo de sombra, que transportó a Eco desde un lado

hasta un armario de material del otro. Mordisqueando una galleta, hojeó el libro

de conjuros hasta llegar a una página muy gastada, con un pliegue permanente en la esquina. Se puso en cuclillas detrás de una columna del vestíbulo, justo donde no alcanzaban las cámaras de seguridad. Después de comerse el resto de

la galleta se limpió las manos en los vaqueros y dibujó en el suelo, con un solo

dedo, una runa avicet.

Respiró profundamente y se armó de valor.

—Que la luz y las sombras conjuntamente —entonó— me permitan no ser vista por ninguno. Como el aire raudo, siempre a buen recaudo, iré como desee.

Que así quede.

Nada más pronunciar la última palabra del conjuro sintió en el centro de su ser una pérdida de fuerzas que ya conocía. La magia, para funcionar, necesitaba

algo a cambio, un sacrificio que nivelara la báscula del universo, trastocada por

el conjuro. A ella le costaba más que a un ser mágico por naturaleza, como el Ala, pero si así podía pasarse por el Louvre sin llamar la atención, no era muy

alto el precio. Se le despertó en la nuca un dolor sordo y palpitante. En pocas horas tendría un dolor de cabeza tremendo, pero bueno, cada problema a su debido tiempo.

La cámara de seguridad que tenía encima emitió una tenue protesta eléctrica antes de apagarse. El impacto carnosos de unos cuerpos con el suelo le hizo saber

que los vigilantes nocturnos se habían derrumbado por obra de un sueño brusco

y avasallador. El museo ya era todo suyo. Se incorporó y se puso la mochila.

Había prometido a Rowan y al Ala cumplir su misión, y eso iba a hacer.

La mano de Eco, cubierta por un guante, se deslizó por una vitrina de la sección

de Antigüedades de Oriente Próximo del Ala Richelieu. No podía ser ninguna coincidencia que en el mapa estuvieran subrayadas las palabras «aguda punta».

Algo tenía que querer decir. Tal vez hiciese referencia a una espada, o alguna otra cosa afilada y puntiaguda que llevara como mínimo cien años en el Louvre.

El departamento de Oriente Próximo (que albergaba una colección

impresionante de armas mogoles) era el que más números tenía de ofrecer lo que buscaba. Viendo el mar de objetos que tenía delante, sin embargo, se le cayó el alma al suelo. Sería como buscar una aguja en un pajar. Pese a reducir la

búsqueda al Louvre, el mapa no le facilitaba la labor con un número de catálogo.

—Mierda —susurró, deteniéndose ante una de las vitrinas que había estudiado ya diez veces.

No había nada que le llamase la atención. Ninguno de los carteles contenía información relacionada, aun tangencialmente, con pájaros de fuego. No sabía qué hacer.

Cerró los dedos en torno al medallón con un hondo suspiro. Nada más

tocarlo se quedó sin aliento y sintió en todo el cuerpo una corriente eléctrica que erizó el vello de su brazo.

En ese momento supo qué buscaba.

—Esta prenda de amor guiará a tu corazón —recitó para sus adentros.

Igual que la rima del mapa. Con el colgante en el puño siguió el extraño y persistente tirón que se había despertado en su barriga, y llegó a una vitrina muy

modesta de un rincón. Dentro había un único objeto y un tarjetón donde solo ponía PROCEDENCIA DESCONOCIDA.

Era una daga, de punta aguda.

Cuando aplicó la palma a la vitrina, el medallón que tenía en la otra mano se

la calentó a través del cuero del guante. En el puño de la daga había una hilera

de pequeños pájaros con las alas extendidas hacia arriba, como si volasen, y cuyo

plumaje blanco y negro estaba representado con detalle y gran delicadeza

mediante incrustaciones de ónice y perlas. Urracas. El diseño era sencillo, y la hoja de acero desprovista de adornos, pero Eco nunca había visto nada más hermoso que aquella daga.

Volvió a colgarse el medallón para tener las manos libres y poder trabajar con

el cortador de cristal. Trazó un redondel bastante grande para que cupiera una

mano, siempre con la precaución de no hacer un corte demasiado profundo que

pudiera causar una rotura. Habría sido más limpio y delicado retirar la parte superior de la vitrina, extraer la daga y poner la tapa otra vez en su sitio, pero

habría tardado demasiado. Su corazón latía al compás de los suaves impulsos de

energía que irradiaba en su pecho el medallón. La necesidad de sentir el peso de

la daga de urracas en su mano era tan grande como la de llenarse de aire los pulmones. Urgente, indiscutiblemente.

Dio unos golpecitos en el círculo de cristal, que se hundió hacia dentro con un grato pop. Después de guardar el cortador en el bolsillo lateral de la mochila

introdujo una mano por el agujero. Sus dedos rozaron el metal del puño de la daga. Por su cuerpo corrió un chorro de calor cuya ferocidad la dejó sin aire en

los pulmones. Cerró la mano alrededor de la empuñadura, y en el momento en

que la tuvo bien sujeta la energía del medallón se moderó.

En la sala todo era silencio, pero se le había puesto la carne de gallina en la nuca. No estaba sola.

—Te aviso de que es de mala educación espiar —declaró, haciendo el esfuerzo de que no le temblara la voz.

Sacó la daga por el hueco, procurando que no se enganchara la pulsera que le había dado Perrin.

Una suave risa.

—La próxima vez me pondré una esquila.

Al volverse vio a seis o siete metros a un hombre joven medio envuelto por la



oscuridad. No era normal que se hubiera acercado tanto. Había pocas personas

en el mundo capaces de sobresaltarla de aquel modo. Ahí estaba, sin embargo,

apoyado en un pilar, como si no hubiera tenido que hacer ningún esfuerzo. Era

más inquietante su tranquilidad que cualquier acto violento.

—¿Tengo el gusto? —dijo Eco.

No te pongas nerviosa, que no te está amenazando. De momento.

El joven se expuso al rayo de luna que entraba por los ventanales de la sala.

Era de un guapo impresionante, al límite de la pura belleza. La luz ponía muy de

relieve los planos de su cara. Era alto, con los músculos perfectos para su estatura. Sobre las pocas escamas de los pómulos caía un pelo tan oscuro que poco le faltaba para ser negro. Los ojos eran de un verde que habría hecho llorar

de envidia a las esmeraldas. Su belleza tenía un punto salvaje.

Como una serpiente, pensó Eco; una serpiente preciosa que espera el momento de atacar. Su segundo drakharin en otros tantos días. Una, que tiene suerte.

—¿Qué pasa? —preguntó apretando la daga—. Primero el Tuerto y ahora tú.

¿Me persiguen todos los concursantes de Master Dragón o qué?

El drakharin se limitó a parpadear y mirarla en silencio.

—Qué público más exigente —comentó ella.

—¿Quién eres? —preguntó él con leve curiosidad, como si no esperase una respuesta. Por Eco perfecto, porque no se la daría—. ¿Por qué a los ávicen les hace los recados una niña humana?

Su acento era difícil de identificar, con una especie de toque no del todo escocés que se escondía bajo las palabras, un leve rodar de erres justo por debajo

de la superficie.

—Con perdón —puntualizó Eco—, pero que sepas que me falta poquísimos para la mayoría de edad legal.

Enseñó dos dedos con un par de centímetros de separación. El drakharin hizo un ruido muy similar a una risa.

—No eres como me esperaba, Eco.

A Eco se le heló la sangre. Los nombres tenían poder. Por eso los ávicen los elegían. Y si tenían poder los nombres, entonces el drakharin a quien tenía delante acababa de robarle una pequeña parte del suyo.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Me lo ha dicho un pajarito. —La sonrisa del drakharin era como un puñetazo en la boca del estómago—. Por cierto, qué nombre más raro, Eco...

Un pajarito... Ivy y Perrin. La rabia de Eco prendió como una llama viva.

—Es el mío, hijo de puta con escamas...

—Me han dicho que tienes algo mío, Eco —dijo el drakharin—. Quiero que

me lo devuelvas.

Su insistencia en llamarla por su nombre la exasperaba.

—¿El qué, esta antigualla? —respondió ella, haciendo girar la daga entre sus dedos.

La luz de la luna chispeaba por las aves de la empuñadura. Hubo un momento en que pareció que se les movieran las alas.

El drakharin escrutó la daga, mientras sus labios dibujaban con dureza una línea.

—Entre otras cosas —contestó.

El medallón, comprendió Eco.

Asió la empuñadura de la daga con bastante fuerza como para saber que se le grabarían las urracas en la palma. Llevaba unos cuantos días sin comer debidamente. Estaría lenta, pero no tenía alternativa. O pelear o huir. A juzgar

por el aplomo del drakharin, sabía arreglárselas en el cuerpo a cuerpo. Eco no tenía ninguna oportunidad.

Sonrió, burlona.

—Lo que se da no se quita, capullo —dijo.

Y salió corriendo.

18

Caius no había tenido muy claras sus expectativas respecto a la chica humana que había logrado zafarse del capitán de su guardia, pero en todo caso no eran

aquellas. En un abrir y cerrar de ojos Eco había pasado de estar a no estar.

Impresionante, si no fuera tan molesto. Era humana. Por eso Caius la había subestimado. Soltó una palabrota en voz baja y salió tras ella. No cometería dos

veces el mismo error.

No parecía especialmente fuerte o temible, pero sí rápida. Saltó por encima de

un banco de mármol con una sorprendente agilidad y dejó atrás como una

exhalación las armaduras alineadas. Pecaba de impetuosa, y sus alardes serían su

perdición. Además, por muy veloz que fuera para ser humana, Caius no era humano, y ella no podía correr eternamente.

—¡Para! —dijo en voz alta, sin esperar que le hiciera caso—. No he venido para hacerte daño.

—¡Y un cuerno!

No supo a qué venía hablar de cuernos, pero tuvo la clara impresión de que

lo había tratado de mentiroso. Se abrió paso entre vitrinas llenas de espadas ceremoniales. Se moría de ganas de desenvainar las suyas, pero lo de que no tenía intención de hacerle daño a la chica lo había dicho en serio. Estaba conchabada con los ávicen, pero era humana, y por lo tanto diferente. No se le

podían aplicar las reglas normales de la guerra. Caius no podía matarla sin más.

En el mejor de los casos aquello sería chapucero y, en el peor, poco ético.

Eco rodeó una baranda, cerca de la escalera que llevaba a la entrada principal.

De un salto, Caius la asió por detrás de la chaqueta, como a un gatito por la piel

del cuello, haciendo que se le doblaran las piernas e impactara de rodillas con el

suelo de mármol. Eco arrastró consigo a Caius al caer. Una rodilla huesuda amagó con clavarse en la entrepierna de este último, que enroscó sus piernas en

las de Eco hasta clavarla al suelo y le sujetó las muñecas por encima de la cabeza.

Eran tan finas que cabían las dos en una sola mano. Después le quitó la daga y

se la metió en el cinturón.

—Lo que te decía —farfulló entre dientes mientras le ataba las muñecas con una tira de cuero. Ella volvió la cabeza para pillarle la mano en un mordisco.

Había que reconocer que peleona lo era—. No quiero hacerte daño.

Eco forcejeó una vez más para quitárselo de encima, pero él no se movió.

Entonces se dejó caer con un suspiro.

—Pero me lo harás —replicó mientras flexionaba los dedos, probando la fuerza del nudo.

Caius la había atado bien. Solo se soltaría si lo deseaba él.

—Si no hay más remedio... —dijo Caius al incorporarse y apoyar una mano

en el suelo. Eco pugnó por levantarse, pero cuando él la sujetó con su otra mano

dio un respingo y se apartó lo máximo que pudo. No era mucho, pero se hizo entender: no quería que la ayudase—. Eres muy peleona, niña.

—«Aunque pequeña, es de temer» —recitó ella. Shakespeare. \*Casi era interesante. Volvió a tensar sus ataduras—. Que tengo un nombre, ¿eh?

—Sí, y ridículo, por cierto —replicó Caius mientras la obligaba a seguirlo.

Para alguien con sus facultades, tan buena puerta sería el vestíbulo del museo como cualquier otra. La energía de los miles de visitantes que lo atravesaban a diario lo hacía idóneo como punto de acceso al entrespacio. Eco arrastraba los pies, resuelta a dificultar las cosas, a pesar de que sus esperanzas de huir fueran nulas.

—Hablando de nombres, no me has dicho el tuyo —observó.

Caius encogió un solo hombro.

—Tampoco me lo has preguntado.

El nombre del Príncipe Dragón se mantenía en secreto después de su elección, a fin de que a los enemigos de los drakharin no les fuera fácil centrarse en un solo objetivo. Ni tan siguiera los drakharin nacidos con posterioridad a la

coronación de Caius conocían su nombre de pila. A la chica no le sonaría de nada. Al menos así lo esperó. Era jugársela, pero las mejores mentiras siempre eran las que se salpimentaban con un poco de verdad.

—Caius —dijo.

Eco masculló entre dientes algo sobre chupar una extremidad que Caius

estaba bastante seguro de que ella no poseía. La llevó por la escalera del vestíbulo, procurando que no se cayera, y al llegar al centro de la sala, justo debajo del vértice de la pirámide de cristal, se detuvo.

—¿Adónde me llevas? —preguntó ella mientras señalaba con la cabeza el acceso a la estación de metro—. Se sale por ahí. —Hizo una pausa—. So memo.

—No me hace falta —replicó Caius. Se le escapó una sonrisa al verla tan desconcertada—. Me han dicho mis fuentes que lo sabes todo sobre el entrespacio.

—Ah, sí, pero... —Eco miró a su alrededor, sacudiendo la cabeza—. Aquí no hay puertas decentes. Tendrías que encontrar un umbral cerca de algún transporte, o que fuera natural, no sé...

—Quizá tú sí, pero yo no.

Caius levantó la vista, admirando cómo se filtraba la luz de las estrellas por el techo de cristal. Eco abrió mucho los ojos. Pocos eran capaces de viajar sin la ayuda de polvos mágicos y una cuidada elección de los umbrales. Por algo, sin embargo, habían elegido Príncipe Dragón a Caius. Los drakharin tenían respeto

al poder, y de eso él estaba sobrado. Mediante un impulso mental hizo manar la

energía del centro de su cuerpo. En lo más alto de la pirámide brotó un remolino de sombras que acto seguido descendió y los rodeó. La chica intentó apartarse, pero Caius la sujetaba por el brazo.

—Ven, Eco —dijo—, que seguro que a tus amigos les encantaría verte.

Cayó la oscuridad y desaparecieron.

\* Sueño de una noche de verano, acto III, escena II, traducción de Luis Astrana Marín. (N. del T.)

Con la oscuridad del entrespacio se desvanecieron también los arrestos de Eco.

Frente a ella danzaban llamas negras en braseros esculpidos, a ambos lados de una enorme puerta muy similar a la del Nido, con la diferencia de que los animales de hierro que la formaban no eran cisnes, no; eran dragones

gigantescos y negros, que erguida la cabeza, desnudos los dientes, lanzaban humo por sus orificios nasales y sus grandes fauces, enlazando sus cuellos muy por encima de la cabeza de Eco. Solo podía ser el cuartel general de los drakharin.

Estoy jodidísima, pensó. Bueno, mejor dicho, de jodida me he pasado cuatro pueblos.

Los dos vigilantes apostados a uno y otro lado de la puerta saludaron con la cabeza a Caius cuando la cruzó. Eco, arrastrada por él, tragó saliva. Aunque nunca hubiera visto a un dragón de fuego, aquellas capas rojas y armaduras doradas eran inconfundibles. En el momento en que cruzaron el umbral del cuerpo principal del castillo, los tablones de madera que pisaban los pies de Eco

dejaron paso a una piedra irregular que la hizo tropezar. Caius le apretó bastante

la muñeca para que los huesos, delicados, crujieran. Eco se aguantó un grito.

Entonces él la soltó un poco, lo suficiente para no aplastarla.

Eco trató de no perder la orientación del lugar al que la conducía Caius, pero a partir de un momento empezaron a parecerse todos los sinuosos corredores y

escaleras de caracol de la Fortaleza del Guiverno. (Tenía que ser ella; no



podía haber ninguna otra fortaleza drakharin así de majestuosa.) En todas partes veía

dragones, esculturas de mármol ostentosas con detalles de oro bruñido, toscos relieves de madera alisados por el paso del tiempo, tapices que representaban masacres infernales de aves... Se preguntó si Caius no estaría dando todos los rodeos posibles solo para confundirla. Estaba claro que así era más difícil escaparse, suponiendo que Eco tuviera ocasión de intentarlo; y tuvo la viva corazonada de que no la tendría.

Desenrascanço, pensó. En portugués, ingeniárselas para salir de una situación peliaguda. Ver también: hecho que no sucederá.

—¿Bueno, qué —preguntó una octava por encima de lo que habría deseado

—, no me toca la visita completa?

—Te diré que eres muy impertinente para ser una prisionera —replicó Caius

con una sonrisa mordaz por encima del hombro. Al menos a uno de los dos le resultaban entretenidos sus apuros—. A la persona que me encargó buscarte le divertiría.

—Será mi simpatía natural. —En caso de duda, fanfarronear, siempre

fanfarronear. Tal vez Caius tuviera la bondad de grabárselo en la lápida—.

¿Puedo preguntar quién es esa persona o sería demasiada impertinencia?

Caius vaciló un momento.

—El Príncipe Dragón.

Mierda. Cuando Eco le había dicho al Ala que en caso de necesidad se

enfrentaría al mismísimo Príncipe Dragón, había hecho uso de una hipérbole.

El

universo estaba siendo demasiado literal para su gusto.

—Bueno, pero tampoco soy tan importante. —Hizo un esfuerzo por hablar con desenfado—. ¿Qué eres, un mercenario?

Caius la empujó escaleras arriba. Eco sopesó la posibilidad de arrojarse por ellas, aunque solo fuera para ver si lo arrastraba en su caída.

—Algo así —contestó él mientras la hacía subir los últimos escalones—. Antes

de que lo conozcas quiero hablarte de un asunto... privado.

—¿Un asunto privado? ¿Estás tonteando conmigo? Porque te aviso que no eres mi tipo, aunque seas un rato mono.

Eco no estaba segura de tener un tipo, pero en caso afirmativo no habría sido él.

Caius se detuvo tan bruscamente ante una puerta llena de adornos que Eco chocó con él y se calló justo a tiempo una disculpa maquinal. No hacía falta desperdiciar buenos modales con un mercenario drakharin venido a más. En la

puerta, de cerezo, había un relieve con una escena de dragones en la que aparecían seres que salían del mar y dibujaban refinadas filigranas con sus colas

escamosas, animales que surcaban los aires con alas como de murciélago y una especie de sirenas que tocaban el arpa en el fondo marino.

Caius empujó la puerta y metió a Eco en una opulenta biblioteca. Había libros

de pared a pared y desde el suelo hasta el techo. A duras penas cabían en los anaqueles. Toda la sala olía a papel viejo, y flotaba en ella el aroma de los

libros muy leídos. Eco cerró los ojos y volvió a encontrarse fugazmente en su hogar, entre sus propios libros, en su propia biblioteca. Después se cerró la puerta a sus espaldas con un clic, y al abrir los ojos se encontró frente a Caius, cuyas pupilas, dilatadas por el tenue resplandor de la chimenea, eclipsaron el verde de los iris.

Había sido bonito pensarlo, pero no estaba en su casa, no, y cada vez tenía menos claro que volviera alguna vez a verla.

Caius la observó durante unos momentos de silencio. Lo único que se oía era el suave crepitar del fuego en el hogar. De no haber sido tan atroz la situación se habría estado incluso a gusto. Caius se acercó con la mano en alto para palpar con la liviandad de una pluma la cadena que llevaba Eco en el cuello. De pronto

la tomó entre sus dedos y arrancó el medallón con una fuerza que hizo

trastabillar un poco a su portadora. En las películas parecía muy fácil, pero dolía, la verdad, que te arrancasen un collar...

—¿Sabes qué es esto?

Lo preguntó en voz baja y con suavidad, pero también con un matiz de

dureza: terciopelo tensado sobre acero. Hizo oscilar el medallón al final de la cadena rota, y la luz de las llamas arrancó reflejos cálidos al dragón de bronce de la parte frontal.

Eco intuyó que la auténtica respuesta poco tenía que ver con lo que estaba a punto de decir.

—Un medallón.

—¿Y sabes quién es el dueño de este medallón?

Otra pregunta cuya respuesta conocía Caius, pero no ella. No tenía ninguna gracia aquel juego.

—¿Yo? —preguntó Eco.

Fanfarronear, fanfarronear, fanfarronear.

—Eres graciosa —dijo Caius, ahuecando la palma para sostener el medallón

—. Pero no. —La expresión con que estudió el jade pulido y el bronce desgastado era inescrutable. Eco se sentía superflua—. Es mío —añadió él—. O

lo era. Hace mucho tiempo.

Como no sabía qué decir, Eco no abrió la boca. Caius levantó la vista hacia ella.

—Y lo has robado tú.

Típico, pensó Eco: por una vez que no robaba nada se metía en líos por robar.

—Que sepas, en mi descargo, que me lo dio la vieja. Y por iniciativa propia, dicho sea de paso.

Caius ladeó la cabeza. La luz del fuego hizo brillar un poco sus escamas.

—¿Se te ha ocurrido que no tenía derecho, porque no era suyo?

Y sin aguardar la respuesta tomó las manos atadas de Eco con una de las suyas y con la otra se sacó del cinturón la daga de las urracas. Eco intentó soltarse, pero Caius era demasiado fuerte. Cerró los ojos esperando el agudo pinchazo de la hoja al clavarse en sus carnes, pero lo que se cortó fue la atadura, dejando libres sus muñecas. Insensibles por falta de circulación, sus manos

cayeron flácidas en sus costados. Abrió los ojos. Caius la había desatado.

—Ya está —dijo él con la misma voz suave y acerada—. Ahora podemos

hablar.

Eco se frotó las muñecas, a la expectativa. Si quería hablar que hablase.

—¿Quién te envió a buscar estos objetos? —preguntó él.

Aun estando bastante segura de que no tenía derecho a guardar silencio, Eco resolvió hacer uso de él.

Caius se apoyó en un sillón de cuero lo bastante grande para recibir el nombre de trono.

—Sé que no fuiste a buscarlos por tu cuenta. Quiero saber quién te envió y por qué.

A pesar de todo Eco persistía en su mutismo. Que la hubieran apresado no significaba que fuera a facilitar sin resistencia información sobre los ávicen. Se lo debía, a Ivy, a Rowan y al Ala. Miró la estancia con los labios apretados.

—Dime una cosa, Eco: ¿qué sabes del pájaro de fuego?

Se puso tensa. Por la mirada penetrante de Caius, y su forma de ladear un poco la cabeza, supo que no se le había pasado por alto.

—¿Qué es el pájaro de fuego?

Si falla la fanfarronería, pensó, hazte la tonta.

Caius se apartó de la silla para colocarse frente a ella a una proximidad incómoda. Eco dio un paso hacia atrás, y se lo recriminó a sí misma, pero no había sido capaz de resistirse al impulso de interponer espacio entre los dos.

Caius la acorraló contra la puerta y le puso la punta de la daga de las urracas entre las clavículas.

—No me mientas, Eco. —Ahora sus caras se encontraban a pocos centímetros

la una de la otra. Dio unos golpecitos con la cuchilla en la piel, demasiado suaves para perforarla pero bastante firmes para que Eco se diera perfecta cuenta

de lo cerca que tenía la daga—. No me gusta que me mientan.

Eco tragó saliva, momento en que la cuchilla presionó con más fuerza la suave

piel del cuello.

—No sé qué es el pájaro de fuego. No te miento. —Caius dejó de dar golpes

con la daga, pero no la despegó de la garganta—. Me mandaron a buscar el medallón y la daga, pero no sé por qué. Nunca hago demasiadas preguntas porque es malo para los negocios. Seguro que un hombre como tú lo entenderá.

Caius la estudió un momento. Eco esperó que con la mezcla de verdad no se notara el sabor de la mentira.

—Un hombre como yo —murmuró él—. Muy bien. —Retrocedió mientras

giraba el cuchillo hacia el otro lado, alejándolo del cuello—. Pongamos que te creo. Dime solo algo más: ¿por qué ayudas a los ávicen si eres humana? Con lo

reservados que son serían incapaces de aceptarte como uno de ellos. Tiene que

haber otra razón.

—¿Cómo te has...?

Eco apretó los labios, pero ya había dicho demasiado. Aquel mercenario había

encontrado su inseguridad más profunda y se había cebado en ella. Maldito

fuera. Maldito al infinito y más allá.

Justo cuando Eco se disponía a decirle la mentira de que los ávicen habían comprado su lealtad con dólares americanos de verdad, de los verdes, se abrió la

puerta con fuerza a sus espaldas, arrojándola contra el pecho de Caius. Él la tomó por los bíceps, y por unos instantes sus caras quedaron tan próximas que Eco vio pequeñas manchas de oro en los ojos del drakharin. Luego él la situó a

sus espaldas, para tener de frente a quien hubiera empujado la puerta.

Era un guardia, apoyado en el marco, que acabó por derrumbarse con las manos crispadas en un lado del cuerpo. Corría sangre entre sus dedos. Eco pensó que lo que sujetaba podían ser los intestinos, y se le revolvió el estómago.

Caius se arrodilló a su lado para tranquilizarlo.

—Ribos —dijo—. Es tu nombre, ¿verdad?

El guardia asintió con la cabeza, perlada de sudor su piel cetrina.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Caius apretándole las manos, aunque con tanta sangre no sirvió de nada—. ¿Quién te ha hecho esto?

Eco pensó en huir, pero la imagen del charco de sangre que se formaba bajo el torso del guardia le hizo dudar de que corriera menos peligro fuera que dentro. Al menos Caius parecía sereno.

Más vale malo conocido, pensó.

—Tanith —graznó Ribos—. Sus dragones de fuego. —Su tos salpicó de sangre

el rostro de Caius, que no se alteró en lo más mínimo—. Han hecho una votación y está matando a todos sus opositores. Va a nombrarse Princesa Dragón.

20

Caius pensó si lavaba de sus manos la sangre de Ribos, después de haber llamado a otro guardia para que se llevara a Eco a las mazmorras. Aún no había

acabado con ella, ni mucho menos, pero lo reclamaban asuntos más urgentes. Se

debatía entre dos impulsos, uno de los cuales era infinitamente más sensato que

el otro. Quería tomar por asalto la gran sala, cubierta por la sangre derramada por Tanith para obtener los votos de los nobles que a quien habían jurado fidelidad era a él. Quería enseñarles lo que había hecho su hermana, y lo que habían provocado ellos con su cobardía.

Sin embargo, dejó a Ribos encogido en el suelo de su estudio y se lavó las manos. No era una batalla que pudiera ganarse con teatro de alto contenido emocional, aunque su corazón clamara a gritos justicia. Conservaría la cabeza fría, ya que de lo contrario corría el riesgo de que Tanith se la separase del cuello.

Los dragones de fuego de la puerta no querían dejarlo entrar. Tuvo que recordarles que al margen de su rango de Príncipe Dragón (o no) seguía siendo

un noble de la corte y tenía derecho a entrar en la gran sala a presentar sus respetos, y si bien le supo amarga la mentira, se tragó la amargura con una sonrisa cordial.

Me prohíben entrar en mi propia corte, se dijo. Solo de pensarlo...



Habría querido experimentar sorpresa ante lo que vio cuando los dragones de fuego abrieron finalmente las puertas de la gran sala, pero lo único que sintió fue una resignación terrible y desoladora.

El trono que le había pertenecido estaba ocupado por Tanith, cuya túnica de seda carmesí se acumulaba a sus pies como un charco de sangre. Tenía el pelo dispuesto en gruesas trenzas que se amontonaban sobre su cabeza, salvo algunos

mechones en forma de tirabuzón a ambos lados del rostro. La capa dorada prendida a sus hombros hacía juego irreprochablemente con la fina diadema que se había puesto para la ocasión. Caius no tuvo la menor duda de que por eso había elegido la capa. Su hermana siempre había tenido olfato para lo dramático. Cuántas veces se había recostado él en aquel trono, apoyando una pierna en uno de sus brazos, como si le perteneciese... Como si fuera suyo por

derecho y nadie pudiera arrebatárselo... Y sin embargo ahí estaba Tanith, tan guapa como siempre, con sus colores distintivos. El trono ya no era de Caius. Tal

vez nunca lo hubiera sido. Tal vez hubiera hecho mejor en prestar más atención al enemigo interno que a otear el horizonte en busca de otro que solo existía en

su imaginación.

—Está ocupado —dijo.

Eran palabras huera, y Tanith lo sabía. También los medrosos cortesanos, con sus galas de múltiples capas.

—Sí —repuso Tanith—, pero no por ti. Ya no.

—Trabajas deprisa.

Varias decenas de miradas saltaban de Caius a Tanith como ante un simple

evento deportivo. Debería haber habido más nobles en la sala, pero la única señal de discrepancia sobre la votación convocada por Tanith eran unas cuantas

manchas dispersas de sangre, y quemaduras negras en el suelo de piedra. Nadie

mejor que su hermana para despachar a sangre y fuego cualquier disidencia. Los

demás estaban juntos y mudos como ratones. Cobardes. Todos unos cobardes.

—Me ausento pocas horas y ya te haces elegir Princesa Dragón. Estoy impresionado, hermana, con franqueza.

Cuando Tanith se levantó, su larga falda se derramó por el suelo. Era el epítome de la más regia elegancia.

—Ha sido una elección libre y justa, Caius, como tiene por costumbre nuestro

pueblo.

—No sé si Ribos la describiría así.

—¿Debería sonarme de algo el nombre?

—Debería —respondió Caius—. Era uno de mis guardias, y lo has matado.

—Entre los drakharin el fin ha justificado los medios desde la época del primer Príncipe Dragón.

Tanith bajó del estrado midiendo sus pasos. Era precioso su vestido, pero siempre había estado más acostumbrada a la armadura, del mismo modo que

siempre había sido más ducha en la batalla que en las artes del gobierno. Pronto

lo averiguaría; y si no ella, los drakharin que la habían votado, cuando suya fuera la sangre derramada en los campos de batalla.

—Aun así —dijo Caius—, no parece muy justo que muera por que tú puedas ceñirte la corona.

Se la estaba jugando, pero Ribos había sido un hombre leal, y con la misma lealtad merecía ser tratado. Tanith se detuvo a medio camino entre Caius y el trono.

—¿Justo? —Se rió—. Es lo que nunca has entendido. No se trata de que las cosas estén bien o mal hechas. No es una cuestión de bien y mal, sino de poder,

de quién lo tiene y quién no. Y ahora tú no lo tienes, Caius. —Hizo una señal con la cabeza a los dragones de fuego apostados al lado de la puerta—.

Lleváoslo; que se le pase el mal genio en la mazmorra hasta que se dé cuenta de

su error.

Caius levantó la mano. Los dragones de fuego se quedaron quietos, mientras

la boca de Tanith se reducía a una tersa línea. Eran sus dragones de fuego. Sin

embargo, Caius había sido su príncipe durante un siglo, y las viejas costumbres

siempre se resisten a cambiar.

—No hará falta —dijo él.

Vio con el rabillo del ojo que en la sala había otros cuatro dragones de fuego

aparte de los dos que tenía detrás. Si se ponían mal las cosas podría reducir a cuatro o cinco, pero si entraba Tanith en la refriega las posibilidades jugarían

contra él. Solo había una solución, por mucho que le doliera admitirlo.

—Tienes razón —dijo—. Si has ganado la votación eres Princesa Dragón de pleno derecho. Yo siempre he hecho todo lo posible por cumplir los deseos de nuestro pueblo, y no dejaré de hacerlo ahora. —Hizo una profunda reverencia,

acompañada por un gesto elegante con el brazo, todo sin levantar la vista, como

exigía la etiqueta—. Has ganado, Tanith. Enhorabuena.

Tanith era maestra en muchas cosas. Pocos espadachines podían esperar vencerla en combate, y aún eran menos los que igualaban su visión estratégica en el campo de batalla. De todos eran conocidos su valor y sus hazañas, pero había un arte que nunca había logrado dominar: el de saber reconocer una mentira, incluso cuando la tenía en sus propias narices, disfrazada de humildad

y postración.

—Gracias, Caius. —Recorrió la distancia que los separaba y le puso una mano

en el hombro para que se levantase. Incluso a través de la túnica se percibía el calor de su mano—. Tenía la esperanza de que vieras las cosas como yo.

—Por supuesto que sí —contestó Caius, sonriendo un poco a la fuerza—. Eres

mi única hermana. Gozas de mi apoyo en cualquier circunstancia.

También Tanith sonrió, casi con sinceridad.

—Tu lealtad te honra, hermano.

Se recogió las faldas y le dio la espalda, señal de confianza entre los

drakharin. Dar la espalda a alguien significaba que se contaba con no recibir en

ella una puñalada. Caius ardía en deseos de usar los cuchillos largos que aún llevaba encima, pero Tanith tenía razón: desde el punto de vista drakharin había

sido una elección libre e imparcial. Qué cómico, pensó. Para morirse de risa.

—Gracias de nuevo, Caius —dijo Tanith, subiendo al estrado. Se sentó en el trono que ahora era suyo—. Puedes retirarte.

Debía de ser un placer incomparable usar contra Caius sus propias palabras.

Después de otra profunda reverencia, cargada de respeto, Caius interpretó

sus palabras como lo que eran: venia para marcharse. Se saludaron los dos con la

cabeza a una distancia mayor que la propia anchura de la gran sala. Qué civilizado era todo... Otra ficción. Si por la mañana no se había marchado, el siguiente cadáver que encontrarían los drakharin con las marcas de la espada de

Tanith sería el de Caius. Los dragones de fuego le abrieron la puerta. Se marchó,

sintiendo en la espalda la mirada de los ojos carmesíes de su hermana melliza, como si lo quemaran.

21

Sentada en el suelo de piedra, con los brazos en torno a las rodillas, Ivy tiritaba de frío sin otra compañía que la oscuridad de los rincones y el tufo de humedad

de las mazmorras drakharin. Desde que se había ido la drakharin rubia, con manchas rojas de su sangre en la armadura dorada, Perrin había guardado

silencio. Ivy se preguntó si estaba muerto.

En algún lugar de las mazmorras había una gotera. Ivy había contado las gotas para entretenerse, y al llegar a cinco mil empezó a tener miedo de volverse

loca. Aún le dolía la mejilla por el bofetón del drakharin tuerto. Se pasó la mano

por la cara, pegajosa de lágrimas, sangre y mocos. Tal vez la locura no estuviera

tan mal. No tendría esperanza mientras su cordura la atase a aquel infierno. La

locura podía ser la única escapatoria que le quedaba, aunque fuera solo mental.

Seguían cayendo las gotas, tan persistentes como Ivy en contarlas, como si se aferrase con dedos entumecidos a los últimos jirones de cordura. Llevaba solo siete cuando se abrió la pesada puerta de hierro de la mazmorra y llegó a sus oídos el sonido más bello del mundo.

—Quieto, marinero. Al menos invítame a una copa antes.

Eco.

Se lanzó hacia la voz en la medida en que se lo permitieron sus cadenas. Eco estaba en la fortaleza drakharin. La había encontrado. Se escaparían. Serían libres.

—¿A esto lo llamas un cacheo? ¡Ja!

Su corazón dio un brusco vuelco. Volvió a apoyarse en la pared, abrazándose las rodillas con los grilletes. No habría fuga, no. Eco estaba allí como prisionera.

—¡Esas manos! —exclamó Eco—. ¡Quietas!

Ivy cerró los ojos. Le había bastado oír al menos dos pares de botas por la piedra, y el abrirse y cerrarse de la puerta de una celda, para que muriera la esperanza que había nacido dentro de su corazón. Eco no sería su salvadora. Las

dos eran cautivas.

—¿Eco? —llamó cuando se cerró la puerta principal de la mazmorra.

Una palabrota flotó sorda por la oscuridad. Luego apareció la cara de Eco entre los barrotes de la celda de enfrente.

—¿Ivy? —dijo aferrada a ellos—. ¿Estás bien?

Ivy avanzó de rodillas, sintiendo todas las protuberancias del suelo en carne viva, a través de los vaqueros. Al ver los ojos de Eco al otro lado del pasillo sintió que los suyos se llenaban de lágrimas. Hacía horas que creía haber agotado sus

reservas de llanto, pero había en su interior un pozo empeñado en no secarse.

Eco sonrió, aunque le temblaban un poco las comisuras de la boca. Tenía la impávida serenidad de quienes han vivido demasiado en demasiado poco

tiempo. A Ivy le inspiró una especie de envidia retorcida su capacidad de no perder la calma en momentos de presión.

—Sí, muy bien —contestó, aunque distaba mucho de ser cierto—. ¿Qué haces

tú aquí?

—¿Me creerías si te digo que venía a rescatarte? —respondió Eco.

—Como lo digas —susurró Ivy— te pego una bofetada.

Eco resopló por la nariz.

—¿Desde tan lejos?

—Te juro por los dioses que encontraría una manera.

La locura que había empezado a enroscarse en el cerebro de Ivy se deshizo lentamente, sucumbiendo a las reconfortantes bromas de siempre, forzadas pero

familiares. Aferrándose a ellas, hizo de Eco su roca.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó—. Ahora en serio.

—Te lo resumo: el Príncipe Dragón contrató a un capullo para que me echara el guante por haber robado una tontería —respondió Eco—. Me gustaría saber cómo me han encontrado.

Era una explicación de lo más inocente, curiosa, pero que no esperaba una respuesta. Aun así Ivy notó un sabor a bilis. Se acordó de los gritos ahogados de

Perrin, y del galimatías que había salido espesamente de su boca, como si se ahogara con su propia sangre. Clavándose las uñas en la carne blanda del antebrazo, recordó la parte del interrogatorio de Perrin que más le había dolido. Ella se había puesto a gritar, llamándolo mentiroso, traidor y cobarde. En

ese momento no le había importado que Perrin se hubiera resistido hasta el límite de sus capacidades y les hubiera dicho que una cosa era vender

información y otra entregar niños. Desde entonces Perrin llevaba varias horas en

silencio. Ivy sintió en la boca el amargo veneno del arrepentimiento por todo lo

que le había dicho.



—La pulsera —dijo, cerrando los ojos con fuerza ante el recuerdo—. La que te había dado Perrin. Le siguió la pista. No quiso, pero lo torturaron. Lo obligaron.

Eco soltó una palabrota mientras se tocaba la muñeca. Algo cayó al suelo, algo

que parecían cuero y cuentas. Ivy dejó pasar unos momentos de silencio, en los

que poco a poco se apagaron los recuerdos de los alaridos de Perrin. Escuchó la respiración de Eco y se dejó calmar por su cadencia. Al cabo de unos minutos casi se sintió de nuevo cuerda.

El suspiro de Eco fue una nota suave en la quietud de la mazmorra.

—¿Sabes que empiezo a estar francamente harta de que me metan en celdas?

—¿Qué? —preguntó Ivy—. ¿Quién te ha metido en otra?

—Altair —contestó Eco—. Quién si no.

Ivy sacó briznas de paja de debajo de sus rodillas.

—Me gustaría decir que me sorprende, pero la verdad es que no, en absoluto.

Para nada.

La risa de Eco fue sincera, aunque también cansada.

—Bueno, bueno, cállate un poco y déjame pensar en cómo podemos salir. El

sobón del vigilante me ha robado las herramientas. —Empezó a gritar, aferrada a

los barrotes de su celda—. ¡Ah, y las instalaciones dejan mucho que desear!

Se apoyó jadeando en la pared, con los brazos cruzados y las piernas

extendidas.

Ivy se quedó callada, apoyando la frente en el frío metal de los barrotes. No era cómodo, pero le recordaba dónde estaba y con quién. Eco y ella estaban juntas. Entre las dos podrían escapar. Tenían que hacerlo. No podían no hacerlo. Segundo tras segundo se condensó el silencio, como si la desesperación

de Ivy hiciera coagularse el aire mismo.

—Bueno, ¿qué? —preguntó. Necesitaba oír algo, lo que fuese, no solo la infernal gotera—. ¿Cuál es el plan?

Oyó que Eco cambiaba inquieta de postura, aunque no alcanzase a verla bien.

—No lo sé —reconoció su amiga—. Llorar. Tener pánico. Morir de forma horrible.

La risa que burbujeó hasta salir por la garganta de Ivy estaba teñida de histeria.

—Buena arenga.

—Gracias —dijo Eco—. La verdad es que le he puesto ganas.

Volvió a hacerse el silencio. Ivy empezó a contar las gotas. Una, dos, tres...

—¿Ivy?

—¿Qué?

—¿Qué le ha pasado a Perrin?

Se despertó con fuerza el recuerdo de los gritos mientras Tanith pedía una y

otra vez información sobre Eco al ávicen. Por unos momentos se hizo fresca la sangre cuyo olor sentía Ivy, y se iluminó toda la celda con el fuego que brotaba

de las manos de Tanith. Clavó las uñas en la palma de sus manos, volviendo en sí a través del dolor.

—Creo que lo han matado. —Oía su voz como si fuera la de un desconocido.

Con algo de suerte no tardaría mucho tiempo en sucumbir del todo al entumecimiento que empezaba a invadirla. Así se ahorraría pensar, sentir o temer algo más—. Lleva un buen rato sin moverse.

Eco se puso de rodillas y deslizó una mano entre los barrotes para tocar a Ivy.

Al menos ella no las tenía encadenadas. Ivy estiró sus grilletes, sacudiéndolos como un fantasma vengativo. Se moría de ganas de sentir en sus manos las de Eco y consolarse con que no se moriría sola y olvidada en una celda fría y sucia,

pero la retenían los grilletes.

—No puedo —dijo, tragando saliva para deshacer el nudo que crecía en su garganta—. No llego.

Rompió bruscamente a llorar, con lágrimas calientes que dejaban surcos en la capa de hollín y sangre de sus mejillas. Eco susurró dulcemente tonterías para consolarla, pero Ivy no oía nada aparte de sus propios sollozos y de la gotera de

los mil demonios.

22

—Ivy —dijo otra vez Eco.

Hacía diez minutos largos que repetía su nombre, pero Ivy no se dejaba

consolar; seguía sin querer hablar, aunque sus sollozos se hubieran reducido a un moqueo casi silencioso.

—Ivy —susurró Eco con voz ronca—. Saldrá todo bien, te lo prometo.

Cuando me fui ya te estaban buscando el Ala y Altair. Nos encontrarán, estoy segura.

Ivy masculló algo casi ininteligible.

—¿Qué has dicho?

Tras levantar la vista hacia Eco a través de los barrotes, carraspeó y habló con la afonía del llanto.

—He dicho que no vendrán a buscarnos. Hasta aquí seguro que no llegan.

Además, ¿por qué iba a buscarte Altair, si te encarceló en una celda?

—Porque en su pequeño y retorcido mundo él es el único que puede meterse con su propia gente.

—Pero tú no eres su gente.

En circunstancias normales Ivy nunca lo habría dicho así, con tan pocas contemplaciones, pero un día en una mazmorra drakharin podía con el tacto de

cualquiera; además, por muy duras que fueran las palabras, Eco no podía negar

que eran ciertas. Altair no le tenía simpatía. La toleraba. Y ahora probablemente

estuviera contento de habérsela quitado de encima.

—Ya —convino, sentada contra la pared—. Y ya se ocupa de que nunca se me olvide.

La expresión de Ivy se suavizó. Sus grandes ojos negros estaban más despejados que hacía unos minutos.

—Lo siento —dijo—. No te lo he dicho para...

—No, si ya lo sé. No pasa nada. —Eco suspiró—. Además, tienes razón: seguro que no viene a buscarme. Por él como si me pudro. En cambio a por ti sí

que vendrá. —Echó un vistazo a las túnicas amontonadas que Ivy le había asegurado que eran Perrin—. Y a por él.

Ivy asintió tristemente y bajó la vista.

—Si tú lo dices...

Transcurrió un momento de silencio. Eco sintió que su esperanza se empequeñecía gota a gota, como la gotera que la hacía enloquecer desde que se había fijado en ella. No entendía que Ivy hubiera podido estar allá abajo tanto tiempo escuchando aquel goteo solitario y persistente sin volverse loca.

Los celadores se habían relevado dos veces desde su encierro. Por eso Eco no se molestó en levantar la vista cuando rechinó otra vez la puerta. Mataba el rato

trenzando briznas de paja recogidas del suelo de la mazmorra. Se acercaron dos

pies. Eco solo alzó la mirada en el momento en que se detuvieron delante de su

celda. Al otro lado de los barrotes la observaban los ojos verdes e inescrutables de Caius. Se había lavado las manos de sangre, pero la tela de su túnica tenía una sombra donde se había apoyado Ribos. Probablemente aún estuviera

pegajosa por la sangre.

—¿Ya me echas de menos? —preguntó Eco mientras seguía trenzando la paja,

aunque sus manos temblaban demasiado para que le saliera una trenza regular

—. Con lo ocupado que parecías antes, entre la sangre, el horror, el moribundo...

Caius echó un vistazo a la puerta principal. Los dragones de fuego estaban al otro lado, separados de la mazmorra por diez centímetros de metal macizo. A pesar de todo habló en voz baja.

—Ha habido un cambio en la dirección.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —preguntó Eco, soltando la trenza deforme.

—Me han rescindido el contrato. —Caius metió la mano entre los barrotes y agitó un manojito de llaves maestras—. Por lo que a mí respecta eso quiere decir

que puedes irte.

Las rodillas de Eco crujieron en son de protesta al levantarse. Con diecisiete años y ya estoy vieja para estos trotes, se dijo.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Me había contratado el Príncipe Dragón para que te trajera, y ahora hay una nueva Princesa Dragón de cuyos métodos confieso no ser un gran admirador.

—¿Tanith?

Caius se mostró algo sorprendido.

—¿Cómo lo sabes?

—Por estas cosas que tengo. Ojos y oídos, las llamo yo. —Eco flexionó los tobillos, tratando de normalizar la circulación de la sangre—. Muy sutil no es que parezca, la señora.

—A Tanith la han llamado muchas cosas con los años, pero nunca sutil — dijo

Caius con las llaves colgadas de los dedos.

—Repito la pregunta. —Eco casi paladeaba la libertad. Ivy estaba callada, muy

atenta a la conversación—. ¿Qué tiene que ver conmigo?

—Todo.

—Una respuesta que en el fondo no lo es. Fantástico. A este paso tardaremos todo el día. —Eco cerró los dedos alrededor de los barrotes de su celda, observando a Caius—. Pero tranquilo, que mola. Tampoco me iba a mover de aquí.

—No me interesa jugar contigo, Eco. Sabes mucho más del pájaro de fuego de

lo que quieres darme a entender. Sabías más que mis propios sabios, que se han

pasado décadas buscando cualquier pista acerca de su paradero. Yo creo que has

encontrado su rastro, y necesito saber lo que sabes. Ahora mismo.

Eco se habría partido el cráneo contra los barrotes de su celda con tal de no

traicionar al Ala y a los ávicen con un drakharin, y más después de lo que les habían hecho a sus amigos. Ya tenía la boca abierta para decírselo cuando él la

enmudeció con una mano en alto.

—Piénsalo muy bien, que de lo que digas podría depender el destino de nuestros dos pueblos.

Ivy seguía inmóvil en su celda, como si escuchara atentamente, sin respirar.

—Explícame por qué lo quieres —exigió Eco—. Explícame por qué tendría que importarme.

Caius se acercó para escrutarla con sus ojos verdes, duros como el jade.

—Quiero que se acabe esta guerra —dijo en voz baja pero apremiante—.

Estoy cansado de luchar, de las batallas, de que corra la sangre... Para Tanith, en cambio... es un placer. Si el pájaro de fuego puede poner punto final a la guerra que desde siglos hace estragos en los nuestros, quiero encontrarlo.

Quiero

la paz, Eco. Es lo que más quiero, la paz; más que la riqueza, o que la gloria, o que mi propia vida.

Y sin decir más abrió la celda con la llave y dejó que basculase la puerta, rechinando.

—Y o mucho me equivoco —añadió a la vez que le lanzaba las llaves de la



celda de Ivy, y las de sus grilletes—, o tú también lo quieres.

Eco miró a Caius. Se fijó en su pelo oscuro, caído por la frente, en la pequeña arruga que tenía entre las cejas y en la borrosa cicatriz del borde del labio, casi imperceptible en la penumbra de la mazmorra.

Acrasia, pensó: dícese de actuar en contra del sentido común. Tuvo la corazonada de que sus siguientes tres palabras serían las más importantes que dijera en su vida.

—Sí —contestó—, es verdad.

23

«Tráeme a mi hermano.»

Las palabras de Tanith resonaban aún en los oídos de Dorian mientras caminaba a paso firme por la fortaleza, flanqueado por los dragones de fuego que le había asignado la princesa. Hincó los dientes en la carne blanda del interior de su mejilla para no gritar. «Tráeme.» Ni que fuera un perro.

En algo, sin embargo, tenía razón Tanith, por muy amargo que le resultase a Dorian. Como capitán de la guardia real había jurado fidelidad al Príncipe Dragón, y ahora por desgracia el título correspondía a Tanith; en consecuencia,

se esperaba de él que siguiera sus órdenes con la misma lealtad con que había cumplido las de Caius. Como si la lealtad fuera algo transferible.

Su primera parada con los dragones de fuego había sido el estudio de Caius, donde solo había encontrado el cuerpo sin vida de uno de los guardias a sus órdenes. Ribos había sido un soldado leal, resuelto y sin doblez. Le perdían el té

de jengibre y los pasteles de limón, y su lengua podía ser tan afilada como amable. Ahora estaba muerto: un sacrificio más en el altar de la ambición de Tanith.

«Tráeme a mi hermano.»

Había sido su primera orden para Dorian, pronunciada con un brillo de mofa en sus ojos sanguíneos. Dorian suponía que lo había hecho para recordarle su lugar. Ahora era de Tanith, que no permitiría que lo olvidase. La Princesa Dragón le había exigido que trajese a Caius, y eso haría.

Que no se diga que no soy hombre de palabra, pensó.

Pasó junto a los dos dragones de fuego que custodiaban la puerta de la mazmorra, y frenó en seco al doblar la esquina. Caius se encontraba en el estrecho pasadizo entre las celdas, con la chica ávicen y la humana. Libres las dos.

—Dorian —dijo Caius—. Qué detalle haber venido. Veo que traes amigos.

—Muy gracioso. —Dorian desenvainó la espada y la mantuvo orientada hacia

el suelo. Tras él, los dragones de fuego siguieron su ejemplo—. Me envía Tanith,

para que me cerciore de que te portas bien. Se diría que no tiene confianza en que no armes algún lío.

—Para gracioso lo tuyo —replicó Caius—. Te ha hecho seguir por dos de sus lacayos. Se diría que no tiene confianza en que hagas lo que se te pide.

Ni siquiera queriendo habría podido evitar Dorian la sonrisa que curvaba sus labios; y cuando Caius también sonrió, el corazón de Dorian entonó una torpe y

lamentable cantinela.

—Sí, muy gracioso —convino.

Dorian se dio media vuelta y con un veloz golpe le arrancó la espada de las manos a uno de los dragones de fuego. El otro se lanzó al ataque, desgarró la túnica de Dorian y le hizo un rasguño en la cadera. Dorian le asestó un golpe en

el casco con la empuñadura de su espada, dejándolo en el suelo como un amasijo de relucientes piezas de armadura. No había sido gran cosa la batalla. A

Tanith la habría decepcionado. Vio con el rabillo del ojo que Caius

desenfundaba los cuchillos que tenía en la espalda, usaba uno para rebanarle el

cuello al dragón de fuego de su derecha y con el otro atravesaba la vulnerable abertura que formaban las placas al unirse en el pecho y el hombro.

Así acabó lo que en el fondo ni siquiera había empezado. Con aire ausente, Caius dio una patada a una de las botas de los dragones de fuego y pasó por encima del cuerpo caído a sus pies.

—Tenía razón Tanith en dudar de tu lealtad.

—Eres mi amigo, Caius. —Dorian se agachó para arrancar un jirón de lana roja de la capa de un dragón de fuego, mientras un dolor agudo en el abdomen

le hacía dar un respingo. La espada del dragón de fuego debía de haber hecho

un corte más profundo de lo que pensaba. Limpió la suya de sangre con el trozo

de tela, y dedicó un momento a apreciar el lirismo de la escena. Después tiró la

tela al suelo y miró a Caius a los ojos—. Mi lealtad nunca ha estado en cuestión.

—Por supuesto que no. —Caius sonrió—. Mi deuda contigo será eterna. Pero ahora tengo que marcharme.

—Me lo imaginaba —dijo Dorian—. ¿Adónde vamos?

—¿«Vamos»?

—Sí, vamos, en plural. —Dorian hizo ademán de señalar a las dos chicas que,

pese a mantenerse a distancia prudencial de la pelea, curiosamente habían optado por no huir. Supuso que por no tener adónde ir—. Ellas incluidas. Por alguna razón que estoy seguro me explicarás a su debido tiempo.

—Sí, claro —respondió Caius, mirando por encima del hombro. Eco le hizo un pequeño saludo con la mano. Ivy parecía aún más pálida bajo el hollín y la sangre de su cara—. Pero Dorian, te advierto que... si vienes conmigo es posible

que no puedas volver nunca. Lo que me dispongo a hacer cae de lleno en la alta

traición.

Dorian puso su único ojo en blanco.

—Caius, acabo de matar a dos soldados de Tanith. Creo lícito decir que el barco de la traición ya ha zarpado.

—Podrías decirle que he sido yo —adujo Caius—. Nadie se...

Dorian le acercó la espada a los labios para que se callase, aunque no llegó a tocárselos. A fin de cuentas acababa de atravesar con ella a dos personas. El contacto habría sido poco higiénico.

—No pienso dejar que sigas.

Caius arqueó una ceja.

—Ya te lo he dicho mil veces, y otras mil lo diré para que se te meta en ese cráneo tan duro —dijo Dorian a la vez que bajaba la espada, pero sin soltarla.

Intuía que la necesitarían antes de alejarse de la fortaleza, y del largo brazo de la autoridad de Tanith. Articuló con gran esmero cada sílaba, para que Caius no se

perdiera ni una sola—. E-res mi a-mi-go. Y te seguiré a todas partes. Venga, vamos.

24

Reinaba una extraña quietud en las tierras que circundaban los muros de la fortaleza. La luz furtiva de la luna correteaba por un mar salpicado de estrellas.

Solo al alcanzar la costa se dio cuenta Caius de que Dorian cojeaba y dejaba un

rastro de sangre a cada paso. Habría sido mucho pedir que salieran indemnes.

De todos modos Dorian era un combatiente, y no se detendría. Tanith tardaría poco en constatar su ausencia. Sus dragones de fuego los seguirían a corta distancia.

—Si eres tan amable, Dorian... —Caius agitó la mano, señalando la espuma de las olas que marcaban la frontera entre la arena y el mar—. El agua es tu especialidad, más que la mía.

Dorian, con polvo de sombra en la mano, se arrodilló en la playa, justo en la veta donde palpitaba el entrespacio.

—¿Adónde vamos?

Caius tuvo la sensación de que por primera vez no tenía respuesta. Tanith lo conocía mejor que nadie, a excepción de Dorian, y estaba claro que conocía tanto o más que él hasta el último palmo de las tierras drakharin. Hasta el último escondite, refugio o remota fortaleza. Si se quedaban dentro de sus fronteras, tarde o temprano los encontraría. Se dio cuenta de que todos lo miraban expectantes. Tenía que ser un líder, pero ignoraba por completo qué hacer. Quizá Tanith estuviera en lo cierto. Tal vez ya no tuviera dotes de mando.

Quizá se hubiera ablandado. Si no podía llevar a tres personas a un lugar seguro,

¿qué esperanzas tenía de conducir a todo un pueblo hacia la paz?

Se miró las manos. Y pensar que solo hacía una hora que se había lavado la sangre de Ribos... No podía dejar a los drakharin en las dulces manos de Tanith. No podía fallar al variopinto grupo de fugitivos que en aquel momento

lo necesitaban. Ni podía ignorar el mensaje que había dejado Rose hacía muchos

años en un mapa, de su puño y letra. Estaba en la mesa de su estudio. Le remordió una punzada de arrepentimiento por haberlo dejado. De Rose, ahora,

solo le quedaban los recuerdos. El pájaro de fuego estaba en algún sitio. Lo encontraría. Por su pueblo. Por Rose. Afortunadamente, si algo había aprendido

durante su reinado era a delegar. Carraspeó.

—¿Eco?

—¿Qué?

La muchacha aguzaba la vista, mirando la colina de detrás para ver si los

habían seguido. Y así era. Se veía un brillo de armaduras doradas en la distancia.

Los dragones de fuego les darían alcance en cuestión de minutos.

Ni el propio Caius daba crédito a que pudiera hacer una pregunta así, pero desde hacía un día todo era inexplicable.

—¿Adónde vamos?

Eco se dio media vuelta con las cejas en alto.

—¿A mí me lo preguntas?

—Obviamente —respondió Caius con un suspiro.

Oía congregarse en la distancia a los dragones de fuego. Se les agotaba el tiempo. Si lo capturaban ahora, si los arrastraban a los cuatro a la fortaleza, habría sido todo en balde. Perdería la única pista que tenía sobre el pájaro de fuego, y aunque Tanith pudiera perdonarle la vida, estaba seguro de que no vertería ni una sola lágrima al ordenar la ejecución de Dorian. En cuanto a Eco y

Ivy, para ella eran menos que nada. Capturarlas supondría la muerte de ambas,

y bastante sangre se había vertido ya.

Eco y Ivy se miraron incrédulas.

—¿Por qué tendría que llevarte a alguna parte?

Los guardias ya estaban más cerca. A cada segundo se oían con mayor claridad sus pisadas.

—¿Queréis jugárosla con ellos? —preguntó Caius.

—Bueno, de ti no es que me fíe mucho —respondió Eco.

No apartaba la vista de la colina donde pronto aparecerían los dragones de fuego. Tenía los hombros tensos, como si estuviera a punto de huir, pero al igual

que Caius no tenía adónde ir, a menos que fueran juntos.

—Yo de ti tampoco —repuso Caius—, pero a falta de pan buenas son tortas,

¿no? Ahora tu enemigo también es el mío, y eso a mi modo de ver nos convierte

en aliados. Además, el pájaro de fuego está por encima de los dos.

—Eco —dijo Ivy, estirándole de la manga—, ¿no podemos irnos a casa y ya está?

—No. —La respuesta contuvo una nota de tristeza. Eco tragó saliva con dificultad y sacudió la cabeza—. Hoy ya me ha encarcelado Altair una vez, y no

creo que esté muy contento de que hayamos empezado a conspirar con los drakharin.

—¿Que te ha encarcelado Altair? —se asombró Caius—. Creía que estabas de

su lado.

—Sí, yo también —contestó ella—. La verdad es que ha sido un día muy largo.

—Eco —habló Ivy—, yo no lo llamaría exactamente conspirar. —Sus plumas

blancas temblaron—. Un momento. ¿Va a haber una conspiración? ¿Con qué



objetivo conspiramos?

Dorian, que estaba de rodillas en el suelo, los miró.

—Todo esto está muy bien, pero tenemos que irnos.

Lo dijo forzando un poco la voz, con una mano pegada a las costillas. Aun siendo de noche Eco vio en su piel clara una mancha muy parecida a la sangre.

—Bueno —aceptó Caius—, pues ¿adónde?

Eco vaciló. Estaba perdiendo convicción. El dilema se leía en su cara con la más absoluta claridad. En principio tenían que ser enemigos, pero la distinción se había vuelto mucho menos clara que un día antes. Si Caius no lograba convencerla de que estaba de su lado (al menos de momento), sus pocas

esperanzas de encontrar el pájaro de fuego quedarían en agua de borrajas.

—Puedes jugarla conmigo —dijo— o quedarte a averiguar qué suerte te

depara la Princesa Dragón. Nuestro destino está en tus manos. —Le tendió la mano—. ¿Qué?

—Eco...

Ivy dio un paso hacia ella, con el miedo y la preocupación grabados en el rostro.

Eco apartó la vista de la mano de Caius para mirarlo a los ojos. Oyeron que los dragones de fuego llegaban a la cima. Ahora o nunca. En función de lo que

decidiera Eco podrían seguir luchando un día más o encontrarían ahí mismo su

final, en las costas de la fortaleza donde había nacido Caius. Tanto él como Dorian estaban avezados a la lucha, pero ni siquiera ellos dos podían plantar

cara al poder de todo un batallón de dragones de fuego.

Ya estaban tan cerca que Caius podía diferenciarlos sobre la colina. Había más de una docena. Al cabo de varios segundos angustiosos, Eco asintió con la

cabeza.

—Ya sabes lo que dicen. —Se quedó mirando a Caius un momento antes de poner su mano, pequeña pero fuerte, en la del drakharin—. Más vale malo conocido...

25

—Es para hoy.

El drakharin del pelo plateado —Dorian, lo había llamado Caius— tenía abierto el portal mientras su único ojo vigilaba a los dragones de fuego que seguían acercándose. Con su mano unida a la de Caius, Eco esperó por todos los

dioses del cielo no arrepentirse de lo que estaba a punto de decir.

—Estrasburgo.

Apenas salida la palabra de su boca, se elevó la oscuridad del entrespacio para

echarse encima de ellos. Un pesado silencio devoró los gritos de los dragones de

fuego. Eco se había quedado sin respiración por el impacto. De no ser por la fuerza con que le sujetaba Caius la mano, se habría desprendido de cualquier atadura y habría quedado a la deriva, náufraga a merced de un temporal.

Nunca

había viajado por el entrespacio con más de una persona a su lado. Era tal la

fuerza del momento que estuvo a punto de caerse, y se le doblaron las rodillas cuando el suelo se hundió bajo sus botas.

El final fue igual de brusco que el principio. Bajo los pies de Eco se había materializado un pavimento frío y duro. Tuvo la sensación de tropezar y estarse

quieta al mismo tiempo, sin haberse movido ni un centímetro. Sus ojos se adaptaron con dificultad a la luz. Más que en lo que veía, se concentró en lo que

oía y palpaba: piedra firme debajo de sus pies, la campana de una iglesia que daba la hora y el suave murmullo de un río que lamía la base de un puente.

—¿Dónde estamos? —preguntó Ivy.

Eco reconoció el temblor mareado de su voz. No lo oía desde que se habían zampado entre las dos toda una bolsa de chucherías de Halloween, robada en el

Kmart de Astor Place por Eco. Aquel día, Ivy había vomitado un arcoíris de gusanitos de goma masticados. Eco no era la única afectada por el viaje.

Se protegió los ojos con la mano. Después de la oscuridad del entrespacio, la farola de al lado tenía una potencia cegadora. Parpadeó para borrar los puntos de luz que explotaban detrás de sus párpados. Después reconoció el puente. Era

uno de los más antiguos de Estrasburgo. Los puentes, monumentos en sí mismos

al entrespacio, eran idóneos como umbrales, y a aquel lo había fortalecido el paso de los siglos. Siempre era arriesgado saltar entre puertas, pero algunos umbrales eran tan fuertes que su brillo lograba hacerse ver del otro lado de la oscuridad. Dorian y el puente se habían encontrado el uno al otro.

—Estamos en Estrasburgo —anunció Eco—. Concretamente en los Ponts

Couverts del centro de la ciudad.

—Sabia decisión —dijo Caius como si no acabara de relacionar a Eco con decisiones sabias. Ni él ni Dorian parecían afectados por la travesía del entrespacio, cosa que a Eco le inspiró cierto odio—. Estrasburgo se encuentra en

una de las pocas zonas neutrales de Europa, que no patrullan sistemáticamente

ni los ávicen ni los drakharin.

—Es verdad —convino Eco mientras se quitaba los últimos trozos de paja de los vaqueros—, pero no la he elegido por eso.

Empezaba a darse cuenta de que la cara de perplejidad de Caius era propia de alguien poco acostumbrado a estar perplejo. Casi resultaba entrañable. Casi.

—¿No? —preguntó él—. Entonces, ¿por qué?

—Por Jasper —respondió Eco.

Se volvió sin dar explicaciones y tomó del brazo a Ivy, confiando en que las siguiesen los drakharin. Seguro que sí. Si estaban tan desesperados como para seguir a una chica humana a lo que podía ser una trampa ávicen, estaba claro que no tenían ningún otro lugar adonde ir. No podían volver a su casa. Ella tampoco, claro.

Se internaron por las calles estrechas y adoquinadas de Estrasburgo, donde a tan altas horas de la noche no había ojos indiscretos ni transeúntes curiosos. Eco

contó cuántas veces sonaban las campanas en lo alto de la catedral. Faltaba poco

para medianoche. Solo estaban a mediados de semana, aunque pareciera haber

pasado una eternidad desde Taipéi. Los vecinos de Estrasburgo estaban sanos y

salvos en sus camas, completamente ajenos al singular cuarteto que merodeaba

por sus calles.

Miró de reojo a sus acompañantes drakharin, cuyas túnicas de piel

armonizaban sorprendentemente con la pátina de antigüedad de los edificios de

Estrasburgo. La noche pintaba las calles con una extensa gama de azules y de negros. Con su pelo y ropa oscuros, Caius se mezclaba con las sombras.

—¿Adónde nos llevas? —preguntó.

Sus largas piernas dieron alcance sin problemas a Eco.

—A ver a Jasper.

Eco podría haber dado más información, pero no le apetecía dar facilidades; señal de inmadurez, quizá, pero a decir verdad le daba igual.

Ivy separó su brazo del de Eco y se rezagó unos cuantos pasos. Desde su salida de la fortaleza había interpuesto una distancia prudencial con los drakharin. Se puso tensa al recibir la mirada de Dorian, y cruzó con rigidez los

brazos. Eco comprendió que había pasado algo entre los dos y tomó nota. Ya se lo preguntaría más tarde.

Desde su llegada al puente, Dorian no decía nada, como si se conformase con

que hablara Caius. Estaba pálido y demacrado. La herida todavía sangraba.  
Eco

esperó que no dejara un rastro de huellas ensangrentadas. Un reguero de  
sangre

entre el punto A y el punto B habría llamado demasiado la atención. Caius se  
había brindado a ayudarlo, pero Dorian le había apartado la mano,

murmurando unas rápidas palabras en drakhar que Eco no había entendido.

Qué extraña pareja.

—Ya —dijo Caius en voz baja, para que no se llevara sus palabras el aire de  
la

noche—. Jasper.

Estaba tan cerca de Eco que su brazo le rozaba el hombro cada pocos pasos.

Ella no sabía muy bien por qué su corazón quería latir al compás de los pasos  
de

Caius, pero optó por ignorarlo.

—¿Y quién es el tal Jasper? —inquirió Caius—. ¿Un amigo tuyo?

—Jasper no tiene amigos de verdad —contestó Eco—, pero me debe un  
favor,

y como lo que más le gusta es infringir la ley, es donde más posibilidades  
tenemos de poder pasar la noche hasta que se nos ocurra algún plan.

Se estaban acercando a la catedral, donde vivía Jasper. Tenía su nido en lo  
alto de uno de los campanarios. Eco se alegró de que hubieran dejado de  
tocar

las campanas. El viaje por el entrespacio le había dejado un zumbido  
persistente

en los oídos, que probablemente no desaparecería hasta al cabo de varias horas.

Lanzó una mirada a Caius, cuya expresión se había vuelto distante.

—¿Es ávicen? —preguntó él.

—De nombre.

—¿Qué quiere decir eso?

Eco se ciñó los brazos al tronco, introduciendo las manos en las axilas.

Aunque fuese primavera el aire nocturno era demasiado frío para su chaqueta de piel.

—Quiere decir que del único bando que está Jasper es del suyo.

—Has dicho que te debe un favor. —El frío no parecía afectar a Caius. Qué suerte—. ¿Cómo ha quedado en deuda contigo alguien así?

Eco se permitió una sonrisa.

—Salvé lo que le importa más que nada en este mundo.

—¿El qué?

—Su vida.

Caius la miró como si fuera un rompecabezas que aún no hubiera logrado resolver.

—Alguna historia habrá detrás —dijo—. Quizá puedas contármela algún día.

Eco se encogió de hombros.

—A lo mejor.

—¿Y qué es —preguntó él—, ladrón, como tú?

La pregunta traslucía cierta moralina, pero al mirar a Caius con hostilidad Eco

vio que sonreía; era una sonrisa cansada, tensa, pero sincera y sin asomo de burla; una sonrisa que lo rejuvenecía, pero que tal como había aparecido desapareció. Había sido una pizca de sonrisa, una no sonrisa efímera.

—No seas tan criticón. —Volvió a mirar hacia delante. Debía de estar más cansada de lo que pensaba si se entretenía cavilando en la sonrisa de Caius—.

De alguna manera hay que ganarse la vida. Pues sí, roba. Entre otras cosas.

Digamos que es un sinvergüenza profesional.

—Bueno, puestos a agarrarse tanto da un clavo ardiendo.

Eco volvió a mirar con mala cara a Caius, que levantó las manos como si se rindiera.

—Era broma.

—Pues no hace gracia.

Se apartó de él justo cuando salían a la explanada de la catedral. Habían estado tan cerca que de repente tuvo algo más de frío, por haber perdido la proximidad del calor corporal de Caius.

Con las manos en los bolsillos se acercó a una puerta cubierta de relieves, bajo

un dintel desde el que la miraban ciegas las figuras de una piedad. Las iglesias tenían algo que la perturbaba. Parecía excesiva aquella preocupación por la muerte, como si a alguien se le hubiera olvidado que la religión para la que habían sido construidas se basaba en un renacimiento.

—Ya estamos.



Movió la mano delante de la puerta, sintiendo el leve hormigueo de energía que marcaba la presencia de la magia. Era como una corriente eléctrica de baja

intensidad, como haber frotado una moqueta con los calcetines. A pesar de que

Eco no había visitado a Jasper más que un par de veces, se acordaba de que en la

puerta había una salvaguardia con funciones de alarma. Si seguía activándola seguro que Jasper contestaba. Tarde o temprano. Con algo de suerte. Si es que estaba. Hasta entonces no se le había ocurrido que pudiera estar ausente.

—¿Eco? —Ivy se acercó por detrás y se asomó a su hombro—. ¿Y si duerme?

—Qué va —contestó Eco—. Es un ave nocturna.

Pasaron los segundos en un silencio tenso. Eco sintió en su estómago el cruel pinchazo de la desesperación. Aun en el caso de que Jasper estuviera en casa no se podía contar con que diera señales de vida. ¿Por qué iba a hacerlo? Si al mirar

las pequeñas cámaras de seguridad que enfocaban la puerta (y que le había ayudado a montar nada menos que la propia Eco) la veía con dos drakharin, uno de los cuales se dedicaba a ponerse perdido de sangre, haría bien en no abrir. La desesperación de Eco fue in crescendo. A situaciones desesperadas medidas desesperadas. Salió corriendo a la explanada, mirando el campanario de la catedral.

—¡Jasper! —llamó a pleno pulmón, haciendo que el grito resonara por los muros de los edificios que delimitaban la plaza—. ¡Jasper, abre la puerta de una

puñetera vez!

Ivy, Caius y Dorian la miraban azorados y en silencio.

—¡Jasper! —bramó de nuevo.

Caius fue tan rápido que le puso una mano en la boca y la otra en la nuca, para sujetarla, antes de haberse hecho notar.

—¿Qué haces? —susurró—. ¿Quieres despertar a toda la ciudad? —La mano de la nuca se enredó en su pelo, clavando las uñas de forma dolorosa en el

cabelludo—. Los demás no es que pasemos desapercibidos, por si no te habías dado cuenta.

En ese momento se abrieron un poco las nubes, como si la propia luna quisiera remachar las palabras de Caius, y un tenue rayo de luz se reflejó en las

escamas del drakharin, proyectando un millón de diminutos arcoíris en sus pómulos. Durante un instante fue lo más bonito que había visto Eco tan cerca en

su vida. Luego volvieron a cerrarse las nubes y lo único que vio fue la rabia de

Caius, cuya expresión severa endurecían aún más los planos angulosos de su rostro.

Como Caius aún le tapaba la boca con la mano, las siguientes palabras de Eco salieron en sordina. Él retiró la mano lentamente, como si no se fiara de que hubiera dejado de gritar.

Hacía bien.

—¡Jasper!

—¿Llamabas?

Cuatro pares de ojos se enfocaron en la puerta, que al abrirse mostró una silueta recortada en una luz suave y amarilla. Dorian había desenvainado la espada, aunque temblaba en su mano como si no la tuviera bien sujeta. Ivy parecía indecisa, sin saber si era mejor correr hacia Jasper o en la dirección opuesta. Eco apartó las manos de Caius y, pasando a su lado, caminó hacia la puerta.

En el umbral estaba Jasper con las manos cruzadas en un pecho esbelto.

Hasta enfadado resultaba obscenamente guapo. Eran preciosos los reflejos de la

suave luz anaranjada de la farola en el cálido moreno de su piel. Su plumaje capilar, liso y corto, formaba ondas moradas, verdes y azules. Jasper era un pavo

real desde la cabeza hasta los pies. Era tal su belleza que incluso su expresión ceñuda parecía un adorno, más que irritación sincera. Sus vaqueros gastados y su camiseta blanca eran bastante sencillos para no desentonar con el resto, decisión indumentaria muy consciente por su parte. Si Eco hubiera cobrado un

dólar cada vez que Jasper se quejaba de que ser guapo era su cruz, podría haberlos invitado a todos a cenar un entrecot en un buen restaurante.

—Pero ¿qué narices haces tú aquí? —preguntó él.

—Yo también me alegro de verte.

Eco sonrió más de la cuenta, mientras a Jasper se le arrugaba aún más el ceño. Aquella noche no se dejaría engatusar, y menos por ella.

—En qué interesante compañía vienes —observó él, fijándose en los dos drakharin de detrás.

Eco habría dicho, sin estar segura, que se detenía un poco más de lo necesario en Dorian. Como todo ladrón que se preciaba de sus habilidades, Jasper tenía buen ojo para el brillo y la belleza. Eco supuso que Dorian, con su pelo plateado

y su reluciente ojo azul, podía entrar en las dos categorías.

—Sí, es una historia que tiene su miga. ¿Qué tal si entramos y te la cuento?

Jasper se la quedó mirando como si le hubiera crecido otra cabeza.

—No —se negó mientras se daba media vuelta.

Eco lo sujetó por el brazo.

—Jasper...

—Te he dicho que no, Eco.

No quiso apartar la mano, por muy explícita que fuese la mirada de él. No renunciaría tan fácilmente a la que era su última esperanza.

—Me debes una.

Jasper sostuvo su mirada sin pestañear, con una gran dureza en sus ojos dorados. Justo cuando Eco empezaba a pensar que quizá entre los ladrones no existiera el honor, y que les cerraría la puerta en las narices diciéndoles que no

había sitio en la posada, Jasper suspiró y puso los ojos en blanco hasta el punto

de que Eco casi oyó que daban vueltas dentro del cráneo.

—Una cosa es robar macarons, y otra esto.

Señaló con un gesto a los demás. Debían de ofrecer una imagen lamentable.

Vaciló un momento y suspiró de fatiga.

Qué dulce es la victoria, pensó Eco. Jasper nunca reconocería lo blando que era por dentro.

—Bueno, vale —dijo con tales aires de mártir que a Eco no la habría sorprendido encontrar su efigie en los muros de la catedral, entre los santos —.

Pasad. Pero limpios los pies antes de entrar, que parecéis mierda arrastrada por

el barro y luego quemada.

26

Si alguien le hubiera preguntado a Dorian cómo había llegado su vida a aquella

situación no habría estado muy seguro de poder responder, al menos de modo satisfactorio. Un áviken de intenso colorido los hacía subir por un largo tramo de

escaleras, sin dejar de quejarse del inevitable destrozo de su alfombra.

Se clavó los dedos con más fuerza a ambos lados de la herida. Quizá estuviera

soñando. Tal vez al cabo de un rato se despertara en su cama, junto al mismo pasillo al que daban los aposentos de Caius, y se riera de su absurda pesadilla.

Sin embargo, el dolor que nació en sus entrañas era muy real, y no se despertó.

Llegó al último escalón tan mareado que a duras penas oía las voces que lo rodeaban. Debía de haber perdido más sangre durante la subida que en todo

lo

andado desde el río. Eco estaba haciendo las presentaciones. De lo único que se

dio cuenta Dorian fue de que Caius le ponía una mano en la espalda para que no perdiera el equilibrio. Apoyó la cabeza en el marco de la puerta y cerró el ojo

para concentrarse en evitar el desmayo. No habría sido muy digno derrumbarse

en un charco de su propia sangre.

—¿Y este pedazo de hombretón quién es?

Tardó un minuto entero en darse cuenta de que el ávicen se lo decía a él.

Atribuyéndolo a la pérdida de sangre, abrió el ojo y descubrió que era el centro

de todas las miradas. A quien tenía más cerca era a Caius, ceñudo de

preocupación. Eco lo miraba como se mira a un animal herido en el arcén, con

pena pero sin implicarse demasiado en su supervivencia. Ivy observaba sin disimular su herida abierta, que a juzgar por la velocidad de sus parpadeos debía

de parecer peor, si cabía, de como la notaba él. Jasper lo estudiaba con una mueca que a punto estaba de ser burlona, y que probablemente lo hubiera sido

de no ser por que Dorian le estaba manchando de sangre el prístino blanco de su alfombra.

Los labios de Caius se movían, pero Dorian no oía lo que decía con

normalidad. Quizá estuviera pronunciando su nombre, a juzgar por los movimientos de los labios. Cuando cerró otra vez el ojo volvieron de golpe los sonidos, como si su cuerpo solo pudiera concentrarse en un sentido a la vez.

Qué economía.

—Dorian —oyó a Caius ahora que no lo distraía su visión—, ¿te encuentras bien?

Dorian respetaba a Caius. Lo admiraba, y en ocasiones albergaba por él sentimientos que no casaban con la figura de un miembro de la guardia real, pero incluso él tenía que reconocer de vez en cuando que no era siempre el más

listo de la clase.

—¿Te estás muriendo? —preguntó Jasper como si no saltara a la vista.

La respuesta de Dorian fue un gemido inarticulado. Se puso la otra mano en la herida y cayeron gotitas de sangre en la alfombra. No, pensó, no es cierto que

parezca peor de lo que es. En absoluto.

Caius lo sostenía con ambas manos, cosa que Dorian le agradeció.

Desmoronarse sin ninguna elegancia y quedar hecho un ovillo ensangrentado se

estaba convirtiendo en una posibilidad muy real.

—Necesita atención médica —dijo Caius mientras le pasaba un brazo por la cintura.

Eso ya me gusta más, pensó Dorian.

Jasper se acercó. Dorian se pegó maquinalmente a la pared, como si intentara atravesarla. El amasijo de cicatrices de su órbita ocular palpitaba con una intensidad comparable a la de la herida del costado. Cerró el ojo, y por un momento tan breve como atroz regresó al campo de batalla en que un ávicen de

plumas marrones y blancas se inclinaba sobre él con un cuchillo manchado de sangre en una mano y su ojo muerto, azul, en la otra. El brazo de Caius se tensó

a su alrededor. No hizo falta nada más para que Dorian regresara del pasado.

Respiró entrecortadamente. Qué curioso que lo reconfortase el olor metálico de

su propia sangre.

Jasper se detuvo con las manos en alto, como si intentara tranquilizar a un potro revoltoso. A Dorian aún le quedaron fuerzas para ofenderse.

—Aquí tengo algunas cosas —dijo Jasper—. Puedo ponerle un parche, aunque bonito no quedará. No soy sanador.

—Tú sí —dijo Eco, volviéndose hacia Ivy—. O como mínimo aprendiz de una. ¿Puedes ayudarlo?

La mirada de Ivy se desplazó desde Eco hasta Dorian, que al ver sus ojos no supo qué expresaban. La ávicen asintió despacio.

—Sí, puedo ayudarlo.

El cerebro de Dorian, trastornado por la herida, debía de estar haciendo cosas raras. Era imposible que Ivy acabara de brindarse a ayudar a quien la había tratado así. Tanta bondad no la tenía nadie, al menos que supiese Dorian.



Intentó seguir de pie y convencerlos de que no le pasaba nada, pero perdió el equilibrio y se cayó contra el pecho de Caius. Estaba siendo todo muy indecoroso.

Jasper le dijo algo a Caius, pero Dorian centraba toda su atención en no vomitar en el pecho del segundo. Ni en sus botas. Ni en cualquier otra parte de

su cuerpo, en resumidas cuentas. Solo al notar que lo movían, llevado poco menos que en volandas por Caius y Eco, comprendió que habían estado

hablando de acostarlo en la cama de Jasper. Tuvo unas ganas enormes de protestar. No era ninguna doncella indefensa a quien hubiera que dispensar mimos. O tal vez sí, porque lo siguiente que experimentó fue la blandura de un

colchón bajo su cuerpo.

Unas manos retiraron una por una las capas de su ropa. Después sintió en la piel del pecho un hormigueo de aire frío. Le habían cortado la camisa. Intentó ahuyentarlo con las manos.

—No necesito que me ayudéis —protestó arrastrando las palabras.

Quizá diciéndolo en voz alta se hiciera realidad, como por arte de magia.

—Pues viendo el agujero que tienes en el pecho, y que me está estropeando

las sábanas de algodón egipcio, yo diría que sí —adujo Jasper, que acababa de salir con Ivy de lo que supuso Dorian que era el cuarto de baño, cargados ambos

con material de primeros auxilios.

No había visto que se fueran. Se estremeció al sentir en su frente un paño frío

que sirvió para absorber las gotas de sudor del arranque del pelo. Después le pusieron un vaso en los labios, y una mano, demasiado pequeña para ser de Caius, le ayudó a levantar la cabeza.

—Bébetelo esto —dijo Ivy mientras inclinaba un poco el vaso.

Dorian sintió en la lengua una explosión amarga y tuvo que hacer un esfuerzo para no atragantarse. Debajo del sabor medicinal de lo que le había dado Ivy se percibían notas de menta. Su estómago sufrió un espasmo de protesta. Ivy dejó el vaso y miró a Caius y Eco, que se habían quedado cerca como dos gallinas cluecas. Dorian tuvo la insidiosa sospecha de que Eco temía más por Ivy que por él.

—Dejadme un poco de sitio, por favor —pidió Ivy.

Caius, Jasper y Eco obedecieron sin rechistar. Las plumas blancas de Ivy seguían cubiertas de sangre, pero Dorian nunca la había oído tan segura de sí misma desde que los brujos a sueldo la habían arrastrado a su presencia. Qué distinta parecía, libre, en su elemento... En el estómago de Dorian se formó un

nudo que no tenía nada que ver con la herida.

Parpadeó, aturdido, pero ya no le costaba tanto como antes mantener el ojo abierto. Lo que le había hecho beber Ivy, si bien repulsivo, era eficaz. Rápidas,

pero metódicas, las pequeñas manos de la ávicen desenrollaron un buen trozo de gasa y procedieron a recortarlo en tiras manejables. Cuando empezó a limpiar

la herida, sus dedos fueron suaves y eficaces. El resto de su persona estaba tan sucio como durante la huida de la Fortaleza del Guiverno, pero sus manos y antebrazos brillaban muy blancos, con la piel no menos impoluta que las plumas.

Se había lavado las manos para no transmitirle ninguna infección. Dorian se sintió extrañamente conmovido. La había tratado con crueldad. No merecía su bondad. Ni siquiera estaba seguro de que la deseara.

—¿Por qué? —inquirió.

Sobresaltada por su voz, Ivy dio un respingo y rozó con los dedos el borde de la herida. Dorian emitió un siseo de dolor. Ella masculló unas breves palabras de

disculpa sin apartar los ojos de la herida.

—Por qué ¿qué? —preguntó.

Luchando contra la torpeza de la pérdida de sangre y los medicamentos,

Dorian levantó el brazo más alejado de ella y señaló con vagos gestos su herida.

—¿Por qué me ayudas?

Ivy trabajó varios minutos en silencio, hasta que Dorian perdió la esperanza de obtener una respuesta. Tampoco se la merecía. Dejó que se cerrara su ojo, y

volcó sus esfuerzos en no hacer muecas mientras Ivy limpiaba la herida de trocitos de tierra.

—Soy sanadora.

La voz de Ivy, suave pero firme, hizo que abriera el ojo. Fue lo único que dijo,

como si no hiciera falta otra respuesta que aquel simple anuncio. Mientras tanto

la pócima seguía obrando sus mágicos efectos. A Dorian se le aclaró bastante la

vista para ver que el cardenal de la mejilla de Ivy se había puesto de un morado

encendido. El causante era él.

—Ya —dijo Dorian en voz baja—, ya lo sé, pero...

Señaló el morado.

—No se me ha olvidado —contestó ella.

Le aplicó un ungüento en la herida. La primera sensación fue un frío estimulante, que escocía en el momento del contacto, pero se iba diluyendo en

una vaga sensación de frescor. Mientras la carne que rodeaba la herida perdía sensibilidad, Ivy fue aplicando capas de gasa por encima del ungüento.

—Bueno, ¿por qué?

Dorian no hizo la pregunta que quería hacer: «¿Por qué estás siendo tan buena? ¿Cómo puedes ser tan buena?»

—Porque en este mundo —respondió Ivy a la vez que cogía un rollo de cinta de la mesilla de noche— ya hay bastante crueldad para que lo empeore yo.

Arrancó unas tiras de cinta, las aplicó a los bordes de la gasa y presionó con suavidad para que se pegaran. Después de secarse las manos con la toalla que le

había dado Jasper se levantó, observó el resultado, asintió con la cabeza y se fue

sin decir nada. El hecho de que no hubiera mirado ni una sola vez a Dorian a los

ojos lo dejó con la innegable sensación de ser tremendamente pequeño.

27

Eco, que miraba a Ivy, se sintió observada, y al darse la vuelta vio que la miraba

Caius. El drakharin se había ido acercando al sillón de cuero con respaldo alto que había al lado de la chimenea, en el que más que sentarse se había despatarrado, como si fuera dueño y señor del espacio. Eco, por su parte, ocupaba la esquina de un sofá más blando de la cuenta, abrumada por la inmensidad del desván de Jasper. El cansancio la había calado hasta los huesos,

pero al menos llevaba ropa limpia. Desde que su primer trabajo en colaboración

con Jasper había tenido como desafortunado desenlace un incidente con una fosa séptica, se había reservado un hueco en el último cajón de su cómoda. En

aquella ocasión se había pasado una hora quitándole barro de las plumas, y tenía

la clara sospecha de que si Jasper no se quejaba de la ocupación era por gratitud.

Estiró las mangas del jersey hasta taparse los pulgares, mientras miraba a Caius a

los ojos. Hasta entonces no lo había visto con luz artificial, y era todo un espectáculo.

Las pequeñas bombillas repartidas por el desván estaban cubiertas con

pantallas de cristales de colores, que bañaban el lugar de una suave mezcla de rojos y morados. En la fortaleza los ojos de Caius parecían llamas de color esmeralda, móviles reflejos de la inquieta luz de los candelabros de las paredes.

En cambio ahora estaban tan oscuros que apenas se percibía el verde, como si la

pupila, con su negro remolino, hubiera devorado todo el iris. Eco tardó un minuto en darse cuenta de que se los había quedado mirando, y al apartar la vista sintió en sus mejillas el calor traicionero del rubor. Se volvió para disimular, observando los cuidados dispensados por Ivy a Dorian.

—Tiene talento, tu amiga —dijo Caius.

Por alguna razón estar allí con él le daba la sensación de que no le cabía la lengua en la boca. Se limitó a asentir sin apartar la vista. Jasper ordenaba ruidosamente la cubertería de su pequeña cocina, en señal de que le concedía a

Eco algo de intimidad. ¿Para qué? Ni la propia Eco lo supo, pero entraba en lo

normal: casi nunca tenía la menor idea de por qué hacía Jasper lo que hacía.

—Qué personaje más raro, ¿no?

Caius lo dijo en voz baja, con tono casi cómplice.

—¿Jasper?

Finalmente Eco se dio media vuelta. Caius estaba intentando dar

conversación. ¿Por qué santas narices...?

El drakharin arqueó una ceja, como si dijera: «¿A qué otra persona puedo referirme?» Otra vez el rubor, y un calor que trepó como una araña por la nuca

de Eco.

—Sí —contestó—. Sí, la verdad es que sí.

—Me ha picado la curiosidad —añadió Caius, inclinándose para desabrochar las correas de cuero del arnés que sujetaba los dos cuchillos largos de su espalda

—. Me gustaría saber cómo le salvaste la vida. Pareces muy joven para haber vivido tantas aventuras.

Sus palabras produjeron en Eco una pequeña punzada de irritación a la que se aferró. Era mejor que sonrojarse.

—Tampoco soy una niña.

Si de un curtido mercenario drakharin no se hubiera esperado que sintiera vergüenza, Eco habría jurado que era esa la emoción que reflejaba el rostro de Caius, aunque al siguiente parpadeo desapareció.

—No quería insultarte.

Caius dejó los cuchillos en el suelo, al lado de la silla. Eco se reprochó haberse

fijado en cómo se tensaba la tela ensangrentada de su túnica a la altura del pecho. Cuando Caius levantó la vista hacia ella, lo hizo con un esbozo de sonrisa

casi arrepentida.

—En todo caso eres joven, demasiado para pasarte las noches huyendo de soldados drakharin.

—Pues yo no me siento joven —repuso Eco.

No era la primera vez que se veía obligada a huir, aunque nunca le habían dolido tanto los músculos de las piernas. Un dolor sordo nacido en las lumbares

subía por su espalda y se extendía por sus hombros. Al mismo tiempo había empezado a sentir un vago dolor en las cuencas oculares, señal sabida de que pronto sufriría una migraña atroz.

—Como todos los jóvenes —dijo él con suavidad.

Eco no sabía cómo reaccionar ante aquella versión de Caius. La hostilidad la comprendía, pero aquella nueva camaradería se le hacía extraña.

—¿Tú qué edad tienes? —preguntó.

—¿Qué edad aparento?

Una pequeña sonrisa tensó los labios de Caius. Si estaba cansado lo disimulaba bien.



—Seguro que bastante menos de la que tienes.

Se quedó un momento callado. El pitido del microondas de Jasper sobresaltó a Eco.

—Unos doscientos cincuenta —dijo Caius—. A partir de un momento se confunden un poco los años. —Se encogió de hombros como si fuera lo más normal del mundo—. Y tú, ¿qué edad tienes?

Algo en él parecía al mismo tiempo joven y viejo. Carecía de la gravedad del

Ala, que a Eco siempre le había recordado un gran roble cargado de años, eterno. En comparación con doscientos cincuenta cualquier número que pudiera

dar sería irrisorio. Aun así, la respuesta real parecía tan deficiente que daba hasta lástima.

—Diecisiete.

Caius pestañeó despacio, como si le costara un poco abrir y cerrar los párpados.

—Diecisiete —musitó—. Increíble.

—Si tú lo dices...

—Aún no has contestado a mi pregunta. Sobre Jasper.

—Ah.

Eco ya no se acordaba de cuál era. La postura de Caius, más despatarrado que sentado, con sus ojos verde oscuro, su pelo castaño aún más oscuro y sus pómulos marcados, la hacía pensar más despacio, como si se le hubiera oxidado

un poco el cerebro. Sacudió la cabeza como si pudiera despejarla con un movimiento tan sencillo, cosa que no ocurrió.

—Jasper y yo —dijo. No acababa de gustarle cómo sonaba. Jasper había tonteado con ella, pero bueno, tonteaba con todo lo que tuviera sangre en las venas. «Jasper y Eco» no existía. No supo por qué le importaba que Caius lo supiese, pero era la verdad—. Hace un año, más o menos, nos contrataron a los

dos para robar lo mismo y la que lo conseguí fui yo, cosa que a sus jefes no les

gustó mucho.

—¿Qué era?

Caius estiró sus largas piernas y cruzó los tobillos. Eco se entretuvo pensando qué animal de pelaje blanco había muerto para servirle de alfombra a Jasper.

—Un arpa.

—¿Un arpa?

El tono de Caius era casi divertido.

—Un arpa.

—Pues menuda arpa sería.

—Supuestamente era mágica —apuntó Eco—. Según la leyenda, si la tocabas a bordo de un barco podías hacer que te obedecieran las sirenas, aunque yo no

creo que hayan existido nunca las sirenas.

—Sí que existen.

En ese momento el mundo de Eco se redistribuyó de golpe, como si tal cosa.

Era alarmante la frecuencia con que le pasaba en los últimos días.

—¿Y funcionaba? —preguntó Caius—. El arpa.

Eco se encogió de hombros.

—No me quedé para comprobarlo. Estaba ocupada en sacar a Jasper del mar.

Cuando les dije a sus jefes que le había robado el arpa en las narices lo arrojaron por la borda.

—Los ávicen no tienen demasiada afición por el agua —dijo Caius con la frialdad de quien recita un libro de texto.

—Algunos sí y otros no —respondió Eco—. Jasper no sabría nadar aunque le fuera la vida en ello. Literalmente.

—Pero tú se la salvaste. —Caius la miró como si la estudiara, cosa que a Eco no le gustó—. Fue un noble gesto.

Tal como lo dijo parecía más una curiosidad que un elogio.

—Entonces parecía buena idea —adujo ella.

—Me lo imagino.

Se hizo un silencio no del todo incómodo. Eco paseó la mirada por la

habitación, fijándose en los cuadros de las paredes (todos robados, famosos y horrendamente caros) y en los pequeños detalles que daban al desván un

ambiente hogareño. En un rincón había un tocadiscos, y al lado varios discos apilados de cualquier manera. En el alféizar se alineaban netsuke, las esculturas

en miniatura japonesas, formando un ejército tallado en marfil. Todos robados.

De la pequeña cocina, donde Ivy se había unido a Jasper, llegaba un rumor de voces.

Caius habló antes de que Eco pudiera poner rumbo a la cocina.

—Siento haberos metido en este lío.

Eco parpadeó.

—¿En serio?

—En serio.

—Es que... —Se le resistían las palabras. Quería preguntar tantas cosas...—.

¿Por qué?

Caius respiró profundamente antes de contestar.

—Porque no es vuestro lío.

—¿Y el tuyo sí? Creía que eras un simple mercenario.

En el rostro de Caius afloró la misma sonrisa que antes.

—Cada cual tiene su trabajo. Lo que pasa es que los parámetros del mío han cambiado.

Eco arqueó las cejas.

—¿Y ahora incluyen formar un equipo con unos cuantos ávicen?

—Hay cosas más importantes que elegir un bando —dijo Caius—. El... el anterior Príncipe Dragón me encargó que buscara el pájaro de fuego, y es una

causa en la que creo, mira tú por dónde.

El repiqueteo de las tazas de cerámica de la cocina se inmiscuía en el silencio,

pero Eco no habría podido apartar la vista de Caius ni con toda su fuerza de voluntad. Lo más problemático era que no quería.

—El Príncipe Dragón —repitió—. ¿Cómo era?

Caius se miró sus dedos enlazados. Al ver que le caían algunos mechones de pelo por la cara, los dedos de Eco tuvieron ganas de apartarlos. Se sentó sobre las manos.

—Un poco idiota —contestó él sin levantar la vista.

De la garganta de Eco brotó una risa aguda y alocada.

—¿Qué?

—Estaba tan ocupado en buscar peligros externos que no supo ver el que se escondía delante de sus propias narices.

—¿Tanith?

Caius asintió con la cabeza.

—¿Quién es?

—Su hermana.

Eco encogió las piernas y cruzó los tobillos encima del sofá, preguntándose cómo sería sufrir una traición de aquella magnitud por parte de alguien que en

principio tenía que sentir por ti un amor absoluto e incondicional. Ya hacía tiempo que su propia familia (la biológica, de la que había huido) la había desengañado de la idea del amor innato y obligatorio, pero siempre se había

imaginado que el vínculo entre hermanos era algo sagrado. Como el suyo con Ivy.

—Maldita sea —exclamó.

—Sí, se podría resumir así.

—¿Cómo se llamaba?

Caius cambió de postura y separó y volvió a cruzar sus largas piernas, mientras levantaba una mano para frotarse la base del cuello.

—No lo sé. Los drakharin mantienen en el más absoluto secreto el nombre de su gobernante. Los nombres tienen poder.

Los ávicen y los drakharin tenían más en común de lo que pensaban. Eco, sin embargo, se guardó la reflexión. Los enemigos mortales se tomaban con suspicacia cualquier comparación.

—Eso dicen.

Caius asintió de nuevo.

—Gracias —dijo en voz baja.

—¿Por qué?

—Por esto. —Señaló el desván—. Por habernos traído. Por ayudarnos sin tener ninguna obligación.

—Tampoco es que tuviera muchas alternativas, ¿no?

Su mirada se volvió más suave y distante, como si mirara a Eco, pero también

a través de ella, en cierto modo.

—Siempre hay elección, Eco. Aunque sea mala.

—¿Y esta cómo era? —preguntó ella.

Ivy y Jasper guardaban un silencio anómalo. Supo que estaban escuchando.

—La buena, espero.

Reanudaron en voz baja su conversación, para alegría de Eco.

—No eres como me habría esperado —confesó. Esta vez fue ella quien bajó la

voz y atenuó bastante sus palabras para que solo las oyera Caius—. Para ser drakharin, me refiero.

Él juntó las manos sobre la barriga y sonrió, cansado. Sonreír lo rejuvenecía,

como si su edad estuviera en consonancia con su atractivo físico, pero esta vez, con las finas arrugas de cansancio que se le formaban a ambos lados de los ojos,

parecía mayor. Era demasiado guapo para llegar a presentar un aspecto

realmente demacrado, pero aun así se le encorvaron los hombros y se hundió en

la silla mientras miraba a Eco con los párpados caídos.

—¿Debería disculparme? —preguntó.

Eco sacudió la cabeza.

—¿Qué querían que pensaras los ávicen de mí?

—Que eres un monstruo.

Caius arqueó una ceja.

—¿Y te parezco monstruoso?

Eco podría haber dicho una mentira, pero se habría delatado. Caius no parecía de los que se dejaban engañar.

—No es tan negro el demonio como lo pintan.

—Dante. —Las comisuras de los labios de Caius se elevaron un poco—. Veo que eres una persona instruida.

—Paso gran parte de mi tiempo en bibliotecas.

Debería haberse sentido mal desnudando ante Caius aquella parte de su personalidad, por pequeña que fuera. Debería, sí. Vaya si debería.

Caius la observó unos segundos más hasta que metió una mano por debajo de la camisa y sacó el medallón. Los dedos de Eco temblaban de ganas de tocarlo. Siempre la habían atraído las cosas bonitas, como a Jasper, pero en aquel

caso era distinto. Por alguna razón que no podía explicar parecía que le correspondiera por derecho.

—Si en otros tiempos fue tuyo el medallón —preguntó—, ¿cómo acabó en aquella casa de té japonesa?

—Se lo di hace mucho tiempo a alguien. —Caius lo hizo girar entre sus dedos

y pasó el pulgar por el dragón de bronce de la parte frontal—. Supongo que ese



alguien se lo dio a otra persona. Se me hace raro pensar que ha vuelto a mí.

Era raro, en efecto. Entre Caius y todo lo demás (el pájaro de fuego, el medallón, la caja de música y los mapas) había una relación que Eco no acababa

de captar. Su tono, sin embargo, había sido demasiado terminante para que Eco

le hiciera más preguntas. Tal vez por la mañana se mostrara más comunicativo.

O esperara lo mismo de ella, pensó Eco. Quizá fuera mejor no agobiarlo con preguntas a las que estaba claro que no quería contestar, porque así no se entrometería con la misma curiosidad en los secretos de ella. Pasó con un suspiro a la siguiente pregunta:

—¿Te has quedado la daga?

Caius deslizó por su cabeza la cadena del medallón y lo dejó caer en su regazo. Debía de haber cambiado la anterior, la rota, antes de su brusca salida de la fortaleza. A continuación desabrochó de un lado del cinturón una funda pequeña de la que con gran fluidez de movimientos extrajo la daga. Su mirada,

silenciosa y expectante, pasó del arma a Eco. Los dedos de ella volvieron a temblar. Quería tenerla en la mano, sentir en su palma el peso de la

empuñadura y en su piel las urracas de ónice y de perlas, pero desde que la había encontrado había algo que la desasosegaba.

—No lo entiendo —dijo—. Dentro del medallón había un mapa, pero ¿de qué nos sirve una daga para encontrar el pájaro de fuego?

—No lo sé.

La frase cayó de los labios de Caius con torpeza, como si no estuviera acostumbrado a combinar aquellas tres palabras.

—Tiene gracia —dijo Eco. En vez de preguntar el qué, Caius ladeó la cabeza—. Las urracas del cuchillo. Es como me llama a veces el Ala, su pequeña urraca.

Tampoco esta vez supo por qué había experimentado la necesidad de contárselo.

—Urracas. —Caius lo dijo en voz baja, como si hablara solo—. ¿Sabes que son

muy buenas ladronas?

Algo tenía de insoportablemente triste aquel drakharin. Durante un fugaz instante Eco creyó ver a la persona que tal vez hubiera sido mucho tiempo atrás,

antes de pagar tributo a la guerra.

—También son listas —puntualizó.

Otra vaga sonrisa se asomó al rostro de Caius.

—¿Ah, sí?

Eco asintió.

—Y son las únicas aves que superan la prueba del espejo.

—¿Qué es la prueba del espejo?

—Una manera que tienen los científicos de medir la inteligencia. La humilde urraca es la única ave capaz de reconocer su propio reflejo.

Caius volvió a mirar la daga mientras la hacía girar entre sus dedos.

—Qué cosas más raras hacen vuestros científicos humanos.

—No sé si los llamaría yo «mis» científicos humanos —dijo Eco—. No es que

haya tenido mucho trato con... —dobló los dedos para dibujar comillas en el aire—... «los míos.»

La respuesta de Caius fue un leve bufido. No tenía ojos para nada que no fuera la daga y las siete pequeñas urracas que volaban alrededor de su empuñadura.

—¿Por qué lo robaste? —preguntó.

—Dentro del medallón había un mapa donde ponía que tenía que ir al Louvre. Fue lo que hice.

Eco no estaba muy segura de cuánto revelarle. Aún no se fiaba de él, y sabía que dejarse conducir hasta la daga por algún tipo de fuerza invisible no entraba

ni mucho menos en lo que solía calificarse de «normal».

Caius se la puso a la altura de los ojos, y girándola un poco hizo que brillara.

—Ya, pero ¿por qué esto?

—Eso ya es información secreta —contestó Eco a falta de mejor respuesta.

Caius soltó una risita.

—Oye, que tarde o temprano tendremos que empezar a fiarnos el uno del otro —dijo.

Eco sonrió; no mucho, pero sonrió.

—Pasito a pasito. —Vio que Caius examinaba el arma como si lo

hipnotizaran

los reflejos de la luz—. ¿Por qué es tan especial para ti? —preguntó con la esperanza de distraerlo del cariz que había tomado el interrogatorio.

—No es tan especial —contestó él—. Lo único que pasa es que... me recuerda

a alguien.

Parecían palabras preñadas de un sentido que Eco creyó comprender.

—¿Una chica?

Esta vez fue distinta la sonrisa, que aun así seguía desprovista de alegría.

—Como siempre, ¿no?

Las andanzas amorosas de Eco se limitaban a los últimos dos meses que había

pasado con Rowan. Frente a los siglos de Caius se sentía joven e inexperta.

—Eso dicen.

Vio que deslizaba los dedos hacia la base de la empuñadura y la orientaba más hacia la luz, creando hermosos reflejos en el ónice y el nácar de las alas y las barrigas de las urracas. Después Caius suspiró y le tendió el arma por la empuñadura.

—Ten, que ya lo dijiste tú: lo que se da no se quita.

Se ahorró el «capullo». Muy amable por su parte.

Eco tomó la daga y la hizo girar en sus manos. Si la caja de música la había conducido al medallón, y el medallón hasta la daga, esta última debía de tener

algo especial, algo que le indicara el siguiente paso. La examinó con gran detenimiento, sin pasar por alto ni un detalle. La plata de la empuñadura

estaba

oscurecida por el paso del tiempo, pero por lo demás el estado del arma era bueno. Las incrustaciones de ónice y perla relucían como nuevas, y la hoja estaba bastante afilada para perforar la piel. Aguzó la mirada en busca de una pista.

Si yo escondiera algo en una daga, pensó, ¿qué sitio elegiría?

Metódicamente, centímetro a centímetro, deslizó los dedos por la superficie, empezando por la guarda que había entre la empuñadura y la hoja y acabando por el borde redondeado del remate en forma de pomo. Caius asistió en silencio

a la búsqueda táctil. Al cabo de unos segundos Eco lo palpó: un reborde, señal

de que la base del pomo se enroscaba como un tapón. Caius se inclinó para ver

cómo lo desprendía. A Eco no le sorprendió que estuviera tan ajustado, porque

se notaba que no lo habían abierto en años. Sujetó con fuerza la empuñadura e

hizo una mueca al girar con insistencia hasta dejarse la palma de la mano casi en

carne viva. Al final se desprendió el tapón redondo. Caius abandonó su asiento

para arrodillarse al lado de Eco.

—¿Qué —preguntó—, hay algo dentro?

—Me apuesto lo que quieras. —Eco sujetó la daga con firmeza para sacudirla, con la esperanza de que se cayera lo que estaba escondido dentro

de la empuñadura. Apareció un rollo de papel que cayó en su regazo—.  
Cómo me

gusta tener razón, por Dios.

Al levantar la vista vio que Caius sonreía, con un brillo de curiosidad en los ojos. Había empezado la partida, y la jugaban juntos. Por muy drakharin que fuese, quizá acabara por no ser tan mal compañero de aventuras.

Caius señaló con la cabeza el papel del regazo de Eco.

—Vamos, ábrelo. Tal vez sea otro mapa.

—Ojalá.

Eco dejó la daga y desenrolló lentamente el papel. Era viejo, como los mapas de Kioto y de París. Al tocarlo se deshizo un borde. Una vez que el papel estuvo

alisado encima de sus piernas, le bastaron unos pocos segundos para reconocer lo que representaba. Era una pequeña parte de Nueva York, su ciudad. El mapa

estaba dividido por una línea recta vertical, en cuyo centro se leía en nítidas mayúsculas QUINTA AVENIDA. Los números de la calle eran tan pequeños

que costaba leerlos, pero Eco no los necesitaba para saber lo que tenía ante sus

ojos. En el centro de la página había un edificio rodeado por un círculo rojo descolorido. El Metropolitan Museum of Art. Debajo había otro poema de

cuatro versos, escrito con la misma letra que las pistas de los otros dos mapas.

Cuando Caius se inclinó para leerlo, su aliento rozó las manos de Eco.

—«De su jaula de huesos surgirá el pájaro que canta a medianoche —recitó

—  
y entre sangre y cenizas clamará la verdad que todos desconocen.» —Se apoyó en los talones con el ceño fruncido—. ¿Qué narices quiere decir eso?

—Vete tú a saber —dijo Eco—. En todo caso, pienso averiguarlo. —Miró a Caius a los ojos—. ¿Te apuntas?

Él volvió a sonreír, enseñando los dientes lo bastante como para que Eco se diera cuenta de que eran de una perfección casi inquietante. Después asintió con la cabeza.

—Me apunto.

Tú lo has dicho, pensó ella: ha empezado la partida.

28

Dorian sentía en los límites de su conciencia el cosquilleo del sueño, pero estuvo

seguro de que no se dormiría hasta que estuviera a punto de desmayarse de cansancio. Había luchado demasiados años contra los ávicen, y había perdido a

demasiados de sus hombres, para poder descansar en uno de sus nidos mientras

se escondía como un vulgar proscrito. Porque no en otra cosa se habían convertido. Un día antes Caius era príncipe, y Dorian capitán de su guardia.

Qué vueltas da la vida, pensó.

Justo cuando iba a compadecerse de sí mismo vio bajar a Jasper por los tres escalones que separaban el dormitorio (si es que podía llamarse así) del resto del

desván, con dos grandes tazas de las que salía humo. La mano de Dorian dio un

salto hacia la mesilla de noche en la que Caius había apoyado su espada.

Jasper hizo un chasquido de reproche con la lengua, como si fuera una institutriz decepcionada, y Dorian un alumno revoltoso.

—No te creas que no lo he visto —dijo mientras dejaba una de las tazas en la mesilla—. Sería de una mala educación pasmosa que desenfundaras la espada dentro de mi casa. —Y entonces, oh sublime horror, le guiñó el ojo—. Ten en cuenta que acabamos de conocernos.

Dorian abrió la boca, pero no tenía palabras, así que volvió a cerrarla.

Jasper sacudió la cabeza, sonriendo.

—Demasiado fácil.

Se sentó al borde de la cama, peligrosamente cerca de la mano izquierda de Dorian. No era la de la espada, pero en caso de necesidad también valdría.

Dorian no se dio cuenta de haber cerrado el puño hasta que sintió en sus palmas

los pinchazos de dolor que provocaban las uñas al clavarse.

—Tranquilo —dijo Jasper—, que no vengo a hacerte daño.

Era una idea tan absurda que Dorian no pudo aguantarse la respuesta.

—Como si pudieras...

Luego se vio que no habían sido las palabras más acertadas. Jasper apretó el vendaje que con tanto cuidado había aplicado Ivy a la herida. Dorian siseó mientras se le contraían los músculos del abdomen.



—Bueno, asunto zanjado. —Jasper le tendió la taza—. Bébetelo. Órdenes del médico.

Dorian lo aceptó con manos vacilantes. Ivy ya había tenido muchas oportunidades de hacerle daño, si hubiera sido su intención. Aun así... Oisqueó el contenido de la taza, no muy convencido.

—No lleva veneno. —Jasper puso los ojos en blanco—. Dame. —Se la arrebató con rapidez, pero también con cuidado, y bebió un poco—. ¿Lo ves? No

pasa nada. —Sacó la lengua como si tuviera arcadas—. Está asqueroso, pero pasar no pasa nada.

Devolvió la taza a Dorian, a quien vio beber un sorbo. Era amargo, pero mucho menos fuerte que el anterior mejunje de Ivy. Esta vez el regusto fue vagamente cítrico. Bueno no estaba, pero aun así Dorian se lo tragó, sintiéndose

observado por los dorados ojos de Jasper.

Hacía mucho tiempo que no veía de cerca a un ávicen de sexo masculino. A uno como Jasper, por otra parte, nunca lo había visto. Todo en él clamaba «pavo

real». Sus facciones eran una combinación de gracia y masculinidad, en marcado

contraste con la avalancha de colores de su pelo, si es que se podía llamar pelo a

las plumas de los ávicen. Las de Jasper presentaban los típicos colores de la cola

del pavo real, como el azul, el verde y un sutil dorado, pero también otros

como

el morado oscuro y el fucsia intenso. El brillo de su tez era de un marrón cálido

que complementaba el oro líquido de sus ojos.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó Jasper en voz baja y ronca, con una excesiva intimidad; una voz de dormitorio.

Dorian bebió a pequeños sorbos la infusión casera de Ivy, negándose a dignificar la pregunta con una respuesta. La taza ocultaba a duras penas el rubor

de su rostro. Ser de piel tan clara tenía más de condena que de bendición.

Jasper bebió un poco de su taza con una sonrisa burlona.

—Menudo ojo le han puesto a nuestra sanadora en prácticas —dijo después de unos minutos tensos.

No era ninguna pregunta, así que Dorian se quedó callado.

—Parece mentira que un alma tan bondadosa pueda haber hecho algo para merecérselo.

La ligereza del tono de Jasper no cuadraba del todo con su dura mirada.

Dorian cambió de postura, al menos hasta donde se lo permitía su estado, y se preguntó cómo podía estar Jasper al corriente. Quizá se lo hubiera dicho Ivy.

Mientras Jasper estaba con ella en la cocina, Dorian había procurado estar atento a lo que decía Caius.

Fue como si Jasper le hubiera oído pensar.

—Se me da bien calar a las personas, y tu lenguaje corporal es muy locuaz, dicho sea entre tú y yo.

Dorian gruñó, con la boca en la taza, y miró la zona de estar por encima del borde. Caius y Eco hablaban enfrascados en voz baja, sin que pudieran oírse sus

palabras.

Jasper siguió la dirección de su mirada.

—Mmm.

Dorian se quedó muy quieto. No había querido ser tan transparente.

—¿Qué quieres?

Otra vez la media sonrisa de Jasper. Dorian la reconoció como lo que era: una máscara, una cara que ponerse cuando se quería guardar algún secreto.

—No era consciente de necesitar algún motivo para estar en mi propio dormitorio —respondió el ávicen.

Si esas tenían, Dorian le cedería la cama con mucho gusto. Apretó los dientes

para aguantar el dolor e intentó levantarse. Jasper le puso en el pecho una mano, caliente por la taza, y apretó. Dorian se desplomó de nuevo en el colchón

con una falta de resistencia vergonzosa, mientras dentro de la taza se agitaba la

infusión.

—Baja, hombre —dijo Jasper—, que no lo he dicho por eso.

Casi era una disculpa, aunque Dorian no aspiraba a ninguna. Mientras tomaba los últimos sorbos rezó por que se acabara la conversación.

—Además... —Jasper sonrió, enseñando unos dientes blancos como perlas, y voraces—. El día en que me queje de que mi cama la ocupa un bombón como tú

criarán pelo las ranas.

Dorian se atragantó, manchándose el pecho de infusión. A juzgar por la sonrisa de Jasper, era la reacción que perseguía.

El ávicen se apartó de la cama riendo y le lanzó una mirada desdeñosa a Dorian.

—Acábatelo antes de que te duermas —indicó—, que sospecho que debajo de

esas plumas blancas tan bonitas nuestra palomita esconde mano dura.

Fue lo último que dijo antes de irse. Dorian se quedó solo, manchado de infusión y con el indigno color rosa del rubor.

29

Antes de que Ivy la tocara con las manos, la porcelana del lavabo del cuarto de

baño había parecido blanca, pero el contraste con su tez tan pálida le daba un tono más cercano al crema. Respiró profundamente por la nariz mientras dejaba

de crisar los dedos en el borde del lavabo y los separaba uno por uno de la fría

porcelana. Quería sentirse orgullosa de la compostura que había mantenido al

curar las heridas de Dorian, pero lo único que sentía era un vacío.

No mejoró las cosas mirarse en el espejo. Tenía la piel muy clara, pero eso no era ninguna novedad. Sí lo era, en cambio, el moratón de su pómulo derecho, las quemaduras que formaban dibujos en la suave piel del pecho y los múltiples

arañazos de su cara, recordatorio de cuando Tanith la había tomado por las plumas de la cabeza y le había aplastado la cara contra los bastos sillares de la celda. Había sido un interrogatorio brutal, junto al que palidecía el cardenal que

le había hecho Dorian. Tragó saliva con dificultad, cerrando los ojos. A oscuras

todavía fue peor. La oscuridad le daba ganas de recordar cosas, como los gritos

de Perrin y el escalofriante silencio que se había hecho después de su último estertor. Abrió los ojos. Al menos ahora la chica con cuya mirada se topó estaba

limpia, aunque la ropa de Eco le fuera un poco grande. No era aspirar a mucho.

Necesitaba no estar sola. No era bueno estarlo. Era quedarse a solas con sus pensamientos, que tal como estaban las cosas no le brindaban muy buena compañía. Se alisó las plumas lo mejor que pudo, irguió los hombros y salió al desván.

Jasper estaba en el dormitorio, con la infusión que había preparado Ivy para Dorian a partir de los mejores ingredientes que había encontrado en el armario.

Para no ser sanador Jasper estaba muy bien provisto. Aun así la infusión no

haría mucho más que atenuar el dolor. Vio que Jasper se sentaba al lado de Dorian en la cama.

Qué interesante, pensó. Le sorprendía que Dorian no se resistiera.

Dejando que siguieran con lo suyo, fue descalza al sofá donde estaban sentados Eco y Caius. Él se había puesto de rodillas a los pies de ella, que tenía

un papel en las rodillas. Lo estudiaban ambos con las cabezas muy juntas, ofreciendo una imagen de una camaradería insólita.

—¿Interrumpo algo? —preguntó Ivy.

Al oír su voz Caius se levantó como un resorte y se apartó de Eco hasta dejarse caer con elegancia en el asiento con el que chocaron sus pantorrillas.

—¿Qué? No —se apresuró a decir Eco a la vez que se deslizaba hacia el otro lado del sofá y se guardaba el papel en el bolsillo. Por una parte Ivy tuvo ganas

de preguntar qué era, pero por otra (la mayor de ambas) su único deseo era hacerse un ovillo muy pequeño y dormir cinco años seguidos. Ya lo preguntaría

por la mañana. Eco dio unas palmadas a su lado, en el sofá.

—Ven, siéntate.

Ivy tomó asiento con cautela, mientras su cuerpo le recordaba todos sus achaques. La expresión ceñuda de Eco era una mezcla de compasión y rabia.

Tenía un instinto protector descomunal, que dulcificó un poco a Ivy.

—¿Cómo está? —preguntó Caius, señalando la cama con la cabeza.

La piel clara de Dorian había adquirido tonos rosados muy interesantes a consecuencia de las palabras pronunciadas por Jasper antes de marcharse.

—He hecho lo que he podido con lo que tenía —dijo Ivy.

Eco se quedó mirando el morado de su mejilla.

—¿Cómo te has hecho eso?

Las manos de Ivy se acercaron a su cara y se quedaron a poca distancia del morado. Se planteó no responder (ya era bastante incómoda la situación, con dos drakharin aposentados en lo que en resumidas cuentas era un refugio

ávicen), pero la delataron sus ojos al enfocarse de modo involuntario en Dorian.

Tanto Eco como Caius siguieron su mirada, y Ivy se dio cuenta de que ataban cabos. Eco se puso tensa, como un gato a punto de saltar. Ivy le puso una mano

en la rodilla para que se quedara quieta. Caius, mientras tanto, guardaba un silencio totalmente voluntario.

—No —negó Ivy.

La cabeza de Eco se volvía bruscamente, hacia Dorian o hacia ella.

—Pero si... Pero no... Tampoco puedo...

—Puedes y lo harás —replicó Ivy—. Ahora mismo no quiero peleas, o sea que

quieta.

—Gracias —terció Caius—. No tenías por qué.

¿Por qué hablar con Dorian? ¿Por qué curar a Dorian? ¿Por qué no matar a

Dorian, o infligirle algún nuevo daño físico? Ivy habría querido preguntarle a Caius a qué se refería, pero su respuesta fue más simple:

—Ya.

Caius las saludó a las dos con la cabeza y se levantó de la silla para ir a la cama de Dorian. Le puso una mano en la frente. Dorian, que ya había

sucumbido a los efectos de la infusión, se movió un poco. Caius se sentó en el

suelo, con la espalda apoyada en la cama. También cerró los ojos. Eco lo observaba muy atenta, como un halcón.

—Esto no me gusta —comentó Ivy.

Eco la miró con las cejas en alto.

—¿Qué parte no te gusta? ¿La de que estamos huyendo de los drakharin, la de que estamos escondidos en Estrasburgo, en casa de un ladrón, o la de que es

evidente que esta noche dormiremos tú y yo juntas en un sofá?

Ivy se apretó el puente de la nariz, luchando contra la migraña que sentía nacer en las cuencas de sus ojos. Dicho así...

—Si tuviera que elegir solo una... No me gusta que hayamos salido huyendo con dos drakharin. No me fío de ellos.

—Ya, pero nos han sacado de la fortaleza —dijo Eco, encogiéndose de hombros—. Puede que no sean tan malos.

Ivy reconoció su tono. Le recordó cuando Eco había encontrado un gato sarnoso en los túneles del metro de debajo de Grand Central, donde les había



dicho el Ala que no jugaran nunca, y después de envolverlo en su chaqueta se lo

había enseñado al Ala con más seriedad que nunca en sus grandes ojos marrones.

—¿Nos lo podemos quedar? —había preguntado, toda inocencia.

A Caius no iban a quedárselo. A Dorian tampoco. Todavía menos. Apoyó la cabeza en las manos y se concentró en respirar. Compartía techo con un hombre

que había ayudado a encarcelarla.

Sintió el peso de una mano en el brazo, que la sacó de sus cavilaciones.

—¿Te encuentras bien? —se interesó Eco.

La respuesta corta era que no. La larga también. Pero no iba a ninguna parte.

De nada les servía un no.

—Todo lo bien que puedo estar —respondió—. No sabía que tuvieras una vida tan emocionante.

Eco se rió, pero fue una nota falsa, frágil y gastada.

—Hasta para mí es extremo esto.

Ivy estiró las borlas de uno de los cojines de Jasper.

—Eco —preguntó—, ¿estás segura de que podemos fiarnos de ellos?

Eco se arrellanó en el sofá como si intentara abrirse camino hasta el otro lado.

—¿Segura? No, segura no, pero tengo una corazonada... Intuyo que Caius

habla en serio. No sé por qué, pero le creo.

Ivy estaba mucho de haber quedado convencida, escepticismo que a juzgar por lo que dijo Eco debía de leerse en su cara.

—Tú no tienes ninguna obligación, Ivy.

—¿De qué?

—Puedes irte a casa. Nadie te reprochará nada. Te capturaron. No es culpa tuya. A ti te quiere todo el mundo. —El «no como a mí» flotó en el aire sin llegar a pronunciarse—. Hasta Altair.

Ivy frunció el ceño.

—¿Qué amiga sería si te dejara sola con dos drakharin y un ávicen a quien describiste una vez como la persona más turbia que conoces?

—Te he oído.

Jasper estaba en la cocina, pero el desván tenía poco que ofrecer en cuanto a intimidad. Ivy no le hizo caso.

—¿Por qué es tan importante para ti, Eco? Entiendo que el pájaro de fuego sea importante, pero ¿por qué tienes que hacerlo tú? Que se encargue otra persona.

Eco sacudió la cabeza, mirando el suelo.

—Tengo que ser yo —dijo en voz baja.

—Pero ¿por qué? Solo tienes diecisiete años, Eco. Ya sé que no te sientes como una niña, y es normal, porque creciste demasiado deprisa, como yo, pero

no tienes por qué hacerlo.

—No lo entiendes. —Cuando Eco levantó la vista con una expresión descarnada, a Ivy se le partió el alma—. Tú no sabes lo que es.

—Lo que es ¿qué? —preguntó Ivy—. Explícate.

—Me miran como si no tuviera que estar donde estoy. Como si prefirieran que no lo estuviese —respondió Eco. A Ivy no le hizo falta preguntar a quién se

refería. A Altair. A Ruby. A los ávicen como ellos. A todos los que alguna vez la

habían mirado como a un ser inferior—. Pero si lo consigo, si encuentro el pájaro de fuego, si los ayudo a que se acabe esta guerra, ya no podrán decir que

no estoy donde me corresponde. No podrán decir que no soy de los suyos.

—Pero Eco... —Ivy tomó una de sus manos—. Claro que te corresponde estar

entre los ávicen. Tu sitio está conmigo, con el Ala, con Rowan y con tu pequeño

ejército de mocosos. Altair es un capullo, vale, pero no habla por todos.

Eco se sorbió la nariz y se la limpió con la manga.

—Lo raro es que hayas acabado como una forajida —dijo, sonando casi como

la de siempre—, y que el de uniforme sea Rowan.

Ivy sonrió para alegrarla.

—Es verdad. Quién se lo iba a imaginar.

—Es de locos, este mundo. —Eco se frotó los ojos—. ¿Sabes que lo vi de

uniforme? Cuando me ayudó a salir.

Restregando la cabeza en el sofá, y con las plumas blancas despeinadas, Ivy bostezó.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo estaba?

—Lo prefiero sin.

Se rio, poco y a la fuerza.

—Me lo imagino.

Eco se dejó caer de espaldas en el sofá y echó la manta de Jasper encima de las dos. El sofá estaba hecho para que se sentaran tres personas, no para que se

reclinaran dos adolescentes, pero se las arreglaron. Ivy se envolvió en la manta como en un escudo. Ya que Eco intentaba ser fuerte para ella, haría lo mismo.

—Volveremos a casa —dijo—. Las dos.

Eco siguió mirándose las manos.

—Ni siquiera sé si puedo llamarlo así. Ya no.

Ivy pasó una mano por encima de sus piernas para tomar la de su amiga y estrecharla.

—Tu sitio está con nosotros, Eco. Eso nunca lo dudes. Si no consigo yo que te

lo creas, tal vez lo consiga Rowan. Ya sabes que no me llevo siempre bien con él,

pero te quiere, aunque todavía no te lo haya dicho. Te guste o no eres de los nuestros. Procura que no se te olvide. —Levantó la otra mano con el meñique

en alto—. ¿Me lo prometes? ¿Lo harás por mí?

La sonrisa de Eco fue más bien una curvatura reticente de los labios, pero algo era algo. Enlazó su meñique con el de Ivy.

—Te lo prometo.

30

Eco se acurrucó en lo más profundo del ropero. Dentro estaba todo oscuro y olía

a lana vieja. Era su refugio, adonde iba cuando los monstruos del exterior eran

demasiado reales para ser ignorados. Apoyó la linterna en la rodilla y pasó las páginas de una enciclopedia totalmente desfasada, tan vieja que el capítulo sobre

el muro de Berlín lo presentaba como una construcción que aún estaba en pie.

Se la había leído tantas veces de cabo a rabo que las páginas se habían reblandecido y parecían de tela. Tenía grabadas en el cerebro todas las palabras.

Aun así siguió leyendo. En el momento en que iba a apartarse el flequillo de la

cara se dio cuenta de que estaba soñando. No llevaba flequillo desde los siete años. Después de fugarse se había dejado crecer el pelo de cualquier manera, y

el único momento en que se lo domaban era cuando el Ala la obligaba a sentarse para cortar las puntas.

Era una pesadilla conocida. Por eso mientras la tenía ya supo qué esperar: un crujido de grava en el camino de una casa, el runrún familiar de un motor en las

últimas, el portazo metálico de un coche... Y un punzante olor a whisky, y una

peste a tabaco viejo que no se despejaba ni abriendo todas las ventanas. La puerta del armario se abrió tan bruscamente, y con tal fuerza, que las bisagras chirriaron en son de protesta.

Cuando se abrió la puerta, sin embargo, la silueta que se recortó en la luz no fue la que esperaba, la de su madre borracha y llegada a trompicones de algún bar.

—Hola, mi pequeña urraca.

Era el Ala, con la mano tendida, reflejando una luz suave en su plumaje negro. Mirando por encima de su hombro, Eco vio el mobiliario despereado y los

cojines amontonados sin orden ni concierto que constituían la decoración de los

aposentos del Ala. La ola de añoranza que se echó encima de ella era tan impetuosa que le pareció que se ahogaba.

—Ala —dijo. Al levantarse le llamó la atención lo pequeño que era el

armario. A menos que hubiera crecido ella en los segundos necesarios para levantarse... De la lógica interna de los sueños nunca se podía una fiar del todo

—. ¿Qué haces aquí?

Apretándole los dedos, el Ala la sacó de la oscuridad. Después la llevó al centro de la sala, haciendo susurrar su larga falda contra la alfombra persa.

—He venido porque me necesitabas.

La luz de las velas era opaca, como si Eco lo viera todo a través de una lente

untada de vaselina. No había contornos claros. Las esquinas de las estanterías y

las mesas estaban borrosas, desgastadas. Cuanto más se esforzaba por enfocar la

vista, más impreciso se volvía todo. Los dedos del Ala soltaron los de Eco, que tendió la mano, pero el Ala sacudió la cabeza y se apartó.

—Quiero irme a casa —susurró Eco.

Cuánta tristeza había en los ojos del Ala...

—Lo siento, pero ahora no puedes. Todavía no. Hay que andar mucho camino sin dormir, Eco querida.

—No me vengas con citas de Robert Frost.

El Ala sonrió.

—Así me gusta. Pero volvamos a la primera pregunta. ¿Sabes por qué estoy aquí?

Eco frunció el ceño. Tantear el mundo de aquel sueño hacía temblar la habitación como si pudieran derrumbarse las paredes.

—Me has salvado. En el armario. De mi infancia de mierda.

El Ala sacudió la cabeza.

—No, Eco, te salvaste tú misma. Ojalá no hubieras tenido que hacerlo, pero es necesario que comprendas que del pasado no puedo salvarte. Eso solo puedes

hacerlo tú.

Eco se apretó los ojos con la base de las manos. ¿Cómo se podía dormir y

estar tan cansada?

—No tiene sentido lo que dices. ¿Qué necesidad tengo de salvarme de algo que ya ha pasado?

—Que forme parte del pasado no significa que haya pasado del todo.

Acuérdate de lo que te enseñé, Eco.

—¿El qué? ¿Sabes que no te pasaría nada por dejar de ser crítica cinco segundos?

—Tu futuro es tuyo. Si lo recuerdas encontrarás tu camino.

La forma del Ala empezó a ponerse borrosa en los bordes, como el mobiliario y la brumosa luz de las velas. Se le estaba escapando.

—¡Ala, espera!

Eco tendió una mano, pero las plumas del Ala se escurrieron como humo entre sus dedos.

Las paredes de la habitación del Ala se desintegraron para dejar paso a una luz que devoró el olor a cera derretida y el tacto de la alfombra debajo de los pies de Eco. Era una luz de tal intensidad que tuvo la impresión de estar mirando el centro del sol. Se protegió los ojos con una mano. Los sonidos, olores

y texturas del mundo que la rodeaba fueron materializándose. Entre los dedos de sus pies descalzos resbalaban granos de arena mojada. El agua del mar le salpicó la cara. Sintió en la lengua su sabor a sal. Cerca crecían y rompían olas deshechas en las rocas. En el cielo, las gaviotas entonaban una triste nana.

Detrás de Eco había una modesta cabaña de madera de cuya chimenea salía alegremente el humo. Era bonito, pero no le resultaba familiar.



Entre el suave lamento de las gaviotas se inmiscuyó un grito. Eco levantó la vista, entornando los ojos contra el resol. Se estaba acercando a la playa un ave

grande, oscura, como una mácula negra contra el gris azulado del cielo. Con cada aleteo el corazón de Eco daba un golpe en su caja torácica. Supo que si el

pájaro le daba alcance moriría.

Trató de correr, pero sus pies se hundían en la arena. No podía moverse. Las pequeñas olas que hasta entonces habían acariciado dulcemente sus tobillos hirvieron al chocar contra su piel. La silueta del pájaro se volvió cada vez más grande y más cercana, hasta que Eco distinguió unas franjas blancas debajo de sus alas.

A medida que se aproximaba el ave sus plumas se convertían en llamas, como

si se hubieran incendiado por dentro. Eco gritó, pero lo único que brotó de su boca fue un gemido de dolor, mientras le abrasaba un aire amargo los pulmones.

Tenía ganas de rogar y suplicar, de abrir los ojos, despertarse y olvidar aquella pesadilla. La arena, sin embargo, formó unos grilletes alrededor de sus tobillos, y aunque se resistiera no podía soltarse.

El pájaro cayó sobre ella con las garras extendidas, y un graznido tan potente que habría podido romper un cristal. Eco casi tenía su pico a la altura de los ojos.

Levantó los brazos. El pájaro se los arañó con furia, desgarrando su piel con el pico. Eco intentó gritar, pero había perdido la voz. La arena se convirtió en ceniza, y el gusto salobre del agua del mar dejó paso a otro más caliente, como

de cobre: el de la sangre. Lo único que respiraba era humo. Se estaba

muriendo.

Alrededor de ella ardía el cielo, y ardía ella también.

31

Caius pisaba un suelo duro, pero a su alrededor la oscuridad era absoluta, una oscuridad de terciopelo más negra que la más negra noche. El entrespacio.

Sintió un peso en el pecho. Al querer tocarlo sus dedos rozaron el metal del medallón que le había regalado a Rose hacía una eternidad. Palpó el jade y el bronce del anverso, siguiendo las suaves ondulaciones del adorno en forma de dragón. Solo se dio cuenta de que estaba soñando cuando el dragón empezó a desprenderse del medallón y a alzar el vuelo, batiendo sus alas.

El pequeño dragón quedó suspendido frente a él, y sin dejar de remover el aire con sus alas ladeó la cabeza. Sus ojos de gemas parpadearon como si le hiciera una pregunta.

—¿Qué quieres? —dijo Caius.

Mediante un poderoso aletazo, el dragón lanzó sobre él una brisa muy caliente, con más potencia de la que debería haber podido crear. Caius se había

equivocado de pregunta. Sin embargo, no sabía cuál era la correcta.

—¿Por qué estoy aquí?

Dado que era un sueño, y en los sueños todo era posible, el dragón le hizo un guiño. Era la pregunta correcta, por lo tanto.

—No entiendo.

Ya lo entenderás.

No era la voz del dragón, ni de ningún otro ser vivo.

—¿Rose?

La voz no dijo nada.

El dragón revoloteaba alrededor de Caius, haciéndole señas de que lo siguiera. Entonces se abrió un agujero y penetró en la oscuridad la cálida luz del

sol de la mañana. El dragón cruzó la abertura. Caius fue tras él.

Estaba en una biblioteca, pero distinta a las que conocía. En todas partes había libros, apilados en las mesas de caoba y muy apretados en los anaqueles. El

techo estaba pintado con nubes blancas y algodonosas sobre un mar azul claro.

En el oscuro revestimiento de madera rojiza de las paredes ondulaban los reflejos del sol. Las ventanas se abrían a una ciudad que no reconoció. Fuera había edificios de construcción humana que llegaban hasta el cielo, como campanarios de acero y hormigón.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

El dragón revoloteó alrededor de su cabeza.

En casa.

—Esto no es mi casa.

No, tuya no, de ella.

En ese momento empezaron a incendiarse los libros, y el aire se llenó de trozos de papel quemado que flotaban como hojas otoñales. Las estanterías se desmoronaron mientras crujía y crepitaba la madera, y poco a poco

comenzaron

a derretirse las nubes falsas, en su falso cielo. El pequeño dragón emitió un agudo lamento mientras sus alas prendían fuego, y las finas membranas se deshacían en cenizas.

El humo abrasaba la garganta de Caius. El olor de papel quemado y cola derretida le daba náuseas. Se tapó la boca y la nariz con una manga y logró articular dos palabras.

—¿Por qué?

Para que aprendas.

—Que aprenda ¿qué?

Lo que te pasará si no lo encuentras.

—Si no encuentro ¿qué? —resolló—. ¿El pájaro de fuego?

Sí. Fue una palabra con eco, como si la pronunciasen muchas voces a la vez.

Los ojos de Caius se empañaron, mientras a su alrededor se consumía la biblioteca. Por un lado sabía que no era posible morir en sueños. Por el otro, sin

embargo, temía no volver a despertarse si perecía en aquella biblioteca. Al final

del pasillo había algo oscuro, que se resistía a arder. Se acercó a trompicones, a la vez que se llenaban de humo sus pulmones.

Era una mujer recortada en las llamas. Su pelo largo se movía, tapando el rostro. Tan vivo era el color del fuego que la rodeaba como oscuro el de ella.

Caius solo distinguió las suaves curvas de su cuerpo, dibujadas contra un fuego

que no le impedía seguir quieta, sin miedo a nada. La desconocida le tendió una

mano a modo de súplica, o de ofrenda. En el momento en que Caius acercó la suya se la lamieron unas lenguas de fuego. Su piel quedó cubierta de ampollas y

se desprendió, pero no sintió ningún dolor al tocar la de ella. Sus carnes tenían

una elasticidad extraña, como una fruta demasiado madura, y estaban frías como el hielo.

Como un cadáver, pensó Caius. Intentó apartar la mano, pero ella se la apretó con más fuerza, sin querer soltársela.

—¿Qué eres? —preguntó Caius—. ¿Qué es todo esto?

Las consecuencias de tu fracaso.

El humo se despejó un poco, lo justo para que viera la mano que lo sujetaba.

Tenía una piel manchada y gris, del color amarillento que adquieren las pieles con la muerte. El humo se mezcló con un olor de podredumbre que Caius, a pesar de respirar por la nariz, sintió en la lengua. Intentó apartar la mano, pero

el cadáver se la sujetaba y le clavaba con tal fuerza sus finos dedos que le dejaba la carne amoratada.

A todos nos toca la muerte.

Vio horrorizado que la podredumbre de la mano del cadáver se comunicaba a la suya. La carne de Caius empezó a desprenderse de los huesos, haciendo un

ruido húmedo al chocar con el suelo.

—¿Qué tengo que hacer para parar todo esto? —preguntó, desesperado—.

¿Cómo lo encuentro?

La única respuesta que obtuvo fue un silencio vasto y hueco.

—¡Contesta! —gritó.

A medida que se extendía la corrupción se le atrofiaron los músculos de los brazos, del pecho y de las piernas. Intentó exigir de nuevo una respuesta, pero se

le encogió la lengua dentro de la boca. Ya no estaba la voz. Ya no estaba el dragón. Tampoco estaba ya la biblioteca. Caius se estaba muriendo. Se moría.

Estaba muerto.

32

—Caius, despierta. ¡Caius!

Parpadeó, adormilado, y vio a Eco en cuclillas contra la luz del primer sol de la mañana, que entraba por las vidrieras de colores de las ventanas del desván.

Durante un segundo regresó a su sueño, el de la mujer en llamas, y volvió a estar rodeado de libros incendiados. Tragó una saliva espesa. El sabor amargo de

su propio aliento no alivió la sensación de ansiedad de su estómago, sino todo lo

contrario.

Eco echó la cabeza a un lado con dulzura.

—¿Te encuentras bien?

Caius sacudió la suya como si no lograra despejar las telarañas del sueño.

—Sí —mintió—, muy bien.

—Ah. —Eco bajó la vista al suelo. En sus mejillas, las pestañas eran manchas

oscuras—. ¿Has dormido bien?

—No —contestó él—. ¿Y tú?

—La verdad es que tampoco. —Después de mirarlo otra vez a los ojos Eco se levantó, adoptando de golpe un entusiasmo que era como una máscara gastada

—. Vamos, arriba y a por todas. He estado cocinando.

—Estás avisado —intervino Jasper desde la cocina.

Eco le sacó la lengua a sus espaldas. Caius se frotó los ojos, se incorporó y una

vez con los pies en el suelo se desperezó.

—Te veo más animada esta mañana —dijo.

Una pequeña parte de su ser, curiosa, deseaba averiguar si Eco estaba todas las mañanas así.

La mirada de Eco se volvió suspicaz. Ya tenía la respuesta. Cuando la gente quería esconderse se ponía todo tipo de máscaras. La que había elegido Eco ese

día era la de contenta.

—Supongo que soy más de mañanas —dijo.

Era una mentira flagrante. Esperó en silencio a que Caius la dejara en evidencia, pero no fue así.

—Te sigo —se limitó a contestar él.

Sin decir nada más, Eco salió en cabeza hacia la pequeña mesa redonda donde estaban sentados Dorian y Jasper. Ivy, apoyada en la encimera y abrazada

a sí misma, contemplaba el hierro de gofres como si su voluntad pudiera hacer

que fuera más deprisa. Parecía que tuviera frío, a pesar del calor de la cocina.

Al ver que se acercaba Caius, Dorian intentó levantarse, pero el gesto hizo que se doblara de dolor. Caius le puso una mano en el hombro para que se sentara. Después lo hizo él a su lado. Jasper los observaba con los labios ocultos

por el borde de su taza, sin que sus ojos delatasen nada. Olía intensamente a café. El estómago de Caius dio un vuelco.

Eco apartó a Ivy de un golpe de cadera y empezó a llevar platos y cubiertos.

—He hecho gofres.

—Y no unos gofres cualesquiera —apuntó Jasper.

—Tú lo has dicho.

Eco le puso un plato delante. Jasper se lo pasó a Dorian. Encima había una montaña de trozos de gofre salpicados de pepitas marrones. Dorian miró a Jasper, que se limitó a levantar una ceja. Desde la noche anterior había cambiado la dinámica entre los dos.

Muy interesante, pensó Caius.



—¿Qué es? —preguntó Dorian mientras empujaba el montón de comida con el tenedor.

—¡Gofres de beicon! —respondió alegremente Eco.

Llevaba anudado a la cintura un delantal de flores, que hizo preguntarse a Caius qué hacía un delantal así en casa de Jasper.

Dorian no estaba convencido.

—¿Gofres de beicon?

Eco lo fulminó con una mirada que era un desafío a que volviera a poner en duda sus decisiones culinarias.

—Gofres de beicon.

—¿Qué pasa, que hay eco? —preguntó Jasper, más pagado de sí mismo de la cuenta.

Qué gracioso, pensó Caius.

Eco le dio a Jasper un golpe en la muñeca con una espátula sucia.

—Sí, gofres de beicon. ¿Quieres saber por qué? —Sirvió otra generosa porción

en otro plato—. ¿Gofres y beicon al lado? Muy bueno. ¿Gofres con beicon dentro? Genial.

—Escucha atentamente —dijo Jasper, inclinado hacia Dorian; un gesto

gratuito, ya que su aparte teatral tuvo la fuerza suficiente para ser oído por toda la mesa—. Se oye el ruido que hacen tus arterias al obstruirse.

Eco sirvió a Caius y Ivy, aunque ella no hubiera tocado su plato. Ivy seguía

de

pie, pinchando lánguida su gofre. El único de los cinco que tenía la audacia de

parecer descansado era Jasper. Dorian no comería hasta que lo hiciera Caius, así que este último tomó un bocado, aunque la prudencia se lo desaconsejase.

Cuatro pares de ojos lo miraban con expectación. Masticó, cohibido. El gofre estaba al mismo tiempo demasiado salado y demasiado dulce. Aun así se lo tragó.

—Delicioso.

La sonrisa de Eco fue tan fugaz que Caius ni siquiera estuvo seguro de haberla visto. El último plato lo puso Eco delante de Jasper, que lo miró con recelo entre sorbos de café.

—Prueba, Jasper. Te prometo que está bueno.

Jasper la miró con escasa convicción.

—¿No te fías de mí? —preguntó ella.

—En cosas de comida sí.

Jasper cortó el gofre con cautela, como si temiera ser mordido por él.

—Un momento —dijo Eco—. ¿En qué no te fías?

—En casi todo lo demás —respondió Jasper sin levantar la vista del plato.

—Es la última vez que te preparo gofres de beicon.

—Alabados sean los dioses por los pequeños milagros de la vida —exclamó

Jasper mientras soltaba el tenedor—. ¿Qué, piensas decirme de qué huís y hacia

qué corréis?

La pregunta fue recibida en silencio. Dorian miró a Caius. Caius miró a Eco.

Eco miró a Ivy. Ivy no miró a nadie.

—¿No hay voluntarios? —preguntó Jasper—. Teniendo en cuenta que estoy dando cobijo supongo que a refugiados tanto de los ávicen como de los drakharin, me parece que tengo derecho a saberlo.

El silencio se alargó.

—También os podéis ir todos —amenazó Jasper, con las plumas cortas de los brazos un poco erizadas.

Eco se quitó el delantal, lo dejó a un lado y tomó la iniciativa.

—Estamos buscando algo. Es algo que persigue mucha gente, pero tenemos que encontrarlo primero porque en otras manos sería peligroso.

—¿«Tenemos»? —Jasper señaló a los cuatro con un movimiento del tazón—.

¿Esta pandilla de desarrapados? Pues explícame qué puede interesar al mismo tiempo a un mercenario drakharin, a su fiel sirviente, a una sanadora ávicen y a

una carterista humana.

Dorian se puso tenso. Caius vio que se moría de ganas de discutir sobre la parte de la pregunta relativa al «sirviente», pero se calló. No así Eco.

—¿Carterista?

Cargó tanto la palabra de intención que a Caius le supo casi salada. Jasper siguió adelante.

—Si algo puede uniros es que es muy importante. Bueno, pues o me explica alguien qué es, o averiguo qué bando ofrece el mejor precio por vuestras cabezas.

De no haber sido por la mano que apoyó Caius en el brazo de Dorian, Jasper ya habría tenido un tenedor clavado en el cuello. Eco parecía dispuesta a meterse en la pelea, pero su mirada iba de Dorian a Jasper como si no estuviera

muy segura del bando al que pertenecía. Caius esperó acertar en su siguiente decisión.

—Vamos a encontrar el pájaro de fuego —anunció.

En el fondo, dentro de todas las reacciones que podría haber tenido Jasper la risa que salió de su boca no debería haber sido ninguna sorpresa.

—Me estás tomando el pelo. —Dejó la taza en la mesa y los miró a los dos, a Caius y Eco, ambos con cara de solemnidad—. Eco, por favor, dime que me está

tomando el pelo este payaso.

A Caius le sentó mal lo de payaso, pero si Dorian era capaz de soportar estoicamente las pullas de Jasper también lo era él.

—No —respondió Eco—. En esta zona está oficialmente prohibido hacer bromas.

—El pájaro de fuego no existe —pronunció lentamente Jasper como si se lo dijera a unos idiotas. Algo en Caius, una parte retorcida y malévola de su persona, pensó que tal vez fuera así—. Es un cuento para niños, nuestra versión

del Santo Grial. No existe.

Caius apartó la mano del brazo de Dorian, mientras rezaba por que este último reprimiera unos minutos más sus impulsos violentos.

—Tenemos motivos para pensar que sí —dijo. Su mirada topó con la de Eco, a quien habría deseado conocer bastante para saber interpretar la expresión de sus ojos—. ¿Eco?

No le pasó desapercibida su vacilación. Eco no se fiaba ni un pelo de Jasper, pero entre fiarse de él y echarse a la fuga (esta vez sin refugio posible) la elección era muy simple, tanto que en el fondo ni siquiera existía. Eco miró a Caius con

una expresión interrogante. Él asintió. Entonces ella metió la mano en su bolsillo

trasero, sacó un mapa de bordes gastados y lo aplanó sobre la mesa.

—El pájaro de fuego existe —afirmó Caius—. Y Eco sabe el camino.

Esperemos.

Jasper estudió el mapa durante todo un minuto antes de levantar la vista hacia Caius.

—¿Estás seguro?

—Me jugaría la vida —contestó Caius—. De hecho me la estoy jugando.

Jasper sostuvo su mirada con aquellos ojos tan extraños de color dorado.

Caius aguardaba su respuesta.

—Vale —dijo Jasper—, pues me apunto.

Eco parpadeó una, dos y tres veces, no muy segura de haber oído bien.

—A ver, repítelo.

Jasper pronunció con esmero sus palabras, como si Eco se hiciera la tonta.

—Que-me-a-pun-to.

Eco ya lo había entendido la primera vez, pero seguía sin cuadrarle.

—¿Por qué?

—Me jacto de saber lo que piensa la gente. —Jasper señaló a Caius, que seguía inescrutable como una estatua—. Y este señor de aquí no duda en absoluto. Si él considera que existe, me inclino a creérmelo.

—Ya, Jasper, pero te conozco. Sé que nunca haces nada sin motivo. —Eco se apartó de la encimera y se cruzó de brazos—. ¿Qué ganas?

—¿Lo dices en serio? —La sonrisa burlona de Jasper se ensanchó hasta adquirir una belleza deslumbrante—. Me gano la vida consiguiendo artículos difíciles de encontrar para una clientela sumamente selecta, y más difícil de encontrar que esto no hay nada. Encontrar el pájaro de fuego sería el puntazo más grande de la historia. Quiero que lleve mi huella.

—No podrías quedártelo —le advirtió Eco.

A menos que me lo arranques de mis manos yertas y sin vida, se dijo, intentando no pensar en lo que significaba que aquellas palabras se hubieran convertido en una constante de su relación.

—No se trata de eso —replicó Jasper—. Imagínate las maravillas que haría con mi reputación. Quiero que se me conozca como el que encontró el pájaro

de

fuego. Lo que pase después ya es cosa vuestra. Yo no me dedico a la política entre los ávicen y los drakharin.

Hasta entonces Ivy había guardado silencio, pero las últimas palabras de Jasper la impulsaron a hablar.

—¿De verdad que no te importa lo que le pase a tu gente?

Él se encogió de hombros.

—No es mi gente para nada.

—Eres ávicen —dijo Ivy, como si tuviera que bastar.

—¿Y?

Torció el gesto.

—¿No das ningún valor a la lealtad?

—Mira —repuso Jasper, apoyando tan pancho los codos en la mesa, como si estuvieran hablando del tiempo—, entenderla la entiendo perfectamente, y es admirable, de verdad lo digo, pero no me da de comer, la lealtad, ni me protege

del frío. Yo hago lo que tengo que hacer.

Ivy frunció aún más el ceño, pero no dijo nada. Caius carraspeó.

—Ven un momento, Jasper.

Se levantó para acercarse a la hilera de ventanas del fondo de la sala. Jasper

esperó un poco, como si quisiera negarse por principio, pero al final suspiró y fue tras él. Eco habría querido seguirlos, pero la disuadió la expresión de Eco.

Dorian, por su parte, guardaba un silencio resentido, sin despegar la vista de la

espalda de Caius. Probablemente no fuera muy buena idea dejarlos a los dos solos. Eco se puso a consultar su fichero mental de maneras de dar conversación

para romper silencios tensos, hasta que Dorian se le adelantó.

—Mientras dormía me has cambiado el vendaje —dijo.

Más que mirar a Ivy, miraba en su dirección.

—Sí —confirmó ella.

Luego empezó a ir y venir por la cocina para recoger los platos y los tenedores

y tirarlos en el fregadero. Dorian carraspeó muy suavemente.

—Gracias. —Primero miró a Ivy, y después el morado que tenía en la mejilla

—. Ah, y perdona.

Tras asentir una sola vez, Ivy le dio la espalda y empezó a lavar los platos.

Si alguien le hubiera dicho a Eco que llegaría el día en que viera a un drakharin humillado ante Ivy, la discreta y llana Ivy, se habría reído. Ahora que

lo veía, en cambio, no le pareció nada cómico. En absoluto.

34

Antes de que pudiera hablar Caius lo hizo Jasper:

—No me gusta que me mangoneen en mi propia casa.

Aunque Caius ya no fuera príncipe, le habría sido tan difícil olvidar todo un



siglo de comportamientos adquiridos como a un leopardo cambiar las manchas de su piel.

—Perdón —dijo.

No había pedido disculpas desde hacía mucho tiempo, y a un ávicen jamás.

Se sentía oxidado.

Jasper se sentó al borde del alféizar de un arco gótico cuya punta quedaba muy por encima de su cabeza. Por la vidriera entraba el sol, proyectando fragmentos de colores en su piel. El efecto era tan espectacular que parecía que

Jasper lo tuviera planeado, y de hecho se le veía capaz.

También se le veía muy lejos de dejarse ablandar.

—Otra cosa que no me gusta es que se pongan en duda mis motivos en mi propia casa —expusó—, que es lo que intuyo que estás a punto de hacer.

Caius sacudió la cabeza.

—No. Creo que has dicho la verdad, aunque quizá no toda.

Jasperladeó la suya, presentando un parecido absoluto con el ave que imitaban sus plumas.

—¿Ah, sí?

—Puede que no te conozca muy bien, pero sé que un hombre como tú nunca hace nada gratis. —Caius lo miró a los ojos, pero eran inescrutables. Hacía años

que no veía una cara de póquer tan bien puesta. La sonrisita de satisfacción era

inamovible—. Supongo que si nos ayudas a encontrar el pájaro de fuego, y no pretendes quedártelo, esperarás algún otro tipo de compensación.

Jasper sonrió.

—Ahora sí que entramos en materia. Eco es buena ladrona, pero no acaba de pillar cómo funciona este juego.

—Es una niña —dijo Caius.

Jasper resopló por la nariz.

—Dudo que Eco haya sido una niña de verdad alguna vez, pero bueno, no viene al caso. Tienes razón, no tengo por costumbre trabajar gratis. ¿Qué puedes

ofrecerme?

Caius maldijo a su hermana por haberle robado el trono, y el real tesoro al que estaba vinculado. No tenía mucho que ofrecer (una sensación tan nueva como incómoda), aunque eso Jasper no tenía por qué saberlo. En caso de duda

lo mejor era improvisar.

—Te daría mi parte de la recompensa de los drakharin —contestó. No había ninguna, pero cuando volviera victorioso, y recuperase su corona, dispondría de

tal cantidad de oro y joyas que Jasper no habría sabido qué hacer con ellas.

Suponiendo que volviera. Y que recuperase el título. Era preocupante la

abundancia de condicionales en la situación—. Total, nunca lo he hecho por dinero.

Jasper sacudió la cabeza, riéndose en voz baja.

—Nunca prometas pagar con dinero que no tengas.

Caius se encogió de hombros.

—Es lo único que puedo ofrecerte.

—¿Seguro? —inquirió Jasper, mirando por encima del hombro de Caius—. El

dinero no es la única mercancía con valor en este mundo.

Ladeó la cabeza en dirección a la cocina, que estaban recogiendo Eco y Ivy, pero Caius ya sabía que no eran ellas quienes le interesaban. A quien miraba fijamente Jasper era a Dorian, con tanto disimulo como intensidad en sus ojos dorados. Caius intentó ver a su amigo como lo veía Jasper. Una piel con cicatrices, de una blancura inverosímil. Un pelo gris de un brillo suave que lo hacía parecer casi dorado. Un solo ojo azul, claro como el mar por la mañana. El

nido de Jasper daba fe de su afición a las cosas bellas, y Dorian lo era, aun con

sus cicatrices, y aun no reconociéndolo en su fuero interno.

—Ya. —Se volvió de nuevo hacia Jasper—. Lo que pasa es que hay cosas que

no puedo dar porque no son mías.

Jasper sonrió. Caius se sintió reaccionar con desagrado.

—Ah, pues yo creo que no te das cuenta de lo tuyas que son algunas cosas.

El afecto de Dorian distaba mucho de ser un secreto, pero Caius no tenía ningunas ganas de explicárselo con pelos y señales a un ladrón a quien acababa

de conocer. Así se lo telegrafió con un silencio de lo más elocuente.

Jasper separó sus piernas esbeltas y se levantó.

—Os ayudaré. A fin de cuentas hay algunas recompensas que valen mucho más que el oro o que las joyas.

Tendió la mano. Caius se limitó a mirarla. Había jurado encontrar el pájaro de fuego, pero lo que insinuaba Jasper le dejaba un mal sabor de boca.

Pasaron

los segundos sin que Jasper se moviera.

Caius levantó su mano muy despacio para estrechar la del ávicen. Era como cerrar un trato con el mismo diablo. Aunque su capitán no le perteneciera, seguiría sus órdenes por mucho que le repugnasen. Tal vez nunca se lo

perdonara. Pero ¿qué era la amistad en comparación con la paz? Caius había prometido poner fin a aquella guerra, y era lo que pensaba hacer a cualquier precio.

35

Cuando volvieron Jasper y Caius, Dorian ya no cabía en sí de impaciencia. Se palpaba tanta tensión en el ambiente que era como si pudiese caminar sobre ella.

Ivy se esmeraba en ignorar a Dorian, impulso que a él no le molestaba en absoluto. Eco ejercía en voz baja de comentarista para calmar los nervios de su amiga, que a los comentarios sobre los cerezos en flor en Japón y las mejores pastelerías de Estrasburgo respondía con gestos ausentes, a intervalos adecuados.

La mirada de Dorian se cruzó con la de Caius y formuló la muda pregunta de

si había ido bien la conversación. Caius fue un poco demasiado rápido en apartar la vista. Dorian frunció el ceño, sintiendo un hormigueo en la cicatriz del ojo, justo debajo del parche.

—¿Qué, cuál es el plan? —preguntó, básicamente porque no lo hacía nadie más.

Intentó captar de nuevo la mirada de Caius, que también esta vez la rehuyó.

Eco señaló el mapa de la mesa.

—El plan es seguir el rastro de migas hasta el pájaro de fuego. Según este estupendo mapa nuestra próxima parada es el Metropolitan Museum of Art.

—¿El Met? —se asombró Dorian—. ¿No está en Nueva York? ¿En la sede central del poder ávicen, como quien dice?

—Sí —dijo Eco—, pero bueno, no te sientas presionado.

Caius miró a Dorian por primera vez desde que se había sentado.

—No sabía que estuvieras versado en museos humanos. Ni en arte.

Sus palabras encresparon a Dorian.

—¿Qué pasa? —preguntó—. Me gusta leer.

Eco siguió con sus explicaciones, a las que Caius prestó atención, reparando tan poco como ella en que Dorian se había ofendido.

—Ve a buscar tus cosas, Jasper —le ordenó ella—. Tendríamos que salir lo antes posible y hacer un reconocimiento. Bueno, qué voy a decirte.

Caius se levantó de la silla.

—Os acompaño.

—Así vestido no —señaló Jasper.

Fue al vestidor del otro lado del desván y empezó a sacar prendas que les permitieran llamar mucho menos la atención entre humanos que la ropa

manchada de sangre que aún llevaban Caius y Dorian.

Sin hacerle caso, Caius esperó pacientemente a que dijera algo Eco, como si previera que le llevaría la contraria, y no quedó decepcionado.

—Podemos hacerlo Jasper y yo solos.

Al único a quien no pasó desapercibido el respingo de Ivy fue a Dorian, que al mirarla de soslayo la sorprendió observándolo, aunque ella apartó enseguida la mirada y la posó en el suelo, como si no hubiera en el mundo nada más interesante.

—Ahora estamos todos en el mismo barco, Eco —dijo Caius sin darse cuenta del pequeño drama que se desarrollaba en sus propias narices—. O lo hacemos

juntos o no lo hacemos.

—Me gustabas más cuando no te ponías tan mandón, la verdad —replicó Eco

—. ¿Seguro que podrás seguir nuestro ritmo?

Caius sonrió.

—Bien que te alcancé la última vez, ¿no?

Por amor de los dioses, pensó Dorian, tratando de ignorar la punzada de celos que sentía. Estaban tonteando. Bonito momento para hacerlo.

—No es que quiera interrumpir esto que no sé qué es —dijo, agitando la mano entre Eco y Caius—, pero ¿no debería preocuparte más una incursión detrás de las líneas enemigas, Caius?

—A mí no me conoce ningún ávicen —repuso Caius mientras su mirada iba y

volvía de Eco a Dorian. El mensaje estaba claro: pies de plomo y no delatar nada. No tenía la menor idea de quién era, y así quería él que siguiera siendo —.

Cuando quiero se me da muy bien no llamar la atención.

—Bueno, pues ya está decidido —terció Jasper—. Quedamos los tres en el Met después de la hora de cierre.

Había vuelto con el brazo cargado de ropa, y por encima de todo un jersey a juego con el azul del ojo de Dorian. Había elegido con cuidado. Al asimilar sus

palabras, el estómago de Dorian hizo algo raro, acrobático.

—¿Los tres? —preguntó.

Caius se dio la vuelta para mirarlo como si hubiera olvidado su presencia.

—Dorian, tú no estás en condiciones de ir.

Cuando Dorian se puso de pie su herida protestó a gritos. No pudo sofocar un ligero siseo de dolor. Tuvo ganas de borrar a bofetadas la compasión de la cara de Caius.

—Me corresponde estar a tu lado.

Hacía cien años que decía lo mismo, y lo repetiría otros cien. No habría estado mal que por una vez Caius le escuchara.

—Lo siento —se disculpó Caius—, pero es mejor que te quedes y esperes a estar curado. No nos conviene que agraves la herida. —Puso una mano en el hombro de Dorian, que aguantó las ganas de quitársela de encima—. No me pasará nada.

Dorian quería decir mil cosas, pero se decidió por una:

—Mi trabajo es ocuparme de que así sea.

Era la verdad, aunque en versión abreviada. De todos modos no importaba.

Ya había perdido. Si Caius le ordenaba que se quedase se quedaría, aunque le resultara mucho más desgarrador que la espada que le habían clavado en el cuerpo.

—¿Yo también me quedo? —preguntó Ivy con una voz que la hizo parecer pequeña y asustada.

Era culpa de Dorian, que se odió por ello. Eco los miró, primero a ella y luego

a él. Su indecisión saltaba a la vista.

—Aquí es menos peligroso —declaró.

Sin embargo, observaba a Dorian como si no estuviera del todo segura de que fuera cierto. No quería dejarlo a solas con Ivy. Tampoco Ivy quería quedarse a solas con él. Dorian lamentó no tener la altura moral necesaria para sentirse ofendido. Por desgracia, había renunciado a ella al meter a Ivy, sola y asustada,

en una celda. Y al golpear a una prisionera que no podía aspirar a defenderse.

Tan absorto estaba en su sentimiento de culpa que casi se le pasó por alto la mirada escrutadora de Jasper.

—Ya me quedo yo —dijo este último.

—¿Qué? —repusieron Caius y Eco a la vez.

—Que me quedo —repitió Jasper—. Así me aseguro de que se lleve todo el mundo bien. No me necesitas, Eco. Lo de entrar en museos para ti es pan comido. Ve y encuentra lo que buscas, que no sé qué es. De todos modos solo



me interesa el desenlace. Llévate todo lo que te haga falta. —Sonrió y miró a Dorian—. Es gratis.

—No necesito un canguro —rezongó Dorian.

La sonrisa de Jasper, más ancha que antes, le recordaba a un zorro con los dientes al descubierto.

—Puede que yo sí.

36

Era raro viajar sola con Caius. Como creció con un régimen constante de historias terroríficas sobre la crueldad de los drakharin, Eco seguía esperando sentirse incómoda en su presencia, y no conseguía conciliar la figura demoníaca

de los cuentos áviken con la persona que le tendía la mano en la orilla del río Ill, bajo los Ponts Couverts.

—No entiendo que hayamos tenido que volver aquí —dijo mientras la tomaba de la mano. —La daga de las urracas, metida en una bota, la

reconfortaba con su peso en la piel. Caius apretó los dedos. Eco percibió con claridad los callos de su palma—. Vi lo que hiciste en el Louvre. Podrías haber convertido en umbral cualquiera de las viejas puertas de la catedral.

Caius invocó el entrespacio, haciendo salir del suelo unas volutas que eran como hierbas de humo. Eco se alegró de que los tapara el puente. De día Estrasburgo era un tráfago constante de turistas y población local, centrado justamente en el río.

—Consume mucha energía crear un punto de acceso a partir de una puerta

humana sin la ayuda del polvo de sombra —dijo Caius, en cuyos tobillos se enroscaba negro el humo—. La magia es como un músculo. Si abusas de él, tarde o temprano se venga.

—Muy listo —replicó Eco.

Caius asintió con los ojos entornados. Se estaba concentrando en invocar el entrespacio.

—No por tener poder hay que usarlo. Ojalá mi pueblo lo entendiera.

Eco quiso responder, pero el humo negro ya los tapaba por completo. El suelo

desapareció bajo sus pies. Empezó la caída, con la mano de Caius como única referencia. Se aferró a ella. Cuando Caius se la estrechó, el estómago de Eco dio

un salto que no tenía nada que ver con el entrespacio. Quiso echar la culpa a los

gofres de beicon, pero sabía que eran inocentes.

Pronto penetró luz en la oscuridad y llegaron a su destino. Estaban en un pequeño prado resguardado por el arco de hierro de un puente en el lado este

de Central Park, cerca del Met. La sensación de pisar tierra con las botas procuró

a Eco una firmeza reconfortante y muy bienvenida.

Soltó la mano de Caius y se encogió mientras su estómago daba unos desagradables tumbos. Esta vez eran los gofres de beicon, sin la menor duda.

¿Cómo se le había ocurrido que pudieran ser una buena idea?

—¿Te encuentras bien? —preguntó Caius.

La siguiente cabriola de su estómago fue acompañada por un borboteo muy audible, como si quisiera contestar por ella.

—Sí —dijo Eco—, pero dame un minuto.

Aunque de Caius solo viera sus botas (la única parte de su atuendo que había sobrevivido a la intervención indumentaria de Jasper), notó que la miraba.

—Perdona —se disculpó Caius—. A veces se me olvida.

Eco se concentró en inspirar por la nariz y espirar por la boca, mientras su cuerpo se esforzaba por recuperar el equilibrio.

—¿El qué se te olvida?

—Lo frágiles que son los humanos.

Eco le lanzó lo que consideró como su mejor mirada de desprecio, aunque estropease el efecto estar encogida, luchando contra el tipo peculiar de mareo que iba ligado a los viajes de larga distancia con otra persona en cabeza.

—¿Sabes que tienes una sensibilidad especial para el lenguaje? —gruñó.

—Perdona —dijo Caius—. Otra vez.

Eco le quitó importancia con un gesto de la mano, a la vez que un nuevo ataque de náuseas amenazaba con ser más fuerte que ella.

—No —replicó—, si ya lo entiendo. Tú eres un semidiós de trocientos mil años, y yo una mísera mortal.

—Bueno, lo de semidiós no sé.

Otra vez la sonrisita que casi ni lo era. Un esbozo de sonrisa. Una sonrisa de como parpadees ya no la verás. Caius bajó la cabeza al pasar un ciclista. La sombra del puente protegía sus escamas del sol de la tarde, pero no dejaban de

ser visibles. Debía de ser un asco no poder moverse a la luz del día entre los

humanos, pensó Eco. Había envidiado durante tanto tiempo el intenso plumaje

de los ávicen que era fácil olvidarse de que sus plumas (y las escamas de Caius)

tenían un precio.

Caius sacó de su bolsillo unas gafas de sol y se las puso. Las de aviador que le

había prestado Jasper (con la solemne advertencia de que se las devolviera intactas) cubrían a duras penas las escamas de sus pómulos.

—¿Cómo me quedan? —preguntó.

Qué raro, pensó Eco: un mercenario drakharin preocupado por su aspecto.

Ya no le quedaba nada por ver, la verdad.

—Como a un neoyorquino de pura cepa —respondió.

Debería haber sido delito cómo se ceñían los vaqueros de Jasper a las

estrechas caderas de Caius. El contraste entre su chaqueta negra de lana y su piel morena era muy atractivo. También le favorecía el corte de pelo militar. Eco se

irguió, ya sin náuseas. Una brisa persistente soltó unos cuantos pelos de su trenza.

—Oye, y ¿de qué va eso tuyo con el nuevo Príncipe Dragón? ¿Vendiste tu lealtad al de antes, pero a este no? —inquirió Eco.

Metió las manos en los bolsillos de su chaqueta de cuero y salió al camino asfaltado de al lado del puente. Caius los había depositado justo donde había indicado ella. Por aquel camino se llegaba al cruce de Museum Mile y la calle Ochenta y cinco Este, a pocas manzanas de la entrada del Met.

Caius se colocó a su lado y acortó sus pasos para adaptarlos a los de ella.

—Tuvimos diferencias de opinión.

—Me ha parecido entender que no estás a favor de aniquilar a los ávicen — dijo Eco—. Al menos es lo que se deduce de que hayas podido pasar toda una noche en casa de uno sin insultar ni siquiera su decoración.

Caius soltó una pequeña no risa, a juego con su pequeña no sonrisa.

—No ha sido fácil, y menos con la moqueta blanca. —Tanto una como la otra, sin embargo, desaparecieron antes del final de la frase, para tristeza de Eco

—. A Tanith le parece que la única manera de ganar es una orgía de fuego y sangre, pero el fuego solo trae la muerte, y la sangre más sangre.

Aun siendo una muy buena respuesta, dejó a Eco extrañamente insatisfecha.

Ya habían llegado al camino principal. Al fondo del parque se veía la orgullosa

fachada de piedra del Met. Sintió un cosquilleo entre los omoplatos, como si la

observara alguien, pero al darse media vuelta solo vio a unos cuantos corredores

y a un vendedor de perritos calientes. Lo más probable era que Altair hubiera ordenado seguirla. Ya sabía que la paranoia no se disiparía hasta que se hubieran ido de Nueva York.

—¿Hay alguien más que esté de acuerdo contigo? —preguntó mientras

miraba a su alrededor—. No me suena haber oído hablar de conversaciones de

paz entre los ávicen y los drakharin.

Les daba el sol de lleno. Caius no levantaba la cabeza. Las pocas escamas que no tapaban las gafas de sol brillaban de modo semejante a las de los peces.

—Porque nunca las ha habido.

Eco esperó a que le facilitara más información.

—¿Por qué? —preguntó en vista de que Caius se limitaba a caminar en silencio.

Él dejó que la respuesta se formara por sí sola, y no habló hasta poco antes de llegar a la salida del parque.

—La guerra es como una droga —declaró—. Te pasas tanto tiempo buscando la victoria que ya no te das cuenta de que nunca la obtendrás. A mí no se me había ocurrido que fuera posible la paz hasta que...

Dejó la frase a medias. Su voz había sonado igual de ahogada que la noche anterior, al darle la daga a Eco.

Eco aventuró una hipótesis.

—¿Hasta que la chica...?

—Sí.

—Pues menuda chica sería.

—Sí.

Caius guardó otra vez silencio, mientras se acercaban a la Quinta Avenida.

Dejándolo con su mutismo, Eco sintió una curiosidad inevitable por la mujer

que había conquistado su corazón. No se imaginaba a Caius, tan estoico y serio,

enamorado.

Se detuvo justo antes de la escalera de entrada del Met. Al pie de la imponente escalinata se acumulaban turistas que se hacían fotos.

—Falta una hora para que cierren —advirtió Caius—. ¿Y ahora? La experta eres tú.

Una vez más surgió la emoción embriagadora que siempre sentía Eco antes de

un trabajo. Intentó controlar sus facciones para que no se notara lo satisfecha que se había quedado con las palabras de Caius. La pequeña y fugaz no sonrisa

en los labios del drakharin le hizo saber que no lo había logrado. C'est la vie.

—Ahora —dijo mientras se sentaba en los escalones— empieza lo divertido.

37

Ivy estaba segura de haber vivido situaciones más incómodas, pero no le venía

ninguna a la cabeza. Tras la marcha de Caius y Eco, Dorian se había puesto a fruncir los labios, haciendo algo que sin ser del todo un mohín de mal humor se

le parecía más de la cuenta. Pasaba gran parte del tiempo sentado al borde de la

cama de Jasper, limpiando su espada con el material que había sacado este último de las profundidades de su armario. Ivy tuvo la certeza de que si la limpiaba con algo más de brío empezaría a desgastar el acero.

A ella ya le iba bien dejar que se cociera Dorian en su salsa, pero Jasper tenía otras intenciones. Ivy presencié la escena desde el sofá, con una taza de té caliente entre las manos. Era mejor que la tele, un aparato que por otra parte Jasper nunca había tenido: su desván (con su mullida moqueta blanca, sus vidrieras y su colección de arte robado) era demasiado pijo para algo tan pedestre.

Jasper le tendió un jersey a Dorian. Era de un azul aciano muy bonito, e incluso desde lejos parecía increíblemente suave.

—Pruébate —dijo.

Dorian no se molestó en levantar la vista del regazo, donde tenía la espada.

—No.

—Por si se te ha olvidado, la camisa que te cortó Caius ayer por la noche ahora tiene un agujero en forma de espada —señaló Jasper—. Más o menos como tú.

Ivy no quería reírse, pero Jasper se lo ponía difícil. Lo que le gustaba de él era

que ponía cómoda a la gente. Necesitaba un mediador entre ella y Dorian, y Jasper se había mostrado muy dispuesto a procurarles distracciones.

—Además —agregó Jasper, balanceando el jersey junto a la cara de Dorian—,

este azul resalta tus ojos. Perdón, tu ojo.

Si fuera posible matar con la mirada, la de Dorian habría acabado con la vida de Jasper. Ivy pensó que tal vez estuviera provocando al drakharin no solo para

divertirse, sino pensando en ella. Dorian parecía a punto de hacer algo de lo



que

se arrepentiría, pero al final dejó la espada a un lado y con gesto cauteloso tomó

el jersey de las manos de Jasper.

Qué interesante. Tan transparente quizá no fuera, a fin de cuentas.

—Así me gusta —se congratuló Jasper—. Deja que te ayude.

Dorian se apartó de golpe. Ivy vio que apretaba un poco la mandíbula y se le endurecía casi imperceptiblemente la mirada. Tenía dolores. La parte de Ivy que

la había llevado a ser aprendiz de sanadora se hacía notar con persistencia, como

si intentara convencerla de que lo ayudase. La acalló la parte que quería verlo sufrir.

—No necesito que me ayudes —protestó Dorian, aunque Ivy, y

probablemente Jasper, tuvieran claro que sí.

Tildar de exagerado el suspiro de Jasper habría sido como llamar chubasco a un huracán.

—No tiene nada de vergonzoso aceptar ayuda cuando se necesita, Dorian.

Dorian soltó el jersey con mala cara.

—Bueno —dijo con los dientes apretados.

Jasper tomó el jersey de sus manos y lo ayudó a ponérselo por la cabeza con

muchos miramientos. Ivy, sorprendida por ellos, empezaba a pensar que todos los implicados saldrían indemnes de aquel trance, pero solo hasta que

Jasper volvió a hablar.

—Es curioso. Normalmente se me da mejor quitar ropa que ponerla.

El ruido que hizo Dorian solo podía describirse, pensó Ivy, como farfullar. Le subió por el cuello un rubor tan intenso que casi era escarlata, y que tiñó sus mejillas, increíblemente pálidas, de un precioso carmesí. Ivy casi lo compadeció.

Su piel blanca tenía tendencia a proclamar su bochorno con la misma claridad que la de Dorian. Entre el encendido rubor de este último, y los mechones de pelo blanco plateado que se le disparaban hacia todas partes, no era fácil creer que pudiera haber sido alguna vez temible. Jasper le alisó los rizos rebeldes, mientras el drakharin emitía una mezcla de gorgoteo y resoplo. Ivy escondió su

sonrisa detrás de la taza.

—Estás muy mono cuando te sonrojas —dijo Jasper.

Lo chocante fue que Dorian no replicó con palabras mordaces ni hoscas, sino que se limitó a ruborizarse más que antes, mientras introducía los brazos por las

mangas del jersey con una pequeña exhalación de dolor. Por encima de su hombro, Jasper le hizo un guiño a Ivy.

Menudo guasón, pensó ella.

Sopló el té, que desprendía humo, y se arrellanó en el sofá. Los cojines morados tenían la blandura justa. Bebió un poco de té y vio cómo discutían.

Pues sí, pensó, mucho mejor que la tele.

38

Caius vio cómo estudiaba Eco los planos que les había dado Jasper para

preparar

la entrada. Estaba tan seria, tan concentrada, que no la molestó. Una vez acampados en los escalones Eco le había puesto en la mano dinero en forma de

papeles verdes arrugados y le había ordenado que le comprara un chocolate caliente, mientras ella urdía sus planes. Caius se había quedado mirando los billetes no menos de medio minuto antes de salir en busca de un puesto callejero. Era la primera vez en décadas que le daban órdenes con tanto descaro.

También él se había comprado un chocolate, sorprendentemente bueno.

Entrar sería la parte fácil, pero tenía algo de fascinante la manera con que Eco estudiaba el mapa, arrugando la nariz de vez en cuando debido a la

concentración, mientras los mechones de pelo le caían por la cara. Llevaba así cerca de un cuarto de hora cuando Caius se decidió a hablar:

—Puedo transportarnos yo dentro a los dos —dijo.

Eco, azorada, levantó de golpe la cabeza como si ya no se acordara de él.

Estaban sentados en la escalinata de entrada del Met, justo delante del museo que pensaban allanar. A Eco le había hecho mucha gracia la idea de planear un

robo en las propias narices de los vigilantes. Caius lo consideraba un riesgo innecesario, pero en vista de su entusiasmo se había sentido obligado a transigir.

—¿Qué? —preguntó ella, estirando las piernas.

Había desplegado los planos en el escalón siguiente al que ocupaban, y

llevaba tanto tiempo sin moverse que seguro que sus articulaciones ya

empezaban a quejarse.

Caius señaló con su vaso de cartón al hombre que en la acera, en un carrito, vendía salchichas envueltas con pan. Perritos calientes, los había llamado Eco, aunque Caius no lo entendía, porque en su confección no intervenía ningún perro.

—Mientras hacías planes he tenido una conversación muy agradable con aquel hombre de allá. Me ha dicho que lo que más le gusta del museo es la tumba de Perneb, que por lo visto está en la planta baja, en un sitio donde pasa mucha gente. —Bebió un sorbo de chocolate, bastante orgulloso de sí mismo. Quizá estuviera más hecho para la vida de forajido que para la de príncipe—. Los egipcios no veían sus tumbas como monumentos mortuorios, sino como lugares de transición entre la vida y lo que había después de ella.

Eco asintió despacio.

—Vaya, que una tumba sería el sitio perfecto para acceder al entrespacio.

Caius hizo ademán de brindar con el vaso.

—Ni más ni menos. —Hizo girar los restos espesos del fondo—. Es el mismo principio en que se basa el viaje por umbrales naturales, como dos cerezos enlazados. El ciclo de la vida y la muerte les da poder. Por cierto, bastante impresionante aquella huida.

Eco se ruborizó y aceptó el cumplido con una sonrisa tímida. Otro bonito detalle. Bebió con prisa un poco de chocolate caliente.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo Dorian —respondió él.

La sonrisa de Eco se marchitó.

—Claro.

—No te cae muy bien —dijo Caius.

Detrás de ellos se ponía el sol, y los edificios altos que bordeaban la avenida proyectaban un mar de sombras angulosas en la acera.

—Pegó a Ivy.

Caius se quedó mirando el fondo del vaso, hacia el que se deslizaban grumos de cacao en polvo.

—Ya lo sé. No es propio de él. Para mí Dorian es como un hermano. Lo conozco y no es de los que hacen esas cosas.

—¿Lo estás defendiendo?

Ya hacía tiempo que había desaparecido cualquier rastro de dulce timidez.

—No. —Caius dejó el vaso y vio cómo se iban los últimos empleados del turno de día. Dentro solo quedarían los vigilantes nocturnos—. No lo defiende,

no, pero... pero es que esta guerra nos afecta a todos, hasta a la buena gente como Dorian. —Eco frunció el ceño, pero Caius siguió—: Porque es bueno. Lo que pasa es que la guerra nos convierte a todos en monstruos, y los que menos

se lo merecen son los que más caro lo pagan.

Eco suspiró, encorvando los hombros. Fue como si el gesto diluyera su rabia.

Era un avance pequeño, pero algo era. Caius se sorprendió de la vehemencia con

que deseaba saber qué pasaba detrás de sus ojos, y qué pensaba. Volvió la cabeza

hacia ambos lados, apartando la vista de los ojos de Eco. Había cosas más importantes que hacer que fascinarse por una chica humana dedicada al hurto.

—Por eso tiene que acabarse esta guerra —dijo—. En un conflicto así no hay vencedores, solo muerte y destrucción.

Tras mirarlo un momento, Eco asintió con la cabeza y enfocó la vista por encima de su hombro. Se mordió el labio inferior con aire ausente.

—¿Sabes que generalizas mucho al hablar? —le planteó—. Ya me he dado cuenta de que eres de los que ven las cosas a gran escala, pero algún interés personal debes de tener en esto, digo yo. No puede ser solo por el bien común.

—Se volvió otra vez y clavó en él una mirada de una astucia que lo incomodó, dejándolo pegado al escalón—. Nadie es tan bueno. Ni tan altruista.

Caius examinó el contenido de su vaso imaginando que podía leer los posos de chocolate como los de las hojas de té.

—¿Ni siquiera los mercenarios oportunistas? —replicó.

—Nunca he conocido a ningún mercenario que se te parezca.

—¿Has estado con muchos?

—Amigos que tiene una en las bajas esferas. —Eco ladeó la cabeza. Una brisa

fresca levantó un mechón que le hizo cosquillas en la nariz. Se lo metió por detrás de la oreja, pero el muy terco volvió a soltarse—. Ah —añadió con un suspiro—, y no te creas que no me he dado cuenta de que has esquivado mi pregunta.

Caius sonrió.

—¿Te han dicho alguna vez que eres de una inteligencia exasperante?

—Muchas —respondió ella—. Vamos, suéltalo.

Caius bajó la mirada hacia los grumos de cacao, como si los exhortase a entregar sus secretos, pero no los tenían, a diferencia de las hojas de té.

—La mujer de quien te hablé anoche —dijo—. Era militar, pero no por su forma de ser. La llamaron a filas y fue su perdición. —Era la verdad sin la hojarasca de los detalles. Después de haber sido silenciadas tanto tiempo, las palabras se alargaban bajo el sol de la tarde—. Tenía una bondad que muy poca

gente tiene. Le gustaba cantar. Nunca he oído una voz tan bonita. Le

encantaban las adivinanzas, y no soportaba el sabor de las peras. —Le picaron las

comisuras de los ojos. Se alegró de que Jasper le hubiera prestado gafas de sol—.

Eso a mí siempre me hacía reír: olía a peras pero no soportaba su sabor.

Eco dejó marinar un rato el silencio.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó finalmente.

Caius no había vuelto a pronunciar su nombre (salvo en sueños) desde el día de su muerte, el día en que Tanith había destruido la cabaña con ellos dos en su

interior, arrasándola con fuego —decía— por el bien de Caius. Él, que entonces

se había dejado convencer, susurró aquella única sílaba en el aire.

—Rose.

Como Eco se mordiera mucho más el labio inferior acabaría sangrando.  
Caius

empezaba a conocer sus pequeños hábitos, las menudeces que eran propias de ella y de nadie más. Al morderse el labio se delataba. No estaba muy segura del

rumbo que estaba tomando la conversación, y en el fondo Caius no se lo podía

reprochar.

—¿Cuándo la conociste? —preguntó ella.

—Hace mucho tiempo. —Junto con el nombre de Rose, el viento se había

llevado algunas de las reservas de Caius. Ahora era más fácil hablar con Eco, y también respirar—. Antes de que nacieras. Antes de que nacieran tus padres.

Por cierto, ¿dónde están tus padres? ¿A los diecisiete años no es habitual que vivan?

—Sí, normalmente sí.

Caius esperó a que hablara, con la sensación de que presionarla solo serviría

para que se cerrase en banda y escondiera los detalles de su pasado con el celo

con que custodian las ostras sus perlas.



Ella suspiró.

—No tengo padres. Bueno, los tenía, pero hace mucho que me fui de casa y pasé página.

—¿Por qué?

Guardó silencio, mientras miraba los planos como si pudiera abrasarlos con los ojos.

—No eran muy buena gente —contestó sin levantar la vista.

Pasó al lado de los escalones una mujer con un cochecito de bebé, seguida por un niño pequeño de mofletes sonrosados. Eco los vio pasar con una

expresión de tal melancolía que a Caius le dolió en el alma, aunque solo fuera un poco. Él de sus padres solo conservaba recuerdos muy vagos. Siempre habían

guardado las distancias, como tendían a hacerlo las familias de la nobleza, pero

cruelles nunca lo habían sido.

—Lo siento —dijo.

Aun siendo insuficiente, era lo único que podía ofrecer.

Eco esperó un momento antes de responder, viendo cómo cruzaban la calle la madre y su hijo.

—Sí —convino—, yo también.

Caius no lo había dicho para disgustarla. De hecho disgustarla lo disgustaba a él de una manera que ya de por sí era desconcertante. No estaba muy seguro de

querer ponerse a elucidar el motivo. Lo que quería era arreglarlo, así que procedió a hacer lo único con lo que estaba seguro de hacerla sonreír.

—Bueno —exclamó, ignorando la cautela que aún se leía en los ojos de Eco, y

su mirada un poco dura—, háblame de los planos.

39

La tumba de Perneb era más claustrofóbica de lo que recordaba Eco. En el momento en que se disiparon contra las paredes de arenisca del sepulcro las negras volutas del entrespacio, levantó una mano para no perder el equilibrio, pero la apartó bruscamente al tocar la suave lana de la chaqueta de Caius. Él la

miró con una ceja en alto, como si no le resultara molesto en absoluto compartir

su espacio personal. Eco retrocedió y pegó la espalda a la pared.

—Anda, pero qué bien se está aquí —comentó mientras pasaba al lado de Caius, empujándolo un poco con el hombro—. Vamos.

Al salir desde la tumba al ala egipcia respiró profundamente. Con más

distancia entre ella y Caius sus pensamientos ya no eran tan dispersos. Le daba

mucha rabia que la desarmara tanto. También él salió de la tumba sin hacer apenas ruido. Eco sentía su presencia a sus espaldas como la de un fantasma. Se

arrodilló y dibujó la misma runa en avicet que había usado en el Louvre para dormir a los vigilantes y desactivar las cámaras.

Durante el sortilegio, Caius se mantuvo en silencio. Eco lo miró con disimulo.

La tenue luz azul de las luces de seguridad del museo iluminaba los planos de su

cara con la dulzura de una amante. Peores cosas podían verse en el mundo. Eco

tuvo un cosquilleo de mala conciencia. Tenía novio. Se llamaba Rowan y era maravilloso. No estaba bien hacerle ojitos a un mercenario cualquiera,

encontrado al azar de sus viajes.

—¿Eco? —dijo él, arqueando una ceja.

Teniendo en cuenta que la estaba mirando, tal vez Eco no estuviera siendo ni mucho menos tan sutil como pensaba.

—Sí —masculló ella—, es que estaba... pensando en el siguiente movimiento.

Él asintió, pero no como si se lo creyera.

En fin, pensó ella.

—Ha estado muy bien el conjuro —dijo él—. El de la runa avicet. Inteligente y limpio.

Eco hizo un esfuerzo de voluntad para no sonrojarse, pero su piel no le hizo caso, la traidora. Se levantó y se quitó un polvo imaginario de los vaqueros.

—Gracias.

—De nada —contestó él mientras miraba las esculturas de granito que rodeaban la tumba—. ¿Qué, tienes alguna idea de lo que buscamos? —  
Volvió a

mirar a Eco—. Por cierto, nunca te he preguntado cómo encontraste la daga del Louvre. Supuse que sabías lo que buscabas, pero el mapa solo da una ubicación

general.

Ahí estaba el quid de la cuestión. Eco no podía explicar ni cómo ni por qué el medallón se había puesto a palpar en su mano aquella noche y la había conducido hasta la daga. Parecía que cada nuevo paso en la búsqueda del pájaro

de fuego suscitara más preguntas que respuestas. Claro que lo que había funcionado una vez podía volver a hacerlo...

—Necesito el medallón.

Por la mañana había visto que Caius se lo ponía por dentro de la camisa prestada. Desde que se lo había quitado lo llevaba siempre encima. Eco tenía una curiosidad feroz por saber por qué lo custodiaba como vigilan los dragones

sus tesoros.

La mirada de Caius se endureció casi imperceptiblemente.

—¿Por qué?

Ni siquiera a Ivy le había contado Eco que el medallón le había indicado con una claridad meridiana el camino hasta la daga, con un tirón mayor cuanto más

se aproximaba. Ahora bien, en algún momento tendría que confiar en Caius si pretendía colaborar con él en la búsqueda del pájaro de fuego. La confianza tenía sus rarezas, lo sabía muy bien, empezando por la manía de morderle el culo a la gente, pero tendría que conformarse con lo que tenía, en ese caso Caius.

—Fue como encontré la daga —dijo—. Me indicó el camino.

Esperó, tamborileando con los dedos en un muslo.

Caius suspiró, se pasó la cadena por la cabeza y se puso el medallón en la palma de la mano, pero sin tendérselo.

—¿Cómo?

Ojalá lo supiera... No habría estado mal. Mejor dicho habría molado un montón.

—No lo sé —contestó—. Era una especie de atracción.

Caius examinó el medallón.

—Yo no noto nada.

—Mira, tío, no sé explicártelo. Lo único que sé es que funcionó.

Eco tendió la mano. Después de un buen rato Caius le puso el medallón en la palma. En cuanto el metal tocó su piel, Eco sintió una corriente de energía que la

dejó sin aliento y le dio flojera en las rodillas. Caius la sujetó por el codo. El medallón palpitó con más fuerza.

—Estoy bien —musitó ella—. Es que...

Y empezó a dar zancadas por la sala mientras vibraba en su mano el

medallón. Cualquiera otro día se habría detenido a admirar la arquitectura del vestíbulo del Met, sus altas bóvedas y numerosas claraboyas, pero el impulso del

medallón crecía a cada paso y no dejaba de empujarla.

Caius tuvo que correr un poco para darle alcance. Con sus largas piernas le fue fácil no quedarse rezagado. Miró el medallón que sujetaba Eco.

—Pero ¿qué...?

Ella levantó la otra mano.

—Chis.

Una parte pequeña, muy pequeña de Eco, la que no era presa del canto de sirena del medallón, se sorprendió de que Caius le hiciera caso y se callara.

La entrada de la sala de escultura grecorromana, al fondo del ala egipcia, estaba bloqueada por un vigilante caído en el suelo de resultas del conjuro.

Eco

pasó por encima de su cuerpo sin fijarse apenas en la majestuosidad de la sala.

La luz de la luna, que entraba por las claraboyas, bañaba las blancas estatuas de

dioses y diosas olvidados con un fulgor que parecía interno. Era de una belleza

sobrecogedora, y de una absoluta falta de importancia.

—Es aquí —anunció Eco. Echó a correr, esquivando una gran columna jónica

en el centro del largo pasillo. En la siguiente sala había más esculturas, pero en

lo que se fijó fue en las vitrinas de las paredes—. Es aquí, Caius, lo noto...

Frenó tan bruscamente ante una vitrina que Caius se estampó contra su

espalda. Cuando la sujetó por los brazos, para que no se cayera ninguno de los

dos, Eco sintió sus manos como hierros de marcar a través del cuero de la chaqueta. Se apartó. Ya no quemaba. Aun así sintió brotar de Caius oleadas de

calor.

—Eco. —Le zumbaban con tal fuerza los oídos que a duras penas oía al drakharin—. Eco, ¿dónde...?

—Aquí.

Apoyó las palmas en la vitrina y miró. La pieza central era una urna antigua de mármol con relieves de figuras danzantes unidas por vides retorcidas. La tapa

parecía fundida con el resto. Una de las figuras levantaba una llave con la mano.

Era allá. Eco estuvo tan segura como de su propio nombre.

—Rómpela —dijo mientras se apartaba—. Rompe la vitrina. Está dentro de la

urna. Lo sé.

—¿Pero...?

—Tú rómpela, Caius.

Él la miró como si fuera una posesa. Y lo era. Las reservas de Caius, sin embargo, palidecían ante el fuego que experimentaba Eco al poner la vista en la

urna.

—Dame mis cuchillos —dijo él.

Eco los sacó de su mochila. Su insistencia en llevarlos había puesto de los nervios a Caius, pero no se podía ir armado por Manhattan a la vista de todo el

mundo. Se los dio. Después procuró no dar saltitos de impaciencia mientras veía

cómo se abrochaba las correas de cuero en el pecho y solo desenvainaba uno.

Caius destrozó el cristal de la vitrina con la empuñadura, envainó el cuchillo y sacó la urna.

—¿Estás segura del todo? —preguntó—. No puedo estropear como si nada un

objeto de importancia cultural.

—Pero bueno, por Dios...

Eco lo apartó de un codazo, con todas sus fuerzas. La urna resbaló entre los dedos de Caius y se deshizo en trozos de mármol al chocar contra el suelo. Le llamó la atención un reflejo plateado. Era aquello. Una llave maestra pequeña, discreta, sin otro adorno que un zarcillo de vid que se enroscaba por el mango y

la barra, con pequeñas púas distribuidas por la superficie. Pasó al lado de Caius y recogió la llave del suelo.

Fue como una borrachera, algo maravilloso. Se rió. Notaba que Caius la observaba, curioso sin duda por saber si había perdido del todo el sentido de la

realidad. Tal vez sí, pero le daba igual. Las dolorosas pulsaciones del medallón se interrumpieron. Tener la llave en sus manos era como sostener la luz del sol. Se

volvió hacia Caius y dejó de reír. Apretaba tanto la llave que se le clavaban



los dientes en la carne blanda de la palma. Miró a Caius y fue como si lo viera por

primera vez. Era hermoso. Siempre lo había sido, pero esta vez el medallón palpitó una vez más como si quisiera confirmarlo.

40

—Ha sido más fácil de lo que esperaba —admitió Eco, examinando la llave ante

la mirada de Caius. La intensidad de antes, latente aún bajo la superficie, hacía

palpitar con su energía el cuerpo de la joven. Giró la llave en la palma de la mano para deslizar un dedo por sus finas inscripciones—. Qué raro. Creo que están en drakhar. —En un museo humano no era de esperar aquel idioma.

Tendió la llave a Caius—. ¿Sabes leerlo?

El cambio de manos de la llave hizo que se rozaran sus dedos, y el brazo de Caius sufrió una descarga demasiado potente para ser simple electricidad estática. Eco apartó la mano bruscamente y flexionó los dedos.

—Perdón —masculló.

—No pasa nada —dijo él, frotándose la palma en los muslos. Aún sentía un hormigueo en la nuca—. Déjame verlo.

Escudriñó las runas grabadas en el tubo. Eran antiguas, más que él mismo, pero las reconoció.

—«Para saber la verdad primero tienes que desearla.» Lo había leído antes.

Eco miró la llave por encima del brazo de Caius, que aun con la chaqueta puesta fue muy sensible al roce del pelo de la joven en su hombro.

—¿Dónde?

Sacudió la cabeza, desconcertado.

—Es un viejo refrán drakhar, pero con una procedencia muy concreta. Está escrito sobre la entrada de la cueva de la deidad del Oráculo.

—¿Un Oráculo? —preguntó Eco, que había arqueado un poco las cejas—. ¿En

serio?

—En serio.

Un largo silbido brotó de los labios de Eco.

—Mi vida es cada vez más rara —confesó—. ¿Lo has visto alguna vez, al Oráculo que dices?

Caius asintió con la cabeza.

—Una.

—¿Por qué?

Le habría gustado decírselo. Tuvo ganas de contarle quién era, de explicarle que lo primero que había hecho como Príncipe Dragón era una visita al Oráculo,

como todos sus predecesores, y de referirle la respuesta del Oráculo. En aquel momento tuvo ganas de que Eco lo conociera sin reservas.

—Eso es personal —fue su única respuesta, sin embargo.

Ella lo miró un momento a los ojos, y acto seguido se encogió de hombros.

—Tú sabrás. ¿Qué, volvemos a casa de Jasper y luego vamos a ver al

Oráculo

de marras?

Caius se mordió el interior de una mejilla mientras sopesaba la respuesta. El

Oráculo sabía quién era. Si iban a verla existía la posibilidad (nada menor) de que quedara al desnudo su engaño, y Eco descubriese quién era de verdad.

Era

bonita, la idea de querer ser conocido tal como era, pero solo en abstracto.

Convertida en realidad habría hecho trizas su frágil colaboración. Caius ya se había dado cuenta de que Eco no era el tipo de persona que otorgaba con facilidad su confianza, y estaba seguro de que la magnitud del engaño haría saltar las costuras de su capacidad de perdón.

Eco le dio un suave codazo en las costillas.

—Tierra a Caius. ¿Aún me oyes?

Él carraspeó y asintió rápidamente.

—Sí, perdona.

Eco ladeó la cabeza, esperando la respuesta a la primera pregunta. La deidad

del Oráculo. Tenían que ir a verla. Caius podría haberlo hecho solo, pero en el

fondo de su ser tenía la certeza de que para obtener las respuestas que buscaba

necesitaría a Eco. Los mapas habían venido a ella, y pese a no saber por qué, sabía que estaba tan indisolublemente ligada como él mismo a aquella

búsqueda. No había más remedio. Le diría la verdad. Pronto, pero aún no. La miró con un esbozo de sonrisa, no del todo sincero, y asintió otra vez.

—Ya saldremos mañana, que el Oráculo no se moverá.

Rehicieron el camino por la sala de esculturas, pero mucho más despacio que al entrar, contemplados por dioses de mármol de una belleza que habría roto hasta el más duro corazón. Los vigilantes seguían inconscientes, y las cámaras desconectadas. Caius estaba un paso más cerca del pájaro de fuego. Quizá llegaran juntos e indemnes al final del viaje. Giró en redondo, lentamente, dibujando un círculo.

—Casi no me apetece irme.

Eco recorría el pasillo casi a saltos, sin soltar la llave. Sonrió con un lado de la boca.

—¿Por qué no? —preguntó.

Él volvió a sonreír, esta vez de corazón, y abrió los brazos.

—Por el arte —respondió.

—¿Los drakharin no tienen arte? —insistió ella.

—Sí. —El arte drakharin, sin embargo, nunca lo había conmovido como aquellas obras. Nunca había proclamado su presencia a gritos, ni le había exigido

que reconociera su inmediatez y su fragilidad. Al mirar a Eco vio que también ella lo miraba a él. Aquella chica tenía algo especial, un sentido de impermanencia cósmica que reflejaba los cuadros y esculturas del museo—. Pero

de lo único que trata es de batallas y de vencedores, o de conmemorar hechos atroces y sangrientos. Carece de belleza, de suavidad, de... arte.

En el rostro de Eco apareció fugazmente una sonrisa.

—¿Que en el arte drakharin no hay arte?

La sonrisa de Caius le fue arrebatada en contra de su voluntad, rehén del encanto de Eco. Dudó que fuera consciente de lo encantadora que era. Se le ocurrió decírselo, pero parecía del tipo de personas a las que les resbalan los cumplidos.

—Dicho así suena muy elocuente.

Eco se detuvo ante una Afrodita decapitada. Su presencia, incluso sin cabeza, era tan intensa y poderosa que Caius tuvo la seguridad de que quedándose quieto, y observando el tiempo suficiente, habría visto subir y bajar el delicado drapeado de su pecho al compás de la respiración.

—Hay cosas que exigen que te fijes en ellas —dijo—. Te agarran y te gritan:

«¡Estoy aquí! Mírame!»

Se dio cuenta de que Eco lo observaba.

—¿Y eso el arte drakharin no lo hace?

Se volvió hacia ella y la encontró mirando la estatua, aunque se le movían unos cuantos mechones de pelo, como si hubiera vuelto la cabeza a gran velocidad.

—No —respondió Caius—, no creo que sepamos hacerlo.

—¿Por qué?

Eco aproximó una mano al pie de piedra de Afrodita y levantó la vista hacia la estatua, que sus dedos, aun estando cerca, no llegaron a tocar. También ella estaba tan inmóvil que parecía tallada en mármol. Tenía algo de monumental.

Caius empezaba a entender lo que impulsaba a cierta clase de hombres a

dedicarse al arte.

Sus siguientes palabras las pronunció en voz baja, suavemente, para no perturbar la absoluta quietud de aquel momento.

—Vivimos demasiado y recordamos demasiadas cosas. No sabemos cómo es.

Eco se volvió hacia él con un leve suspiro. La sala parecía respirar con ella.

—¿Cómo es qué?

—Olvidar —contestó Caius—. El miedo de morir y que nadie se acuerde de nuestra existencia. De que llegue el día en que hayan desaparecido todos los que

conocemos, y los que los conocieron, y no quede nadie que recuerde nuestros nombres.

Eco frunció el ceño, pero el gesto no rompió la belleza de su rostro.

—Qué triste.

—Por eso es importante. Los humanos hacen arte para recordar y ser recordados —dijo Caius—. El arte es su arma contra el olvido.

—Qué bonito.

Ahora estaban muy cerca. Caius se dio cuenta por primera vez de que Eco tenía la nariz salpicada de pecas muy claras. En esos momentos encontraba hermosas muchas cosas. Justo cuando buscaba con qué palabras decírselo

explotaron las sombras a su alrededor.

41

Eco ya supo quién era antes de que la oscuridad cuajase en una forma, y que

al

final del pasillo se agitasen plumas negras alrededor de una figura que les cerraba el paso al vestíbulo. Solo había una persona capaz de envolverse en sombras de aquel modo. Ruby salió de la oscuridad arrastrando su capa por el mármol.

—Hola, Ruby —dijo Eco mientras metía la llave en el bolsillo con cremallera de su chaqueta—. Quién iba a imaginarse que nos encontraríamos aquí.

La sonrisa de Ruby era tan falsa como siempre.

—Eco, siempre es un placer, pero sospecho que preferirás ver a quién traigo.

Detrás de ella salió alguien de las sombras, y el corazón de Eco dio un brinco.

—¿Rowan?

Estaba casi igual que cuando Eco lo había dejado en las celdas ávicen. Ahora en vez de armadura de bronce llevaba unos vaqueros y una sudadera negra con

capucha, pero su mirada de preocupación, y la tensión de su mandíbula, eran las

mismas.

—¿Eco? —preguntó—. ¿Qué haces tú aquí? —La miró, y también a Caius—.

¿Con un drakharin?

—Atrás —ordenó Caius.

Se puso delante de Eco y desenvainó los dos cuchillos de su espalda. Aun teniendo la sensación de esconderse, Eco se alegró de que Caius se hubiera interpuesto entre ella y Ruby. Un drakharin protegiéndola de la secuz favorita

de Altair. Si no la mataba Ruby lo haría la ironía. Repartiendo sus miradas entre

Caius y Eco, Rowan intentaba comprender por qué y cómo se había forjado tan

extraña alianza. Eco tuvo ganas de explicárselo, pero dudó que Ruby tolerase una conversación muy larga.

—Tranquilo, Caius —dijo, poniéndole una mano en el brazo—. Rowan es amigo mío y no me hará daño.

La palabra «amigo» la hizo tartamudear. Se le hacía odiosa en sus labios, y se arrepintió de haberla pronunciado al ver la mueca de Rowan, que la miraba con

tal intensidad que tuvo miedo de romperse. Habría querido decirle millones de

cosas, pero dudó que hubiera alguna capaz de restañar el sentimiento de culpa que cuajaba en su estómago. Estaba al lado de un drakharin por el que se dejaba

proteger. A Rowan debía de parecerle una traición.

A pesar de su mirada interrogante, Caius no discutió. Señaló a Ruby con la cabeza.

—¿Y ella?

Ruby desenvainó una espada de una longitud temible. El sonido que hizo Eco guardaba un vergonzoso parecido con un gimoteo. Si Ruby era la recluta favorita

de Altair era por algo, y nada tenía que ver ese algo con sus grandes virtudes



personales.

Tragó saliva.

—Pues... de ella no estoy tan segura.

Ruby se deslizó hacia ellos como si hubiera estado esperando su momento estelar.

—¿Qué, escondiéndote detrás de un nuevo novio? Me gustaría decir que esperaba más de ti, pero sería mentira.

Rowan se echó hacia atrás como si le hubieran dado un puñetazo.

—No es mi novio —se apresuró a decir Eco.

La situación se estaba deteriorando a una velocidad ingobernable. Por un lado Eco se alegraba de ver a Rowan y saber que la buscaba y se preocupaba bastante por ella como para acudir en su rescate, y por el otro casi habría preferido que no fuera así. Entrar y salir del museo debería haber sido tarea fácil. Aquello, en cambio... de fácil no tenía nada.

Caius siguió mirando a Ruby, con sus largos cuchillos a punto.

—Vaya —dijo sin embargo, ladeando la cabeza hacia Eco—. ¿Y eso es lo que

te preocupa?

—Le doy mucha importancia a la verdad, Caius. —Señal de que tenía que revisar sus prioridades. Miró a Rowan y Ruby—. ¿Qué hacéis aquí?

Rowan se acercó y puso una mano en el brazo de Ruby, que no se resistió, aunque no le gustara ser mantenida a raya.

—Cuando volviste a la ciudad se activaron las salvaguardias —respondió

Rowan—. Altair mandó que te siguiéramos. Como sabía que te había soltado yo,

dijo que tenía que traerte de vuelta. Es mi... penitencia. —Avanzó con cautela,

pero se detuvo al ver que Caius ponía las manos en las empuñaduras de los cuchillos como si se dispusiera a atacar—. Pero ¿qué pasa, Eco? —Señaló a Caius

con un gesto—. ¿Y por qué estás con él? ¿Qué le ha pasado a Ivy?

—Nada, está bien —contestó Eco—. Oye, Rowan, que ya sé que esto tiene mala pinta, pero puedo explicártelo.

Intentó salir de detrás de Caius, pero este le cerró el camino con un brazo.

Rowan se lo miró como si quisiera arrancárselo.

—No hemos venido a oír tus excusas, traidora. —Ruby se acercó más que Rowan, aunque mantuvo una distancia prudencial entre su espada y las armas de Caius—. Ya sabía yo que fue un error adoptarte. El Ala debería haberte ahogado como una sabandija, que es lo que eres.

El insulto de Ruby hizo que se tensara la musculatura de la espalda de Caius, cosa que a Eco, por algún insensato motivo, se le antojó lo más maravilloso que

había sucedido en todo el día. Rowan no dijo nada para defenderla. Eco procuró

no pensar en cuánto le dolía su silencio.

Ruby levantó la espada, pero no se movió de su sitio.

—Si quieres que te diga la verdad debería darte las gracias. Me has hecho dar un paso más en la búsqueda del pájaro de fuego. Altair estará contento, y más cuando te hayamos arrestado. Una cosa es escaparse de las celdas y otra esto.

—

Los señaló a los dos con la espada, a Caius y a Eco—. Esto es de una gravedad

sin precedentes.

A Eco se le hizo un nudo en la garganta. Nunca había odiado tanto a Ruby.

Miró a Rowan, pero él apartó la vista y se quedó mirando el suelo.

—¿Rowan? —preguntó Eco—. ¿Os envían a arrestarme?

A Rowan le costó un gran esfuerzo levantar la vista y mirarla a los ojos.

—Sí, técnicamente sí, pero... —Emitió un sonido gutural mientras se pasaba los dedos por las plumas—. Lo único que quiere Altair es que vuelvas. Seguro que no te pasa nada.

Ruby resopló por la nariz y sacudió la cabeza.

—No le mientas, Rowan. —Sus ojos azul claro brillaron en la oscuridad al enfocarse de nuevo en Eco—. Nuestras órdenes son claras: tenemos que llevarte

ante el Consejo. Casi impresionan, los cargos que se te imputan. Guardar secretos relevantes para la seguridad del pueblo ávicen. Escaparte de la cárcel. Y

ahora seguro que se añadirá a la lista retozar con el enemigo. —Ladeó la cabeza

sin interrumpir el contacto visual con Eco—. ¿Sabes cómo se castiga la traición?

Eco sacudió la cabeza en silencio. La sonrisa de Ruby fue lenta, de depredador.

—Con la muerte.

En vida de Eco nunca se había acusado a nadie de traición entre los áviken, y a ella no se le había ocurrido preguntar qué les pasaba a quienes se volvían en contra de los suyos. Los áviken eran lo más parecido a una familia y un hogar que tenía. La habían acogido, y sería difícil convencerlos de que no los había traicionado, sobre todo con dos halcones de combate que darían fe, como testigos, de que había sido vista con un drakharin. Quizá Rowan tratara de abogar por ella, pero Ruby disfrutaría con la oportunidad de verla caída en desgracia, aunque la muerte pareciera un poco extrema, la verdad. Tal vez su odio fuera más profundo de lo que le había parecido a Eco. A pesar de la veneración de que era objeto, la influencia del Ala tenía sus límites. Si el Consejo condenaba a muerte a Eco, ni los poderes del Ala bastarían. A lo mejor

Eco podría escaparse, pero el resto de su vida sería una huida constante y un mirar a todas horas por encima del hombro para ver si la seguía algún verdugo.

Si, por el contrario, regresaba entre los áviken con el pájaro de fuego, si demostraba que en todo momento había estado de su lado, existía la remota posibilidad de que fueran clementes. Con las manos vacías, en cambio, nunca la perdonarían.

Rowan la miraba con desesperación. Eco se imaginó lo que sentía:

impotencia, algo que ella conocía de sobra. Rowan estuvo a punto de decir algo,

tal vez en defensa de Eco, pero se le adelantó Caius, que la empujó con todo

su

cuerpo.

—Corre, Eco.

Ella se dejó empujar, pero plantó cara de otra manera.

—¿Qué? No, aquí no te dejas.

Las manos de Rowan se crisparon, convertidas en puños.

—Esto es una locura, Eco. Vuelve y hablaré con Altair. Todo se arreglará.

Ruby se rió con un sonido como de cuchillos en el viento.

—Francamente, Rowan... Se ha hecho la cama y ahora dormiré en ella.

Y sin hacer caso de los gritos de Rowan, que le pedía que parase, dio un salto que hizo que su capa cortase al aire como si fueran dos alas de verdad.

—¡Eco! —gritó Caius—. ¡Corre!

Eco retrocedió a trompicones, tomando de pronto una conciencia muy aguda no solo de que iba desarmada, sino de que de poco podía servir en una lucha entre dos guerreros experimentados. Ruby descargó su espada sobre Caius, que

levantó sus cuchillos. El acero rebotó en una de las hojas con un susurro metálico.

—Eco. Corre. Ya.

Caius no apartaba la vista de Ruby, que daba vueltas a su alrededor como lo que era, un buitre. Rowan parecía tan perdido como se sentía Eco.

—Para, Eco, que no hace falta. Puedes volver a casa.

Se equivocaba. Eco tenía que encontrar el pájaro de fuego, aunque fuera a costa de unir sus fuerzas con alguien a quien Rowan había aprendido a odiar desde la infancia. Era la única manera de arreglar las cosas, de poner a sus

amigos fuera de peligro y de garantizar que nadie más saliera perjudicado por un conflicto cuyo inicio no recordaba nadie. No podía irse a casa, al menos antes de

encontrar lo que buscaba. Ni mientras le pusieran la etiqueta de traidora.

—Lo siento mucho —dijo.

Antes de que Rowan tuviera tiempo de contestar, Eco se lanzó a correr a tal velocidad por el pasillo que sus pies casi no tocaban el suelo. Metió la mano en

el bolsillo, buscando la pequeña bolsa de polvo que le había dado Jasper, pero como no era Caius no podía invocar puertas de la nada en cualquier umbral. La

más cercana de las útiles era el puente de Central Park que habían usado antes.

Sus pies se estampaban con fuerza en el suelo. No oyó, sin embargo, pisadas que

la persiguieran. Rowan no había salido en pos de ella. Probablemente se había quedado para ayudar a Ruby a luchar contra Caius.

Frenó de golpe entre ásperos resuellos, sin que se le hubiera borrado de los oídos el ruido de los aceros al chocar. Estaba frente al mostrador de información

del vestíbulo, donde un vigilante dormía de bruces sobre un periódico arrugado,

con el bolígrafo entre sus dedos sueltos. Había estado haciendo el crucigrama.

Faltaban pocos metros para las puertas del museo, pero Eco no podía moverse.

Era incapaz. No podía dejarlos. Ya había visto combatir a Caius en la fortaleza, y

era bueno. Más que bueno. Rowan no tenía ninguna posibilidad.

Una vocecilla vengativa susurró que si se hubieran intercambiado los papeles

Caius sí la habría dejado sola y se habría ido corriendo con la llave, pero Eco sabía que aquello eran chorradas, así que se sacó la daga de la bota y salió corriendo por donde había venido. Ya lo había dicho Caius: o lo hacían juntos o

no lo hacían.

Corría como si tuviera alas en los pies, tomando las esquinas de tal modo que tiró al suelo como mínimo una pieza valiosa, mientras la adrenalina inundaba sus venas. A la vuelta de la última esquina se le cortó la respiración. Ruby estaba en el suelo, gimiendo de dolor, mientras Caius se cernía sobre Rowan con los cuchillos en las manos.

—¡Caius, no!

Al oír su grito Caius se detuvo y se volvió a mirarla. Ruby, que estaba detrás de él, se levantó. Su espada dibujó un arco en el aire. Eco corrió como jamás había corrido y le hizo un placaje acompañado por un grito informe. Tuvo el tiempo justo de ver la sorpresa en el rostro de Caius. Después las dos cayeron al

suelo, hechas un ovillo de brazos, piernas y plumas.

El cuchillo de Eco (quien ni siquiera era consciente de haberlo levantado) se

clavó en la espalda de Ruby, la cual se retorció debajo de ella sin acordarse de su

espada, a la vez que arañaba el suelo de mármol con los dedos, que resbalaban en su propia sangre. Eco desalojó la daga de entre los omoplatos de Ruby, con un ruido húmedo de succión que le dio náuseas.

—Eco, tenemos que irnos.

Le zumbaban tanto los oídos que solo oyó a medias la voz de Caius. No sabía qué hacer con las manos, pringosas de líquido rojo.

Él la agarró por los antebrazos y la hizo levantarse. Las botas de Eco resbalaron en el charco de sangre que se estaba formando bajo el cuerpo de Ruby, cuyos espasmos aún no habían terminado. Eco se desplomó contra el

pecho de Caius, que tras rodearla con uno de sus brazos (sin que ella hubiera visto tan siquiera que envainara los cuchillos) la llevó medio a rastras al vestíbulo. Se retorció en sus brazos para mirar por encima del hombro. Ruby ya

era solo un montón de plumas negras. Rowan se arrastró hasta su cadáver y acercó las manos a la herida de su espalda, inútilmente. Qué perdido se le veía.

Parecía que los pies de Eco no fueran suyos, sino de otra persona. Se dejó conducir a trompicones por Caius hacia la tumba de Perneb. Sus piernas se movían con torpeza, como si se le hubiera olvidado cómo funcionaban. Caius la

sacó de la sala de las esculturas y se la llevó al otro lado del vestíbulo y entraron de nuevo en la galería egipcia. Finalmente se detuvo en la entrada de la tumba,

momento en que Eco cerró los ojos. Tenía grabada a fuego en la retina su última

imagen de Ruby, y supo que a pesar de todos sus esfuerzos nunca se le



olvidaría.

Mientras Caius invocaba el humo negro del entrespacio, en lo único que podía

pensar Eco era en que la sangre de Ruby era tan roja como el color de la gema

que llevaba su nombre.

42

Eco a duras penas se acordaba de haber vuelto a la casa de Jasper. Estaba segura

de que lo había hecho ensangrentada, y de que Caius la había sacado del Met prácticamente a rastras, pero aparte de esas pocas pinceladas, los detalles de la foto eran borrosos, con mucho grano. Se acordaba de la curva de la espalda de

Rowan arrodillado junto al cadáver de Ruby, y del remolino azabache del

entrespacio cuando Caius había invocado una salida, y de la nave de la catedral,

adonde debía de haberla llevado. Le habría gustado poder reírse de la inventiva

del drakharin al buscar umbrales prácticos (¡una nave de iglesia, nada menos!),

pero lo único que sentía era un vacío enorme, una sima en su pecho. Era como si

quien se hubiese quedado agonizando en un frío suelo de mármol fuera ella.

Qué idea tan egoísta. Otro elemento que echar al pozo sin fondo de

arrepentimiento que se había instalado donde siempre había estado su

estómago.

A partir de su llegada con Caius a la catedral empezaban a cristalizarse las imágenes. Ivy, de un blanco restallante, con sus grandes ojos negros velados de

preocupación. La inquietud de Jasper, perceptible en un silencio atípico en él.

Dorian casi se había desangrado en sus sábanas de algodón egipcio, pero Jasper

se lo había tomado a broma. En cambio cuando Eco había irrumpido por la puerta de su casa, manchada de sangre ajena, Jasper no se había quejado ni una

sola vez del estado de su mobiliario, tan poco práctico por lo demás. Era fascinante cómo la trataban todos, como si estuviera traumatizada; y debía de estarlo, pero ¿qué sabían los traumatizados? ¿Cómo podían darse cuenta?

¿Cómo podían ver más allá del impenetrable campo de fuerza de su trauma, y percibir algo objetivo?

Encogida en la cama, se frotó la cara con la almohada. Era de espuma

viscoelástica o algo por el estilo. Entrelazó las manos debajo de las mantas.

Alguien se las había lavado, dejando la piel seca e irritada. Las sacó para mirarse los nudillos y las palmas. A oscuras, su piel se veía grisácea. No quedaba la menor mancha de sangre. Se le hizo raro pensar que pocas horas antes estaban

empapadas. ¿Horas o días? El tiempo se había vuelto elástico, y se extendía o contraía en función de lo tenso que estuviera.

Al palparse los labios con los dedos recordó el contacto con la piel de Rowan cuando la había ayudado a fugarse de la cárcel de Altair, y su manera de mirarla, como si no tuviera bastantes palabras para expresar lo importante que

era Eco para él. El calor de su aliento cuando hablaba. Se preguntó qué pensaría

de ella ahora, y si podría perdonar alguna vez a la chica que le había clavado a

alguien un cuchillo en la espalda; esa chica que era ya, oficialmente, traidora y asesina. Dejó caer las manos en la manta. Rowan estaba en el Nido, su casa; no

la de Eco, porque después de un acto así jamás podría serlo. Y ella estaba lejos, a un mar de distancia, acurrucada bajo un montón de mantas.

El desván de Jasper estaba situado a demasiada altura para que llegara el resplandor anaranjado de las farolas de Estrasburgo, pero las vidrieras de las ventanas captaban la desnuda luz de las estrellas clavadas en el cielo. Eco no sabía qué hora era. Tarde, seguro. De otros puntos del desván llegaba el susurro

de sábanas de alguien que cambiaba de postura en sueños. Se tapó hasta la barbilla, curiosa por saber cómo se habían distribuido a la hora de dormir, puesto que era evidente que ella se había quedado con la enorme cama de Jasper. Seguro que era Ivy quien la había acostado, aunque de eso tampoco se acordaba, la verdad. Se fijó en la persona que dormía en el sillón de al lado, la

única que veía desde su capullo de mantas.

Caius.

Al principio de la noche debía de haberse sentado como una persona normal,

con los pies en el suelo y las piernas extendidas, pero una vez dormido había cambiado de postura, y ahora estaba encajado en el sillón, con sus largas piernas

apoyadas en un reposabrazos, la espalda en el otro y la cabeza algo inclinada, con el flequillo sobre las escamas de los pómulos. A Eco le recordó una

estatua,

bella y serena.

Desde aquel momento en el Met (en que se había roto algo en su interior) su única constante había sido Caius. Entre las esquirlas de su quebrantada memoria

recordaba el contacto de sus manos, que la habían levantado con la fuerza del hierro pero también con una extraña suavidad, como si intentara mantener

unidos sus pedazos, aunque fuera inútil. Era Humpty Dumpty y ya había caído

al vacío.

No acababa de entender que no se apartase nunca de ella. Tal vez fuera por bondad, o por sentimiento de culpa. A fin de cuentas Eco le había salvado la vida. Desde el momento en que la había recogido, ella había empezado a percibirlo como su ancla, el madero al que aferrarse en aquel mar de culpa y desesperación, consciente de que soltarlo era ahogarse.

Cerró los ojos e hizo un esfuerzo por conciliar el sueño. Desde su regreso solo

había oído conversaciones fragmentarias, como la explicación del texto de la llave, la frase que había reconocido Caius, cuya voz, a veces clara, otras lejana, les había hablado a los demás sobre el Oráculo: algo sobre la Selva Negra, y sobre una cueva, y sobre que nadie se iría hasta que Dorian y ella estuvieran en

buenas condiciones.

Eco se habría intercambiado por Dorian sin vacilación alguna. Una herida de

espada parecía fácil en comparación: entrar, salir... Todo muy limpio, no como

se sentía ella, con trozos de su ser desperdigados como loza rota. Respiró entrecortadamente para mitigar la desazón de sus entrañas. Así era la culpa cuando se vivía como algo real, incuestionable: un peso en su caja torácica que la

aplastaba con la fuerza de un montón de piedras. Se preguntó si llegaría el día en que se descargase de él y pudiera borrar de su cabeza la imagen de la sangre

de sus manos; si merecía aquel indulto o bien la magnitud de su pecado era tan

grande que lo llevaría siempre encima.

No se dio cuenta de que estaba llorando hasta que sintió en su cara unos dedos callosos que secaban sus mejillas. Abrió los ojos, con las pestañas pegajosas por el llanto, y vio a Caius en cuclillas al pie de la cama. No había oído que se levantara. Sin embargo ahí estaba, casi negros los ojos en la oscuridad.

—Hola. —Sonaba raro en su boca, como si no le estuviera bien decirlo. Eco tragó saliva, venciendo el nudo de su garganta. Su silencio no parecía molestar a

Caius—. Nos tenías preocupados.

Eco no estaba muy segura de cuándo había pasado su extraño grupo a

cohesionarse en un único «nosotros». Supuso que cosas más raras se habían visto. La mirada de Caius, dulce y amable, agitaba algo en el pecho, como un recordatorio de que el corazón seguía en su sitio, a pesar del vacío que sentía.

Los dedos de Caius recorrieron sus facciones desde el pómulo hasta la

barbilla con la suavidad de una pluma.

—Si te ves capaz —dijo— saldremos pronto. Ya nos dirá el Oráculo qué es lo

siguiente que tendremos que hacer.

Otra vez la segunda persona del plural. Caius hablaba con gran seguridad, pero Eco intuyó que era fingida y que lo hacía por ella. La idea de que intentara

darle ánimos, por pocos que fuesen, hizo temblar en su interior los pedacitos, como si pensarán en recomponerse. Le gustaba cómo sonaba la voz de Caius en

la oscuridad, suave, grave, como si fuera Eco su única destinataria. Cerró los ojos y hundió la cara en las sábanas.

Caius suspiró, pero no fue un suspiro de rabia ni de frustración, sino de cierta tristeza a lo sumo, como si él también lamentara haber perdido la parte de Eco

muerta junto a Ruby. Mantuvo su mano otro minuto más en la cara de Eco.

Después apoyó su otra mano en la cama, haciendo que se hundiera el borde, y se levantó. Eco tuvo ganas de pedirle que no se fuera, que dejara la mano en su

sitio, deslizando el pulgar por su mejilla, pero le faltaron las palabras.

La voz de Caius, que ya estaba otra vez en el sillón, cruzó la oscuridad hasta llegar a sus oídos.

—Descansa un poco, si puedes, que mañana será un día largo.

Eco quedó atenta a su respiración, casi inaudible, y acomodó la suya a su compás. Tardó menos de lo que le habría parecido posible en quedarse dormida,

acunada por el ritmo de la respiración de Caius: dentro, fuera, dentro, fuera...

43

Caius miró a su alrededor, mientras se diluían las negras volutas del entrespacio

en el andén de la estación. Era todo lóbrego, industrial. Una sola chimenea

despuntaba entre los árboles en el amanecer, pintando el gris del cielo con sus humaredas tóxicas. Se le cerraron los ojos mientras se desperezaba,

acompañando con gemidos una sinfonía de crujidos en las articulaciones de los

hombros y los brazos. El último día y medio lo había pasado durmiendo en un

sillón junto a la cama de Eco, mientras simulaba no darse cuenta de que Dorian

lo miraba con curiosidad.

Desde donde estaban se veía la Selva Negra, con las copas de los árboles erguidas contra el cielo, pero había que adentrarse mucho en el bosque para llegar al punto al que se dirigían. La estación estaba al borde. Aún faltaba todo

un día a pie, que en caso de pararse a descansar serían dos. Herido Dorian, y poco acostumbrados los demás a arduas caminatas, tendrían que ir despacio.

Los otros, a su alrededor, se fueron ubicando. Caius vio que Eco respiraba profundamente con una mano en la barriga. Su recuperación había ido por fases. Todavía acusaba el esfuerzo de concentración que había tenido que hacer

para señalar la estación de Appenweier en un mapa. Aparte de eso no había dicho casi nada más, salvo algunas palabras en voz baja sobre comida y logística

cruzadas con Ivy y Jasper. Desde que Caius, por la noche, le había enjugado las

lágrimas, Eco esquivaba sus miradas y apartaba la suya cada vez que él se fijaba

en ella. Caius no necesitaba palabras para saber qué le ocurría. También él,



hacía

muchos años, se había encerrado en sí mismo después de matar a su primera víctima, y eso que en su caso era un desconocido. Su espada había segado la vida

de un soldado ávicen, mientras que Eco conocía a la persona a quien había matado. Rogó en silencio, por si lo escuchaba algún dios, que las manos de Eco

no volvieran a mancharse nunca más de sangre. Quitar la vida a alguien no era

fácil de sobrellevar. Provocaba cambios muy profundos, porque los trozos de tu

antiguo yo se recomponían para dar cabida a una verdad nueva y horrible: que

por muy culpable y desdichada que pudiera sentirse una persona, el mundo seguía dando vueltas. Había que vivir, incluso tras la estela de un cadáver.

El aire frío del amanecer pareció devolver a Eco algo de su vigor perdido.

Caius se alegró de que se le tiñeran un poco de rosa las mejillas, azotadas por el

viento, aunque por lo demás seguía estando pálida y demacrada, con los

hombros encorvados, como si pudiera esconderse sin moverse de su sitio. Lo había perdido todo en poco tiempo: su casa, y la confianza de aquellos a quienes

consideraba su familia. Aunque no le hubiera explicado a Caius su relación con

los ávicen, el trato que tenía con Ivy y Jasper dejaba muy claro que eran «su gente», más que los propios humanos. Caius supuso que cuando llegara al Nido

la noticia de que Eco había derramado sangre ávicen, la condenarían a muerte sin ningún reparo; y fue por ella por quien se apenó en lo más hondo de su pecho, no por sí mismo. Quizá fuera una ladrona, pero no una asesina. No por naturaleza. De pronto el frío se ensañó con su piel, poniendo a prueba la lana de

la chaqueta.

—Francamente, Caius, ¿no podías dejarnos un poco más cerca? —dijo Jasper mientras se subía el cuello del abrigo.

Caius se guardó una réplica poco apta para oídos educados. Aunque le hubiera encantado discutir con Jasper, la triste soledad de la estación no hacía más que acentuar el frío.

—Ya te he explicado que todo lo que rodea la cueva del Oráculo es zona nula. Dentro de sus fronteras no se puede acceder al entrespacio.

—No, si lo de que hay una zona restringida a la magia ya lo había pillado. —

Jasper se frotó las manos y las metió en los bolsillos de su abrigo—. Lo que pasa

es que me decepciona un poco que no hayas podido hacer nada mejor.

Caius inspiró, contó hasta cinco y espiró.

—Os pido perdón, alteza.

—Se acepta la disculpa.

Puso los ojos en blanco. Solo Jasper podía ser tan insolente. Este dio una patada a un resto sucio de nieve primaveral e inspiró con altivez por la nariz.

—Lástima que no me queden cadáveres que esconder —añadió—, porque

este sería el sitio perfecto.

Dorian resopló. Caius le puso su peor cara. Entonces él carraspeó y hundió la barbilla en el cuello del abrigo. Se lo había dejado Jasper, y era azul marino, casi del mismo color que el parche del ojo. A Caius no se le escapaba que Jasper no

se había tomado la molestia de conjuntar por colores la ropa que le había prestado a él.

—Eco, no me habías dicho que haría frío —rezongó Ivy, metiendo las manos en las mangas—. Cuando me secuestraron no se me ocurrió meter ropa de invierno en mi equipaje.

De golpe desaparecieron los últimos vestigios de la vaga sonrisa de Dorian, que sin decir nada se desabrochó el abrigo y se lo quitó para tendérselo a Ivy.

Ella parpadeó muy deprisa, sin apartar la vista de la prenda. Caius supo que no era el único que contenía la respiración. Era un momento lleno de delicadeza, y

no sería él quien lo interrumpiera.

La mano de Ivy tembló al aceptar el abrigo. Dorian se dio media vuelta y se fue hacia los escalones de la estación. Ivy dejó de mirar el abrigo para ver cómo

se alejaba. Sus ojos oscuros brillaban.

—Gracias —dijo.

Dorian se detuvo y asintió con la cabeza sin volverse para verla. Luego bajó por los peldaños del andén. Caius miró a los ojos a Jasper, que se encogió de hombros en la otra punta del andén.

—¿Vamos a quedarnos aquí todo el día, mirándonos —planteó Eco—, o empezamos la función?

Cuando Caius se dio media vuelta, descubrió con sorpresa que Eco lo observaba, y sostenía su mirada unos segundos antes de irse hacia los escalones.

Era lo primero que le decía desde Nueva York.

44

En cuanto cruzaron las salvaguardias que rodeaban la Selva Negra, Dorian percibió el suave rumor de la magia en el ambiente. Cuanto más caminaban menos lo notaba, pero sin dejar de estar presente. Bajo sus pies crujían finas ramas, y hojas del grosor del papel. Su aliento formaba nubecillas de algodón en

el aire frío del bosque. Alrededor de ellos bailaban con la brisa las ramas de los

abedules, haciendo susurrar las hojas. A la luz de la mañana, el blanco tiza de sus cortezas adquiría suaves tonos amarillos. Habría sido hermoso, de no ser por

el pésimo humor de Dorian. El no haberse curado del todo su herida, y las extrañas e inquisitivas miradas de Caius a Eco, formaban una combinación

nefasta. Mantuvo el paso a trancas y barrancas, y apenas se dio cuenta de que Jasper se ponía a su lado. Qué raro estar tan cómodo en presencia de un ávicen... Pero algo tenía Jasper que desafiaba las convenciones.

—Un penique por tus pensamientos —le dijo Jasper.

Le puso la mano detrás de la oreja, giró un poco la muñeca y sacó una reluciente moneda de cobre.

Menudo charlatán, pensó Dorian, esforzándose por no sonreír. Jasper era un pelma, pero un pelma eficaz: cuanto más forzaba la resistencia de Dorian, más difícil era seguir irritado.

—Lo que piense es cosa mía —contestó.

Apartó la vista de la espalda de Caius. De poco servía examinar la postura de sus hombros, o la inclinación de sus pasos, o cómo se demoraban sus ojos un poco más en Eco que el día anterior. Caius se estaba alejando de él en más de un sentido.

Cuando la mirada de Dorian se cruzó con la de Jasper, supo que este lo había sorprendido observando a Caius. Un charlatán inteligente, pensó. Son los peores.

—Además —añadió—, si se lo dijera a alguien no sería a ti.

Jasper enseñó los dientes de forma encantadora. Se agradecía aquella variación respecto a la sonrisa burlona de la que prescindía tan poco como Dorian de su parche. A cada cual su máscara.

—Pero ¡qué veo! —exclamó Jasper con una pronunciación exagerada, como si

paladease cada sílaba—. ¡Habla!

Dorian se quedó callado, solo para fastidiarlo. Siendo Dorian y Jasper quienes

eran, el silencio en el que caminaban no debería haber sido amistoso, pero Dorian empezaba a sospechar que en algún punto entre Japón y Alemania la vida se le había ido totalmente de las manos.

Miró de reojo a Jasper, que en el bosque, a pesar de sus quejas (no exactamente pocas), parecía encontrarse en su elemento. Dorian no estaba seguro de si sus plumas, coloreadas como gemas, brillaban siempre con más intensidad a la luz del día, ni de si sus ojos siempre conservaban aquel tono dorado lindante con el amarillo, ni de si su piel tenía siempre aquel toque de bronce que tanto resaltaba sobre el telón blanco mate de los abedules. Pero de lo

que menos seguro estaba era de cuándo había empezado él a fijarse en la viveza

de sus múltiples colores.

—Oye —dijo Jasper, pensativo—, que en realidad no os habría delatado, ¿eh?

Solo quería que alguien me explicara la situación.

Dorian se encogió de hombros.

—Pues tenía mis dudas.

Jasper, indignado, puso una mano a la altura de su corazón.

—Me ofendéis, señor mío. Os hago saber que no carezco de criterios morales.

—Hizo una pausa—. Aunque solo los entienda yo.

También en este caso tuvo Dorian sus dudas. Volvió a mirar el mar de

abedules que los rodeaba. Era preciso que estuvieran muy atentos al bosque, para ver si los habían encontrado sus enemigos, pero empezaba a darse cuenta de que justo a su lado caminaba un peligro ávico de muy diversa índole.

—¿Por qué estás aquí? —inquirió.

—Ya te lo he dicho —respondió Jasper con un gesto de estudiada elegancia al

volver el cuello de un lado para el otro y cerrar lentamente los ojos. Parecía salido de un cuadro—. Lo que busco es gloria.

—El otro día casi mueren Caius y Eco. —Dorian escudriñó los árboles. Tenía

que dejar de mirar a Jasper—. Muchas molestias me parecen solo por la gloria.

Jasper canturreó unas notas mientras hacía girar la moneda entre sus largos y gráciles dedos.

—Tengo mis motivos. Además, las cosas que valen la pena nunca se consiguen fácilmente.

Enfocó en Dorian su mirada entre dorada y amarilla, escrutándolo en silencio. El drakharin decidió no leer entre líneas. Era mejor así.

—¿Y tú? —preguntó Jasper, que con movimientos diestros hizo desaparecer y

reaparecer la moneda en sus palmas—. ¿Por qué estás aquí?

—Por deber —repuso Dorian.

Fue una respuesta maquinal, que sin ser falsa tampoco podía describirse como toda la verdad.

Los ojos de Jasper se centraron en un punto que tenía delante. A Dorian no le hizo falta seguir la dirección de su mirada para saber que miraba a Caius.

—¿Nada más?

—Ya es bastante.

Como hacía un tiempo que los dioses no creían conveniente sonreír a Dorian, Jasper no se dejó engañar.

—Creo que los dos sabemos que eso no es cierto.

Dorian apartó la vista, sin respuesta. Le daba mucha rabia que sus pensamientos pudieran ser tan transparentes, pero Jasper tenía razón. Aun así no se dignaría a reconocerlo en voz alta. El ego del ávicen podía prescindir de aquella ayuda. Siguió adelante con paso cansino, atento a los árboles mientras pisoteaba hierba seca.

—Por otra parte —añadió Jasper—, no sé si es porque soy una persona tan interesada, pero parece un poco raro entregar toda tu vida a alguien que no ve lo

que tiene en las narices.

—Caius daría la vida por mí —aseveró Dorian con cierta precipitación.

Sabía que era cierto, pero sabía también, por muy grande que fuera el deseo de aferrarse a la mentira que lo había alimentado durante tanto tiempo, que no bastaba. Ya no. Y tal vez nunca hubiera bastado. Tal vez se hubiera engañado tanto tiempo que al final se había creído su propia mentira.

La lenta sonrisa de Jasper transmitía una tristeza cómplice.

—Pero no es su vida lo que quieres, ¿no?

Dorian tenía una respuesta, pero no le apetecía mucho darla. Introdujo las manos en los bolsillos de sus vaqueros prestados y siguió caminando en silencio.

Mientras él se mantenía en su mutismo, los pájaros de la Selva Negra



cantaban.

—Ya —dijo Jasper, guardándose la moneda—. Me lo parecía.

45

Eco miró las ruinas que tenían delante. En otros tiempos habían sido una abadía, pero se había venido abajo la fachada, y hacía mucho que dentro no quedaba nada de valor. Aun así se mantenían tres de sus muros en pie, y la naturaleza, al adueñarse del conjunto, había convertido en una especie de techumbre las ramas de un roble muy poblado. Eco supuso que Caius lo había elegido para pasar la noche porque era un lugar seco y de fácil defensa, no por

su belleza.

—Será una broma —dijo Jasper, mientras Dorian recorría el recinto dibujando runas en la tierra seca con la punta de su espada.

—No —replicó Caius, muy atento a las ruinas—, no es ninguna broma.

Su mirada coincidió fugazmente con la de Eco, que se volvió enseguida, rodeándose el pecho con los brazos. En los ojos de Caius había demasiado saber

y comprensión. Antes la había reconfortado que pareciera darse cuenta de cuándo necesitaba que la dejaran en paz, y cuándo era consuelo lo que

precisaba, pero en esos momentos su atención solo le causaba desconcierto. No

le gustaba que hubiera aprendido a interpretarla tan bien en tan poco tiempo.

Jasper soltó un suspiro tan largo que Eco se extrañó de que aún quedara aire en sus pulmones.

—¿Cómo se me ocurrió venir si solo mareamos la perdiz?

—Creía que por la gloria —le espetó Dorian por encima del hombro con una leve mueca que no llegó a convertirse del todo en sonrisa.

—La gloria está sobrevalorada —repuso Jasper—. Me parece que me quedo con una cama blanda y calentita.

Eco escuchó sus bromas hasta donde fue capaz. Ahora Dorian ya estaba más cómodo con los dos ávicen del reducido grupo. Eco tenía la sensación de haberse perdido algo vital durante los últimos días. Incluso Ivy empezaba a relajarse. Se notaba que Dorian hacía un esfuerzo, y Ivy siempre había sido de las que perdonaban. Era buena persona. Mejor que Eco.

Jasper se estaba riendo de algo que había dicho Ivy. A Eco su risa le daba dentera. No podía admitir que el mundo contuviera cosas como la alegría

cuando ella tenía la sensación de pudrirse por dentro. Masculló una excusa, sin

importarle que se la creyeran o incluso que la oyeran, y se alejó del campamento

para internarse en el silencio y la soledad del bosque, pasando por encima de troncos caídos y restos de los muros de la abadía. Un búho ululó a lo lejos, respondido por otro, chillidos fantasmales que llenaban de música los cielos.

Al caer la noche la Selva Negra fue quedando poco a poco en silencio, como si hasta los propios pájaros callaran para admirar el crepúsculo. Entre los troncos de los árboles, a ras del horizonte, se asomaba el sol con una encendida paleta de morados y rojos. Eco entendió que los hermanos Grimm se hubieran

inspirado en aquellos lugares para sus retorcidos cuentos. Era oscuro y

mágico, amenazador y hermoso, y solo de verlo le dolía el corazón. Poco después oyó pisadas leves a su espalda. No le hizo falta darse media vuelta para saber que era

él.

Caius no dijo nada. Se puso al lado de Eco, pero pareció bastarle con que decidiera ella si hablar o no. Eco dejó pasar unos momentos de silencio, mientras veían cómo se escondía el sol por debajo de la línea de los árboles. El

susurro de las hojas al rozarse entre ellas parecía un idioma, pero antiguo, que Eco no entendía. Las palabras se quedaban flotando al borde del significado, presentes pero del todo incomprensibles.

—Psiturismo —dijo ella.

Caius cambió de postura a su lado, haciendo crujir las hojas secas con sus botas. Eco se dio cuenta de que la observaba.

—¿Psiturismo?

—El sonido del viento a través de los árboles.

—No sabía que hubiera una palabra.

—Hay palabras prácticamente para todo. La cuestión es buscarlas.

El aliento de Eco formaba pequeñas nubes en el aire frío del bosque, como si su voz tuviera forma y sustancia.

—Eco, me...

Lo interrumpió.

—A los doce años me encapriché de un chico, Rowan. —Caius se puso tenso,

supuso ella que por estar atando cabos. A fin de cuentas no había muchos Rowan en el mundo, y hacía poco que Caius había conocido a uno—. Habíamos

crecido juntos. Me gustaba, y estaba segurísima de que yo también a él. —Y así

era. Hasta había alguna posibilidad de que siguiera gustándole, aunque Eco era

consciente de que al quitar la vida a una ávicen había acabado con cualquier posibilidad de un futuro compartido. La enormidad de su delito era excesiva —.

Pero ¿sabes qué hizo Ruby?

No esperó la respuesta.

—Le dijo que yo era una fuente de contagio; que si me tocaba contraería la misma enfermedad que yo y se le caerían las plumas. Yo no entendí por qué lo hizo, ni qué había hecho para merecérmelo.

Era increíble lo consciente que era Eco de la mirada con que Caius recorría su perfil. Por un lado deseaba mirarlo también ella, y por el otro no. No sabía qué

quería. Sin embargo, ahora que estaba lanzada, y que habían empezado a derramarse las palabras de su boca por su propia voluntad, le era imposible frenarlas.

—A partir de entonces me rehuyeron la mayoría de los ávicen pequeños, pero en el fondo aquello no era lo peor. Yo a Ruby nunca le había caído bien, y no es

que me esmerase mucho en ser simpática con ella, pero...

Era la parte que Eco jamás le había contado a nadie, ni siquiera al Ala, que la había abrazado y la había consolado con caricias circulares en la espalda cuando

Eco, después de que Rowan le contara lo que andaba diciendo Ruby, había llegado corriendo, hecha un mar de lágrimas. Tampoco a Ivy, para quien no tenía secretos.

—En el Nido hay una fuente que dicen que concede los deseos. Fui y arrojé una moneda. Se me ocurrió desear que Rowan se enamorase de mí, o que todos

se olvidaran de lo que había dicho Ruby. Hasta pensé en pedir plumas. Pero al

final no pedí nada de eso. ¿Sabes cuál fue mi deseo?

Caius contestó en voz baja, quizá hasta con algo de dulzura.

—¿Cuál?

—Que se muriera Ruby. Deseé que se muriera y no tener que volver a verla.

Para que digan que hay profecías que se cumplen solas.

A Eco le parecieron amargas sus palabras. Se las tragó con una risa ronca. Se reía porque era mejor que llorar, pero fue una risa rasgada, esquinada, que se abrió paso hasta su boca con garras y dientes, desgarrando sus entrañas.

—No es que sirva de nada decírtelo —contestó Caius—, pero me gustaría que

no hubieras tenido que hacerlo.

Eco metió las manos hasta el fondo de los bolsillos de su chaqueta. Tenía los

dedos fríos, como si se le estuvieran muriendo las yemas lentamente.

—No, no creo que sirva de nada.

—Ya lo sé, pero había que decirlo. Debería haber sido más rápido. No debería haber necesitado tu ayuda.

—No —dijo Eco, sacudiendo la cabeza—. No lo conviertas en algo sobre ti.

—No es lo que... —Vio con el rabillo del ojo que la mano de Caius se acercaba y a medio camino volvía a bajar—. Eco, hiciste lo que te pareció que tenías que hacer.

—¿Ah, sí? ¿Y tenía que hacerlo? —Hizo rodar un tronco con el pie. Molestos con la luz del crepúsculo, varios gusanos pequeños se retorcieron por dentro de

la tierra en busca de oscuridad—. Podría haberte dejado donde estabas, pero no,

volví. Tenía miedo por Rowan, pero también por ti. Y ni siquiera sé por qué. Tú

y yo no somos amigos, Caius. Apenas te conozco. Pero no podía ver cómo te hacía daño Ruby. Por ti le di una puñalada en la espalda a otra persona.

Literalmente.

Miró a Caius, que bajo la luz menguante del sol del atardecer no aparentaba

doscientos cincuenta años. Se le veía oscuro, silencioso y triste. Eco tomó una conciencia muy aguda de los latidos de su propio corazón, y de que el pelo de Caius le rozaba el cuello, y de las escamas de sus mejillas, y del ruido que hacía

el bosque al cobrar vida por la noche. Era a la vez bello y terrible.

Desde el hallazgo de la caja de música el mundo de Eco se había inclinado respecto a su eje; solo unos grados, pero suficientes para que todo fuese distinto.

Veía los colores de otro modo, olía de otra forma las cosas y oía sonidos en los

que hasta entonces no se había dignado a fijarse. Era como si viviera por primera

vez el mundo, y todo fuera nuevo. Pero nada le resultaba tan nuevo como Caius. Era el sonido del ruiseñor al saludar la noche, la luna asomándose a una

nube, las partes secretas en penumbra que apenas empezaba a descubrir en la Selva Negra.

Y sin embargo no se merecía aquella novedad, aquella grande y terrible

belleza, cuando aún sentía la sangre de Ruby corriendo por las manos,

metiéndose en sus poros y secándose debajo de sus uñas.

—¿Por qué me siento así? —preguntó—. Hice algo horrible, lo hice por ti y no

entiendo por qué.

Bajo la superficie de su piel se estaba produciendo un cambio tan

monumental como los movimientos de las placas tectónicas. Algo dentro de ella

iniciaba un crescendo que le resultaba inaprensible. Se rozó las sienes con los dedos, a la vez que cerraba los ojos con fuerza. No quería sentirse así. Era demasiado. Demasiado desorientador. Demasiado desastroso. Quería ser quien

había sido antes de acabar con una vida y de emprender aquel maldito viaje.

Pero lo que más quería era olvidar. Olvidar el dolor, la culpa y el arrepentimiento que amenazaban con ahogarla. Quería sentir algo, lo que fuera, aparte del dolor interno de su corazón.

Como Caius no contestaba, buscó su mano y le rozó los nudillos con los dedos. Necesitaba sentir el calor de otra persona. Quería que Caius fuera su ancla. Él bajó la vista hacia sus manos enlazadas, y sus ojos quedaron ocultos por

detrás del pelo. Esta vez Eco no se aguantó las ganas de apartarlo. Sus dedos siguieron el contorno de las sienes del drakharin, que apoyó la mejilla en su mano y permitió que explorase los perfiles de su rostro. Al cabo de un momento

retiró la mano. Entre sus cuerpos solo había unos quince centímetros de separación, pero parecía un abismo. Se sujetó el torso con los brazos. Otro, con

un gesto así, habría parecido más pequeño, pero en el caso de Caius solo le hizo

parecer cansado.

Eco dio otro paso, invadiendo el espacio de Caius, que pese a ponerse tenso no retrocedió. Ahora sus pechos se rozaban solo con respirar.

—Ayúdame, Caius —dijo ella—. Ayúdame a olvidar.

Los labios de él se separaron, pero no se oyó nada salvo un pequeño

sobresalto en su respiración. Una parte muy pequeña de Eco deseó que la apartara y le dijera basta, pero el resto de su ser rezaba por que no. Necesitaba el silencioso consuelo del cuerpo de otra persona contra el suyo, sin el peso de ninguna palabra entre los dos. No se veía capaz de soportar lo



que dijera Caius.

Si hablaba regaría las repugnantes semillas de traición que habían arraigado en el corazón de Eco sin que ella fuera consciente, y que fructificarían en algo innegable, algo que se inclinaría hacia él como las flores cuando buscan el sol.

—Eco, me...

Al unir sus labios con los de él, obligada a ponerse de puntillas, sintió que algo encajaba en su interior. Se aferró al cuello abierto de la chaqueta de Caius

para no perder el equilibrio. Las manos de él se deslizaron por sus brazos y rodearon sus muñecas para evitar que se cayese. Sus labios estaban calientes, y un poco resecos. Se abrieron para acoger los de Eco. Fue un beso suave, inquisitivo y vacilante. Eco oía el zumbido de su propia sangre. Se arrimó a él sin medias tintas, absorbiendo todo el calor que pudiera transmitirle. Al sentir que

la lengua de Caius se deslizaba por su labio inferior creyó que explotaría.

El primero en apartarse fue él, que acarició con sus labios los pómulos de Eco,

el puente de su nariz y el arco de sus cejas, mientras sus dedos recorrían la piel

de sus muñecas como si tuviera la delicadeza de la frágil membrana de las alas

de las mariposas. Tocada por Caius, Eco tuvo la impresión de que se derretía y

caía a sus pies desintegrada en un montón de ceniza. En un día bueno se habría

avergonzado, pero no era un día bueno. Se sintió convertida en otra persona, a

quien no reconoció. «La guerra nos convierte a todos en monstruos», había dicho Caius. Eco se preguntó qué habría visto si se hubiera mirado en el espejo.

Metió los dedos bajo la camisa de Caius, y se le calentaron con su piel.

Después bajó las manos y rodeó su cintura. Él arqueó la espalda mientras se le

escapaba un ruido sofocado, como el de alguien que pugna por volver a respirar después de haberse ahogado. Con la respiración entrecortada, Caius tiritó entre

los brazos de Eco, cerrando mucho los ojos y apoyando su frente en la de ella. A

pesar de que Eco no hacía nada más que rozarlo, reaccionó como si no lo hubieran tocado en años. Y tal vez fuera así. Eco apoyó la palma de la mano en

la base de su espalda, justo por encima de la cintura de sus vaqueros. Parecía que se le quemara la piel.

—Eco.

Fue un susurro musitado por dentro de su pelo.

Eco se irguió y anuló los pocos centímetros que aún los separaban para que se

tocaran sus labios. Caius volvió a hacer el mismo ruido sofocado, de

desesperación. Era lo que necesitaba Eco, una distracción, una manera de sentir

algo más que arrepentimiento, pero al cabo de unos segundos las manos de Caius soltaron su cintura y, siguiendo la línea de sus brazos, la apartaron por los antebrazos. Era una distancia prácticamente despreciable, pero bastó para

que Eco echara pestes contra el frío que se había instalado entre los dos. Con lo caliente que estaba junto a Caius... Él inclinó bastante la cabeza para rozar sus pómulos con el flequillo.

—Así no —susurró—. Así no.

46

Después de apartarse, Caius aún percibía el vago sabor a menta del protector labial de Eco, que se dejó caer contra él con la frente en su pecho. Lo siguiente

que dijo se filtró por su chaqueta.

—Lo hice por ti.

Caius le acarició con los pulgares la suave piel de debajo de las muñecas.

—Ya lo sé.

Eco frotó su cara contra el hueco que formaba la clavícula. A través de la camisa, Caius se dio cuenta de que tenía las mejillas un poco mojadas.

—¿Por qué lo hice? —preguntó ella.

—No lo sé.

—Quiero decir que si habrías hecho tú lo mismo por mí.

Eco lo miró con los ojos brillantes, inyectados en sangre, levantando bastante

la cabeza para que el calor fugaz de su mejilla provocara un hormigueo en la piel

de Caius. En el pecho de él se despertó una especie de dolor. Sí, lo habría hecho.

Sin pensarlo un segundo.

—Eco...

De pronto Eco lloraba. Caius habría querido imitarla, pero hacía mucho tiempo que se le habían secado las lágrimas. Lo único que pudo hacer fue deslizarle las manos por los brazos, apretarse contra sus hombros y atusarle el pelo revuelto. Ella, con la cara en su pecho, descargaba con sollozos su sentimiento de culpa, mientras él susurraba en su oído dulces palabras en drakhar. Eco no las entendía, pero la voz de Caius pareció tranquilizarla. Al cabo

de un momento los sollozos se convirtieron en hipidos, que acabaron por dejar

paso al silencio.

Sin soltarla, Caius la hizo bajar y se quedó con ella de rodillas en el suelo.

Después apoyó la espalda en el tronco de un roble y estiró las piernas. Eco levantó las rodillas hasta el pecho y se acurrucó en el espacio que quedaba entre

el brazo y el resto del cuerpo de Caius, apoyando sus piernas en las de él. A juzgar por el encaje de sus cuerpos, era como si hubieran estado siempre así.

En aquella postura vieron cómo se escondía el sol detrás del horizonte, y cómo se clavaban las estrellas en el aterciopelado añil del crepúsculo. El único sonido que les hacía compañía era el triste canto con que se despedían del sol los

tordos que anidaban en los árboles. Caius cerró los ojos y escuchó el sonido quedo que hacía Eco al respirar.

Con la boca en su pelo murmuró una melodía, la misma que oía desde hacía muchos años en sus sueños. Ella cambió de postura, rozando con su pelo la sensible piel de su garganta.

—¿De qué conoces esta canción? —preguntó—. La nana de la urraca. Creía que era ávicen.

—Lo es. —La barbilla de Caius rascaba la frente de Eco al hablar, pero a ella no pareció que la molestara—. Me la enseñó alguien hace mucho tiempo. La chica de quien te hablé.

—Rose... Era ávicen, ¿verdad? —Eco cambió de postura y le hizo cosquillas con el pelo en la mejilla—. ¿Qué le pasó?

Caius titubeó. Algunas heridas no se reabrían tan fácilmente. El aliento de Eco se hacía notar cálido y suave en su clavícula.

—Hubo un incendio —respondió mientras le ponía un cabello en su sitio—. Murió.

Dos frases. Bastaban para resumir la historia de los dos. Tanta sencillez era como otra muerte. Alrededor de la cintura de Caius, el brazo de Eco se tensó.

Así de fácilmente había quedado revelado, en la última luz de la Selva Negra, su

más oscuro secreto, el que solo conocían él y su hermana.

—Y el incendio... —dijo Eco, dibujando pequeños círculos en la piel del costado de Caius. Debía de habersele subido la camisa en el momento de sentarse. Hacía años que Caius no sentía nada tan agradable—. ¿Fue accidental?

Él sacudió la cabeza, frotando su mejilla contra el pelo de ella.

—No. Alguien descubrió lo nuestro y dijeron que Rose era una espía.

—¿Y era verdad?

Caius encogió un solo hombro, el más alejado de Eco, y trató de ser lo más fiel que pudo a la verdad.

—No lo sé. Quiero pensar que sí. Quizá en tal caso fuera más fácil de sobrellevar su muerte.

No vio que Eco frunciera el ceño, pero sintió en su clavícula que se le tensaba la boca.

—¿Lo es?

El aire que salió entrecortadamente por la boca de Caius agitó el pelo de la coronilla de Eco, que se retorció un poco como si le hicieran cosquillas.

—No —reconoció él—. La verdad es que no, en absoluto.

—Lo siento —susurró ella.

Cada palabra hacía que sus labios rozaran la garganta de Caius, el cual más que oírlas las sentía, y estrechó a Eco con más fuerza entre sus brazos, tiritando.

El anochecer seguía pintando el bosque de violeta.

—Fue hace mucho tiempo.

Tal vez a base de repetirlo empezara a tener algún sentido.

—Debe de doler. —Eco cambió otra vez de postura y estiró las piernas al lado

de Caius. Después acercó la mano a la llave que colgaba de su cuello y la acarició. Se la había puesto por la mañana, con el medallón, antes de salir de la

casa de Jasper—. Acordarse.

Dolía, sí, pero lo único peor que recordar cómo era tener a Rose entre sus brazos, la suavidad de sus plumas blancas y negras, el sonido de su voz cuando

cantaba para sus adentros, habría sido olvidarlo.

—Somos como somos por los recuerdos —dijo—. Sin ellos no somos nada.

Eco respondió con un «mmm». El canto lejano de las aves dejó paso a los suaves trinos de los grillos en la oscuridad, y al solitario ulular de un búho en la distancia. Empezaba a refrescar. La primavera tocaba a su fin, pero quedaban restos de invierno que se aferraban al bosque como un enamorado reticente a despedirse. Caius susurró al oído de Eco un suave conjuro drakhar, algo sencillo

para entrar en calor. Le salieron las palabras sin que tuviera que pensar en ellas.

Las había repetido muchas veces durante las largas y frías noches de batalla y sangre. La sensación de tener a Eco en sus brazos era mucho mejor.

La parte de su ser que ansiaba ser tocado por otra persona, la sensación de una piel caliente en contacto con la suya, había muerto con Rose, borrada a fuego por las llamas de Tanith, pero Eco se había inmiscuido en su interior superando varias décadas de muros de piedra hasta encontrar los rescoldos del hombre que había sido Caius. Le estaba devolviendo lentamente a la vida, como

si atizase un obstinado fuego. Caius acarició el pelo suave de su nuca, y respiró al compás con que subía y bajaba el pecho de Eco mientras se dormía. Tampoco él

tardó en dormirse. Por primera vez en días no soñó con fuego.

47

Eco se despertó parpadeando, y oyó el canto de los pájaros. Las alondras

saludaban la salida del sol, mientras las currucas entonaban sus nanas. Se reclinó

contra el pecho de Caius y aspiró por la nariz. Caius desprendía un leve olor a madera. Y a manzana. Resultaba hogareño. Sus palabras en drakhar de la noche

anterior habían sido las primeras oídas por Eco, con la excepción de algunos retazos indistintos de conversación entre él y Dorian, y del texto grabado en la llave. Según los ávicen era un idioma gutural, poco elegante en sus vocales y duro en sus consonantes, pero en boca de Caius, que lo susurraba en el pelo de

Eco, resultaba melódico y casi lírico. Era hermoso.

Su primer despertar junto a una persona del sexo contrario no estaba

respondiendo a sus expectativas. En sus fantasías no había piedras afiladas que se empecinasen en clavarse en sus muslos, ni ramas nudosas que se hincaran en

la franja de piel desnuda entre sus vaqueros y su camiseta, ni molestos calambres

en el cuello por haberse quedado dormida en posición prácticamente vertical. En

dichas fantasías, además, la persona que descansaba a su lado siempre había sido

Rowan.

Cambió de postura para ver la cara de Caius. Dormido parecía más joven y más dulce. Sus oscuras pestañas eran rotundas pinceladas en los pómulos. A la luz del alba casi no se veían las escamas. Deslizó la mirada por toda su persona,

tratando de memorizar cada detalle. No duraría mucho aquella tregua de



tranquilidad, pero se resistía a despedirse de ella. Cerró los ojos y apoyó la sien en la curva del hombro de Caius. No supo si eran imaginaciones suyas o el medallón y la llave colgados en su pecho palpitaban realmente al ritmo del corazón de Caius. Hasta la daga que llevaba Eco por dentro de la bota parecía más caliente a través de la tela de los vaqueros, aunque no era nada en comparación con el calor que irradiaba él. Apoyarse de aquel modo en su costado era casi insoportable. Se deslizó hacia abajo y aplicó el oído a su pecho.

Pum. Pum pum. Eran buenos latidos. Firmes. Parecía que los de Eco se saltasen

algunos para seguir su compás.

Estar en brazos de Caius era como sentir que estaba todo en su sitio; algo que nunca había sentido Eco, ni siquiera con Rowan. Casi era como... estar en casa.

Cerró los ojos con fuerza y frotó su mejilla contra el pecho de él, sintiendo la suave rozadura del algodón en la piel. Sin embargo, tenía que recordar que

Caius no era su casa. Ya tenía una.

¿Seguro?, susurró una parte pequeña y ruin de su ser.

Cállate, le replicó enseguida en voz baja.

En el círculo de los brazos de Caius, volvió la cabeza y miró a su alrededor.

Había runas drakhar dibujadas en la tierra, alternando con piedras para formar un círculo. Debía de haber ido Dorian por la noche para hacer un sortilegio de protección. La idea de que los hubiera encontrado otra persona así, abrazados con una familiaridad que no era normal que sintieran, hizo que subiera la sangre

a sus mejillas. Sin embargo, a pesar de la vergüenza que sentía al pensar en

Dorian y la severa mirada de su único ojo, se alegró de que los hubiera encontrado él, y no Ivy. Su mejor amiga le había sido fiel durante toda una década de decisiones vitales cuestionables, pero hasta las personas más

tolerantes tienen sus límites. Podía muy bien ser que el de Ivy fueran los arrumacos de Eco con un mercenario drakharin.

Cuando se separó de Caius, saliendo de debajo de la chaqueta con que él la había abrigado durante la noche, el frescor matinal la tomó por sorpresa. Se alejó

sin mirar ni una sola vez hacia atrás, aunque dentro de ella algo le gritaba que se metiera otra vez entre sus brazos y se arrimara a su calor. Abriéndose camino por el sotobosque fue hacia donde habían pasado la noche los demás. Le exigió

un esfuerzo hercúleo poner un pie delante del otro y mantener la vista al frente,

pero era lo correcto. Tenía que serlo. A pesar de los pesares, a cada paso que daba hacia el Oráculo, el pájaro de fuego y el magno e ignoto destino que se cernía sobre ella, más empezaba a tener la sensación de que ya no sabía qué era

lo correcto.

48

Caius no se acordaba de que hubiera que caminar tanto. Se habían pasado todo

el día y gran parte de la noche recorriendo el bosque por terrenos cada vez más

abruptos, y cuando llegaron a la cascada que ocultaba el camino a la cueva del Oráculo ya era casi medianoche. Era una cascada modesta, al menos en

comparación con la de Triberg, al otro lado de la Selva Negra. A diferencia

de esta última no era un hervidero de turistas y cámaras. Ningún humano o ávicen

había oído hablar de ella, y pocos drakharin conocían su existencia. Su situación

era un secreto, aunque no muy bien guardado. En principio tenía que

transmitírsele un Príncipe Dragón a otro, pero la mayoría de los nobles de la corte sabían encontrarla. Movidos por la curiosidad, muchos drakharin iban en

busca de los servicios del Oráculo, aunque oficialmente estos servicios estuvieran

limitados al príncipe electo.

Intentó imaginarse en aquel lugar a Tanith, en toda su dorada gloria,

reluciendo entre los blandos sauces verdes, que seguían frondosos a pesar de la

escarcha que mordía sus hojas. No pudo. No estaba hecho aquel paraje para el

fuego ni para el acero. Volvió la vista hacia el resto del grupo. A pesar de su encanto metropolitano, Eco se estaba haciendo un lugar en el bosque como si estuviera hecho para ella, y se adaptaba con la naturalidad con que lo hacían los

pájaros al aire.

Al despertar, Caius se había encontrado con que su camisa conservaba el leve

olor del champú de Eco. A pesar de sus ansias por eliminar la distancia entre los

dos, era imposible. Por cada paso que se acercaba él se alejaba ella otro. Habían

caminado durante horas en relativo silencio, aunque de vez en cuando llegaba a

los oídos de Caius la voz de Jasper, que intentaba instigar entre susurros una conversación con Dorian. Caius no había previsto que tardaran tanto en llegar a

la cascada. La herida de Dorian, agravada por el viaje, frenaba su avance, aunque el capitán nunca lo habría reconocido. Ya hacía horas que se había puesto el sol, y estaba alta la luna. Resonaron de nuevo en su cabeza las palabras

garabateadas por Rose en el mapa.

De su jaula de huesos surgirá, —pensó recordando su letra, tantas veces vista, en la arrugada hoja,— el pájaro que canta a medianoche, y entre sangre y cenizas

clamará la verdad que todos desconocen.

Los versos eran bonitos, pero también de pésimo agüero. No le decían nada

útil. Claro que Caius nunca había tenido mucho oído para la poesía... Suspiró al iniciar el ascenso por los peldaños de piedra enmohecida que llevaban a la cascada, mientras los otros lo seguían con menos elegancia.

—Puaj. —Jasper sufrió una arcada—. Agua.

—Sí, tiende a haberla en las cascadas.

La sonrisa de Dorian refulgió con todo su brillo. Hacer bromas con un ávicen, nada menos que Dorian... Caius no daba crédito. Tal vez Eco y él no fueran los

únicos a quienes el viaje había cambiado irreparablemente.

Jasper correspondió a la sonrisa de Dorian.

—Y yo pensando que solo era un rumor malintencionado...

—A curtirse, Jasper —dijo Eco, mientras tendía una mano a Ivy para que no perdiera el equilibrio después de haber resbalado en una piedra desnuda.

Después se le fue la mirada hacia Caius, pero no sostuvo mucho tiempo la de él

—. ¿Nos paramos aquí?

—Sí —respondió Caius.

Eco pasó rápidamente a su lado para meterse debajo de la cascada, rozándole la manga con el brazo. Dentro del pecho el corazón de Caius latía como si quisiera escaparse.

Apareció a su lado Jasper, que a pesar de su mueca seguía estando de un guapo imposible.

—¿Tenemos que pasar por debajo de eso?

La respuesta de Caius fue hacerlo, bajando la cabeza al exponerla al agua. La quejumbrosa protesta de Jasper («Pero ¿y mi plumaje?») se perdió en el silencio oscuro y húmedo de la cueva oculta detrás de la cascada. Había un lago subterráneo bordeado de guijarros y de tierra húmeda y suelta. El agua reflejaba

la luz fragmentaria de la luna, filtrada por los huecos de las piedras del techo, que la hacían bailar por la superficie del lago como estrellas.

Eco llegó a un embarcadero largo y estrecho, cerca del cual se mecía en el agua una pequeña barca. Con el ceño fruncido por la concentración contempló

las aguas que separaban la cascada de la costa pedregosa por donde se accedía a

la cueva del Oráculo. Los tablones de madera, medio podridos, chirriaron bajo los pies de Caius, aunque su llegada no hizo que Eco se diera media vuelta.

Caius se puso a su lado, no tan cerca como para que se tocasen, pero sí para poder sentir la vibración de su presencia a través de los centímetros que los separaban.

—Estamos cerca, ¿no?

Eco lo dijo sin mirarlo, cruzada de brazos y con una expresión escrutadora.

Caius estudió su perfil en la penumbra, que oscurecía sus facciones.

—La entrada del santuario del Oráculo está justo al otro lado del lago —dijo

—. Nos llevará la barca. Solo caben dos personas, así que le pediré a Dorian que

se quede aquí con Jasper y Ivy.

Eco, ceñuda, sacudió un poco la cabeza.

—No, en ese sentido no. Es otra cosa. Lo noto. Como cuando inflas

demasiado un globo y está a punto de explotar. —Fue en ese momento cuando

lo miró, reflejando en sus ojos la luz de la superficie del lago—. ¿Qué te dijo cuando viniste? Me refiero al Oráculo.

—Que le hiciera caso al corazón —dijo Caius con un bufido de risa.

Eco arqueó una sola ceja.

—¿Ya está?

—Ya está.

—Vaya, pues qué útil.

—Sí, mucho.

Sostuvo un poco más la mirada de Caius, muda y con expresión contemplativa. Él tuvo ganas de preguntarle qué pensaba, cuáles eran sus temores y sus pensamientos, pero justo entonces llegaron hasta el final del embarcadero la voz quejosa de Jasper y la de Ivy, más dulce, y Caius se acordó

de que no estaban solos.

La magia se esfumó en un abrir y cerrar de ojos.

—Genial. —Eco fue hacia la barca—. Esperemos que esta vez pueda darnos algo más que sentencias de galletitas de la suerte.

—Espera. —Caius la sujetó por el brazo para impedir que se alejara. Ella se apartó como si la hubiera quemado con su mano. Era la primera vez que se tocaban desde la mañana. Eco lo miró con mala cara, pero no se movió—.

Primero tengo que decirte algo.

Asintió despacio, como si se dispusiera a sentir desagrado por lo que le diría.

Muy lista, pensó Caius. Tenía tantas cosas que le recordaban a Rose... Era inteligente, valerosa y muy protectora con sus seres queridos. Al igual que Rose,

por otra parte, su fuego interno era tan vivo que no era de extrañar que Caius se

sintiese atraído por él. Esperó que su historia tuviera un final más feliz, y que él pudiera darle la paz que no había podido dar a Rose. Si algo le había enseñado

la guerra era que a las personas que se merecían vidas largas y felices se las daba cortas y brutales.

Hizo el esfuerzo de pensar en otra cosa.

—El Oráculo no imparte su sabiduría gratuitamente —comentó mirando el lago. A duras penas distinguía la entrada de la cueva del Oráculo—. Tenemos que pagar.

—Ya. Pues los euros me los he dejado en los otros pantalones —repuso ella.

Caius resopló de risa, contento de que Eco no hubiera perdido el sentido del humor.

—Ojalá fuera tan fácil. El Oráculo no quiere dinero. Pedirá un sacrificio, un regalo al que le des valor. Algo de lo que te cueste mucho desprenderte.

La mano de Eco subió hacia el medallón.

—Lo único que llevo encima es esto. Yo diría que es más valioso que la daga y

la llave, pero no estoy segura.

Caius puso su mano encima de la de ella.

—No —dijo—, esto quédatelo.

Ella lo miró.

—¿Por qué? Me dijiste que había sido tuyo, hace mucho tiempo.

—Porque quiero que lo tengas tú.

Caius desenvainó uno de sus cuchillos. Se los había dado Tanith hacía



muchos años, antes de que fuera elegido Príncipe Dragón y su relación empezara a estropearse. Le encantaban las finas incisiones de las hojas, y la excelente artesanía de su confección. Nunca había entrado en batalla sin ellos.

—Le daré esto. Debería bastar. —Pasó el dedo por encima de las figuras grabadas en el acero—. No es que me resulte nada fácil desprenderme de ellos.

Suponiendo que el Oráculo decida que son un digno sacrificio por mi parte.

Eco arqueó una sola ceja.

—¿Y si no se lo parece?

Caius envainó de nuevo el arma.

—Entonces elegiré algo que sí lo sea.

—¿Y eso es malo? —pregunto Eco—. Le dejamos elegir lo que quiera y ya está. ¿Qué pasa?

Caius la miró atentamente, fijándose en la delicadeza del ángulo de su barbilla, en los pelos que intentaban escapar de su coleta y en la expresión recelosa de sus ojos. Había creído estar dispuesto a renunciar a todo a cambio de

encontrar el pájaro de fuego, pero empezaba a darse cuenta de que ciertas cosas

prefería no perderlas.

—Lo que pasa —dijo— es que quizá no sea algo que estés dispuesta a sacrificar.

Eco no dijo nada mientras cruzaban el lago a bordo de la barca, impulsada por

una fuerza invisible. De vez en cuando volvía la vista hacia la orilla. Ivy, Dorian y Jasper se iban haciendo más pequeños a medida que ella y Caius se

aproximaban a la otra ribera. El desasosiego que había empezado a crecer en el

bosque ya la asfixiaba con su enormidad. Arrastrada cada vez más lejos, sofocó

el temor de no ver sus caras nunca más. El choque de la barca con la orilla la devolvió bruscamente a la realidad. Ya habría tiempo para malos presagios y melancolías. Tenía que ir a ver a un Oráculo, y encontrar un pájaro de fuego.

Al apearse de la barca sus botas resbalaron con los cantos rodados de la orilla,

a duras penas digna de tal nombre. Estaban en una pequeña superficie de unos

seis o siete metros de lado, cubierta de piedras entre cuyas grietas se empecinaban en crecer algunas malas hierbas al pie de un muro de grandes rocas. Caius levantó una mano para sujetarla. El calor de su piel se transmitió a

través del cuero de la chaqueta de Eco. No tenía derecho a estar tan caliente.

Eco se zafó encogiéndose un hombro y fingió no ver su cara de ofendido. Al mirar

a su alrededor se dio cuenta de que no se apreciaba ningún tipo de acceso al santuario del Oráculo. La roca que tenían delante estaba cubierta de musgo, excepto en un espacio de algo menos de un metro de anchura donde se veían runas grabadas en la piedra. Ya las había visto en algún sitio, aunque no supiera

leerlas. Tocó la llave que colgaba de su cuello y palpó la plata fría.

—Bueno —dijo Caius—, en principio la entrada debería estar aquí. —Se

inclinó y leyó la inscripción en voz alta—: «Para saber la verdad primero tienes que desearla». Igual que en la llave. —Apoyó la palma en la roca y la deslizó por

la superficie—. Antes esto no estaba. Las runas sí, pero no grabadas en un muro

gigante de piedra.

Eco se colocó a su lado, tan cerca que sus brazos casi se rozaban.

—La última vez ¿cómo entraste?

—Había una puerta. Llamando. —El puño de Caius se quedó muy cerca de la

piedra, como si estuviera pensando en hacer lo mismo. Luego lo bajó—. Estoy casi seguro de que esta pared está pensada para dejar fuera a la gente, no para

hacerla entrar.

—Dejar fuera a la gente, ¿eh? —Eco se sacó la daga de la bota—. Tengo una idea.

Día tras día, a medida que su situación se volvía más peligrosa, había intentado no imaginarse su hogar. La idea de no volver a ver su biblioteca, de no

oler nunca más sus viejos libros ni ver las lucecitas navideñas que colgaban de sus estanterías robadas, se le antojaba insoportable. En su hogar, sin embargo, también ella había diseñado una puerta para dejar fuera a la gente, no para que

entrarse. Observada por Caius, se pinchó el índice con la punta del cuchillo y apretó el dedo contra la pared—. Por mi sangre.

Crepitó en el aire una sensación muy conocida, la de la magia. La roca se deslizó hacia un lado con un ruido sordo, dejando a la vista una sala iluminada

con velas. Las paredes estaban recubiertas de estanterías con los objetos más insólitos y variopintos que hubiera visto Eco en su vida: coronas, anillos de sello, joyas... Y todo puesto de cualquier manera, como desperdicios. En un rincón criaba polvo un clave medieval, al lado de un violín roto y de una caja de campanillas oxidadas. Había todo un anaquel con gatos de porcelana, y otro cubierto de calaveras, algunas humanas y otras de animales. Una pared estaba enteramente ocupada por relojes de formas y tamaños diversos, todos los cuales

rodeaban un reloj de pie ligeramente escorado. En todas las superficies

disponibles había velas encendidas, sin nada que impidiese que las gotas de cera

se cayeran al suelo. Solo había otra salida, una puerta de madera reforzada con

un marco de metal oscuro, al otro lado de la sala.

—Fascinante —dijo Caius.

—Yo optaría por otra palabra: «espeluznante». —Eco puso con cuidado un pie al otro lado del umbral—. Me parece mentira que haya funcionado.

Él la siguió. A su paso la roca regresó a su sitio.

—Me parece que nuestra visita no es tan inesperada como pensábamos.

Dio una vuelta por la sala, investigando la colección del Oráculo. Se detuvo frente a la pared de los relojes. Debía de haber varias decenas, pero daban todos

la misma hora: las doce menos cuarto de la noche.

El pájaro que canta a medianoche, —pensó Eco—, que no sé qué quiere decir.

—¿Qué es todo esto? —preguntó.

Tocó una de las calaveras de la estantería que tenía delante. Parecía de un gato, aunque tampoco se podía asegurar.

—Regalos —contestó Caius—. Es lo que recibe el Oráculo a cambio de su sabiduría. —Señaló con una mano el cúmulo de objetos que los rodeaba—. Ya ves que se dedica a esto desde hace mucho tiempo.

—Y cuando viniste tú ¿qué le diste? —quiso saber Eco.

Caius se acercó a las armas apiladas en la esquina de enfrente de la del clave, y al hurgar en ella hizo caer ruidosamente algunos cascos, así como un escudo y media docena de estrellas arrojadas. Después de rebuscar durante un minuto

sacó una espada grande y mellada.

—Esto. Fue mi primera espada. La recibí de niño de mi padre. Entonces era demasiado pequeño para manejarla, pero fui creciendo y me adapté. —Deslizó una mano con veneración por la hoja roma—. No creía que volviera a verla.

A Eco se le puso la piel de gallina en la nuca. Tenía la inquietante sensación de que no estaban solos. Justo entonces se hizo oír otra voz, salida de todas partes y ninguna en concreto.

—En cambio yo sabía que volverías.

Se dio media vuelta, empuñando la daga. En el centro de la sala había alguien

con una capa cuya capucha impedía ver su cara. Lo único que distinguió Eco fueron sus manos, con los dorsos cubiertos de plumas de todos los colores, desde

el añil al chartreuse\*: plumas que ya en proximidad de los dedos dejaban su sitio a escamas iridiscentes como las de los pómulos de Caius. El Oráculo era portador de rasgos distintivos tanto ávicen como drakharin. Eco nunca había visto nada igual.

Si el Oráculo era tan anciano como aseguraba Caius, dudó que la daga le hiciera mucho daño, pero a ella la tranquilizaba. La desazón que sentía en las entrañas iba en aumento, sin que supiera por qué. En principio el Oráculo no era ningún peligro. A Eco, sin embargo, le gustaba muy poco ser tomada por sorpresa.

—Bienvenidos a mi casa. —El Oráculo avanzó. Eco se echó hacia atrás—.

Dejad las armas, por favor, que no os harán falta.

Alargaba al máximo las eses, como si fueran de caramelo.

Eco no se dio la vuelta para ver si Caius le hacía caso, pero oyó un ruido metálico en el suelo de piedra. Había soltado la espada. Ella se quedó con la daga en la mano.

—No he oído que se abriera la puerta —dijo—. ¿Cómo ha entrado?

El Oráculo movió los dedos.

—Magia.

En los hombros de Eco se posaron dos manos calientes. Estuvo a punto de morirse del susto. Ladeó un poco la cabeza, lo justo para ver a Caius.

—Tranquila —dijo él—. Ahora nos dirá lo que tenemos que saber. —Miró otra vez al Oráculo—. Si no recuerdo mal es el momento en que suelen hacerse

los regalos.

El Oráculo se aproximó haciendo flotar la capa por el suelo como si sus pies no lo tocaran, y levitara en vez de caminar. Eco intentó retroceder, pero lo único que consiguió fue que su espalda chocase con el pecho de Caius. Tragó saliva para deshacer el nudo que le había hecho el miedo en la garganta. Su instinto le

decía que saliera huyendo, que subiera de un salto a la barca y, cruzando el lago,

se alejase del Oráculo y de sus secretos, olvidándose del pájaro de fuego; pero nunca había sido de las que se escapaban, y ya había llegado demasiado lejos para dar media vuelta.

—Bueno, yo no me preocuparía mucho de eso, Caius —lo tranquilizó el Oráculo—. Ya habrá regalo, a su debido tiempo. —Orientó hacia Eco la capucha

—. Veo que has seguido el rastro de migas que dejó la última chica.

¿La última chica? Eco se soltó, encogiendo los hombros. Necesitaba espacio para respirar y pensar.

—¿Qué chica? ¿De qué está hablando?

—La última que vino a preguntar —contestó el Oráculo—. Como no le gustaron las respuestas que le di, decidió endosarte a ti sus problemas. Al llevarte la caja de música desencadenaste una serie de hechos que te han conducido hasta mí. En el universo todos los actos tienen consecuencias. Cada ficha de dominó hace caer la siguiente. Hace tanto tiempo que espera a que provoque alguien su liberación...

—¿El qué? —preguntó Eco.

—¿Qué va a ser? El pájaro de fuego —respondió el Oráculo.

El corazón de Eco latía con tal fuerza que seguramente Caius lo estuviera oyendo.

—¿Está aquí? ¿Está vivo?

Seguía sin verse la cara del Oráculo, pero Eco casi tuvo la certeza de que bajo la capucha se escondía una sonrisa burlona.

—¡Oh, sí! Está más cerca de lo que te crees, aunque a veces para que se levante algo primero tiene que caer. —El Oráculo lanzó una mirada hacia Caius

—. La última chica no lo trajo. Fue su primer error.

También Eco miró a Caius, que la observaba con el ceño fruncido como si la viera por primera vez. No le gustó. Nada de lo que estaba pasando le gustaba en absoluto.

—No lo entiendo —admitió.

Al Oráculo no parecía importarle.

—Ya lo entenderás —respondió con la frialdad de una brisa de otoño—. Pero me estoy precipitando. Corre el reloj y tú te tienes que ir. Dime, niña, ¿qué te contó tu Ala?

Eco tenía las palmas de las manos tan sudadas que corría el riesgo de que se le cayera la daga. No tenía sentido que el Oráculo se concentrara tanto en ella.

Solo era una chica que buscaba un pájaro.

—¿Cómo sabe quién es el Ala?



—Sé mucho más de lo que te puedas imaginar, chiquilla. —El Oráculo tomó una calavera pequeña y amarillenta de la estantería de los huesos y la examinó

un segundo antes de dejarla en su sitio con delicadeza—. Es mi razón de ser.

No era la respuesta que buscaba Eco, pero intuyó que no obtendría ninguna otra. Lo que quería ella era encontrar sus respuestas e irse lo antes posible. Si para eso tenía que seguirle el juego al Oráculo, lo haría. Tragó saliva para tranquilizarse un poco antes de hablar.

—El Ala dijo que pronto surgiría el pájaro de fuego.

—Ya ha empezado a hacerlo —dijo el Oráculo—. ¿Verdad que lo percibes?

Tanto la daga que tenía Eco en su mano como el medallón y la llave colgados de su cuello emitieron profundas pulsaciones a modo de respuesta.

El Oráculo inclinó la cabeza hacia la puerta de madera situada frente a la entrada.

—Por este pasillo encontrarás una puerta cuya llave tienes tú. Detrás de ella encontrarás otra puerta que tendrás que abrir como solo tú puedes hacerlo. Lo que encuentres en aquella sala te mostrará el pájaro. Recuerda, sin embargo, que

hay puertas más difíciles de abrir que otras.

—¿Da alguna vez una respuesta directa?

Al preguntarlo casi se sintió como la Eco de siempre, aunque no del todo.

Volvía a cernerse sobre ella aquello tan grande y tan ignoto frente a lo cual se sentía impotente.

—No. —El Oráculo sonrió, deslizando una lengua bífida por sus colmillos—.

¿Te ha parecido bastante directa la respuesta?

Un Oráculo listillo. Cómo no, pensó Eco. Si era todo tan difícil, ¿por qué iba a

ser fácil aquello?

El Oráculo miró Caius, sin importarle que Eco, insatisfecha, la siguiera mirando.

—Por cierto —dijo el Oráculo—, es un gran placer volver a veros... príncipe.

\* Color que puede variar del verde amarillo al amarillo grisáceo.

50

Eco se quedó de piedra. ¿Príncipe?

Miró a Caius, apretando la daga hasta que se hizo daño en la palma de la mano, aunque su solidez le daba un punto de referencia. Caius era un simple mercenario contratado por el Príncipe Dragón. No el príncipe, tan solo Caius.

Por otra parte, el nombre del príncipe era desconocido. Llevaba más de un siglo

en desuso, perdido en el tiempo y en un olvido practicado a conciencia.

—Tiene gracia, ¿no? —continuó el Oráculo—. Que la gente nunca se dé cuenta de lo que tiene delante. —Se inclinó hacia Eco y le olisqueó el pelo, provocándole un escalofrío—. Lo que siempre ha tenido delante.

—¿Príncipe? —dijo Eco. Caius tendió la mano con una mirada de

arrepentimiento, como si quisiera disculparse, pero ella retrocedió. Si tenía que darle alguna explicación no sería Eco quien se lo facilitara—. ¿Por qué te

llama príncipe?

El Oráculo hizo un ruido extraño, sibilante, que tal vez fuera una risa.

Después se acercó al clave y se sentó delante en un pequeño taburete.

—Dile la verdad, Caius: que no tienes ninguna intención de que se quede el pájaro de fuego. Que piensas quedártelo tú. Que no te contrató el Príncipe Dragón para que lo robaras. Que eres tú el Príncipe Dragón.

Eran palabras como piedras, que se hundían hasta el fondo del estómago de

Eco. Con lo lejos que habían llegado juntos... Haber matado por él, cuando ni siquiera era quien decía ser... Y ella le había dado su confianza. Después de cerrarse a los demás toda una vida, salvo a unos pocos elegidos, se había abierto

a Caius como no lo esperaba ni ella misma. Le había dado la espalda a Rowan y

había puesto en peligro la vida de sus amigos, y lo único que había hecho él era

mentirle. La traición de Caius se le clavó en el pecho como un cuchillo.

—¿Es verdad? —preguntó—. Dime que no, Caius. Dime que me está

tomando el pelo, porque no sé si podría soportar lo contrario.

Caius separó los labios como si fuera a responder, pero lo único que salió de

ellos fue un suspiro entrecortado. Se clavó los dedos en las sienes como si tuviera dolor de cabeza.

—Lo siento —se disculpó.

Dos palabras. Dos palabras de nada bajo cuyo peso se vino abajo todo el mundo de Eco.

—Me fiaba de ti —replicó ella entre dientes.

Una vez pronunciadas, las palabras se reprodujeron en su mente como un mantra que no hacía sino retorcer el cuchillo cada vez más adentro. Me fiaba de

ti. Me fiaba de ti. Me fiaba de ti.

Caius le tendió una mano como si implorase su perdón, pero no lo obtendría.

—Eco, lo...

—¡Por ti he matado!

Se encogió como si le hubiera dado un puñetazo. Eco deseó habérselo dado.

Tuvo ganas de hundirle la daga en el pecho como la había hundido en la espalda de Ruby. Había quitado una vida a causa de él, de él, que no era más que un manipulador, un mentiroso. Caius se tapó la cara con las manos y suspiró detrás de ellas.

—Eco —dijo, mesándose el pelo—, te lo puedo explicar.

—Me da igual lo que digas —replicó ella mientras se apartaba. No podía seguir a su lado. Ni siquiera soportaba mirarlo. Solo veía a la persona a quien había besado en el bosque, la que la había abrazado mientras lloraba, y consolándola había logrado que durmiera—. Lo único que harías sería contarme

otra mentira.

Asió con fuerza la llave y el medallón que llevaba colgados en el cuello y estiró la cadena hasta que se partió. El medallón se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta. En cambio la llave la apretó en su puño. Los ojos de Caius, oscuros y

brillantes por algo sospechosamente parecido a lágrimas sin derramar,

siguieron

el movimiento de la mano de Eco, que comprendió que era cierto lo que había

dicho el Oráculo: Caius pensaba quitársela.

—Nunca te he mentado sobre nada importante —alegó él—. Mi título no cambia nada. Todo lo que te dije era en serio.

Hincando sus garras en la garganta de Eco, un pobre remedo de risa se abrió paso a base de arañazos, arrastrando consigo sus entrañas.

—¿Nada importante? ¿No te pareció importante ser el Príncipe Dragón? Pero qué cosas debes de haber hecho, por Dios... ¿De cuántas muertes eres responsable? ¿A cuántos ávicen has matado?

Si ya era grave haber mentado a Eco, intentar salirse con la suya a base de labia era insultante. Que le hubieran tomado el pelo una vez no significaba que

fueran a tomárselo dos veces. Y menos Caius.

Él dio un paso. Eco levantó la daga.

—Eco, por favor —dijo Caius, deteniéndose—, deja que te lo explique...

—No —contestó ella—. No, no lo harás. No tienes derecho. Voy a encontrar el pájaro de fuego. Sin ti. Maldito mentiroso.

—Por favor. —Caius se interpuso entre ella y la puerta de madera por donde se penetraba en la cueva del Oráculo—. Nada ha cambiado. Deja que te

acompañe. Encontraremos el pájaro de fuego como teníamos planeado.

—¿Por qué? —preguntó ella, haciendo un gesto de incredulidad con la cabeza. Qué descaro fingir que aún formaban un equipo y estaban en el mismo

bando... No era la primera vez que humillaban a Eco, pero sí que la hacían sentirse tan estúpida—. ¿Por qué iba a dejar que le pusieras las manos encima?

Tiene razón el Oráculo: lo robarías. Se lo llevarías a los drakharin. ¿A que sí?

¿Ha sido siempre tu plan?

—No —respondió Caius con un tono de desesperación—. Lo que dije lo dije de verdad. Quiero la paz. Lo usaré para protegeros, a ti y a todo el mundo. Por

favor, Eco.

—¿Y por qué voy a fiarme de algo que salga de tu boca? —Eco dio un rodeo y

se acercó a la puerta que a decir del Oráculo la llevaría al pájaro de fuego—. Eres un mentiroso, Caius, y yo de los mentirosos no me fío.

El Oráculo, sentada en el rincón, hizo chasquear su lengua.

—Qué tozudos son estos niños —dijo como si Caius y Eco no estuvieran con ella—. Qué manía de enfrentarse al destino como si pudieran evitarlo.

—No, Eco, por favor —suplicó Caius con las manos levantadas—. Tengo que

encontrar el pájaro de fuego. Si no lo logro, tanto tú como yo lo perderemos todo. Tú te quedarás sin casa. Lo he visto, Eco. En un sueño. Sé que parece

una

locura, pero tienes que hacerme caso.

Eco se quedó quieta. Le zumbaba la sangre en los oídos.

—¿Mi casa? ¿Qué pasa con mi casa?

Caius se acercó muy despacio, como a un animal asustado de los bosques.

Eco

apretó los dedos alrededor de la daga. Por nada del mundo sucumbiría sin plantar batalla.

—Tu casa. La biblioteca. Es donde vives —respondió él—. Sé que te he dado motivos de sobra para no fiarte de mí, pero te ruego que esta vez lo hagas.

Ya estaba cerca, a poco más de un metro. Mientras lo observaba, Eco repasó

todo lo que le había enseñado el Ala acerca del lenguaje corporal. La pierna izquierda de Caius tembló un poco; casi nada, pero bastante para delatar su siguiente movimiento. Eco se aferró a la llave, cuyas púas de plata se le clavaron

en la piel, y con la otra mano levantó la daga. Cuando Caius se echó encima de

ella no la tomó desprevenida. Eco le hizo una zancadilla que provocó que cayera

con todo su peso en el suelo, a la vez que descargaba en su boca la base de la

mano. Él rodó por el suelo, pero solo consiguió incorporarse a medias antes de que Eco se le echara encima con el cuchillo.

—Para.

Eco aplicó la daga a su garganta. Cuajó en su piel una gota muy roja.

«Para.»

Paró. Era una voz interna, pero ajena. Sacudió la cabeza como si pudiera desprender la voz de su cerebro.

—Como intentes quitarme otra vez esta llave... —dijo. El temblor de su mano

hizo que se deslizase por el cuello de Caius, tan vulnerable y blanco, un fino reguero de sangre—. Juro por Dios que te mato.

«No es verdad.»

—Cállate —siseó.

Caius levantó las manos para aplacarla. Era tan profunda la tristeza de sus ojos que podría haberlos ahogado a los dos.

—No he dicho nada.

«No es su vida la que tenía que quitar esta hoja.»

Eco volvió a sacudir la cabeza, mientras Caius ponía cara de perplejidad.

—No lo entiendo —susurró ella.

«Sí que lo entiendes —repuso la voz—. Lo que pasa es que preferirías no entenderlo.»

Caius tenía el labio ensangrentado, por habérselo cortado con los dientes al recibir el golpe. Eco recordó la sensación de aquellos labios en los suyos, pero no vacilante y novedosa, como en el bosque, sino suave y lenta, de besos sin prisa en una cabaña junto al mar. No era un recuerdo suyo.

—No —negó.

El cuchillo volvió a temblar contra la garganta de Caius. Eco tuvo la vaga percepción de que le preguntaba con quién estaba hablando, y qué quería decir,



pero lo único que oía ella era la voz en su cabeza.

«Ya sabes lo que tienes que hacer», susurraba.

—Eco —dijo Caius—, ¿qué estás...?

Una fuerte sacudida le impidió responder. Algunos de los gatos de porcelana se cayeron y se hicieron añicos. El Oráculo se levantó de golpe y deslizó una mano fuera de su capa para recoger una de las calaveras antes de que chocara con el suelo.

—Os agradecería que dejarais de discutir —pidió. Señaló la pared de relojes.

Su manga, al retirarse un poco, permitió apreciar que las escamas y las plumas seguían por el brazo—. Casi es medianoche, pero no es el pájaro de fuego lo

único que se nos echa encima. —Se acercó a la roca y pegó el oído—. Está aquí tu hermana, joven príncipe.

Justo en ese momento se oyó un grito de mujer al otro lado de la puerta por la que habían entrado.

—¡Caius!

La potencia de su voz hizo temblar la sala por segunda vez, al tiempo que algo

muy pesado golpeaba los muros del santuario. El aire crepitaba de calor, incluso

dentro de la cámara del Oráculo.

—Es Tanith —anunció Caius—. Seguro que nos ha seguido. —Se puso en movimiento. Eco apartó bastante el cuchillo para que se levantara, pero lo mantuvo junto a la garganta—. Como te encuentre te matará.

Alrededor de la puerta de piedra se filtraban cintas de humo por las grietas.

Eco reconoció el hedor de algo que se quemaba al otro lado. Tanith. La hermana

del Príncipe Dragón. La hermana de Caius. Los había encontrado, y morirían todos convertidos en cenizas por su fuego.

«No —intervino la voz—. No si lo evitas tú.»

—¿Cómo? —preguntó Eco mientras apartaba muy, muy despacio el cuchillo de la garganta de Caius.

Él se la frotó, pero no se acercó. Aunque lo llamase Tanith, mantenía fija en Eco la mirada de sus ojos, oscuros, verdes y tan hermosos como siempre.

«El pájaro de fuego. Ve a buscarlo.»

En la mano de Eco la llave palpitaba con un calor tan intenso que estuvo a punto de soltarla, pero era como si la tuviera pegada a la palma. Dudó que Caius

hubiera podido quitársela, aun teniendo la oportunidad.

—¡Caius! —llamaba Tanith, que ya estaba más cerca, justo al otro lado de la puerta de piedra del santuario, desde donde se oía su voz—. Caius, ¿dónde estás?

La siguiente en hablar fue Eco, dirigiéndose esta vez a Caius. Al infierno con la voz de su cabeza.

—Mis amigos. Están fuera.

—Yo te protejo —dijo él, desenvainando los dos largos cuchillos—. No dejaré

que te haga daño.

Aun cuando Tanith nunca le hubiera puesto un dedo encima a Eco, la voz de su mente exhaló un suspiro entrecortado de terror. Sacudió la cabeza, haciendo

que se le agitara el pelo por la cara.

—No. —La llave de su mano palpitó con una fuerza enorme—. Protégelos a ellos.

Dio media vuelta, abrió de un empujón la puerta de madera y corrió hacia las respuestas que tenía la esperanza de encontrar. Al fondo había una puerta, de la

que la separaba un largo pasillo. Corrió hacia ella, estampando con fuerza sus botas en la piedra mientras la llamaba Caius.

«Corre, Eco —susurró la voz de su cabeza—. Y surge.»

51

El cielo estaba rojo.

No era el rojo cálido del atardecer contemplado por Ivy sobre los derribados muros de la abadía en ruinas; tampoco el rojo alegre de las manzanas recién tomadas del árbol, maduras, turgentes, deliciosas, ni el intenso color de las hojas de arce en otoño. Era el rojo, oscuro y denso, de la sangre recién vertida. O del

carbón encendido. El aire, casi irrespirable, olía a cenizas y humo. Alguien chocó

contra Ivy y la arrojó de espaldas contra las afiladas piedras del muro de la cueva. Levantó la vista, pero una superficie azul marino y plateada le impedía ver las llamas que invadían el cielo.

Dorian.

Empujó su pecho, pero no se movía. Se había interpuesto entre Ivy y lo que, saliendo por un agujero en el cielo, lo había incendiado. Reconoció el olor a ozono del entrespacio, aunque con una intensidad desconocida. La puerta que acababa de abrirse en el cielo debía de ser enorme. Como para que cupiera todo

un ejército.

La entrada de la cueva explotó hacia el interior, reventada por una bola de fuego. Una lluvia de piedras, pequeñas y afiladas, acribilló a Ivy y Dorian. La fuerza de la explosión lanzó la cabeza de Ivy contra el muro, llenando su campo

visual de unos fuegos artificiales que nada tenían que envidiar a los de su alrededor. Dorian le había puesto una mano en cada lado de la cara y le sujetaba la cabeza con las palmas. Se le movían los labios. Su único ojo escrutaba

los de Ivy para ver si le entendía, pero lo único que oía ella era un zumbido estridente. Aunque nunca hubiera tenido una conmoción cerebral, mucho se temió que fueran así.

Dorian se apartó con la espada en la mano y se dio media vuelta, convertido en un borrón azul y plata. Ni siquiera el zumbido de los oídos de Ivy tapó el inconfundible choque de dos aceros. Su cerebro pugnaba por hallar algún

sentido a lo que estaba viendo: Dorian luchando contra dos soldados y haciendo

silbar su espada en el aire al esquivar como un danzarín las relucientes cuchillas

doradas que hacían juego con las armaduras —no menos relucientes ni doradas

— de sus contrincantes.

Dragones de fuego. Dorian estaba luchando con dragones de fuego, y ninguna de las estocadas y arremetidas de sus enemigos lograban que se apartara de delante de Ivy, usando su cuerpo como un escudo entre ella y sus espadas. La estaba protegiendo. Un dragón de fuego se lanzó sobre ellos, pero la

espada de Dorian se introdujo por una muesca de su armadura, haciendo brotar

un chorro de sangre que manchó su blanca piel con salpicaduras muy rojas.

Ivy pugnó por levantarse, clavando los dedos en la piedra que tenía detrás, mientras irrumpían más dragones de fuego por la entrada de la cueva. Intentó advertir a Dorian, pero sus gritos se perdieron en la cacofonía de las piedras al caer, y en el fragor de las llamas. Cuatro dragones de fuego ocuparon el lugar del que había matado Dorian. Por muy veloz, fuerte o diestro que pudiera ser este último, estaban condenados a morir los dos. Eran muchos, y él uno solo.

Los dragones de fuego atacaron en bloque, y aunque Dorian mantuvo a raya a tres hubo uno que se escabulló, rodeó a los demás y lo apuntó directamente con su espada, por la espalda. Todo el mundo de Ivy se redujo a aquella sola hoja que surcaba el aire con dorada elegancia, y aunque avisó a Dorian a grito pelado, ya sabía que era demasiado tarde.

Justo entonces cayó alguien sobre Dorian, con tanta rapidez que Ivy solo tuvo un atisbo de plumas (azules, moradas y verdes) antes de ver a Dorian en el suelo. Era Jasper. Pero no se unió a Dorian en el suelo de la cueva, que seguía frío a pesar de las llamas que todo lo invadían. La espada que sobresalía del cuerpo de Jasper, ligeramente descentrada, lo había ensartado como una pieza de volatería.

Abrió y cerró la boca, preso de una muda conmoción. Dorian lo miraba

fijamente, pálido y sobrecogido bajo las manchas de sangre que en su piel parecían pecas rojas. Hasta el dragón de fuego en cuya mano estaba la espada que había atravesado a Jasper mostraba cierta sorpresa por que hubiera un ávicen en la otra punta. Pero si algo reclamaba la atención era el dolor que se cebaba ferozmente en la cabeza de Ivy, tomándola en sus garras para llevársela a

los abismos. Lo último que pensó antes de ser engullida por la oscuridad fue: Qué interesante.

52

Eco corría, pero el pasillo parecía de una longitud inverosímil. Tras ella, los múltiples relojes del Oráculo dieron las doce, y fue tan intenso el fogonazo de la

llave y la daga en sus manos que la hizo tropezar. Cayó de rodillas, asaltada por

un dolor agudo de cabeza. Lo acompañaba un caleidoscopio de imágenes sin el

menor sentido: visiones de sitios conocidos (la biblioteca, la habitación del Ala en el Nido, Grand Central) mezcladas con otras que nunca había visto, y lugares

donde no había estado. Una cabaña junto al mar. La playa que solo había pisado

en sueños. Se levantó con gran dificultad. El dolor era tan intenso que parecía capaz de reventarle el cráneo. Se apoyó en la pared y se impulsó hacia la puerta

del fondo del pasillo.

Detrás de Eco se oía una batalla en su apogeo (choque ruidoso de metales, el

estruendo de un fuego abrasador), pero ella estaba en otro mundo, que solo contenía la puerta del fondo del pasillo y los recuerdos que uno tras otro se lanzaban sobre ella y pasaban a velocidad de vértigo. Retazos de una vida, la suya, y de otras que no eran la suya ni podían serlo. No debería haberlos recordado. No los había vivido. No los había formado ella, esos recuerdos, ni había visto lo mismo que esos ojos. Corrió sin ver lo que tenía delante, cegada por el caos de su propia mente.

... con el polvo de sombra en la mano, para embadurnar el marco de la puerta que se abría a la negrura del entrespacio...

«... la urraca es la única ave capaz de reconocer su propio reflejo...»

...unas manos de hombre, curtidas por haber manejado la espada muchos años, encima de las suyas, pero no, no eran las suyas, sino manos ávices; y por

debajo de sus brazos Eco tenía plumas, con franjas perfectas de color blanco y negro, como las alas de las urracas...

«De su jaula de huesos surgirá...»

... una voz que hablaba de urracas, una voz que era la suya y al mismo tiempo no lo era, no siempre al menos, en un nido de suntuoso mobiliario en lo

más alto del mayor campanario de una catedral, con vidrieras que pintaban de colores la luz que entraba por ellas, ladrones excelentes, urracas...

«...el pájaro que canta a medianoche...»

... la larga línea de una espalda esbelta, parcialmente cubierta por una sábana arrugada, y una fina trama de escamas iridiscentes en los bordes de una columna vertebral masculina, iluminadas con dulzura por la luz de la luna que entraba por la ventana; y ella que tocaba esa línea de escamas,

contándolas una

por una y haciendo dibujos en la piel del hombre dormido...

«... y entre sangre y cenizas clamará...»

... el Ala, que con voz suave, etérea, llamaba a Eco su pequeña urraca...

«... la verdad que todos desconocen...»

... labios que rozaban su nuca, y brazos que enlazaban su cintura, firmes, fuertes, seguros; y ni una sola duda, ni la más pequeña, de que fuera amada...

«Somos como somos por los recuerdos. Sin ellos no somos nada...»

... el fuego entrando como un huracán por su ventana, y alguien conocido, alguien amado, que gritaba su nombre mientras ella se quemaba, se quemaba, se

quemaba...

Llegó al final del pasillo y se dejó caer contra la puerta, en cuya cerradura intentó encajar la llave. Cayeron sobre ella otros recuerdos, menos familiares, más lejanos en el tiempo y la distancia: recuerdos de su propio cuerpo cubierto

por plumas de tonos celeste, oro y carmesí. La imagen de sus propios nudillos salpicados de escamas que brillaban bajo un campo de estrellas. Parecía que se le

estuvieran rompiendo las costuras de la piel debido a la fuerza de cien almas que

se disputaban un lugar dentro de un solo cuerpo.

La llave, finalmente, entró. Eco abrió de golpe y cruzó con tanto ímpetu la puerta que se cayó de rodillas, mirando fijamente lo que según el Oráculo le mostraría el pájaro de fuego.



Un espejo. Era un espejo. Clavó la vista en él mientras su pecho subía y bajaba con cada resuello, y su mano aferraba la daga con la fuerza de un torno,

clavándose en la palma las urracas de ónice y de perlas.

Miró el espejo y solo se vio a sí misma.

Era ella. Eco era el pájaro de fuego. El pájaro de fuego era Eco. Tuvo ganas de

reír, pero solo le salió un sollozo ahogado.

Cerró los ojos. Vio pasar visiones de mundos enteros, imágenes fijas,

momentos tan revueltos que no se podían interpretar. Ecos de vidas que nunca

había vivido, y de lugares que jamás había visto. Ecos dentro de otros ecos, y estos dentro de Eco. Y entre sus formas cambiantes, que se fundían en manchas

de colores y chorros de sonido, resaltaba un recuerdo: una cabaña junto al mar y

un hombre al lado de ella. En el recuerdo era mucho más joven, como si el tiempo y las tragedias aún no hubieran deslucido su brillante novedad. Caius.

Ya la conocía de antes. No, a ella no, a otra persona cuyos recuerdos se mezclaban con los de Eco.

«Sí», susurró la voz que había frenado su mano cuando ya apretaba la daga contra el cuello de Caius. Eco supo lo que tenía que hacer. Se le cerraron los ojos, y detrás de sus párpados se deslizaron las imágenes. La luz de una sonrisa

en el rostro de Ivy. Los titubeos de Dorian en respuesta a una bondad que no entendía. Jasper con su mueca de saber demasiado. La cara de Rowan, llena de

ternura, y quizá hasta de amor. Y Caius, sonriéndole como si acabara de acordarse de cómo se hacía. Eco podía salvarlos. Podía protegerlos de los peligros

que amenazaban con derruir su mundo; de Tanith y su fuego; de la guerra que prometía tragárselos enteros. Podía. Podía arreglar las cosas. Pero antes de surgir tenía que caer. Mirándose a los ojos en el espejo, levantó muy en alto la daga y

apretó los dientes y la empuñadura.

—Por mi sangre.

Descargó el cuchillo, que se clavó en su piel y penetró entre los huesos de su caja torácica con una dolorosa fricción. Solo dispuso de unas décimas de segundo para percatarse de que la sangre que goteaba de la empuñadura era la suya, porque justo entonces un torbellino de humo y llamas hizo saltar la puerta

de sus goznes.

Lo último que vio antes de que se le cerraran los ojos, agradecidos por el negro olvido de la muerte, fue a Caius, cuya boca se movía al gritar su nombre,

mientras la llama de Tanith invadía la habitación, y a Eco con ella. Ya estaba. Su

vida terminaba así. Con sangre y con cenizas.

53

—El pájaro de fuego no es un «qué» —había dicho el Oráculo—, sino más bien

un «quién». Y tú, Rose, eres su portadora.

Sentada ante la chimenea de su cabaña, con las rodillas contra el pecho y los hombros cubiertos por una manta, Rose daba vueltas mentalmente a sus palabras. Parecía mentira que una sola frase pudiera cambiar irrevocablemente toda una vida.

Removió con un atizador el fuego que se estaba consumiendo. Caius había salido en busca de más leña. Rose aún no tenía decidido hasta qué punto quería

contarle su visita al Oráculo. Había salido cuatro días antes, sin que él supiera adónde. Solo sabía que iba a seguir una pista sobre el pájaro de fuego. De no ser

por Caius, Rose no habría conocido la existencia del Oráculo, ni habría seguido

la corazonada de que sería allí donde encontrase las respuestas.

Habían estado contándose historias delante de la misma chimenea,

acurrucados debajo de la manta. Caius se lo había explicado todo sobre su elección del año anterior y su visita al Oráculo. Se habían reído un poco de la banalidad de la sentencia pronunciada por este último («Hazle caso al corazón...

¡venga ya!»), y entre besos indolentes habían cuidado como oro en paño aquel tiempo robado del que tan pocas veces disponían. No era habitual que Caius pudiera escabullirse de la fortaleza sin ser acompañado por un séquito de guardias. Eran momentos de grandísimo valor, momentos sagrados, y Rose, que

había traicionado la confianza de Caius, no estaba segura de que él pudiera perdonárselo.

Suspiró y apoyó el mentón en las rodillas. Estaba enamorada de Caius, sobre

eso no albergaba duda alguna, pero en parte echaba de menos lo sencilla que había sido su misión antes de haberle hecho entrega de su corazón. Encuentra el

pájaro de fuego, le había ordenado el Consejo de Ancianos. Aún se acordaba de

la mirada de absoluta convicción de Altair al llevársela a un lado y pedirle que hiciera todo lo necesario para llevar la misión a buen puerto, incluido seducir al

Príncipe Dragón para obtener información. Rose siempre había estado muy

segura de lo que podía ofrecer: belleza, inteligencia y rapidez mental, y no le había sorprendido que Caius sucumbiera a sus encantos. Por el contrario, sí había sido sorprendente sucumbir a los de él. Algo debía de haber sospechado Altair al dejar de recibir sus partes la última vez que Rose había estado en Japón,

pero bueno, cada problema a su debido tiempo.

La puerta se abrió de golpe, y apareció Caius con los brazos cargados de leña recién cortada. Le encantaba aquella vida sencilla y hogareña junto al mar, en la

cabaña. Rose no habría sabido describir lo entrañable que se le antojaba aquella

ingenuidad. Era tan joven Caius, tan esperanzado, por muy príncipe que fuera...

La verdad lo habría destrozado. Habría sido demasiado para él saber que el pájaro de fuego (que a sus ojos no era más que un motivo de fascinación erudita) requería la muerte de Rose para manifestarse. De hecho era excesivo hasta para la propia Rose. Resonaron de nuevo en su cabeza las siguientes palabras del Oráculo, como si formaran un bucle interminable.

«Para desatar el poder del pájaro de fuego tienes que demostrar que eres

digna de ello.»

Rose había deambulado dos días por el bosque, buscando la cascada. Tenía el plumaje lleno de barro, y pocas ganas de demostrar si era o no digna a un ser metafísico salido de las leyendas.

—¿Demostrar que soy digna? ¿Qué quiere decir eso? —preguntó—. ¿Qué comporta, exactamente?

El Oráculo se sentó en la banqueta de su clave y toqueteó las teclas, sacando una melodía familiar. La nana de la urraca. La canción que se les cantaba a todos los pequeños ávicen a la hora de acostarse.

—El portador debe ofrecer un sacrificio realmente desinteresado —le dijo a Rose—. El sacrificio de los sacrificios.

Se dio la vuelta hacia ella, aunque su cara seguía sin verse a causa de la capucha.

—Tienes que preguntarte qué estarías dispuesta a perder a cambio de ese poder. El pájaro de fuego hará que termine esta guerra, pero es posible que no sea el final que desees. Tan posible es la paz como la destrucción.  
¿Renunciarías

a tu vida por ese poder? —El Oráculo miró el clave y dejó los dedos sobre el teclado—. ¿O a la de él?

A Rose no le había hecho falta que concretase a quién se refería. Miró a Caius, que tras añadir un nuevo tronco al fuego tendió la mano hacia el atizador. Rose se lo dio. Él lo usó para empujar el tronco y ponerlo en su sitio. El fuego revivió con un chisporroteo. Caius se acostó en los cojines tirados por el suelo, junto a Rose, que levantó la manta para que pudiera meterse debajo.

Caius la abrazó por la cintura y depositó un beso en su sien, mientras acariciaba con su nariz las plumas negras y blancas.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó—. ¿Has encontrado lo que buscabas?

Ella sonrió, sabiendo que no podía decírselo. La verdad era un peso que debía de llevar sin ayuda.

—No. Era otra pista falsa.

Caius apoyó su frente en la de ella y le dio un beso casto en los labios.

—La próxima vez, quizá.

Rose cerró los ojos y respiró su olor.

—Sí —susurró—, la próxima vez, quizá.

Por muy portadora que fuese del pájaro de fuego, su destino le pertenecía. Si quitarse la vida para desatarlo entrañaba hacer daño a sus seres queridos, no lo

haría. El Oráculo le había prometido que nacería otro portador. Tal vez fuera egoísta, pero Rose sabía que no estaba dispuesta a sacrificar a Caius, o lo que compartían, por una cuestión de poder.

Al salir de la Selva Negra había dedicado dos días a dejar un rastro de pistas para que las siguiera el nuevo portador. Que se ocupara otro del destino. Rose era joven, y estaba enamorada, y a falta de otra cosa tenía aquel momento, el de

arrimarse a Caius debajo de una manta. Sus amores eran peligrosos. El final de

aquella aventura sería en cualquier caso la muerte de Rose, bien en manos de su

propio pueblo, bien en las del de Caius. Tarde o temprano morirían con Rose sus secretos, pero el pájaro de fuego seguiría viviendo. Y surgiría de nuevo, como un fénix de sus cenizas.

54

Eco se cayó sin que sus dedos manchados de sangre soltasen la daga, y fue como

si a Caius también le hubieran clavado un cuchillo. Creía que su corazón había

muerto con Rose, en un incendio provocado por Tanith, pero al ver en el suelo

el cuerpo de Eco, como una muñeca rota, lo sintió latir en sus costillas como si

palpitase por primera vez en cien años. De la herida de Eco manaba una sangre

espesa y carmesí, que empapaba la tela de su camisa. En las venas de Caius hervían una rabia y una desesperación que no había sentido en más de un siglo.

Los puños de Tanith desprendían un fuego que se deslizaba hasta sus hombros, reflejándose en la dorada armadura.

—¿Dónde está, Caius?

El olor de humo era tan fuerte que a Caius le ardía la nariz. No, pensó sin apartar la vista del pecho inmóvil de Eco, deseando con toda su voluntad que lo

hinchiera un poco de aire. Parecía muerta, pero no se podía estar seguro. No, por favor, pensó, así no. No os la llevéis como a Rose.

—El pájaro de fuego, Caius —dijo Tanith—. ¿Dónde está?

—¿Ahora lo quieres?

La voz de Caius era como sal en la carne viva de su garganta. A duras penas veía algo más allá del humo que llenaba el aire.

—Sí, porque ahora tengo motivos para considerar que existe de verdad. —

Tanith nunca había sido muy sensible a las pequeñas ironías de la vida—. De nada vale resistir, hermano. Tengo fuera a dos docenas de dragones de fuego.

No dudo de que Dorian esté luchando valerosamente, pero son demasiados.  
No

tenéis ninguna posibilidad.

Caius cerró bien las manos alrededor de los cuchillos. Tenía que alejarla de Eco. No pensaba convencerse de que estuviera muerta. Ahora no. Allí no. Así no.

—¿Cómo nos has encontrado?

Tanith puso los ojos en blanco, aunque no bajó la guardia.

—Te conozco, Caius. Aposté centinelas en todos los sitios adonde pensé que podrías acudir en tus momentos de necesidad. ¿Creías de verdad que no se me

ocurriría tener vigilado al Oráculo?

Hasta entonces Caius no lo había pensado. Se había enfrascado tanto en la búsqueda, y en Eco, que no había sabido ver la posibilidad de que Tanith anduviera un paso por delante, a pesar de que siempre hubiera sido la mejor estrategia de los dos. Debería haberlo sospechado. Tonto, más que tonto. Pero aún no estaba todo perdido. Todavía no.

—No puedo dejar que te quedes el pájaro de fuego —dijo—. Ni puedo ni lo



haré.

—No seas estúpido, Caius.

Tanith desenvainó su espada, cuyo acero tenía el brillo rojo de una brasa. Su fuego penetraría en cualquier superficie que tocase. Se acercó a su hermano con

la hoja desnuda en la mano, esquivando trozos de piedra y maderas retorcidas.

Esa noche, la sangre de Tanith adornaría los cuchillos de Caius. Por mucho empeño que hubiera puesto él siempre en resistirse, en el fondo siempre había sabido, en una parte oscura de su corazón, que entre los dos las cosas no podían

acabar de otra manera.

—Lo hago por nuestro pueblo —afirmó Tanith.

—¿Nuestro pueblo? Ribos formaba parte de él, al igual que todos los

drakharin a quienes has matado por interponerse entre ti y tus delirios. Ni te atrevas a hablarme de nuestro pueblo. —Los ojos de Caius, llorosos ya a causa del humo, se irritaron aún más al llenarse de lágrimas de rabia—. Lo has masacrado.

—He hecho lo que había que hacer —replicó ella con los dientes apretados—.

Lo que no habías podido hacer tú. Ni querido. Estaban perdiendo la fe en ti y en

el trono del Príncipe Dragón. Yo les he dado un objetivo.

—¿Y eso te ayuda a dormir bien? —Caius caminaba alrededor de su hermana sin quitarle la vista de encima ni un momento. Casi había llegado hasta Eco.

No

estés muerta, pensó; por favor, no estés muerta—. ¿Te crees tus propias mentiras? ¿De verdad?

—Tengo la conciencia muy tranquila, Caius.

La enemistad entre los dos había crecido durante años, pero Caius nunca había renunciado a la esperanza de poder superarla algún día y tener de nuevo junto a él, como aliada y amiga, a su hermana. A esa endeble esperanza se había

aferrado incluso después de lo de Rose, pero ya no podía fingir que era posible el

perdón. Tanith se lo había arrebatado todo. Pocas cosas habían merecido el verdadero amor de Caius. Y todas las había destruido su hermana de forma sistemática.

—No vencerás —sentenció—. No lo permitiré.

Durante medio segundo Tanith cerró los ojos y dilató la nariz, resoplando de contrariedad. La punta de su espada descendió apenas uno o dos centímetros.

—No lo hagas, Caius. Aunque no te lo creas eres mi hermano. Llevamos la misma sangre, y no quiero hacerte ningún daño. Nunca ha sido esa la cuestión.

No te enfrentes a mí. No tienes título ni ejército. Tus aliados están muertos o agonizan. No tienes nada.

—Sí —repusó Caius, con uno de sus cuchillos largos en equilibrio sobre su mano—, tengo esto.

Lo lanzó. Tanith levantó su espada para rechazarlo y arrojarlo a un lado.

Caius disponía de menos de un segundo para usar el otro cuchillo, pero fue suficiente. El segundo acero fue derecho hacia el blanco, se clavó en el hombro

de Tanith y al salir por el otro lado la clavó a la pared de madera de detrás.

Tanith chilló. Alrededor de su cuerpo brotó un fuego alimentado por su ira, y

las llamas chillaron al mismo tiempo que ella, abrasando todo el aire de la habitación. El tiempo que ganara Caius no sería mucho, pero sí suficiente. Tenía

que serlo. Tomó a Eco en sus brazos y, procurando no pensar en lo flácida que la

sentía, salió corriendo, mientras rugía en sus oídos la rabia de Tanith.

El aire se había cargado de humo, y de olor a carne quemada. Caminaba

entre llamas, rodeado por el crepitar de las señales del poder de Tanith.

Tropezó

con un montón de harapos. El Oráculo. De su cuerpo, encogido en el suelo de

piedra, aún salía humo. Su túnica se consumía entre pequeñas nubes. El hedor

de la carne requemada provocó una arcada a Caius, cuyo estómago dio un

vuelco.

Fuera había desaparecido el lago. Solo quedaba un árido cráter sembrado de

blancas espinas de pescado. Debía de haberse sostenido todo por el poder del Oráculo, un poder que había muerto con ella. Una parte recóndita del ser de Caius lamentó su muerte y temió por los amigos a quienes habían dejado en la

otra orilla, pero en poco más podía pensar que en el cuerpo que llevaba en brazos. Eco estaba tan inerte, tan quieta, tan pequeña... ¿Cómo podía ser que

hasta entonces no se hubiera fijado en lo pequeña que era?

Dejó atrás el lecho seco del lago, y los cuerpos inmóviles de media docena de dragones de fuego. Debía de haberlos contenido Dorian, aunque el humo no le

permitió buscarlo con la mirada, ni a él ni a ninguno de los otros. Cuando encontrase un lugar donde pudiera invocar el entrespacio los encontraría y los pondría a salvo. Se dijo que Eco parpadearía, herida pero viva, y que no le pasaría nada.

Nada más poner el pie más allá de la entrada de la cueva, donde las rocas que bordeaban la cascada (ya sin agua) brillaban como brasas, levantó la vista justo a

tiempo para ver cómo se desgarraba el cielo. Grandes nubes negras escupieron

todo un batallón de halcones de combate ávices que lanzaron sus gritos de batalla hacia la fría oscuridad de la Selva Negra. Altair. No podía ser otro.

También él los había encontrado. Seguro que había seguido su rastro. La muerte

del Oráculo había neutralizado las salvaguardias que rodeaban el bosque. Sus enemigos les habían seguido la pista, y la guerra era inminente.

55

Resucitar no fue un viaje tan lleno de emociones como había previsto Eco.

Flotaba ingrávida en un mar de oscuridad. Por lo único que era consciente de que tenía un cuerpo era por el dolor, intenso y cegador, presente en todas partes

a la vez. Muy despacio, con una inimaginable lentitud, su mente subió a la superficie y oteó un punto de luz en la distancia, débil y aislado. Su cuerpo se

desprendió de la muerte como las serpientes de su piel. Nada tenía de poético el

proceso, ni de remotamente trascendental.

Sin embargo, por mucho empeño que pusiera en estirarse, la luz seguía en el mismo sitio, lejana e inalcanzable. Le ardía el pecho. Se preguntó si era eso lo que se sentía al ahogarse. Dolía. Dolía tanto, que una pequeña parte de su ser deseó haber podido seguir muerta.

«Despierta.»

La misma voz, aunque esta vez Eco supo quién era.

—¿Rose?

La voz de Eco sonaba a todos los efectos como un eco en el interior de su cabeza. Su vida se había convertido en un juego de palabras. Genial.

«Es hora de despertarse, Eco.»

—¿Dónde estoy?

«No donde deberías.»

—Pero... ¿cómo...?

«Ahora no tenemos tiempo. Te necesitan tus amigos.»

Ya estaba harta de jeroglíficos en doble taza.

—¿Y cómo salgo de aquí?

Una risa seca y nítida rebotó en las paredes de su cráneo.

«Eres el pájaro de fuego —dijo Rose con una voz tan suave como los pétalos en los que se inspiraba su nombre—. Vuela.»

Ah, pensó Eco. No le hizo falta preguntar cómo, ni por qué, ni adónde. Lo supo como si siempre lo hubiera sabido. Abrió las alas, como si no hubiera nacido para nada más, y voló.

56

El primer sentido que recuperó Eco al levantarse del cieno de la muerte, tozudo

y pegajoso como el cemento fresco, fue el oído. Oyó aceros que chocaban, chasquidos de troncos al quemarse y alaridos victoriosos o aullidos de derrota.

Cada ruido despertaba un dolor palpitante en su cabeza. Eran tan fuertes, de una potencia tan inconcebible... De haber podido mover sus manos se habría tapado las orejas. Unas orejeras. Necesitaba unas orejeras, pero lo único que tenía era un lecho de guijarros inmisericordes que se le clavaban en la columna

vertebral, y la peste nauseabunda de la carne abrasada que se le metía en la nariz.

Resucitar era un asco. Y aún lo era más resucitar en medio de una batalla.

Abrió un poco los ojos, que se le empañaron enseguida. El aire estaba lleno de humo, pero también de otra cosa que reconoció. Apretó los párpados e hizo

un desesperado esfuerzo por identificar aquel olor. Era punzante como el del ozono. Sus ojos se abrieron como platos. El entrespacio. En principio la Selva Negra era zona nula. Lo había dicho Caius. Dentro de sus fronteras no se podía

acceder a ninguna puerta. Al incorporarse, sin embargo, enredándose el pelo con

ramas de sauce, vio el infierno que había vomitado el cielo.

Nunca había visto ninguna guerra, pero seguro que eran así. Los halcones de

combate se enzarzaban con los dragones de fuego, formando un sangriento amasijo de brazos, piernas y armas. Por encima de todo, como un dios de bronce, Altair se fraguaba un camino por el mar de cuerpos como si fueran cerillas. Eco vislumbró el gris plateado del cabello de Dorian, asaltado al instante nada menos que por seis dragones de fuego bajo los que desapareció, arrollado

por los suyos. Buscó en la muchedumbre algún atisbo de la cabeza blanca de Ivy,

o de las plumas de pavo real de Jasper, pero solo vio una amalgama de cuerpos

destrozados, y en todas partes, fuego.

Su mirada recayó en Caius, que en plena batalla segaba por igual halcones de combate y dragones de fuego. En algún momento había perdido sus cuchillos.

Eco reconoció la espada que tenía en la mano. El Príncipe Dragón luchando con

un arma ávica. Eso no se lo esperaba. Claro que tampoco se había esperado ver

que se quitaba ella misma la vida y resurgía de entre los muertos con una energía extraña en su interior. Era un día de novedades.

La espada de Caius, que seguía combatiendo, chocó contra la armadura de

un halcón de combate caído. La capa de este último era igual de blanca que las otras, y su armadura de bronce idéntica a la que llevaban sus camaradas, pero Eco habría reconocido en todas partes el porte de sus hombros, la curva de su mandíbula y aquellas plumas con manchas doradas. Altair había llevado sus tropas al combate, y tras él había ido Rowan, fiel, valiente y bello. En ese momento se dio media vuelta, como si se sintiera observado, y cuando su mirada coincidió con la de Eco sus cejas se juntaron por encima de

sus ojos de

color marrón claro. La llamó a gritos, pero el fragor de la batalla sepultó su voz y dejó que se desperdigasen las palabras en el aire achicharrado. La miró como si

no la hubiera visto nunca, como si Eco fuera algo nuevo, extraño y terrible. Justo

cuando Caius levantaba la espada para abatir definitivamente a Rowan, se oyó en la boca de la cueva del Oráculo un chasquido cuya fuerza era como la de un

trueno.

En la entrada se arremolinaba el fuego, como si saliese a chorros de la cueva.

Con los brazos en alto, Tanith, bajo el dintel, hacía que las llamas acataran sus órdenes. Iba a calcinar el bosque entero. Eco nunca se había sentido tan pequeña y desarmada. Contra Tanith no tenían ninguna posibilidad. Morirían en la Selva Negra, tostados por el fuego hasta que les crujiera la sangre.

Agazapada tras las ramas colgantes del sauce a cuyo pie la habían depositado, y cuyas hojas brillaban amarillas a la luz del fuego de Tanith, Eco volvía a tener

siete años, y a esconderse de los monstruos de fuera. La voz de Rose, no obstante, se hizo oír con las mismas palabras que cuando Eco aún flotaba en el

negro inframundo.

«Te necesitan tus amigos.»

No tenía siete años, ni estaba sola. No se escondería, ni de Tanith, ni de Altair, ni de nadie. No mientras pudiera evitarlo. Ni mientras la necesitaran sus



amigos.

Haciendo acopio hasta de la última pizca de valor, se puso en pie. Pensaba que sentiría una punzada de dolor en el lugar del pecho donde se le había clavado la espada, pero al bajar la vista descubrió que su piel se había curado, y

que solo quedaba el fruncido casi imperceptible de una leve cicatriz. Anda, pensó, qué nueva habilidad más divertida.

En cuanto la vio Tanith, Eco se dio cuenta. Estaban demasiado alejadas para que pudiera ver sus ojos, pero se acordó de lo rojos e iracundos que eran, aunque no fuera suyo el recuerdo. Era como mirarse en un espejo distorsionado

que mostrara retazos de una vida ajena como si fuera suya. Retazos de cuando

Tanith había hecho que las llamas consumieran la cabaña con Rose en su interior. La recorrió un estremecimiento de rabia feroz.

«Sí.» La voz de Eco resonó dentro de su cabeza. «Ya sabes qué hacer.»

Eco levantó las manos de la misma manera que Tanith. No se lo cuestionó.

No se puso en duda a sí misma. Se limitó a alzar las palmas e invocar el fuego que sentía arder bajo su piel, pensando: Arde.

Vio con el rabillo del ojo que Caius, dando la espalda a Rowan (el cual, por

fortuna, seguía respirando), la miraba fijamente como si hubiera salido de una pesadilla. Luego echó a correr para tratar de interponerse entre Eco y Tanith, pero fue Altair, abriéndose paso por el revoltijo de cadáveres, el primero en llegar hasta él. Su espada dibujó un arco en el aire. El tiempo se detuvo, y Eco lo vio todo como a cámara lenta. Altair asestó un mandoble directamente al centro

del pecho de Caius. Una vez más, Eco pensó: Arde.

De sus palmas abiertas brotaron llamas negras y blancas, tan bien dibujadas como las plumas de una urraca, y sin la menor semejanza con los tumultuosos rojos y amarillos de Tanith. Su ardor se fue intensificando, primero en

pulsaciones desiguales y después con una fuerza que acabó por conferirles la misma intensidad que el sol, y la misma negrura que la noche. El palpitar salvaje

de su corazón era como un impacto de alas en sus huesos. Bajo su piel hervía una potencia que pugnaba por ser libre, pero el cuerpo de Eco era una jaula, en

cuyo interior mantuvo preso el poder del pájaro de fuego. De pronto se rio, y el

fuego salió disparado. Enroscándose y tejiéndose en el aire, las llamas chocaron

con las de Tanith, pero esta ni siquiera se inmutó.

Las dudas de Eco hicieron parpadear las llamas negras y blancas. Vertía en aquel fuego todo lo que era y había sido, y todo lo que pensaba que sería, pero

no era suficiente. Tanith era demasiado fuerte, y el poder de Eco demasiado nuevo y débil. Las llamaradas de Tanith machacaron a las de Eco hasta que estas, muy brillantes, se tiñeron de un turbio y triste gris.

Caius, a lo lejos, hincó las rodillas en el suelo, frente al cuerpo de Altair, de cuyas plumas salía humo. Después clavó en Eco su mirada, una mirada desnuda

y expuesta, y ella sintió retorcerse en sus entrañas algo profundo y secreto. Sus llamas adquirieron fuerzas renovadas. Sintió en su mente el impulso de Rose.

Tanith contrató. Eco cayó de rodillas, y en sus palmas el fuego se extinguió.

No era momento de morir. Otra vez no. No estaba preparada. No había terminado. Tenía que ver por última vez a Ivy, para decirle que se alegraba de ser su amiga. Y a Rowan. Le quedaban tantas cosas por decir... Aún le debía tanto... Tenía que darle las gracias por haberla liberado, y pedirle perdón por Ruby, y por haber traicionado su confianza, y por haber huido de él. Quería decirle al Ala que la quería. Lo último que oyó antes de perder el conocimiento fue un susurro de plumas, como un ruido de alas en la brisa. Sobre el bosque se

cernía negro el entrespacio. Después, solo silencio.

57

En lo primero que reparó Jasper fue en el dolor. Era bueno, el dolor. Quería decir que estaba vivo, aunque también que no se alegraría mucho de estarlo. Le

dolía más la cabeza que cuando había intentado desafiar a copas a todo un bar lleno de brujos. Con cada respiración se encabritaban de rencor los músculos de

su abdomen. Se puso una mano en la barriga y sus dedos resbalaron por algo caliente y húmedo. Sangre. Pues vaya.

En lo segundo que reparó fue en que no tenía debajo piedra fría y dura, sino el blanco afelpado de su moqueta. Ahora ya se podía decir que no tenía arreglo.

Tendría que pedir una nueva, de importación.

En lo tercero que reparó, después de abrir los ojos, fue en que se inclinaba

sobre él una ávica de plumaje azabache.

—Ah, qué bien —dijo el Ala—. Estás despierto. Empezaba a pensar que había

sacado un cadáver de aquel fuego.

—¿Quéééé...?

Normalmente Jasper tenía a su disposición una mayor elocuencia, pero esta vez no hubo forma de echar mano de ella.

Detrás del Ala, la cabeza de Ivy, con sus blancas plumas, se inclinaba hacia un

cuerpo profundamente inmóvil. Estaba poniendo un grueso vendaje en la palma

de la mano de Eco. El corazón de Jasper dio un vuelco, y a pesar de las protestas

(bastante vehementes) de sus ultrajados músculos abdominales trató de incorporarse. El Ala se lo impidió con una sola mano, de negras plumas.

—Vivirá —afirmó—. Pero tú, si no te estás quieto, no.

Estarse quieto. De eso Jasper era muy capaz. Mejor dicho se le daba de maravilla.

—Tú, el del parche —dijo el Ala, mirando por encima del hombro—. Yo diría

que a Ivy le iría bien una ayudita. —Y acto seguido, oh dulce e inmortal deleite,

dio dos palmadas—. vamos, en marcha.

¡Qué encantado estaría Dorian! Pero lo más espléndido de todo fue que se

puso en marcha, llegó junto a Jasper con los brazos cargados de gasas limpias y

se arrodilló.

En el momento en que Dorian aplicó un vendaje a la herida que había justo debajo de las costillas, Jasper contuvo un pequeño grito, pero hubo algo que le dolió todavía más y fue que Dorian masculló una escueta disculpa antes de deslizar la mirada hacia Caius, que intentaba incorporarse junto a Eco.

No, pensó Jasper. Ahora no, por favor.

—¿Te sorprendería saber —graznó para atraer su atención— que es la primera vez que me encuentro en el lado útil de una espada?

La breve y suave risa de Dorian fue como campanas en una mañana de domingo.

—Un poco, sí. —En ese momento miró a Jasper, y en sus ojos había una dulzura que provocó toda suerte de atrocidades en las entrañas de este último—.

Y te llevaste una estocada pensada para mí.

—¿Estás seguro? —preguntó Jasper con voz como de lija—. No parece muy propio de mí. —Tosió, y sintió un cosquilleo de sangre en la garganta—. Claro que últimamente me parece que no soy el mismo.

—Me has salvado la vida —repuso Dorian mientras cambiaba el vendaje.

El que dejó a un lado tenía un color alarmantemente rojo. Jasper llegó a la conclusión de que más le valía no mirarlo.

—Y tú has salvado a nuestra palomita —respondió a la vez que torcía el cuello para ver si Ivy aún administraba sus cuidados a Eco—. He visto lo que has

hecho.

Hubo en los labios de Dorian un temblor que, si bien no del todo satisfecho, sedujo a Jasper hasta extremos que deberían haber sido inquietantes.

—Bueno, sí, es que le debía una.

Dorian volvió a mirar disimuladamente por encima del hombro. Jasper siguió la dirección de su mirada. Caius tenía en su mano la de Eco, la que no estaba vendando Ivy.

De eso nada, pensó Jasper. Muy mal, Dorian.

Puso una mano sobre la de Dorian. Aunque así notara más presión en la herida, la sensación de tocar aquella piel caliente, encallecida, valía la pena.

—Tú le ves —dijo Jasper—, pero ¿te ve él a ti?

Cuando Dorian se dio media vuelta e inclinó la cabeza, su flequillo plateado cayó sobre su ojo.

—No —susurró. Jasper intuyó que podía ser la primera vez que lo reconocía en voz alta—. Nunca me ha visto.

Jasper tenía guardado en su arsenal un montón de comentarios listos para ser lanzados ante la menor insinuación de que Dorian estuviera dispuesto a admitir

lo inútil que era su amor no correspondido, pero los descartó todos en favor

de

enlazar sus dedos con los de Dorian en silencio. Se estremeció en su fuero interno al constatar que no se apartaba.

Después de un momento de silencio, en que Dorian contempló sus manos unidas con su único ojo azul, alzó la vista muy despacio, con dolor.

—¿Y tú?

Jasper creía saber por dónde iban los tiros, pero necesitaba cerciorarse de algo.

—Yo ¿qué?

—Que si me ves.

Dorian tragó saliva. Mucha sangre tenía que haber perdido Jasper para dejarse hipnotizar tan fácilmente por el movimiento de la garganta del drakharin.

La respuesta de Jasper fue llevarse a la boca sus dedos y los de Dorian, enlazados, y rozar con sus labios reseca la piel cicatrizada de los nudillos de Dorian. El blanco cuello de este último se tiñó de rosa. El rubor fascinó tanto a

Jasper como la primera vez, pero a diferencia de entonces, de aquel día en que

había tenido las primeras vislumbres de rojo en las mejillas de Dorian, tuvo unas

ganas avasalladoras de ser el único que le hiciera sonrojarse así, mucho y a menudo. Fue entonces cuando supo que había perdido una guerra que ni

siquiera había sido consciente de librar. Era inútil resistirse, e inevitable rendirse.

Dio otro beso en la mano de Dorian, solo para ver cómo se oscurecía un poco más el rosa.

—Lo siento —dijo Dorian, sacudiendo la cabeza y agitando con el movimiento las guirlandas navideñas de su pelo—. Supongo que hace un tiempo que no me reconozco.

Apartó la mano. El suave deslizarse de una piel en la otra fue casi insoportable. Hacía tiempo que Jasper había llegado a la conclusión de que su corazón no tenía ninguna otra utilidad que la de su función biológica, pero cuando Dorian retiró su mano, supo que ese corazón era tan frágil como cualquier otro.

58

Al volver en sí Eco sintió el roce de una moqueta detrás de su cabeza. Sonaban

campanas. Nunca se había alegrado tanto de oírlas. Estaba viva, a duras penas pero viva, y alguien estaba envolviendo sus manos con una tela. Flotó en lo negro la voz de Ivy, respondida por la del Ala. También estaban vivas. Sin abrir

los ojos se dejó impregnar por el sonido familiar de su conversación.

Ya lejos de la Selva Negra, del santuario del Oráculo y del poder de su propio reflejo, empezaba a sentirse como la Eco de siempre. Ya se le habían curado casi

por completo las heridas, a excepción de las quemaduras de las manos. También

ella había salido chamuscada del fuego que había invocado. Parecía injusto



que

se volviera en contra de ella aquel poder recién descubierto, pero le molestaba infinitamente menos que la sensación de que al fondo de su cabeza había otra persona, como un actor esperando entre bambalinas.

Rose.

Al abrir Eco la puerta que tenía dentro, y dejar salir al pájaro de fuego de su jaula, Rose se había apuntado a la excursión, aferrándose al poder que podría haber sido suyo si hubiera optado por abrirse a él. También ella había sido portadora, como Eco, y ahora ocupaba en el cerebro de esta última un rincón en

penumbra, no con su mera presencia, sino con todo lo que la hacía ser Rose. Lo

que sabía Rose lo sabía también Eco, incluidos los secretos que había guardado

hasta el día de su muerte. Lo que sentía Rose lo sentía Eco. Recordaba haber sido feliz hacía mucho tiempo. Recordaba el primer beso de Caius, de pie en la

playa, junto a la cabaña, mientras el mar les mojaba los pies. Recordaba las noches frente a la chimenea, en las que acurrucados hablaban de sus esperanzas

y temores. Para Eco todo ello resultaba tan real como sus propios recuerdos y emociones. Era demasiado.

Cuando entreabrió los ojos topó con la visión de tres personas inclinadas sobre ella. Tres de las personas más importantes de su vida. El Ala. Ivy. Y ahora,

cosa extraña, Caius. La miraban todos fijamente. Los animales del zoo debían de

sentirse así. Resultaba sofocante estar ahí tumbada y expuesta a tantas caras divididas a partes iguales entre la preocupación y la curiosidad. Cuando hizo el

esfuerzo de incorporarse fueron nada menos que tres los pares de manos (negras, blancas y de un moreno sin plumas) que hicieron el gesto de impedirselo. Era excesivo.

—Parad —dijo con menos resuello de lo que le habría gustado—. Parad todos. Parad de tocarme, de mirarme tanto y de quitarme el aire.

Ivy aspiró bruscamente, y Eco habría jurado que aguantaba la respiración.

Bendita seas, Ivy.

La expresión del Ala adquirió una especie de neutralidad, aunque en sus ojos

Eco vio extrañeza.

—Siempre lo habías llevado dentro —afirmó el Ala—. Debería habérmelo imaginado.

Eco se incorporó y apoyó la espalda en el ridículo sofá de ante de Jasper.

Caius le puso una mano en la base de la espalda, para sujetarla, y ella no se resistió. La mano de Caius se quedó justo encima de la cintura de los vaqueros.

A Eco no se le pasó por alto ni un solo detalle de la textura de su piel. La vista de Ivy descendió hacia la mano de Caius, pero se guardó lo que pensaba.

—¿Cómo podías saberlo? —preguntó Eco—. Yo todavía no entiendo ni cómo

ni por qué es posible. Lo recuerdo todo sobre Rose. Fue la anterior portadora

del

pájaro de fuego, y quien dejó los mapas para que los encontrase yo. También hay otras imágenes, cosas que no entiendo. ¿A qué se debe que tenga estos recuerdos?

El Ala se pasó una mano por las plumas y suspiró. Eco nunca la había visto tan cansada.

—Mientras estabas inconsciente he meditado para buscar algún sentido a todo esto, y he tenido una visión. Yo creo que el pájaro de fuego es un ente transferible, y que toda persona que entra en contacto con él deja una especie de

huella psíquica. Como la portadora más reciente antes de ti era Rose, su voz es la

más fuerte. Seguro que algo tiene que ver que le hayas dado motivos para levantarla. —Miró elocuentemente el punto en que Caius había puesto su mano

—. Las dos habíais llevado siempre dentro el pájaro de fuego. Lo que lo ha puesto en libertad ha sido tu sacrificio. Por alguna razón Rose decidió dejarlo como estaba. En cambio tú elegiste desencadenarlo. Si no me equivoco, y el pájaro de fuego es un ser de magia y energía en estado puro, para existir en este

mundo necesita que algo lo contenga.

—No lo entiendo. ¿De qué servía hacerme ir por todo el mundo en busca del tesoro? ¿Por qué no me mandaron directamente al Oráculo?

Finalmente Ivy rompió su silencio.

—Quizá lo importante no fuera el destino, sino el viaje en sí.

Eco parpadeó.

—¿Me lo repites?

Ivy se toqueteó el borde de la camisa, mirándose las manos.

—Si hubiera sido todo demasiado fácil tal vez no hubieras sido la persona que

tenías que ser cuando llegara el momento. Te sacrificaste para salvarnos. —

Levantó la vista, y Eco reconoció la expresión de sus ojos. Estaba haciendo un esfuerzo para no llorar. Le temblaban un poco las comisuras de los labios —. Lo

hiciste a pesar de no tener pruebas de que volverías. Fuiste valiente de verdad.

Se sorbió la nariz y se la limpió con la manga. Eco le tomó la mano sin pensar

en las vendas. Ella no se había sentido valiente, solo desesperada. Tanto hablar

de portadores le estaba dando aún más dolor de cabeza. Se frotó las sienes con la

esperanza de aliviarlo.

—Pero ¿por qué yo? Si soy una chica como cualquier otra...

El Ala le puso suavemente una mano en la mejilla.

—Tú siempre has sido especial, urraquita mía. No creo que fuera ninguna

coincidencia encontrarte en la biblioteca. Creo que estábamos predestinadas a encontrarnos, de la misma manera que lo estabais Caius y tú. Sin él nunca habrías conocido la existencia del Oráculo.

Eco arqueó las cejas.

—¿Qué me estás diciendo, que todo esto es el destino?

El Ala sacudió la cabeza. Sus plumas negras se levantaron un poco y volvieron

a su sitio.

—Tu destino es tuyo, pero creo que en este mundo a todos se nos da un papel. —La miró, con una gravedad en los ojos que Eco no estuvo segura de querer soportar—. El tuyo es ser el pájaro de fuego. De ti depende cómo lo interpretes. Lo demuestra el fuego que invocaste.

El fuego. Mierda. Mierda, mierda y mierda. No había sido su intención perjudicar indiscriminadamente a nadie. Solo había querido poner fin a la lucha.

—Rowan —susurró—. Y los otros... ¿Están bien?

Solo había querido detener a Tanith, y a Altair, y evitar que se masacraran todos entre sí.

El Ala asintió.

—El fuego les pasó por encima sin quemarlos, como si no quisieras hacerles daño.

—Es que no quería —dijo Eco.

La decisión, sin embargo, no había sido suya. No lo había pensado. Corría poder por sus venas, y no estaba muy segura de poder entenderlo. Cerró los ojos

con fuerza. Dentro de ella cuajó la constancia de haber estado muy cerca de hacer daño a sus seres queridos. Caius le hacía frías circulares en la espalda,

que la ayudaron a pensar en otra cosa.

Sacudió la cabeza como si pudiera expulsar el miedo de ella, pero no; lo único

que podía era no hacerle caso y concentrarse en algo más.

—¿Cómo supiste dónde buscarnos?

El Ala sonrió. Fue una sonrisa tan encantadora y familiar que Eco tuvo ganas de llorar.

—Os habían seguido Tanith y sus fuerzas. Nosotros los seguimos a ellos.

Caius se pasó una mano por el pelo y suspiró.

—Supongo que no fuimos ni la mitad de sutiles de lo que pensábamos.

Parecía vagamente avergonzado. Eco dio unas palmadas en la mano apoyada en su cintura. Los labios de Caius dibujaron su típica media sonrisa. Eco quiso devolvérsela, pero la siguiente pregunta era demasiado grave para que cupieran

ligerezas.

—Bueno, vale, pues soy el pájaro de fuego. O sea, que en principio tengo que parar una guerra. ¿Y cómo narices lo hago?

—Un incendio se hace con una sola cerilla, Eco —repuso el Ala—. El peso que llevas es muy grande, pero no te olvides nunca de que no lo llevas sola.

Puso una mano en el brazo de Ivy y se levantó. Ivy parecía a punto de protestar, pero al final lo único que hizo fue parpadear con excesiva rapidez sin

decir nada. El Ala le hizo a Caius un gesto con la cabeza.

—Os dejo un poco de tiempo —añadió—. Seguro que tenéis mucho de que

hablar.

Eco vio que se alejaban. Caius le quitó la mano de la espalda, pero se arrimó unos centímetros. Parecía extraña la idea de que hiciera algo que pudiera ser descrito como arrimarse.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

Eco se rió, a pesar de que doliera.

—Como si me hubiera muerto y hubiera resucitado. Vaya, que no del todo mal.

Caius relajó las comisuras de los labios. La compasión le hacía estar peligrosamente guapo. Eco tuvo que apartar la vista. Lo mismo hizo él.

—Sigo sin entender lo que pasó —confesó.

Eco se miró las manos. De aquellas palmas había brotado fuego.

—Creo que yo tampoco.

Caius la miró y abrió y cerró la boca. Parecía que estuviera debatiendo qué decir. Sacudió la cabeza, reducidos los labios a una fina línea. O no iba a decirlo o no encontraba las palabras. Levantó la mano y la dejó a muy poca distancia de

la camisa de Eco. Alguien (supuso ella que Ivy) se la había desgarrado hasta un tercio de su altura, dejando a la vista la piel fruncida de la cicatriz del pecho.

Caius apretó los puños como si no se fiara de no tocarla.

—Te has curado. —Sacudió la cabeza con una mirada de sorpresa—. Eres el pájaro de fuego. Y surgiste de la sangre y las cenizas, tal y como había escrito

Rose.

—Sí —dijo Eco. Esperó un momento antes de añadir, por si acaso—: Y tú eres

el Príncipe Dragón.

—El antiguo Príncipe Dragón —la corrigió Caius, aunque Eco detectó una nota de vergüenza en su voz—. Desde que usurpó Tanith mi trono, técnicamente no era una mentira.

Eco se esmeró en poner cara de escepticismo. Él hizo una mueca.

—Perdona. Ya sé que no basta, pero no sé qué otra cosa...

Eco levantó una mano vendada para que se callase.

—No puedo asimilar más de equis revelaciones a la vez. Todo esto del pájaro de fuego le da mil vueltas a tu identidad secreta. De momento considérate perdonado, pero no te creas que se me olvidará.

—Es más de lo que me merezco —reconoció él en voz baja.

—Bueno, no sé; me parece que quizá hayas sufrido bastante para un día. A fin de cuentas ha intentado matarte tu hermana.

—Lo que ha intentado es detenerme. Si mi hermana me quisiera muerto de verdad ya lo estaría. O como mínimo me habría dejado lisiado. Somos mellizos.

Sigo siendo su hermano. Eso para ella tiene alguna importancia.

—¿Y para ti también? —preguntó Eco.

Caius emitió un largo suspiro de cansancio.



—No lo sé.

Eco tuvo ganas de rodearse el cuerpo con los brazos, pero habría tenido la sensación de achicarse, no sabía muy bien respecto a qué. Respecto a los que la

perseguirían ahora que sabían que el pájaro de fuego era ella. Respecto a Caius.

Respecto a haber resucitado. Respecto a sí misma. Respecto a su destino. Elige una puerta, pensó, la que sea.

—¿Qué pasó en aquella habitación? —La voz de Caius era apenas un susurro,

pero se enroscó en la caja torácica de Eco y se la estrujó—. Antes de Tanith.

¿Qué viste?

—Un espejo —respondió ella—. Solo un espejo.

Caius bajó la cabeza, tapándose los ojos con el pelo, que rozó sus escamas.

Eco tuvo ganas de apartar el flequillo y volver a palpar la seda de su pelo. Esta

vez fueron sus manos las que se cerraron por falta de confianza. El dolor causado por las quemaduras de las palmas ayudaba a reprimir el ansia. Caius habló sin levantar la vista.

—¿Y entonces?

Fue cuando posó su mirada en Eco, que no la rehuyó.

—Me acordé —dijo ella—. Me acordé de cosas de las que no debería

haberme acordado, porque no son recuerdos míos. Es raro. Lo recuerdo como si

lo hubiera visto con mis propios ojos y fuera yo Rose. Me acuerdo de ti.

Recuerdo haberte querido porque te quiso ella.

En los ojos de Caius se enfrentaban la esperanza y la tristeza, así como algo nuevo cuya única destinataria era Eco. El corazón de esta última quedó envuelto

por dos manos invisibles que se lo estrujaron como si quisieran exprimir toda la

sangre. Parecía, Caius, un hombre deseoso de tener esperanza, pero que no sabía muy bien cómo tenerla.

Eco no supo cuál de los dos había hecho el primer movimiento. Solo supo que

estaba besando a Caius, y él a ella. Poco a poco, en su interior, regresaba a su sitio algo que había estado fuera de él, con los clics sucesivos de una serie de engranajes. Fue a la vez emocionante y aterrador.

Schwellenangst, pensó. El miedo a empezar algo nuevo.

Caius la besó como si ya la conociese, como si juntar sus labios fuera una vieja

costumbre, tan fácil como respirar. La besó como si la recordase. Y una pequeña

parte de Eco (que empezaba a darse cuenta de que no era suya) lo recordaba a él. En el momento en que Caius hundió los dedos en la base de su cuello, Eco habría jurado que sentía suspirar a Rose.

El cosquilleo de tener a otra persona en la cabeza hizo que se apartara. Caius también retrocedió de mala gana. Sus dedos se deslizaron desde el pabellón de

la oreja de Eco hasta la curva de su mandíbula, donde se detuvieron. Era agradable, pero nada más pensarlo Eco dejó de estar segura de que fuera suya la

idea. Sacudió la cabeza mientras apartaba la mano de Caius.

—Lo siento —dijo—. Es que... ¿Cómo puedo saber dónde acabo y dónde empieza Rose? ¿Cómo puedo saber qué es yo y qué es ella?

Las comisuras de los labios de Caius se levantaron un poco.

—Tú eres tú, Eco. Siempre lo has sido y siempre lo serás. Eso no cambiará por

nada.

No podía saber hasta qué punto Eco ansiaba creérselo, y sin embargo parecía tan seguro de sí mismo, y de ella, que Eco fue incapaz de decirle que no, que no

se lo creía. Dado, no obstante, que la realidad de Eco se había convertido en un

verdadero banquete de acontecimientos de los que cambian una vida, el problema de compartir su espacio mental con la novia muerta de Caius no era la

única ración de extrañeza que tenía en su plato. Es hora, pensó, de compartimentar.

—Bueno —dijo—, y ahora ¿qué hacemos?

La mano de Caius se acercó muy lentamente, para que tuviera tiempo de apartarla, pero Eco no lo hizo. Los dedos de Caius se cerraron alrededor de los

suyos.

—Que me crucifiquen si lo sé —respondió ella.

Fue, la de Eco, una risa tenue y llena de cansancio. Miró por todo el desván

porque necesitaba un minuto para asimilarlo todo. Ivy y el Ala estaban en la cocina, donde probablemente estuvieran preparando té. Eso lo había heredado Ivy del Ala: hacer bebidas calientes en los momentos de crisis. Jasper seguía tendido en el suelo, mientras las manos de Dorian sujetaban un vendaje contra

su abdomen.

A pesar del dolor los dedos de Eco temblaban de ganas de apretar con más fuerza la mano de Caius. Miró en dirección a Dorian, que tenía inclinada la cabeza sobre la de Jasper. Eran muy diferentes: Dorian con su piel blanca y su pelo gris plateado, y Jasper todo oros y marrones, un verdadero pavo real de colores torrenciales. A pesar de todo, cuando Jasper se llevó a la boca la mano de

Dorian y le besó suavemente los dedos, formaban buena pareja.

Al verlos se despertó algo dentro de Eco.

—Quizá sea la manera —comentó.

—La manera ¿de qué? —preguntó Caius.

—De acabar la guerra. Unir a todo el mundo.

La expresión de Caius dejó atrás lo dudoso para aterrizar directamente en lo escandalizado.

—Los ávicen y los drakharin no se unirían nunca.

—¿Seguro? —Eco señaló con un gesto del brazo el gran espacio abierto del nido de Jasper—. Fíjate en nosotros. Después de que la loca aquella nos

echara

de la Fortaleza del Guiverno, Ivy aplicó su magia curativa a Dorian. Ahora Dorian se dedica a evitar que a Jasper se le salgan las tripas. —Sacudió la cabeza, suspirando—. Ya viste los brazos del Oráculo: tenía a la vez escamas y plumas.

Es posible que los ávicen y los drakharin tuvieran un antepasado común. ¿No comparten la misma mitología sobre el pájaro de fuego? Puede que no fuera siempre como ahora, Caius. Hubo un tiempo en que los ávicen y los drakharin

formaron un solo pueblo. Y quizá puedan volver a serlo.

La sonrisa de Caius era triste, sin dejar de ser encantadora. Más o menos como todo él. Eco estaba casi segura de que la idea no había sido suya.

—Es un sueño muy bonito, Eco, pero nunca pasará de eso. Soy demasiado viejo para creer lo contrario.

Las mismas manos de antes volvieron a estrujar el corazón de Eco.

—Pues quizá haya llegado la hora de que lleven la batuta los soñadores — dijo.

Caius se acercó a la boca sus dos manos enlazadas y ahí las dejó, rozando los dedos de Eco con sus labios. Eco vio en sus ojos un brillo delator de lágrimas.

—No les gustará —aseguró, moviendo la boca contra la piel de ella—. A Altair, Tanith y los de su ralea. Lucharán hasta que no quede nadie en pie.

—¿Y eso quiere decir que no vayamos a intentarlo?

La voz de Caius se dulcificó por el asombro.

—¿Sabes que hablas igual que ella?

Igual que Rose. Eco no supo muy bien cómo tomárselo. En aquel momento

Caius no aparentaba doscientos cincuenta años, ni parecía casi inmortal. No parecía un príncipe elegido para sobrellevar la carga de las esperanzas y fracasos

de toda una nación. Parecía Caius y punto: ojos verdes y serios, un pelo de un

marrón casi negro y el esbozo de sonrisa que se le dibujaba en los labios cuando

no se acordaba de fruncir el ceño. Eco se preguntó si era como lo había visto Rose, y si la amalgama de esos rasgos era la razón de que se hubiera enamorado

de él un siglo atrás.

Caius bajó la mano de Eco con un pequeño suspiro y miró a su alrededor.

—Bueno, pues nada, aquí estamos: una ladrona lanzallamas, un príncipe

derrocado, una aprendiz de sanadora, un ex guardia real y un granuja

profesional que combate en dos frentes. —Toda la tristeza de su sonrisa se esfumó como cuando se seca un charco al sol. Se rió con un sonido que Eco habría querido embotellar y guardar para siempre—. ¿Qué puede salir mal?

—¿En serio lo preguntas? —respondió ella—. Probablemente todo.

59

—Te estarán buscando —dijo el Ala mirando a Eco, que estaba distribuyendo sus escasas pertenencias en la cama de Jasper para hacer el equipaje.

Eco tuvo ganas de sentarse a su lado y apoyar en su hombro su cansada cabeza, como tantas veces, dejándose reconfortar por sus fuertes brazos, pero eso

lo habría hecho una niña, y ya había pasado el tiempo de las niñerías.

—Tanith —prosiguió el Ala—. Altair, si es que ha sobrevivido. Sus aliados.

Cualquiera con algún interés en el poder del pájaro de fuego.

—Ya lo sé —convino Eco.

Metió sus cosas en la bolsa con una calma insólita, procurando no pensar en

lo que dejaba atrás: el Nido, el hogar al que jamás podría regresar o Rowan, el

chico al que no podía (ni quería) pedir que cargase con su nuevo poder. Junto a

la bolsa estaba la daga, que despedía hermosos brillos sobre el fondo blanco de

las sábanas de Jasper. Sería lo último que guardaría.

—Aquí no puedes quedarte.

—Ya lo sé —contestó.

Echó un vistazo al desván, tan amplio y luminoso, en lo más alto de la catedral de Estrasburgo. Por las vidrieras irrumpía el sol, pintando la moqueta blanca (y ahora sucia) con mil tonos de naranja, morado, verde y azul. Todo muy Jasper. Con qué rapidez había empezado a desprender calor de hogar,

atiborrado de ávicen, drakharin, humanos...

Los otros se afanaban en reunir a toda prisa las pocas cosas que iban a necesitar. Dorian y Ivy recogían todo el material sanitario disponible, mientras Jasper ponía mala cara en el sofá. Ivy y el Ala habían hecho milagros con su herida, pero necesitaba tiempo para curarse. Un tiempo que no tenían.

La mirada de Eco se cruzó con la de Caius, que estaba al otro lado de la sala.

Su sonrisa, y la dulzura y calidez de su mirada, no le dejaron más remedio que

sonreír también. Luego Dorian llamó a Caius, que apartó la vista. Dentro de la

cabeza de Eco una vaga presencia reclamaba su atención. Rose. Cerró los ojos y

respiró profundamente. Rose se disipó como lo que era, un fantasma.

El Ala se alisó en los muslos su falda de color miel.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo mismo que he hecho siempre —dijo Eco al echarse al hombro la

mochila. En su mano la daga reflejaba la luz con sus urracas de ónice y de perlas.

Con una inclinación determinada parecía que volasen—. Correr siempre que sea necesario, y luchar hasta el final.

## Agradecimientos

Escribir un libro se parece un poco a emprender un periplo para arrojar un anillo

mágico de oro a un volcán activo. Empiezas solo, no muy seguro de llegar al final, y de camino van saliendo amigos que hacen que sea posible el viaje.

He tenido la increíble suerte de poder trabajar con la inimitable Krista Marino, de Delacorte Press, más maga que editora. Su inquebrantable fe en el libro, incluso cuando la mía se tambaleaba, me dio fuerzas y permitió que Eco llegara a donde tenía que estar en la última página. Publicar una primera novela

tiene momentos de emoción, pero también de angustia y miedo. Me considero muy afortunada por haber dispuesto de un equipo magnífico en



Random

House, que se ha esforzado por que La chica de medianoche fuera lo mejor posible. Gracias muy especialmente a Alison Impey, Gail Doobinin y Jen Wang

por haber diseñado un libro tan bonito. No hay más que verlo. Vamos, quédatelo mirando, admira su belleza. Ya me espero.

¿Has vuelto? Pues vamos, sigamos.

Dicen que en el arte a veces tienes que matar lo que más quieres, cosa que para un escritor primerizo puede ser difícil. Es muy fuerte el impulso de mimar

al máximo a tus bebés libritos. Quieres acariciarlos, quererlos y adorarlos para siempre, pero la verdad es que es muy necesario tener cerca a alguien que te ayude a hacer lo que hay que hacer, incluso las cosas más terribles. Mi agente, Catherine Drayton, siempre ha tenido a punto mano dura y palabras de ánimo,

y los ha dispensado con toda la sabiduría necesaria. Muchísimas gracias por haber visto algo especial en esta historia, incluso (o sobre todo) cuando yo no lo

veía. Gracias también al equipo de InkWell Management por todo el empeño que ha puesto, sobre todo a Lyndsey Blessing y Alyssa Mozdzen, ese par de cracks de los derechos para el extranjero.

No sería quien soy (como persona y escritora) sin las chicas de la Midnight Society. Lllamaros colegas críticas y lectoras beta no os hace justicia. Amanda, ni

siquiera sé si escribiría novelas sin esos relatos que escribimos pasándonos notas

en clase de francés con el mayor de los sigilos. Idil, no te digo que en el posgrado no acumulara deudas estratosféricas, pero como de esa experiencia

nació una bonita amistad no me escuece ese dinero Sin aquella tarde decisiva en que fuimos a comer a Yo!Sushi lo más probable es que no hubiera nacido Eco.

Laura, a veces lo único que me impulsó a lo largo del día fue tu entusiasmo.

Verte tan encantada con el libro me convenció de que tenía que acabarlo, aunque solo fuera para ti. Por otra parte me daba un poco de miedo que en caso

contrario ya no me dejaras vivir. Te estoy doblemente agradecida por haberme presentado a Robin Lange. (¡Gracias por la traducción al latín, Robin!) Ah, Chelsea: fuiste la primera persona que leyó de cabo a rabo La chica de medianoche. Cuando me dijiste por correo electrónico que lo habías devorado de un tirón, y que te habías acostado muy tarde para llegar hasta el final, me puse a llorar. Con verdaderas lágrimas humanas.

Parfraseando a Virginia Woolf, para escribir narrativa una mujer necesita su propia habitación, pero aún es más importante tener un techo sobre la cabeza y

comida en la mesa. De no ser por el amor y el respaldo de mi familia, lo más probable es que este relato no hubiera pasado de mi cerebro al papel.

Al igual que Eco fui una niña solitaria, pero sabía que mientras tuviera un libro en las manos nunca estaría sola de verdad. Siento una gratitud fuera de toda medida hacia los escritores cuyas historias me hicieron compañía y me recordaron que el mundo era un lugar maravilloso, lleno de aventuras, a

condición de que tuvieras el valor de mirar, y hacia los profesores (¡hola, doctor

Meade!) que me animaron a escribir las mías.

Por último quiero darte las gracias a ti, lector, por acompañarme en este viaje.

Siempre me dejará patidifusa el simple hecho de que hayas elegido este libro. Es

un motivo de honor, y de humildad, que hayas querido pasar unas horas tan valiosas de tu tiempo con Eco y sus amigos.



**P U C K**



**AVALON**



**LATIDOS**



**LILIPUT**

Libros de *fantasy* y *paranormal* para jóvenes con los que descubrir nuevos mundos y universos.

Los libros de esta colección desprenden amor y romance. Ideales para los lectores más románticos.

La colección para niños y niñas de 9 a 14 años, con historias llenas de aventuras para disfrutar de verdad de la lectura.



**SERENDIPIA**



**SINGULAR**

Una serendipia es un hallazgo inesperado y esto es lo que son los libros de esta colección: pequeños tesoros en forma de historias contemporáneas para jóvenes.

Libros *crossover* que cuentan historias que no entienden de edades y que puede disfrutar tanto un niño como un adulto.

¿Cuál es tu colección?

Encuentra tu libro Puck en:

[www.mundopuck.com](http://www.mundopuck.com)

Twitter: puck\_ed

Facebook: mundopuck





## **Redes sociales**

<http://www.facebook.com/mundourano>

[http://www.twitter.com/ediciones\\_urano](http://www.twitter.com/ediciones_urano)

<http://www.edicionesurano.tv>

## **Presencia internacional**

### **Ediciones Urano Argentina**

Distribución papel:

<http://www.delfuturolibros.com.ar>

Distribución digital:

<http://www.digitalbooks.pro/>

Librería digital:

<http://www.amabook.com.ar>

Contacto:

[info@edicionesurano.com.ar](mailto:info@edicionesurano.com.ar)

### **Ediciones Urano Chile**

→

→

→

→

Distribución papel:

<http://www.edicionesuranochile.com>

Distribución digital:

<http://www.digitalbooks.pro/>

Librería digital:

<http://www.amabook.cl>

Contacto:

[infoweb@edicionesurano.cl](mailto:infoweb@edicionesurano.cl)

### **Ediciones Urano Colombia**

Distribución papel:

<http://www.edicionesuranocolombia.com>

Distribución

<http://www.digitalbooks.pro/>

digital:

Librería digital:

<http://www.amabook.com.co>

Contacto:

[infoco@edicionesurano.com](mailto:infoco@edicionesurano.com)

### **Ediciones Urano España**

Distribución papel:

<http://www.disbook.com>

Distribución digital:

<http://www.digitalbooks.pro/>

Librería digital:

<http://www.amabook.es>

Contacto:

[infoes@edicionesurano.com](mailto:infoes@edicionesurano.com)

### **Ediciones Urano México**

Distribución papel:

<http://www.edicionesuranomexico.com>

Distribución digital:

<http://www.digitalbooks.pro/>

Librería digital:

<http://www.amabook.com.mx>

Contacto:

[infome@edicionesurano.com](mailto:infome@edicionesurano.com)

### **Ediciones Urano Perú**

Distribución

<http://www.distribucionesmediterraneo.com.pe>

papel:

Distribución

<http://www.digitalbooks.pro/>

digital:

Librería

<http://www.amabook.com.pe>

→

→

→

digital:

Contacto:

[infope@edicionesurano.com](mailto:infope@edicionesurano.com)

### **Ediciones Urano Uruguay**

Distribución papel:



<http://www.edicionesuranouruguay.com>

Distribución digital:

<http://www.digitalbooks.pro/>

Librería digital:

<http://www.amabook.com.uy>

Contacto:

[infour@edicionesurano.com](mailto:infour@edicionesurano.com)

**Ediciones Urano Venezuela**

Distribución

<http://www.edicionesuranovenezuela.com/>

papel:

Distribución

<http://www.digitalbooks.pro/>

digital:

Librería digital:

<http://www.amabook.com.ve>

Contacto:

[infoes@edicionesurano.com](mailto:infoes@edicionesurano.com)

**Urano Publishing USA**

Distribución papel:

<http://www.spanishpublishers.net>

Distribución digital:

<http://www.digitalbooks.pro/>

Librería digital:

<http://www.amabook.us>

Contacto:

[infousa@edicionesurano.com](mailto:infousa@edicionesurano.com)

# ECOSISTEMA DIGITAL

[www.edicionesurano.com](http://www.edicionesurano.com)

NUESTRO PUNTO  
DE ENCUENTRO

## 2 AMABOOK

Disfruta de la función de lectura y accede a todas nuestras novedades en modo compra.

[www.amabook.com](http://www.amabook.com)

## 3 SUSCRIBOOKS

El límite lo pones tú, **lectura sin freno**, en modo suscripción.

[www.suscribooks.com](http://www.suscribooks.com)



## 1 REDES SOCIALES:

Amplio abanico de redes para que participes activamente

## 4 QUIERO LEER

Una App que te permitirá leer e interactuar con otros lectores.

# Document Outline

- [Portadilla](#)
- [Créditos](#)
- [Dedicatoria](#)
- [Contenido](#)
- [Prólogo](#)
- [1](#)
- [2](#)
- [3](#)
- [4](#)
- [5](#)
- [6](#)
- [7](#)
- [8](#)
- [9](#)
- [10](#)
- [11](#)
- [12](#)
- [13](#)
- [14](#)
- [15](#)
- [16](#)
- [17](#)
- [18](#)
- [19](#)
- [20](#)
- [21](#)
- [22](#)
- [23](#)
- [24](#)
- [25](#)
- [26](#)
- [27](#)
- [28](#)

- [29](#)
- [30](#)
- [31](#)
- [32](#)
- [33](#)
- [34](#)
- [35](#)
- [36](#)
- [37](#)
- [38](#)
- [39](#)
- [40](#)
- [41](#)
- [42](#)
- [43](#)
- [44](#)
- [45](#)
- [46](#)
- [47](#)
- [48](#)
- [49](#)
- [50](#)
- [51](#)
- [52](#)
- [53](#)
- [54](#)
- [55](#)
- [56](#)
- [57](#)
- [58](#)
- [59](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Más sobre Puck](#)
- [Más información](#)
- [Ecosistema Digital](#)